



La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga; una apuesta por el acceso libre al conocimiento y la cultura, que consideramos imprescindible en una sociedad en la que las desigualdades sociales también se traducen en desigualdad a la hora de acceder a los contenidos culturales. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, suelen tener importantes límites económicos, que en ocasiones afectan a su sostenibilidad o impiden asumir proyectos más costosos o arriesgados. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto:

- a) [Puedes hacerte soci@ de Virus](#) ingresando un mínimo de 50 € a modo de cuota anual, recibiendo una novedad de tu elección y obteniendo descuentos en tus compras en nuestra web.
- b) [Puedes suscribirte a Virus](#) durante un año, aportando 200 €, recibiendo todos los libros de Virus durante 12 meses, dos libros de fondo y descuentos en tus compras en nuestra web.
- c) [También puedes hacer una donación](#) de cualquier cantidad a través de Paypal.

Jesús Castañar Pérez

Teoría e historia de la revolución noviolenta

**Con prefacio de Howard Clark
y prólogo de Pedro Oliver**



LICENCIA CREATIVE COMMONS

autoría - no derivados - no comercial 1.0

- Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

Autoría-atribución: se deberá respetar la autoría del texto y de su traducción. Siempre habrá de constar el nombre del autor/a y del traductor/a.

No comercial: no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.

No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto. Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto. Estas condiciones sólo se podrán alterar con el permiso expreso del autor/a.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonCommercial. Para consultar las condiciones de esta licencia se puede visitar: <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/> o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, EEUU.

© 2013 de la presente edición, Virus editorial

© 2013 del texto, Jesús Castañar Pérez

Índice

Agradecimientos	8
Prefacio , por Howard Clark	9
Prólogo , por Pedro Oliver Olmo	13
1. Dificultades para el estudio de la noviolencia	17
Los ámbitos de la noviolencia	20
Una nueva definición de acción noviolenta	24
Diferentes perspectivas	26
2. Primeros casos documentados de acción noviolenta	33
Los orígenes de la desobediencia política	37
3. Los cambios políticos durante los siglos XVI y XVII	41
Absolutismo, liberalismo y pacifismo en el siglo XVII	44
4. La gestación de la cultura revolucionaria en el siglo XVIII	51
La Revolución Francesa y el humanismo ilustrado	55
5. La idea de revolución en el siglo XIX	59
Las tácticas revolucionarias noviolentas del movimiento obrero	60
El nacimiento del pacifismo	61
La revolución noviolenta en el anarquismo	63
6. Thoreau y el abolicionismo norteamericano	67
La no-resistencia	70
7. Experiencias de resistencia noviolenta en el siglo XIX	77
La Revolución Húngara	78
El independentismo irlandés	80
El SPD alemán	82
El movimiento demócrata persa	84

Título:

Teoría e historia de la revolución noviolenta

Maquetación: Virus editorial

Diseño de cubierta: Pilar Sánchez Molina

Primera edición: diciembre de 2013

Lallevir SL / VIRUS editorial

C/ Junta de Comerç 18 baixos, 08001 Barcelona

T. / Fax: 93 441 38 14

C/e.: virus@pangea.org

www.viruseditorial.net | www.viruslibreria.net

Impreso en:

Imprenta LUNA

Muelle de la Merced, 3, 2.ª izq.

48003 Bilbao

Tel.: 94 416 75 18

Fax.: 94 415 32 98

C/e.: luna@imprentaluna.es

ISBN-13: 978-84-92559-48-0

Depósito legal: B-26491-2013

8. Las luchas indigenistas noviolentas	89	14. El punto de vista musulmán: Abdul Gaffar Khan y los Khudai Khidmargar	163
Parihaka	90	El ejército noviolento pastún	165
La «Danza de los espíritus»	94		
9. El pacifismo moral de Tolstói	97	15. Otros movimientos noviolentos durante el periodo de entreguerras	171
La influencia de Tolstói	101	El Movimiento del 1 de Marzo en Corea	172
La idea de revolución en Tolstói	104	El Movimiento del 4 de Mayo en China	173
Contradicciones	107	La independencia de Egipto	175
10. La resistencia civil de las <i>suffragettes</i>	111	El <i>putsch</i> de Kapp	176
La influencia de las <i>suffragettes</i>	115	La resistencia del Ruhr	177
11. Experiencias de resistencia noviolenta antes de la Primera Guerra Mundial	119	La independencia de Samoa Occidental	179
La revolución rusa de 1905	119	Movimientos noviolentos en América	181
La revolución finlandesa de 1905	121	La Gran Intifada	182
La campaña de Gandhi en Sudáfrica	121	16. Las primeras formulaciones teóricas de la noviolencia	187
Los boicots chinos	125	Clarence Marsh Case y la coerción noviolenta	188
El movimiento contra la guerra en España	126	Richard Gregg y la fuerza moral de la noviolencia	191
12. Los objetores de conciencia y la Primera Guerra Mundial	129	Krishnalal Shridharani y la guerra sin violencia	196
Los objetores de conciencia	132	Las aportaciones de A. J. Muste y Aldous Huxley	198
Insubordinaciones y resistencia pragmática	135	17. Bart de Ligt y la Internacional de Resistentes a la Guerra	203
La división en el anarquismo	136	<i>La conquista de la violencia</i>	205
Los ideólogos de la oposición a la guerra	138	La Guerra Civil española	209
Los movimientos contra la guerra	139	La objeción de conciencia durante la Segunda Guerra Mundial	211
La posguerra	141	18. Acciones noviolentas durante la Segunda Guerra Mundial	215
13. Mohandas Gandhi: <i>ahimsa</i> y <i>satyagraha</i>	145	Resistencia noviolenta en la Europa ocupada	218
La campaña de de no-colaboración de 1920	148	El rescate del pueblo judío	219
La campaña de desobediencia civil de 1930	149	La resistencia noviolenta danesa	221
La campaña de desobediencia total de 1942	153	La resistencia noviolenta noruega	223
La independencia de India	154	La oleada de movimientos noviolentos en Centroamérica	225
El legado de Gandhi	155		

19. El desarrollo de la acción directa noviolenta en los Estados Unidos tras las Segunda Guerra Mundial	229
La caza de brujas	232
El Movimiento por los Derechos Civiles	235
Aportaciones teóricas	238
Otros movimientos noviolentos de posguerra	244
La reformulación del concepto de desobediencia civil	245
El auge de la apología de la violencia revolucionaria	247
20. Gene Sharp y la política de la acción noviolenta	251
La teoría del poder	256
Obras posteriores	258
21. Las alternativas a la defensa militar: el antimilitarismo y las teorías de la defensa civil	263
El enfoque ético: la defensa noviolenta	268
22. Aportaciones teóricas contemporáneas	275
Aportaciones de la Academia	280
Aportaciones desde fuera de la Academia	282
Literatura en castellano	286
23. La campaña de insumisión en el Estado español	289
El movimiento noviolento durante el tardofranquismo	292
Los objetores de conciencia	295
Los años de vacío legal	297
La insumisión	301
El «plante»	305
La insumisión en los cuarteles	308
El antimilitarismo postinsumisión	311
24. Perspectivas	315

En memoria de mi abuelo Narciso Pérez «Zamarra», cuyos espeluznantes relatos de la Guerra Civil española ayudaron a conformar mi vocación pacifista y noviolenta

Prefacio

Howard Clark*

Agradecimientos

Este libro nace de la necesidad de recopilar este saber del que no hay casi nada editado en idioma castellano y que se presenta muchas veces de forma dispersa e inconexa en lengua inglesa. Se trata del libro que me hubiera gustado leer hace muchos años, cuando me iniciaba en el activismo político y que espero sirva de inspiración a toda la gente que lucha por acabar con la injusticia en el mundo. La intención es que sirva de introducción y estímulo para que el lector sepa qué otras lecturas buscar para profundizar en el tema, o sepa poner en contexto a las diferentes ideas y gentes que aportaron algo a las teorías y prácticas de la acción noviolenta.

El texto ha sido fruto de años de investigación solitaria no obstante, tengo que agradecer el apoyo mostrado por el proyecto a Pedro Oliver Olmo, que además me puso en contacto con los editores. También fueron vitales para el resultado final las correcciones y aportaciones de José Manuel López Blanco, María Paz Hacha y Ana Martínez León, de la Asamblea Antimilitarista de Madrid y especialmente las de mi editor Patric de San Pedro.

También hay que agradecer a la Internacional de Resistentes a la Guerra, y en concreto a Howard Clark, Javier Gárate y Andreas Speck, su inspiradora labor que me ha llevado a entrar en contacto con diferentes activistas, movimientos y teóricos de buena parte del mundo. La sección española de la IRG, Alternativa Antimilitarista MOC, y dentro de esta el Grupo Antimilitarista de Carabanchel y la Asamblea Antimilitarista de Madrid han sido mis verdaderos maestros y su labor nunca será reconocida como se merece.

A todos ellos y ellas, muchas gracias.

La Primavera Árabe, que empezó con las protestas en Túnez y que se extendió a Egipto, Libia, Siria, Bahreín y Yemen, nos recuerda dos puntos cruciales de la acción noviolenta. Primero, que es contagiosa. Lo hemos visto antes con los movimientos anticoloniales después de Gandhi, con los movimientos contra el racismo después del Movimiento por los Derechos Civiles norteamericano, con movimientos por los derechos de las mujeres, y posteriormente de LGBT, con las revoluciones contra la burocracia comunista en 1989, así como con las transiciones de Georgia y Ucrania tras la caída de Milosevic en Serbia. El ejemplo de éxito en la lucha es probable que desencadene otras luchas en situaciones similares. De hecho, el ejemplo de lucha creativa, consiga o no sus objetivos, es contagioso, como hemos visto en las luchas multifacéticas contra la depredadora globalización capitalista, y como hemos visto con los movimientos de indignados e indignadas por todo el mundo, como los diversos movimientos *Occupy* o el 15-M en España.

* Howard Clark es presidente de la Internacional de Resistentes a la Guerra (www.wri-irg.org).

El segundo recordatorio es que de nuevo el curso de los sucesos ha sorprendido a «los expertos» —a los consejeros políticos de los gobiernos y grandes corporaciones, a los intelectuales especialistas en geopolítica, a la gente que se considera «realista»—. De alguna manera, nunca se tiene en cuenta el potencial de la movilización popular noviolenta, un alzamiento desde abajo para cambiar la realidad política. Estas perspectivas realistas —que fallaron a la hora de anticipar la revolución en Irán en 1979, que veían la división del mundo en los bloques capitalista y comunista como algo estable y permanente hasta 1989, y que aconsejaron complicidad con los regímenes corruptos y autocráticos del mundo árabe— ven el mundo a través de las lentes de los intereses geopolíticos y de los negocios que pueden hacerse entre los ricos y poderosos. Por lo tanto, cuando la gente insiste en convertirse en un factor activo en la situación —cuando vencen sus miedos y se organizan—, pillan a los expertos por sorpresa.

La acción noviolenta —como la unión de gente sin armas desafiando arraigados sistemas de poder— se ha tratado como un fenómeno marginal que no ha sido incluido en los currículos de la Historia. Cuando el estudio de la movilización popular, noviolenta o de otra forma, está en el currículum de las Ciencias Sociales, se tiende a centrar en condiciones estructurales («estructura de oportunidad política») e ignora muchas veces la cuestión de la voluntad, las motivaciones y la visión de aquellas personas y colectivos que se movilizan.

El investigador que ha hecho más por combatir esta laguna y marginación tiene en el momento de escribir este texto 82 años. Su nombre es Gene Sharp, y aunque puede que hayas oído hablar de él, es probable que no hayas leído nada suyo con verdadero peso específico. Su trabajo más importante, el libro en tres volúmenes *The Politics of Nonviolent Action* (La política de la acción noviolenta), se publicó en 1973 y todavía no ha sido traducido al castellano. Sin embargo, los estudios de Sharp no son en absoluto la última palabra en acción noviolenta. Él ha sido el pionero, aunque muy aislado, y en su obra se refleja cómo se concebían las cosas en su tiempo (por ejemplo, la visión desde la psicología social de la obediencia). A pesar de esos límites, el trabajo de Sharp —su investigación detallada de muchos casos de acción noviolenta, sus intentos de encontrar un marco descriptivo, su análisis de las fuentes de

poder— sigue siendo esencial para cualquiera que quiera entender cómo funciona la acción noviolenta.

El libro que tienes entre las manos es mucho más que un refrito de Gene Sharp en castellano. Los movimientos existen antes que los estudios sobre ellos, y para Jesús Castañar (*Cthuchi Zamarra*), siendo él mismo un activista, está claro que el trabajo de Sharp necesita ser colocado en el contexto de los muchos y variados movimientos sociales que se analizan en este libro. Yendo todavía más allá, después de explicar la perspectiva de Sharp sobre la acción noviolenta, este libro la sitúa en el contexto de otras perspectivas sobre el tema, incluidas aquellas críticas con Sharp. Además, este libro está actualizado con las discusiones que han escrito otras personas más jóvenes e investigaciones más recientes que amplían la visión ofrecida por Sharp.

Los eventos recientes una vez más han demostrado la necesidad de desarrollar nuestro entendimiento sobre el papel que la acción noviolenta puede jugar en la lucha popular, no simplemente derrocando regímenes corruptos y antidemocráticos, sino también desafiando los intentos de imponer un nuevo orden desde arriba. Este libro es una buena introducción para este campo de estudio.

5 de abril 2012

Prólogo

Pedro Oliver Olmo*

En la España de comienzos de la década de los setenta, todavía en plena dictadura franquista, estaba en ciernes un ciclo de desobediencia civil que se prolongaría durante treinta años; un nuevo movimiento social, el de objeción de conciencia, que iniciarían unos pocos jóvenes conscriptos al pagar con la cárcel su rechazo del servicio militar obligatorio por motivos éticos, políticos y no violentos. Aquel movimiento se desarrolló, fue granjeándose más y más apoyos sociales y, además de alcanzar cifras verdaderamente descomunales en número de objetores e insumisos, consiguió un gran prestigio y una gran capacidad de influencia sociocultural, gracias al ejemplo coherente de su desobediencia civil y al impacto de sus campañas públicas. El pacifismo de su discurso primigenio fue cambiando para hacerse cada vez más radical y antimilitarista, pero nunca abandonó su seña de identidad más genuina: la no violencia política. Los referentes ideológicos de esa nueva identidad no se extraían de la tradición libertaria y antimilitarista (aunque tampoco se había perdido del todo, sobre todo en Cataluña). Los activistas de la no violencia leían y aprendían de autores y experiencias de distintos países, preferían inspirarse en Gandhi y hacían suyos los valores de otros movimientos coetá-

* Pedro Oliver Olmo es profesor de Historia Contemporánea de la UCLM y ex militante del Movimiento de Objeción de Conciencia (MOC).

neos, como los que rechazaban las guerras de Argelia y Vietnam en Francia y EEUU. El siglo XX, a pesar de su maldito historial violento, también era un tiempo de buenos ejemplos para la lucha noviolenta.

Para conocer las experiencias históricas de desobediencia civil y de lucha popular noviolenta, durante muchos años la militancia de los colectivos de acción noviolenta, del movimiento de objeción de conciencia y de distintos grupos pacifistas y antimilitaristas, leyó y releó noticias históricas breves publicadas y difundidas a través de hojas sueltas mecanografiadas y mil veces fotocopiadas, o en artículos que reproducían algunas revistas antimilitaristas ya míticas (como *Oveja Negra* y *La Puça i el General*). Con un arsenal tan limitado de documentos sobre la historia de la noviolencia, al que se añadían otros que editaba la Internacional de Resistente a la Guerra, se prepararon muchas charlas, se repartieron muchísimos folletos y se editaron algunos materiales didácticos para fomentar la educación para la paz. Así se hicieron bastantes cosas, con aquella información colectiva y, por supuesto, con retazos del pensamiento clásico de Thoreau, Tolstói, Gandhi, Martin Luther King, además de las reflexiones de Lanza del Vasto y de otros activistas y analistas noviolentos también muy cercanos, como el francés Jean Marie Muller y el español Gonzalo Arias, empeñados en practicar y difundir propuestas estratégicas de acción política noviolenta.

También se conocía una literatura más especializada y enjundiosa, una tratadística muy volcada en analizar el papel de la desobediencia civil desde la teoría política y la filosofía del derecho (siguiendo a Rawls o a Habermas), y algo menos en valorar el alcance ético y político (quizás revolucionario) de las distintas formas de concebir la noviolencia como herramienta de lucha y como alternativa de defensa. En España, donde los grupos de noviolencia, en principio impregnados de pacifismo cristiano, pronto se escoraron hacia posiciones de izquierda y anarquistas, y donde el movimiento pacifista siempre tuvo un componente más radical que en otros países de su entorno (debido, sin lugar a dudas, a la raigambre e influencia de los grupos antimilitaristas), también fue creciendo ese tipo de producción ensayística, en los aledaños porosos del activismo militante y la investigación académica de los nuevos movimientos sociales, más concretamente, del movimiento de objeción e insumisión de los años noventa, y del movimiento pacifista y an-

timilitarista. Desde entonces, la lista bibliográfica se ha alargado y ha crecido en calidad.

Pero faltaba un texto actualizado y sintético que, además de no desdeñar la reflexión crítica, lograra sortear el riesgo del anacronismo mientras recuperaba la genealogía del pensamiento sobre la acción noviolenta y enmarcaba adecuadamente en su contexto histórico tanto teorías como movimientos. Ésas son las virtudes principales de este libro de Jesús Castañar. El autor se sitúa en el centro de los debates que más han preocupado a los partidarios de la noviolencia, para centrarse después en desmenuzar la historia de sus principales corrientes, movimientos y activistas, sin obviar tampoco un repaso previo de la historia de las ideas políticas que hicieron nacer los primeros planteamientos referidos a la desobediencia civil y la lucha noviolenta. No nos ofrece el autor de esta *Teoría e historia de la revolución noviolenta* una pieza de arqueología ideológica ni un compendio de curiosidades históricas para militancias minorizadas o en declive. Al contrario.

En este libro se puede leer la reflexión crítica y sosegada de quien ha militado en el pacifismo antimilitarista y noviolento de los países democráticos y, a su vez, ha dedicado largos años de observación participante a estudiar la acción noviolenta de grupos que operan en algunas de las zonas más calientes del planeta, concretamente, en Palestina, Colombia y Sri Lanka. Quizás por eso parece proponerse un doble objetivo con este libro: por un lado, introducir al neófito en un ámbito teórico e historiográfico poco conocido, a través de una exposición bien resumida y muy ordenada; y por otro, espolear al veterano para que rememore y actualice las polémicas que más suelen motivar a las personas comprometidas con la noviolencia.

El autor aborda cuestiones recurrentes: sobre las razones religiosas, filosóficas, morales, éticas o políticas de la acción noviolenta; o acerca de los niveles personales, interpersonales y sociopolíticos de ese compromiso (lo que Muller enmarcó muy bien hace años); y también las diferencias y los mestizajes en el seno de las más importantes corrientes teóricas de la noviolencia. Debates que, precisamente porque no escamotean su propio sesgo personal, Jesús Castañar consigue revivir y revitalizar.

1. Dificultades para el estudio de la no violencia



«Quien con monstruos lucha cuide de no convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti»

Friedrich Nietzsche



El desconocimiento de la historia y contenidos de las teorías de la acción no violenta es un importante factor que impide muchas veces la elección de estrategias políticas, o que provoca el desarrollo de éstas de forma errónea o cuanto menos mejorable. Este texto pretende ayudar a todas esas personas con vocación revolucionaria, que se ven a sí mismas como activistas para transformar el mundo, a encontrar inspiración para fundamentar el repertorio de técnicas de acción que se adapte mejor a su lucha particular. El objetivo de estas líneas será, por tanto, hacer un breve resumen para que podamos comprender rápidamente el contexto histórico de los diferentes movimientos y teorías de la acción política no violenta. El propósito final es, por supuesto, que con el conocimiento de la historia de la no violencia y de sus principales teorías podamos saber dónde buscar las técnicas que nos puedan ser útiles en nuestro propio caminar político. Así pues, para empezar a adentrarnos en las diferentes perspectivas con que se ha mirado y se mira la revolución no violenta, vamos a empezar por aclarar un poco lo que entendemos por acción no violenta y las diferentes visiones que hay de la misma.

Acercarse al estudio de la noviolencia siempre supone enfrentarse a un complejo problema en la acotación del término, debido a las múltiples corrientes existentes dentro de las teorías y los movimientos, así como a la expansión informal de sus ideas mediante talleres y entrenamientos en la acción noviolenta. Esto nos lleva a un mundo en el cual no sólo cada teórico maneja un concepto propio de lo que considera noviolencia (y a veces una grafía del mismo), sino que muchas veces cada colectivo político y, en definitiva, cada activista maneja una idea propia del concepto. Así, no es difícil encontrarnos con gente que realiza entrenamientos para la acción directa noviolenta presentando ideas de diferentes corrientes teóricas que, a veces, incluso les son desconocidas, o grupos religiosos que asimilan las doctrinas de la noviolencia, pero que no aplican su versión política revolucionaria, o activistas que no se reconocen como personas noviolentas, pero que emplean sistemáticamente la noviolencia en todas sus acciones.

La primera dificultad que hay que superar, sin duda, es la escritura misma del concepto, pues se nos ofrecen tres opciones que pueden dar matices totalmente diferentes a la misma idea: no violencia, no-violencia y noviolencia. Desgraciadamente, no es cierto que cada grafía se corresponda con un punto de vista distinto, y en muchos casos hemos de sospechar de la presencia de la mano traductora para adaptar un término a su propia concepción del asunto, como muestra el caso de que el término *non-violence* usado por el francés Jean Marie Muller haya sido traducido, a veces, como «no violencia» y otras como «noviolencia», ambas sin respetar la grafía original con guión.¹ En realidad el concepto de noviolencia es una traducción literal del concepto en sánscrito de *ahimsa* («a» como partícula negativa a la que se añade «himsa», violencia, es decir, fuerza que causa daño)². Este concepto, fundamental en la religión jainista y muy importante en la budista, fue introducido en Occidente por Mohandas Gandhi para conectar la filosofía religiosa con sus necesidades

¹ Así pues podemos ver que *Le courage de la non-violence* ha sido traducido al castellano como *El coraje de la no violencia*, y otras traducciones como *El significado de la noviolencia* o *La noviolencia como filosofía y como estrategia* siguen la grafía unida.

² Devi Prasad explica brevemente la importancia de la *himsa* (violencia) como pecado en el jainismo así como la importancia de la *ahimsa* o negación de la violencia; ver Devi Prasad: *War is a Crime against humanity*, War Resisters International, Londres, 2005, pp. 30-31.

políticas revolucionarias, igual que había hecho su maestro Lev Nicoláyevich Tolstói al vincular su pacifismo cristiano con una acción revolucionaria sin violencia basada en la desobediencia. A pesar de que en hindi se escribe junto, al traducir al inglés el concepto de *ahimsa* Gandhi optó por la grafía *non-violence*³ y es ésta por la que se optó hasta los años sesenta. Fue en ese momento cuando desde ámbitos activistas se planteó una distinción en cuanto a la grafía,⁴ prefiriendo escribir la palabra junta para señalar un concepto estrictamente sociopolítico, que se distancie de la mera idea de negación de la violencia —presente en ámbitos más amplios que los de la acción política— que podría sugerir la separación entre los dos términos del concepto. Se trata de indicar que la noviolencia es algo más que la negación de la violencia, que es una forma de acción política con una dinámica propia. El activista Paco Gascón, conocido entrenador para la acción noviolenta, lo ha expresado del siguiente modo:

*Los movimientos noviolentos europeos siempre han utilizado el término no-violencia como una sola palabra. La razón principal es la de explicitar con total claridad que la opción noviolenta no supone una mera negación de la violencia directa, sino un proyecto positivo de transformación radical de la sociedad y de nosotros y nosotras mismas. El objetivo fundamental será acabar con la denominada violencia estructural haciendo de la coherencia entre fines y medios uno de sus elementos fundamentales.*⁵

³ Sirva de ejemplo para ilustrar esto el artículo de 1922 en el que Mohandas Gandhi desarrolló una primera explicación del concepto, llamado precisamente «Non-violence», y que podemos encontrar en el capítulo 13 de *Collected Works of Mahatma Gandhi XXIII*, The Publications Department, Ministry of Information and Broadcasting, Government of India, pp. 24 y 27; o las numerosas veces que es citado de esta manera en *Todos los hombres son hermanos*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid, 1995, especialmente en el capítulo 4: «La ahimsa o el camino de la no-violencia», pp. 126 y ss.

⁴ La Internacional de Resistentes a la Guerra (www.wri-irg.org) ha utilizado el término escrito junto refiriéndose con ello a formas de acción política, lo mismo que otra gran organización internacional (de origen palestino) que agrupa movimientos noviolentos: Nonviolence International (www.nonviolenceinternational.org).

⁵ Paco Gascón, en el inicio de www.noviolencia.org.

Algunos autores han propuesto utilizar noviolencia para la corriente ética y no-violencia para la pragmática.⁶ Sin embargo, esta propuesta pasa por alto que fue el propio Sharp, el máximo exponente de la corriente pragmática, el que popularizó la grafía «noviolencia» (escrita junta) para referirse expresamente a formas noviolentas de acción política, y que existen otros ámbitos sociales en los que se usa el concepto de «no-violencia», como puede ser el interpersonal, o incluso en sistemas filosóficos en los que se usa para referirse abstractamente a la ausencia de violencia. Dado que lo que nos interesa es la noviolencia como forma de acción política, utilizaremos la grafía sin guión, con la intención expresa de referirnos a dinámicas políticas, no a filosofías o métodos de resolución de conflictos.

Los ámbitos de la noviolencia

Viendo las confusiones que genera el término se hace patente, por tanto, la necesidad de puntualizar si, al hablar de noviolencia, nos referimos a un nivel personal, a uno interpersonal o a uno social o político. El autor que más esfuerzos ha dedicado a la distinción entre las diferentes concepciones de la noviolencia ha sido el francés Jean Marie Muller.⁷

En un primer nivel más amplio encontramos una concepción holística de la noviolencia como filosofía de vida, de carácter muchas veces religioso, pero no necesariamente, que se sitúa en un ámbito personal y que ineludiblemente abarca el resto de los niveles. La noviolencia contemplada desde esta perspectiva consiste en la eliminación de la violencia de todos los aspectos de la vida (de ahí que se denomine holística), incluidos los conflictos sociales y políticos. La gente que sigue esta filosofía suele ser vegetariana, como muestra de su compromiso de no dañar seres animados, y mantiene un modo de vida en el que la ética diaria cobra una gran importancia.⁸ En esta corriente se pueden

⁶ Pere Ortega y Alejandro Pozo: *Noviolencia y transformación social*, Icaria editorial, Barcelona, 2005, p. 47.

⁷ Jean Marie Muller: *Significado de la noviolencia*, editorial CAN (Colectivo para una Alternativa Noviolenta), Madrid, 1983.

⁸ Quiero puntualizar aquí, para no tener que repetirlo continuamente, que considero que

encuadrar las doctrinas de las principales religiones pacifistas —pues el concepto de *ahimsa* es parte fundamental del hinduismo (aparece en los *Upanishads* del s. IX a. C.)— y de sus escisiones principales, el budismo de Siddarta Gautama (Buda) y, sobre todo, del jainismo de Vardhamana *Mahavira* (venerable) Swami. Igualmente la negación de la violencia había aparecido siglos antes en la doctrina china de Kon Fu Chi (Confucio) y pasó, probablemente vía Zarathrusta (Zoroastro), al judaísmo esenio de Ieshua (Josué, más conocido como Jesús) y, a través de Pablo de Tarso, al cristianismo.⁹ Cuando las corrientes principales de todas estas religiones se aliaron con el Estado al institucionalizarse como estructuras de poder, tuvieron que construir teorías de la guerra justa y del derecho divino para legitimar ciertas formas de violencia y dominación. Mark Kurlansky, historiador de la noviolencia, lo ha expresado del siguiente modo:

*Una de las grandes lecciones de la historia es que una vez el Estado adopta una religión, la naturaleza de la religión cambia radicalmente. Pierde su componente noviolento y se convierte en una fuerza de guerra más que de paz. El Estado debe hacer la guerra, porque sin guerra perdería su poder político y renegaría de su misión de buscar ventajas sobre otras naciones, desarrollándose a expensas de otras. Y por lo tanto una religión que está al servicio de un Estado es una religión que no sólo acepta la guerra sino que reza por la victoria.*¹⁰

Esto quiere decir que, en la práctica, se ha oído hablar de la condena de la violencia principalmente de la mano de sectas minoritarias dentro de esas grandes religiones, como fueron el caso de la minoría esenia en la judía, los cuáqueros o menonitas en la cristiana, la jainista y algunas ramas del budismo en el contexto hinduista, o la drusa y la bahaulista en el Islam.¹¹ Sin embargo,

las consideraciones éticas no son exclusivas de los activistas de la noviolencia y que siempre ha habido partidarios de la violencia con gran responsabilidad ética, que la consideran un último recurso de defensa propia. [N. del A.]

⁹ La historiografía de las religiones puede confirmar esto, como por ejemplo el clásico de E. O. James: *Historia de las religiones*, Alianza Editorial, Madrid, 1956.

¹⁰ Mark Kurlansky: *Nonviolence, The History of a Dangerous Idea*, Jonathan Cape, Londres, 2006, pp. 23 y 24. [Traducción del autor.]

¹¹ La sorprendente mezcla de pacifismo y apología de la guerra en el Islam nace de su

hay que tener en cuenta que esta concepción de la no-violencia (como condena de la violencia) la comparte, desde un plano personal, no sólo gente religiosa, sino muchas personas que han llegado a la misma por diferentes caminos, como pueden ser el anarcopacifismo, el ecopacifismo, el vegetarianismo o colectivos defensores de los animales.

Hay un segundo nivel que entiende la no-violencia en un plano interpersonal que no implica una concepción holística tan comprometida con el modo de vida individual como en el plano personal, pero que sí que implica una postura ética de no utilizar la violencia en la vida diaria en la relación con otras personas. En este nivel se pueden encontrar teorías de la noviolencia como forma de superación de los conflictos (frente a otras perspectivas que hablarían de gestión o resolución de conflictos). Desde esta perspectiva se intenta tratar al actor social opuesto con el respeto de un ser humano pleno, no deshumanizado, frente a la concepción demonizadora que lo considera como un enemigo y, por lo tanto, alguien contra el que es legítimo ejercer violencia. Desde esta perspectiva, las teorías de la noviolencia se centran en la necesidad de ir a las causas profundas que han generado el conflicto para poder superarlo mediante la generación de un consenso nuevo al que se puedan amoldar las dos partes.

Se proceda o no de una filosofía moral holística, el ejemplo de Gandhi ha sido inspirador de las corrientes que abogan por la resolución pacífica de los conflictos. El profesor ceilandés Jayadeva Uyangoda expresa del siguiente modo la decisiva influencia de Gandhi a este respecto:

En condiciones de conflicto violento, hay normalmente una tendencia a dividir y polarizar comunidades y, a veces, estas comunidades divididas son también arrastradas hacia la acción violenta. Los disturbios comunales con los que estamos tan familiarizados en el sur de Asia son el primer ejemplo de divisiones y violencia en circunstancias de conflicto. En tales situaciones, la reconciliación intercomunal llega a ser un desafío en la estrategia de resolución de conflictos en la que el ejemplo gandhiano de la no-violencia permite un

concepto de comunidad islámica, y la distinción entre el intragrupo y extragrupo que inevitablemente genera. Para una propuesta de teoría pacifista del islam ver Asghar Ali Engineer: *On Developing Theology of Peace in Islam*, Sterling Publishers Priv. Lim, Nueva Delhi, 2003.

*espacio creativo para una estrategia de reconciliación en sociedades profundamente divididas.*¹²

Si nos situamos en un tercer nivel, esta vez de carácter sociopolítico, encontraremos la perspectiva que entiende la noviolencia como una forma de acción política, y que suele usar el concepto de «acción noviolenta», en vez de simplemente «noviolencia», precisamente para remarcar el carácter sociopolítico de la misma. La definición de acción noviolenta que vamos a utilizar es la clásica que estableciera Gene Sharp en su momento y que redactó de la siguiente manera:

*La acción noviolenta es un término genérico que recoge decenas de métodos específicos de protesta, no-cooperación e intervención, en todos los cuales los activistas conducen el conflicto haciendo (o dejando de hacer) ciertas cosas sin el uso de la violencia. Como técnica, la acción noviolenta no es pasiva, no es inacción, es acción que es noviolenta.*¹³

Vemos, por tanto, que en esta definición de la acción noviolenta como una técnica de acción política se ponen de manifiesto algunas de las características de la noviolencia que hemos señalado más arriba, al diferenciar la noviolencia como forma de acción política de los niveles personal e interpersonal. Si asumimos que noviolencia hace referencia al nivel sociopolítico (y no sólo a la corriente ética del nivel político), no estamos negando la capacidad política de las concepciones holísticas, pero sí que estamos negando acertadamente que el uso de la noviolencia como forma de acción política necesite necesariamente proceder de concepciones holísticas. La existencia de un gran número de movimientos políticos que luchan noviolentamente por las más diversas causas sin fundamentar su actividad en una concepción holística, sino en meras consideraciones prácticas, vendría a corroborar esta tesis.

¹² Jayadeva Uyangoda: «Understanding conflict and conflict resolution», en Jayadeva Uyangoda (ed.): *Conflict, Conflict Resolution and Peace Building. An Introduction to Theories and Practices*, GTZ Sri Lanka, Colombo, 2005, p. 8. [Traducción del autor.]

¹³ Gene Sharp: *The Politics of Nonviolent Action*, Porter Sargent Publishers, vol. I, Boston, 2000 (primera edición de 1973), p. 64. [Traducción del autor.]

De esta manera, teniendo clara esta distinción, parece razonable que se puede movilizar a muchas más personas para la acción noviolenta si para ello no se les exigen unas pautas de conducta en otras dimensiones de su vida que puedan acabar llevándolas al rechazo de la acción noviolenta, por suponerles un esfuerzo demasiado incomprensible y aparentemente no relacionado con su motivación política. Esto puede ser de vital importancia si se tiene en cuenta que la forma más común de reflexionar sobre la moralidad de la violencia es aceptando su uso en caso de legítima defensa, apoyando las luchas que responden a agresiones previas. No hace por tanto falta condenar la lucha armada ni ser noviolento en todos los aspectos de tu vida para participar en acciones noviolentas, como no hace falta que una persona sea vegetariana para que coma y disfrute de la comida sin carne o pescado.

Una nueva definición de acción noviolenta

Por tanto, entender la noviolencia como una forma de acción política lleva a considerarla como parte de un abanico más extenso de formas de acción, como serían la lucha armada y otras formas de resistencia civil, como el sabotaje o la destrucción de mobiliario urbano, que se sitúan fuera de las definiciones de acción violenta (que implica daños personales) y noviolenta (en la que la agresividad y la violencia simbólica también se minimizan y el posible daño se reconduce hacia uno mismo).

Ante la necesidad de una taxonomía para esa otra forma de acción que desde muchos movimientos se encuadra dentro de la legítima «resistencia civil», desde estas líneas proponemos denominar «acción incruenta» a esas acciones que, sin producir violencia física contra las personas, pueden producir daño contra objetos, cosa que puede interpretarse como amenaza de violencia contra personas y, por tanto, como una forma de violencia simbólica (lo que no puede considerarse dentro de la categoría de acción noviolenta). Se trata de superar el eterno debate entre la gente que prefiere calificar el sabotaje como una forma de acción política violenta y la que prefiere calificarlo como una forma noviolenta, a fin de darle la legitimidad suficiente para ponerlo en práctica. En realidad, este tipo de acciones en sí mismas no son ni violentas ni

noviolentas, como tampoco lo es una huelga, sino que es la forma de llevar a cabo esa acción lo que permite calificarla de acción violenta, acción noviolenta o acción incruenta. Así, una huelga puede ser violenta si se utilizan piquetes coercitivos que usan la fuerza, o noviolenta si esos piquetes han utilizado medios noviolentos para aumentar la participación, aunque haya habido coerción. Del mismo modo, si en un sabotaje se produce violencia contra personas (independientemente de las consecuencias del mismo) está claro que se trata de una acción violenta, pero incluso si esto no sucede tampoco está claro que sea una acción noviolenta, ya que implica cierta violencia contra objetos. De hecho, es el típico debate en el que no existe consenso precisamente porque no encaja en los modelos de las categorías de acción violenta y acción noviolenta. Así, quemar un cajero automático o romper escaparates en medio de una manifestación no son sabotajes violentos, al no producir daños personales, ni noviolentos, al expresar una agresividad que genera una violencia a nivel simbólico que cambiará totalmente la dinámica comunicativa de la acción, es decir, la forma de valorar la misma por parte del antagonista y de terceras partes. Además, este tipo de violencia incruenta puede descontrolarse y producir daños personales (gente herida o muerta por las propias acciones).

Resumiendo, se hace necesario superar esa aparente dicotomía a la que se llega mediante la construcción de una teoría de la acción noviolenta basada sólo en los aspectos instrumentales de la acción (uso o no de la violencia), e incluir en el concepto los aspectos comunicativos o simbólicos de la misma (expresión de amenazas, agresividad o intención de daño). La noviolencia es una forma de acción con unas dinámicas comunicativas propias derivadas de la ausencia de violencia y agresividad, de forma que no es únicamente la negación de la violencia instrumental en la acción la característica definitoria, sino que requiere además de la eliminación de la violencia simbólica. De este modo, el uso de técnicas pacíficas acompañadas por técnicas violentas, aunque sólo sea simbólica, como puede ser la violencia contra objetos, invalida el carácter noviolento de la acción, principalmente porque las consecuencias a nivel comunicativo serán totalmente diferentes al ser valoradas por activistas, oponentes y terceras partes con criterios totalmente diferentes, similares a los usados para valorar la acción violenta. Sin embargo, al no producirse violencia física contra personas, socialmente tampoco es posible considerarla como

acción violenta, aunque puede que sí como «resistencia civil» o «violencia incruenta». La categoría de «acción incruenta» recogería por tanto toda esta gama de acciones que no caben en una clasificación de tipo violento ni noviolento. A lo largo de este libro veremos cómo numerosas movilizaciones han mezclado el uso de las técnicas noviolentas con otras de violencia incruenta o incluso cruenta, razón por la que algunos estudiosos prefieren estudiar movimientos de resistencia civil o insurrecciones no armadas en vez de movimientos noviolentos propiamente dichos.¹⁴

Por otro lado, Kurt Shock¹⁵ ha señalado como característica principal de la acción noviolenta el carácter no institucional de la misma, para distinguirla de otras formas de acción política sin violencia caracterizada por seguir los cauces institucionales, como podría ser concurrir a unas elecciones. Creemos que esa reflexión es tan importante que debería incluirse en la definición de acción noviolenta. Por lo tanto, tras estas reflexiones convendría puntualizar todos estos matices sobre la violencia simbólica en la definición de violencia aportada por Sharp, pudiendo quedar tal y como sigue:

La acción noviolenta es una técnica de acción sociopolítica no institucional para aplicar poder en una situación de conflicto sin utilizar la violencia ni siquiera de forma simbólica.

Diferentes perspectivas

Así que, una vez acotado el concepto, conviene que nos demoremos un poco en revisar las diferentes perspectivas que han tenido los pensadores y pensadoras que se han acercado a la acción noviolenta, y las diversas opiniones y

¹⁴ Michael Randle usa el término «resistencia civil», Kurt Shock «insurrecciones no armadas», Howard Clark «poder popular». En el capítulo 22, sobre teorías contemporáneas, hablaremos más de ello.

¹⁵ Kurt Shock: *Insurrecciones no armadas*, Editorial Universidad del Rosario, Bogotá, 2008. Al final de la página 53 afirma: «En vez de ser enfocada como la mitad de un rígida dicotomía violencia-noviolencia, la acción noviolenta podría ser mejor entendida como un conjunto de métodos con rasgos especiales que difieren tanto de la resistencia violenta como de la acción institucional». En la página 62 desarrolla más esta idea.

estrategias que los movimientos han ido adoptando de unos y otros autores o autoras. La propuesta de análisis que planteamos invita a matizar la clásica división entre una corriente ideológica denominada a veces ética (*principled*, en inglés), que basa la acción noviolenta en la legitimidad de la misma y la ilegitimidad de la lucha armada; y otra pragmática, que se basaría en argumentos relacionados con la mayor efectividad de la acción noviolenta en determinados contextos. Como pasamos a exponer a continuación, esta división dicotómica genera algunos problemas.

Los manuales de noviolencia¹⁶ suelen encuadrar dentro de la perspectiva ética o ideológica a los ya mencionados y conocidos Tolstói, Gandhi o Luther King, pero también a otros como George Fox, William Lloyd Garrison, Adin Ballou, Richard Gregg, Lanza del Vasto, Danilo Dolci o el español Gonzalo Arias.

Por otra parte, dentro de las teorías pragmáticas de la acción noviolenta se suele encuadrar a Henry David Thoreau y Gene Sharp, pero también a otros como Bertrand Russell, Anders Boserup, Robert Helvey o Peter Ackerman.¹⁷ También podríamos considerar dentro de esta corriente a los movimientos históricos que utilizaron la noviolencia por su efectividad contra el oponente contra el cual luchaban, independientemente de si tuvieron éxito o no, o de si su objetivo era revolucionario o reformista. Por ello vamos a distinguir entre corriente pragmática teórica y corriente pragmática histórica, ya que nos servirá para distinguir entre las diferentes visiones que surgen a partir de la teoría y la práctica. Por otro lado, es difícil clasificar a un cierto número de autores o autoras que desde una perspectiva ética abogan por una teoría de la revolución, entre quienes cabría incluir al holandés Bart de Ligt, al australiano Brian Martin, la norteamericana Barbara Demming, el indio Krishnalal Shridharani o el francés Jean Marie Muller, para los cuales la noviolencia es tanto una filosofía como una estrategia, a la que se accede tanto por cuestio-

¹⁶ Ver, por ejemplo, Pere Ortega y Alejandro Pozo: *Noviolencia y transformación social*, Icaria editorial, Barcelona, 2005.

¹⁷ Ver, por ejemplo, Mario López: «La noviolencia como alternativa política», en Fco. A. Muñoz: *La paz imperfecta*, Editorial de la Universidad de Granada, Granada, 2001, pp. 181-251, ; Ortega y Pozo, *ob. cit.*, página 49; o Brian Martin y Wendy Varney: «Nonviolence and communication», p. 214, en International Peace Research Institute Oslo: *Journal of Peace Research*, n.º 40, Sage Publications, Londres, 2003.

nes de legitimidad como de efectividad. Esta visión no es minoritaria, pues es la que más calado tiene en los movimientos antimilitaristas, que suelen considerar la noviolencia desde una perspectiva sociopolítica revolucionaria como una forma coherente de transformación radical de la sociedad.¹⁸

Creemos, que la corriente «ética» debe recoger todas las posturas que parten de una coherencia entre fines y medios, y ésta se observa también en teorías de la acción noviolenta que no tienen por qué tener una visión holística procedente de una filosofía personal, e incluso en movimientos sociales tan importantes como el antimilitarismo o el feminismo. En realidad, si se acepta la premisa ética de que el fin no justifica los medios, la legitimidad y la efectividad se convierten en una misma cosa, pues nunca será efectivo un método que reproduzca las mismas injusticias contra las que se combate o que sea incongruente a nivel simbólico. Por ello, nos va a ser útil denominar «ética holística» a la corriente que parte de una concepción global de la noviolencia desde un nivel personal para todos los aspectos de la vida, y que se diferenciaría de otra visión más centrada en aspectos únicamente sociopolíticos. Desde esta otra perspectiva, que denominaremos enfoque ético «sociopolítico», los fines están impregnados de valores morales en sí mismos, por lo que según el principio de concordancia entre medios y fines la forma más eficiente para lograr esos fines serán medios igualmente guiados por principios morales. Así pues, desde una perspectiva holística lo importante es valerse de una noviolencia estricta en todos los ámbitos de la vida, independientemente de los fines, mientras que desde este otro punto de vista lo importante es que los medios estén en concordancia con los fines justos que se persiguen.

Esta distinción dentro del enfoque ético permite recoger todas esas posturas eclécticas en las que la legitimidad y la efectividad se igualan. Los autores y autoras antes citados, a la sazón, Bart de Ligt, Jean Marie Muller, Michael Randle, Brian Martin, Barbara Demming, David Dellinger y algunos movimientos noviolentos que veremos a lo largo de este libro, principalmente los llamados nuevos movimientos sociales (ecologismo, pacifismo y feminismo), se podrían ubicar en esta corriente.

¹⁸ Se puede encontrar una traducción de «La no-violencia como filosofía y como estrategia», el conocido artículo de Jean Marie Muller donde realiza un resumen de su teoría de la no-violencia, en: <http://www.antimilitaristas.org/spip.php?article2538> (activo el 27-4-2012).

Se podría considerar que el punto de vista holístico, cuando se aplica a la acción política, coincide muchas veces con los presupuestos de esta corriente ética sociopolítica basada igualmente en principios morales (el fin no justifica los medios). La diferencia entre estas dos corrientes de ética holística y de ética sociopolítica es que, desde el punto de vista sociopolítico (lo mismo que desde el punto de vista pragmático), el o la activista no «es» noviolento o noviolenta, sino que «utiliza» la noviolencia; mientras que, desde el punto de vista holístico, trata de «ser» noviolento o noviolenta, no sólo ya en su acción política, que puede no ser revolucionaria, sino en todos los aspectos de su vida.

Recapitulando estas reflexiones, podemos decir que existe una perspectiva ética y otra pragmática de la acción noviolenta, tal y como se viene atestiguando desde hace tiempo, y que en ambas se pueden dar posturas tanto revolucionarias como reformistas, dependiendo de sus objetivos y filosofía. Además, se puede matizar que existe una parte de la corriente pragmática de carácter teórico formada por personas, muchas veces del ámbito académico, que proponen estrategias de acción noviolenta por su mayor efectividad para el cambio político, y que existe otra visión de carácter histórico formada por activistas y movimientos que utilizan o han utilizado la noviolencia igualmente por sus ventajas prácticas a la hora de conseguir fines políticos. Por otro lado, dentro de la visión que antes se denominaba ética, podríamos distinguir dos corrientes de pensamiento respecto a la acción noviolenta: la ética sociopolítica, caracterizada por la coherencia entre fines y medios para lograr una transformación sociopolítica, y la holística, que al proceder de una filosofía integral, da prioridad al uso de medios moralmente congruentes y que, como veremos, a veces ha rechazado medios de acción noviolentos por considerarlos demasiado coercitivos. Con esta distinción logramos que no se confundan posturas revolucionarias con posturas no-violentas, que son pasivas en cuanto a acción política se refiere y que, como veremos, han entrado muchas veces en conflicto con la perspectiva revolucionaria de la corriente ética sociopolítica. De hecho, en algunos ámbitos se ha utilizado el redundante concepto de noviolencia activa para diferenciarse de la actitud pasiva de algunas visiones holísticas.

Hay que señalar, por último, otra diferencia fundamental entre las visiones ética y pragmática, por lo que se refiere al uso del concepto de revolución y, por consiguiente, a lo que entienden por acción política revolucionaria. Por un lado, los análisis del enfoque pragmático, igual que muchos movimientos históricos de este signo, se fijan sólo en la cuestión de la toma del poder, y consideran la noviolencia como una estrategia únicamente política. Por otro lado, los análisis y movimientos de la corriente ética tienen una perspectiva sociopolítica de la revolución, entendiendo ésta como una transformación radical de la sociedad no limitada sólo al cambio de la élite dirigente. Esto hace que los movimientos noviolentos de la corriente ética sean principalmente movimientos que buscan una transformación de la cultura política, y no sólo de los actores políticos presentes, proponiendo una renovación en la forma de relacionarse con lo colectivo. Esto los convierte en movimientos a largo plazo a los que les cuesta mucho trabajo llegar a ver cumplidos sus objetivos —que en muchos casos se pueden considerar de carácter utópico—, pero que van transformando lentamente la cultura política y la propia sociedad.

Las teorías pragmáticas ensalzan procesos en los que las estrategias para la caída del oponente son más importantes que los de transformación social, por lo que los movimientos históricos tienden a triunfar o fracasar en una serie de años y desaparecer una vez logrados sus objetivos. En el caso de los movimientos de calado ético, al ser estos objetivos tan lejanos en el tiempo, la propia pervivencia del movimiento se puede considerar como un síntoma del éxito del mismo, y el paulatino calado en la sociedad de algunas de sus propuestas como una muestra tangible de ello.

Tal y como iremos viendo a lo largo de este libro, la historia de la acción noviolenta es la historia de todas estas perspectivas en paralelo. Por un lado, pensadores, propagandistas y movimientos con una visión holística que abogaban por el rechazo de la violencia como proceso de revolución interna que traería la transformación de la sociedad, proponiendo procesos de revolución sociopolíticos a largo plazo. Por otro lado, movimientos políticos, muchas veces de carácter totalmente revolucionario, que se veían abogados a rechazar la violencia para no ser masacrados por un oponente dotado de mucha mayor capacidad de ejercer la violencia. De la unión de estos dos puntos de vista, el de la revolución interior holística y el de la revolución política pragmática,

nacería la visión revolucionaria integral de la corriente ética sociopolítica, pero también las reflexiones estratégicas de las teorías pragmáticas que critican el recurso a la violencia por su ineficacia política. Hay que añadir además que este libro parte de esta misma idea, la de conjugar las visiones de la corriente ética y la pragmática para poder así comprender mejor el fenómeno de la acción y la revolución noviolenta, pero sin eludir el propio compromiso con los movimientos revolucionarios noviolentos que parten de una perspectiva socio-política, ante la ineludible tarea de renovación social que debemos afrontar para sobrevivir como especie.

2. Primeros casos documentados de movilizaciones no violentas

Las estrategias políticas no violentas son más antiguas de lo que habitualmente se cree. Muchas de sus técnicas de no colaboración y desobediencia se han usado desde antiguo, como muestra el famoso «papiro de la huelga», en el que se narra un suceso acaecido entre los trabajadores y artesanos del barrio Deir al-Medina, de Aset (el verdadero nombre de la famosa Tebas, la capital de Egipto), en el año 29 del reinado de Ramsés III (aproximadamente el 1166 a. C.). En ese momento el Reino Nuevo de Egipto vivía una crisis caracterizada por la bancarrota estatal debido a la corrupción, los lujos de la corte, los excesos de la burocracia administrativa y los ataques de los Pueblos del Mar en el norte. En ese contexto, la muerte de varios príncipes había multiplicado el trabajo de los artesanos de las tumbas de la realeza, a la vez que había retrasos en el pago de los salarios (en pan y cerveza) por la «distracción» del gobernador de Aset. Finalmente se produjo un paro general por parte de los artesanos y trabajadores, dirigidos por Amennajeth (o Amonjat), trabajador de la tumba de Ramsés III. Éstos se dirigieron primero a los templos funerarios de Ramsés II (el Ramesseum), y al cabo de unos días se dirigieron al de Thutmosis III e hicieron una sentada frente a él para pedir sus raciones y que

se informara al faraón. Éste en ese momento se encontraba en el Delta, en el otro extremo del país, participando en una ceremonia religiosa. Tras varios días de conflicto, consiguieron sus sueldos de manos de los sacerdotes de los templos, pero con el tiempo tuvieron que repetir la huelga dos veces más, consiguiendo sus objetivos finalmente. Estos hechos provocaron la prohibición faraónica de realizar más huelgas, pero, a pesar de ello, éstas se repitieron posteriormente, y las más significativas fueron las sucedidas bajo los reinados de Ramses IV y Ramses IX, siendo un síntoma más de la descomposición del Reino Nuevo, pareja a la gran crisis de las civilizaciones de la Edad de Bronce de Oriente Medio derivada de la extensión del uso del hierro.

Este tipo de ciclos de huelgas podría describir muy bien procesos de movilizaciones similares en contextos históricos diversos, lo cual pone de manifiesto que huelgas, manifestaciones, sentadas y otras formas de coerción noviolenta son recursos habituales en conflictos laborales de cualquier tiempo histórico. Este hecho, con todas sus lagunas debido al desconocimiento exacto de los acontecimientos, nos revela también que en realidad no sabemos hasta qué punto fueron totalmente noviolentas las movilizaciones de los artesanos, aunque parece claro que no hubo violencia, porque en ese contexto hubiera tenido graves consecuencias que no se narran (el único acto de venganza relacionado parece ser que fue el robo de tumbas). Esa imprecisión nos revela un aspecto fundamental en la acción política noviolenta, ya que determinadas técnicas basadas en principios de no-colaboración o desobediencia no son noviolentas en sí mismas, sino que dependerán de cómo se lleven a cabo. Huelgas, manifestaciones, sentadas pueden convertirse en acciones violentas o de resistencia civil incruenta si no se realizan siguiendo unas pautas que eliminen la posible violencia, tanto instrumental como simbólica, en las mismas.

Otra famosa acción noviolenta de la Antigüedad fue la conocida retirada al monte Aventino de los humillados plebeyos y plebeyas romanas en el año 494 a. C., hasta que los patricios les concedieron derechos políticos que les negaban. Este acontecimiento muestra cómo la no-colaboración es una idea que también ha estado presente desde muy atrás en la historia. De hecho, incluso en la tragedia griega, con la obra *Antígona* de Sófocles como arquetipo, se representó muchas veces la desobediencia a órdenes injustas como tema

moral que posteriormente permanecería como clásico en la cultura occidental y que se convertiría en la base que sustenta el concepto de desobediencia civil.

La mitología hebrea también presenta casos de desobediencia civil, como por ejemplo la historia de los tres jóvenes en el horno relatada en el Libro de Daniel. La historia, que aparece también en las biblias católica y ortodoxa, narra cómo tres jóvenes judíos exiliados en Babilonia se negaron a obedecer el orden del rey Nabucodonosor de adorar una imagen de oro asociada al culto imperial. La leyenda cuenta cómo fueron arrojados a un horno y salvados por intercesión divina. A pesar de su trágico destino, fue usada por posteriores grupos cristianos, como los cuáqueros, para justificar su desobediencia civil. Por otro lado, en el subcontinente indio la leyenda de Asoka, confirmada con la aparición de sus edictos tallados en roca, relata cómo este emperador abrazó la noviolencia y el budismo tras la cruenta guerra de Kalinga, lo que trajo consigo cuarenta años de prosperidad y libertad a la región.

Otra forma de acción noviolenta, como es la huelga de hambre, también muestra síntomas de temprana utilización. En la Irlanda precristiana era conocida como *cealachan* y se usaba en disputas personales, sobre todo para el cobro de deudas. Era tal su importancia que estaba detallada en los códigos de conducta de la época, pues tenía normas específicas de cómo debía de usarse. Se solía realizar a la puerta del ofensor que quedaba deshonrado si permitía morir al ofendido a la entrada de su casa. Se dice que hasta San Patricio usó esta particular forma de acción noviolenta. En la India, con el nombre de *dharna*, se usaba de igual manera hasta 1861, año en que fue prohibida por el Gobierno británico. Sus orígenes allí eran igualmente antiguos, pues aparece mencionada en el *Valmiki Ramayana*, compuesto no después del siglo V a. C. En ambos casos se trataba de prácticas usadas para la resolución de conflictos sin usar la violencia.

Por tanto, la clave en la acción política noviolenta está tanto en el qué se hace —pues tiene que tratarse de una acción política o de una forma de ejercicio del poder—, como en el cómo se hace —tiene que ser sin violencia—. Dado que lo que nos ocupa en este libro es la historia de la revolución noviolenta, no nos interesa hacer sólo una compilación de pequeños hechos históricos en los que se aplicaron con más o menos eficiencia técnicas de acción noviolenta, cuyo carácter violento, incruento o noviolento vendría dado por

las circunstancias especiales de cada caso. Nos interesa también sacar a la luz las primeras reflexiones sobre cómo se deberían realizar las movilizaciones, ya que fueron las que acabaron conformando la idea de acción política noviolenta. Los movimientos que sacaremos a la luz servirán tanto para darlos a conocer como para poner en su debido contexto las reflexiones de los autores y autoras que han teorizado sobre la acción política noviolenta. Debemos pues acudir al origen del nacimiento de una conciencia pacifista en la movilización política, lo cual ha sido un proceso en realidad lento, debido al gran éxito de la violencia como forma principal de acción política.

Por otro lado, no hay que dejar de mencionar que del mismo modo que la huelga, la sentada y la manifestación pública no son técnicas de acción política expresamente modernas o noviolentas, tampoco lo son dos formas de resistencia a la guerra de larga tradición, como la negativa a realizar el servicio militar o la negativa a pagar determinados impuestos para financiar militarizaciones. Aparentemente, ambas formas de acción pueden parecer mucho más libres de la posibilidad de realizarse violentamente, al tratarse de protestas pacifistas y actos de no colaboración basados en la omisión de acción. Sin embargo, la resistencia a la guerra no siempre se hace por motivos pacifistas (es decir, políticos), ya que muchas veces es cuestión de mera supervivencia y no tiene por qué tener en cuenta la coherencia entre fines y medios de la lógica noviolenta. En la historia abundan los casos de prófugos, de hecho desde que existe reclutamiento se puede decir que existen remisos; pero si su acción no tiene un carácter político se tratará de una acción no-violenta, o sin violencia, pero no de una acción noviolenta tal y como la hemos definido. Además, de igual modo que una huelga puede ser violenta o incruenta, las desobediencias a las órdenes militares tampoco son formas de acción que sean en sí mismas noviolentas, ya que pueden darse (y de hecho se han dado muchas veces) en medio de disturbios o revoluciones violentas (dejar de disparar a unos para disparar a otros). Es por ello por lo que incluso la objeción de conciencia también depende de la reflexión previa acerca de la forma de llevarse a cabo, de modo que se rechace expresamente cualquier forma de posible violencia, sobre todo en respuesta a la más que probable represión. Tal y como decíamos con anterioridad, es igual de importante tanto que sea una acción política como que se realice sin violencia.

Los orígenes de la desobediencia política

Las reflexiones acerca de cómo movilizarse políticamente sin violencia han partido casi siempre desde ámbitos pacifistas, es decir, religiones o corrientes del pensamiento holísticas que al rechazar la violencia en todas las circunstancias vitales han impuesto el uso de la noviolencia para la acción política y la resolución de conflictos sociales. Hemos visto más arriba cómo diversas corrientes dentro de las grandes religiones han tratado de mantener los ideales morales de rechazo a la violencia que éstas habían ido perdiendo por causa de sus pactos con el poder. La actitud revolucionaria de la primera cristiandad se trastocó en conservadora cuando se convirtió en religión mayoritaria, tras su despenalización mediante el Edicto de Milán de Constantino en el año 313, y en instrumento de dominación del Imperio cuando se convirtió en religión de Estado por Teodosio en el año 380. No obstante, en el contexto previo de enfrentamiento religioso con el imperio romano, los primeros cristianos reportaron los primeros casos conocidos de objeción de conciencia en Occidente, con los casos de San Maximiliano de Tebessa, San Martín de Tours, patrón de Francia, o el muy venerado San Sebastián.

El primero fue decapitado en el año 295 por negarse a servir en el ejército romano por considerarlo pecaminoso; y el segundo se convirtió en el primer santo católico no mártir, ya que el emperador Constante le perdonó su negativa a participar en una batalla contra los francos en torno al año 337. Curiosamente, según la leyenda, los francos se rindieron porque pensaban que los romanos estaban tan seguros de su victoria que algunos de ellos habían acudido sin armas al combate, pues Martín había afirmado ante el emperador que acudiría a la batalla desarmado para demostrar que su objeción a combatir no era por cobardía.¹ El tercer famoso santo cristiano venerado por negarse a servir en el ejército romano es San Sebastián que, según la leyenda, en 288 sobrevivió al primer martirio (por lo que es representado asaetado) y acudió ante Diocleciano para presentarse a un segundo martirio al que ya no sobrevivió. Debido al cambio de orientación del catolicismo tras su vinculación al poder romano, sólo se han constatado casos de objeción de conciencia

¹ Mark Kurlansky: *Nonviolence, The History of a Dangerous Idea*, Jonathan Cape, Londres, 2006, p. 27

entre cristianos romanos hasta el siglo V, no volviendo a resurgir el pacifismo cristiano hasta la llegada de los valdenses y husitas en el siguiente milenio.²

Las referencias históricas de estos personajes no quieren decir que fueran ellos los primeros objetores de conciencia al servicio militar (sobre todo teniendo en cuenta que se sitúan en un campo cercano a la leyenda), sino tan sólo los más antiguos cuya historia se ha podido constatar, ya que la historiografía cristiana se ha preocupado de recuperarla. Como hemos mencionado antes, no sería exagerado señalar que desde que existe el servicio militar han existido remisos, prófugos y desertores por los más diversos motivos.

Igualmente, desde que una estructura de poder ha impuesto la recaudación de tributos, ha existido gente que por los más diversos motivos se ha negado a pagarlos. Entre las causas puede estar participar en una campaña política de transformación social, como sucedió, en realidad, con muchas de las herejías medievales que organizaban actos de desobediencia conscientes, como es el caso de los movimientos husita, valdense y otros similares anteriores a la Reforma protestante.

Sin embargo, y igual que sucedía con la huelga, estas campañas, si bien se han producido en casi todas las épocas y contextos sociales, cada una encuadrada en un marco ideológico propio de su momento, no produjeron una reflexión sobre la propia forma de acción en cuanto acción política, y hasta el siglo XIX no se elaboraron los primeros planteamientos que tenían en cuenta las dinámicas de la propia acción. Antes de la Modernidad, este tipo de acciones estaba enmarcada en el ámbito religioso y moral en el cual se desarrollaba el pensamiento premoderno. Así, fue Thoreau el que propuso y legitimó la negativa a pagar impuestos como estrategia política, y Tolstói el que dio un matiz político a la desobediencia al servicio militar. Estos dos son los más famosos, pero no fueron los únicos en proponer una acción política sin violencia, pues había también toda una serie de activistas, encabezados por William Lloyd Garrison y Adin Ballou en Estados Unidos, comprometidos con la «no-resistencia» en el marco del movimiento abolicionista de este país, así como otros muchos movimientos que desde principios de siglo XIX optaron por la «resistencia pasiva». De este modo, a lo largo de este siglo la noviolencia

2. Peter Brock: *Varieties of Pacifism. A Survey From Antiquity to the Outset of the Twentieth Century*, University of Toronto Press Incorporated, Nueva York, 1998, p. 8.

abandonaba el campo de la conciencia individual y se convertía en acción política, desobediencia civil, insumisión. Antes fue necesario crear las condiciones previas desarrollando una teoría de la acción política democrática, a la vez que el pensamiento político tuvo que evolucionar hacia la creación de modelos sobre el funcionamiento del poder que tuvieran en cuenta la importancia de la voluntariedad de la obediencia para poder establecer teorías sobre la posibilidad y la legitimidad de la desobediencia como forma de acción política. Y eso fue un proceso de siglos que vamos a ver brevemente en las siguientes páginas.

3. Los cambios políticos en los siglos XVI y XVII

La teoría política del siglo XVI tenía como referencia inevitable la doctrina de Nicolás Maquiavelo (que publicó *El Príncipe* en 1513). Este autor italiano justificaba, como es bien sabido, los medios empleados para conseguir el fin pretendido, que era en el caso de un Estado el gobierno de un territorio. Pero al hacerlo abrió la puerta a poder considerar la política sin argumentos de tipo religioso, basándose en argumentos racionales de carácter tan práctico que no tenían en cuenta ni siquiera aspectos morales. Es por eso que surgieron una serie de autores que defendieron desde un punto de vista moral, opuesto al de Maquiavelo, el derecho de resistencia contra la tiranía, principalmente cuando ésta se oponía a la ley de Dios. Este tipo de teorías se denominaron monarcómanas y tuvieron gran desarrollo entre comunidades protestantes en lugares donde eran una minoría perseguida, pues donde detentaban el poder fueron grandes apologistas de la sumisión a la autoridad civil. Los católicos produjeron también textos monarcómanos, llegando incluso a producir la teoría más coherente y lúcida sobre el derecho al tiranicidio, como la que efectuó el jesuita español Juan de Mariana (1537-1624).

Hay que decir, no obstante, que la más inmediata inspiración de la literatura monarcómana procedía de los escritos morales de los humanistas anteriores, especialmente de Erasmo de Rotterdam, gran crítico de la guerra y la violencia. Sin embargo, el sabio holandés, a pesar de la importancia de su pacifismo en la historia de las ideas de Europa, no llegó a elaborar teorías de la acción política sin violencia e incluso llegó a considerar la idea de guerra justa, según los principios cristianos. Junto con Erasmo, un humanista francés, Etienne de la Boétie, autor de un famoso libelo conocido como *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*, fue también precursor de ese tipo de teorías monarcómanas que se usaron con claras intenciones políticas en el contexto del conflicto religioso del siglo XVI. De hecho, el texto de La Boétie, católico, fue retenido sin publicar por su amigo Montaigne, por temor a represalias contra su persona, por lo que no fue publicado hasta después de su muerte. El texto tuvo gran éxito y levantó mucha polémica por su demoledora crítica a la tiranía y su brillante y racional análisis sobre las causas de la misma: la manipulación del consentimiento de los súbditos. La Boétie escribió este texto con dieciséis o dieciocho años, todavía no está claro, y a pesar de su corta vida, pues murió de peste a los treinta y tres, será recordado además por sus intentos, junto a Michel de L'Hospital, por apaciguar el conflicto entre católicos y protestantes surgido tras la Reforma.

Es importante explicitar que La Boétie no estaba muy lejos de las posteriores teorías de Juan de Mariana sobre la legitimidad del tiranicidio, pues en su ataque a la tiranía elogió algunos ejemplos de la Antigüedad, como el clásico ejemplo de Bruto el joven y la Conjura de los Idus de Marzo que asesinó a Julio César. Para La Boétie, esta acción era legítima por tratar de poner fin a una tiranía mientras que otros tiranicidas trataban simplemente de usurpar el poder. Sin embargo, el texto de La Boétie merece ser recuperado en una historia de la acción no violenta por el esfuerzo realizado para demostrar la importancia del consentimiento del pueblo con su sumisión al poder y la tiranía, y por pregonar la posibilidad de negar ese consentimiento como forma de ganar la libertad.

Y cuando para librarnos de tanta infamia, que hasta los animales se avergonzaran de sufrirla al ser capaces de reconocerla, no basta sólo con intentar

libraros de él [el tirano], sino con querer hacerlo. ¿Permanecéis no obstante indiferentes y fríos espectadores de vuestra deshonra? Resolvedes a no ser esclavos y seréis libres. No se necesita para esto pulverizar el ídolo, será suficiente no querer adorarlo; el coloso se desploma y queda hecho pedazos por su propio peso, cuando la base en que se sostiene llega a faltarle.¹

De este modo, ya en el siglo XVI, se planteaba la cuestión de la legitimidad del poder y la ilegitimidad de la tiranía, y todo ello sin argumentos relativos a la gracia divina y atendiendo a aspectos morales de la forma del gobierno. Hay que añadir que el texto tiene sobre todo importancia no por el éxito y polémica que tuvo ciertamente en el siglo XVI, sino porque fue recuperado del olvido en el siglo XVIII, en medio de los tumultos de la Revolución Francesa, traducido a un francés moderno y más revolucionario. En el siglo XIX fue nuevamente reinterpretado desde diferentes ópticas socialistas, incluidas la pacifista, sobre todo por Tolstói, y en el XX por Gandhi o Sharp, aunque debe leerse con precaución porque a veces se le cita como más revolucionario de lo que realmente era. Hay que reconocerle el mérito de ser el que por vez primera llamó la atención del consentimiento del dominado como una de las bases principales del poder. Como veremos más adelante, sería necesaria una concepción del poder que considerara el consentimiento como una dimensión fundamental del mismo para poder efectuar una teoría de acción política precisamente basada en la negación de ese consentimiento. La recuperación del texto de La Boétie en el siglo XIX y XX sería vital para renovar la concepción del poder y posibilitar teorías realmente modernas sobre el mismo.

¹ Etienne de la Boétie: *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*, p. 4. Publicado en <http://www.kclibertaria.com/myr.com/lpdf/1120.pdf> (a 30 de agosto de 2010). Para un compendio de las ediciones históricas de este texto ver la voz «Voluntary Servitude Discourse on» en Roger S. Powers y B. Voegelé William (eds.): *Protest, Power, and Change: An Encyclopedia of Nonviolent Action from ACT-UP to Women's Suffrage*, Garland Publishing, 1997, p. 556.

Absolutismo, liberalismo y pacifismo en el siglo XVII

En los autores políticos clásicos del siglo siguiente, el XVII, el poder sería considerado como una esencia, como algo que genera obediencia en sí mismo, sin tener en cuenta por tanto las posibilidades de la desobediencia como instrumento de acción política. Sin duda, esta concepción del poder como una esencia que se puede poseer deriva de la confusión generada por el acaparamiento de poder efectuado por determinadas instituciones públicas, especialmente la monarquía, que para legitimarse considera al monarca como fuente del propio poder. Desde el enfoque esencialista, no cabe desde luego una reflexión acerca de la legitimidad de la desobediencia, pues no se tiene en cuenta la legitimidad del propio poder, sino que se considera que la esencia del poder es la (única) fuente de la obediencia. Esta antigua idea seguía presente cuando se formularon las teorías fundadoras de la política moderna (Hobbes, Locke o Montesquieu), base sobre la que se han ido montando los aparatos políticos modernos. A pesar de que el liberalismo que estos autores ayudaron a configurar no contemplaba un análisis del poder que negara la posibilidad del consentimiento, sí que supuso un cambio tan grande en la concepción de la política que permitió que otros autores y movimientos pudieran proponer alternativas basadas en la noviolencia y la desobediencia.

Thomas Hobbes escribió *El Leviatán* en 1651, tras dos décadas de conflictos en Inglaterra entre partidarios del absolutismo y partidarios del parlamentarismo. No luchaban por cuestiones dinásticas, como en otras guerras civiles, sino por cómo se debía gobernar. Como en otras revoluciones posteriores, antes de llegar al extremo de la guerra se habían llevado a cabo acciones políticas con marcado carácter noviolento. En este caso fueron de crucial importancia las acciones de boicot a los impuestos instaurados por el rey Carlos sin la aprobación del Parlamento en 1628. Sería una de las más importantes movilizaciones noviolentas masivas en la historia moderna, aunque a esto le siguió la formación por Oliver Cromwell del que es considerado como uno de los primeros ejércitos revolucionarios de la historia, que venció al ejército monárquico, juzgó al rey Carlos I (Charles I), lo decapitó en 1649 y, finalmente,

instauró una república de régimen conocido como «el Protectorado de Cromwell».

En este contexto de conflicto entre absolutistas y parlamentaristas, Hobbes defendió la causa del absolutismo monárquico, aunque no en nombre del derecho divino, como se había hecho hasta el momento, sino en el del interés de los individuos, de la seguridad y la paz. Para ello formuló una teoría del contrato social, en consonancia con la mentalidad comercial de la burguesía inglesa, como ficción intelectual para justificar la existencia del Estado. La importancia que tiene Hobbes para una historia de la acción política noviolenta es que actuó como eslabón necesario para conformar una teoría del poder voluntarista, ya que adelantó ideas posteriores, como el individualismo y el contrato social, que tomó de autores como Platón, Althusius o Grocio.

No obstante, en ese contexto de conflicto armado y lucha religiosa de la Inglaterra del siglo XVII hubo verdaderos pensadores noviolentos, que lejos de evolucionar como Hobbes hacia un pensamiento secularizado, buscaban retornar a los fundamentos de la religión cristiana. En torno a 1650, un predicador llamado George Fox fundó una comunidad de seguidores llamada la Sociedad Religiosa de los Amigos, conocida simplemente como los *Friends* (amigos, en inglés) o los cuáqueros (*quakers*, de *quake*, temblar, por la reacción de Fox a las burlas de un juez ante su doctrina: «temblar ante la voz del Señor»). Aparte de los cambios doctrinales que promovía, Fox recuperaba la tradición de algunas corrientes heréticas medievales de una moralidad estricta y de defensa de la igualdad social, lo que le llevó a él y a sus seguidores a un inevitable conflicto con la autoridad civil de Cromwell, llegando a haber unos mil cuáqueros encarcelados en 1657. En las décadas siguientes, Fox incitó a sus seguidores a desobedecer las leyes dictadas con la intención de suprimir su culto, y junto con otras once personas firmó un manifiesto llamado «Fundamento de Paz» que rechazaba la guerra y la violencia, lo que constituía una verdadera llamada a la objeción de conciencia (aunque sin utilizar ese nombre, que es posterior). Los cuáqueros serían a partir de entonces los pioneros en la objeción de conciencia y la desobediencia civil en todos los lugares donde establecieron comunidades. Además, pusieron en marcha en Estados Unidos un proyecto político que denominaron «El experimento sagrado», al crear un go-

bierno democrático de corte pacifista en Pensilvania que duró nada menos que 74 años, de 1682 a 1756.

El caso es que el rey Carlos había otorgado a su almirante William Penn vastos territorios en Nueva Inglaterra, proporcionando además una cédula real que le confería poderes casi ilimitados. Por los bosques de esa región (*silva* significa «bosque» en latín) se bautizó a la nueva colonia como Pennsylvania (Pensilvania en castellano). Su hijo homónimo, William Penn Jr., que se había hecho cuáquero a los veintidós años, no dudó en fomentar la emigración a Pensilvania entre comunidades cuáqueras, menonitas y otros grupos pacifistas perseguidos en Inglaterra. De este modo, en 1683 fundó Filadelfia (que significa «amor fraternal» y que fue conocida popularmente como *Quakercity*, la ciudad de los cuáqueros). Los cuáqueros que allí se instalaron la dotaron de un gobierno que garantizó la libertad de culto, las libertades civiles y que carecía expresamente de ejército. En la colonia estaba abolida la esclavitud, se promovía la convivencia pacífica con las tribus nativas, y se fomentó la igualdad social y la dignidad y participación de las mujeres en la vida social. Esto lógicamente implicó separarse de la política del imperio, que demandaba milicias para sus luchas contra los franceses o los indios, y también de las intenciones ambiciosas de las nuevas familias de colonos no tan idealistas que iban llegando a las nuevas tierras, pues Filadelfia se fue convirtiendo poco a poco en la más importante ciudad de las colonias norteamericanas, merced a un gran proceso de inmigración europea. Así pues, algunas de las nuevas familias colonas de la frontera oeste de Pensilvania no siguieron los dictados pacifistas de los cuáqueros y, igual que otros colonos, también cometieron atrocidades y masacres contra la población indígena. Pese a ello, se consiguió mantener una buena relación con los indígenas, los cuales siempre respetaron a las comunidades cuáqueras en sus conflictos con los europeos.

Al crecer la población de Pensilvania con nuevas oleadas migratorias, el porcentaje cuáquero de la población disminuyó paulatinamente hasta que fueron democráticamente expulsados del poder en 1756, convirtiéndose en una secta minoritaria más. Hay que señalar que los cuáqueros de Pensilvania trataron de promover la resistencia noviolenta de la población indígena, que firmó pactos con William Penn para obtener territorios autónomos. Las distintas tribus iroquesas ya tenían experiencia en pactos de este tipo,

pues se habían federado siglos antes para evitar guerras entre las cinco tribus (con su lenguaje metafórico «enterrar el hacha de guerra»), y tenían un parlamento (el segundo más antiguo del mundo) y un sistema de toma de decisiones asambleario basado en la prioridad de la búsqueda de consenso sobre otros tipos de toma de decisiones. Este sistema sería adoptado por las organizaciones cuáqueras y transmitido por éstas a los movimientos sociales libertarios.

Por otro lado, en Inglaterra, tras la guerra civil, Cromwell se había ido haciendo poco a poco con el poder absoluto, instaurando una dictadura militar mediante un golpe de Estado en 1653. De esta manera, abolió la Cámara de los Lores y controló la de los Comunes, pero dos años después de su muerte, en 1660, se restauró la monarquía, hasta que finalmente, en 1688, mediante otro golpe de Estado conocido como la Revolución Gloriosa, se sustituyó a la dinastía de los Stuart (Estuardo) por la de los protestantes de Orange. El descontento había surgido porque el rey James II Stuart (Jacobo II Estuardo) se había convertido al catolicismo, lo que se interpretó en la época como un vuelco hacia el absolutismo. Esta revolución transcurrió sin violencia, pues se resolvió justo antes de que comenzara la batalla definitiva entre los partidarios de Jacobo y los de su yerno Willem van Oranje-Nassau (Guillermo de Orange), que había acudido a invadir el país respondiendo a una petición de los lores más prominentes. Por aquel entonces se había ido formando un movimiento de no-cooperación prolongado a escala nacional, cuyo símbolo fue la negativa del Magdalene College de Oxford a aceptar a un presidente católico impuesto por el rey o la resistencia de los obispos anglicanos a leer las declaraciones que abrían las puertas al catolicismo en el país. La batalla se pudo resolver sin combates debido a la desertión en masa del ejército de James Stuart, que tuvo que huir. Willem sabía que una batalla inflammaría el espíritu nacionalista, dado que él era extranjero, y la retrasó lo más que pudo con la esperanza de eludir los combates. Posteriormente aceptó un régimen parlamentario liberal porque, debido a las circunstancias de su ascensión al trono, para gobernar necesitaba de los apoyos de los lores y notables que lo habían entronado. La historiografía conservadora *tory* alentó posteriormente el mito de que la corona había sido tomada en una guerra, pues no era partidaria de una teoría del

contrato social que necesitara del consentimiento de los súbditos, que pasarían de este modo a ser ciudadanos.²

Este proceso fue el origen del término revolución, que lejos de tener la idea de ruptura que tiene ahora, pretendía ser una vuelta (una revolución es una vuelta, un giro completo de 360 grados) al estado anterior de las cosas, una recuperación de derechos violados por la monarquía absoluta. Sin embargo, merced a la revolución se consolidó el legalismo, el parlamentarismo, la libertad religiosa y se había creado un ejército popular, cambios tan importantes que otorgaron a la palabra revolución su actual connotación de transformación política o social profunda.

Además, durante el proceso habían surgido los primeros grupos comunistas: los niveladores o *levelers*, que buscaban la igualdad de todos las personas a nivel político (o más exactamente la participación de la pequeña burguesía en la política) y los excavadores o *diggers*, que fueron los únicos que entendieron la revolución como la liberación económica de las clases pobres y pedían la propiedad común de la tierra.

Uno de los participantes en la Revolución Gloriosa, el filósofo empirista John Locke (1632- 1704), se convertiría en el pensador político más influyente de su tiempo al confeccionar la teoría del nuevo sistema liberal surgido tras la misma. Locke reformuló la teoría del contrato social que en ese tiempo ya era popular entre la burguesía inglesa, pero, a diferencia de Hobbes, abogó por la existencia de limitaciones al Gobierno, cuya función primordial era ser el encargado de mantener el orden y la paz. De este modo, si el Gobierno violaba sus compromisos, podía ser destituido por la sociedad.

Éste sería el gran avance de Locke, la democratización del sistema voluntarista de Hobbes, ya que se basaba en la posibilidad de que los ciudadanos y ciudadanas puedan rescindir el contrato social con los gobernantes. Aunque proponía la guerra civil como medio para ello, sería importante en una historia de las ideas de la noviolencia, puesto que abría la puerta a nuevas formas de acción política y reconocía la necesidad del consentimiento de la gente gobernada. Nacía de este modo el liberalismo, entendido como un

² Para una descripción más detallada de la noviolencia en la Revolución Inglesa ver Jonahatan Schell: *El mundo inconquistable. Poder, no violencia y voluntad popular*, Galaxia Gutenberg, Madrid, 2005, pp. 183-196.

proyecto basado en la liberación de las trabas estamentales: en lo político, gracias a la unificación jurídica que implicaba que todos los individuos fueran iguales ante la ley; y en lo económico, gracias a la promulgación de la libertad de empresa superando así también las dificultades comerciales del Antiguo Régimen. El nuevo sistema instaurado causaría una conmoción en todo Occidente al irse extendiendo sus principios poco a poco en un proceso, no exento de violencia, que cambiaría por completo la relación del individuo con la sociedad, surgiendo nuevas formas de acción política, sobre todo al tomar conciencia de que el orden social era una construcción humana que podía cambiarse mediante la actividad política.

4. La gestación de la cultura revolucionaria en el siglo XVIII

Las ideas del sistema político parlamentario inglés fueron introducidas en la Europa continental por Voltaire y Montesquieu, que idealizaron los valores democráticos que representaba. Voltaire se consagró a la difusión del libre pensamiento y a la crítica de la sociedad de su tiempo, y su influyente aportación ayudó enormemente a hacer cuajar el movimiento de renovación sociopolítica conocido como Ilustración, en el que confluirían el racionalismo de Descartes de la tradición francesa con el empirismo inglés de Locke y Hume. Montesquieu sería el que propondría una solución clave para la creación del nuevo sistema político liberal: la separación de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, una sustancial mejora de la propuesta de Locke de separación de los poderes legislativo, ejecutivo y federativo (ámbito internacional).

En este ambiente, la noción del origen del poder, la soberanía, estaba cambiando radicalmente, ya que se empezaba a dejar de justificar la autoridad en un supuesto origen divino y se iba identificando con la nación, entendida en esos momentos como la comunidad que es la base del Estado. El ginebrino Jean Jaques Rousseau llegaría a expresar que el poder sólo podía ser considerado legítimo, si expresa la voluntad general de todos los ciudadanos de un Estado. Este autor partía de que el ser humano, bueno por naturaleza, sólo se

sometería a la ley que él mismo se dicta, de forma que la voluntad general sería concebida más bien como un principio moral o una guía de comportamiento. Esto, por supuesto, abría la puerta a la posibilidad de considerar el carácter voluntario de la obediencia, primer paso para una teoría de la acción política basada en la no-colaboración. No obstante, muchos de los que le interpretaron posteriormente se encaminaron hacia posiciones partidarias de la violencia, a pesar de que el propio Rousseau no había hecho consideraciones sobre la revolución.

Todos estos pensamientos surgidos en la Vieja Europa prendieron igualmente en las trece colonias norteamericanas del Imperio Británico, que eran unos territorios que habían sufrido un proceso migratorio sin precedentes. La población colonizadora había segregado por completo a la población indígena, y las minorías blancas que huían de la falta de libertades vivían la construcción de una nueva sociedad europea sin apenas presencia de la vieja aristocracia. En las colonias del Sur, grandes plantaciones agrícolas florecían gracias al trabajo de mano de obra esclava traída directamente de África, llegando a ser su población en algunos lugares muchísimo más importante que la de los propietarios blancos. Cada una de estas colonias funcionaba con un gobernador y una asamblea elegida por sufragio censitario, siendo éstos los verdaderos centros de toma de decisiones ante la lejanía de la metrópoli. Tras la Guerra de los Siete Años (1756-1763), que arruinó a los países que en ella participaron y que enfrentó en Norteamérica a Inglaterra contra Francia y España, se decretaron nuevos impuestos sobre las colonias y se les prohibió comerciar con otro país que no fuera Inglaterra, sintiendo los habitantes de las colonias que se les castigaba en vez de premiarles por su esfuerzo en la guerra.

La población norteamericana respondió primero con las formas de movilización habituales del repertorio de acción política premoderno: quema de peleles simbolizando a recaudadores, juicios simbólicos contra los impuestos, funerales por la libertad muerta. Esta serie de actos no pueden considerarse como noviolentos porque generalmente iban acompañados de revueltas violentas o amenazas. Sin embargo, pronto la acción empezó a transcurrir por otros derroteros, con dos procesos paralelos de movilización noviolenta. El primero consistió en una serie de campañas de boicot y no-colaboración, como la negativa en los juzgados por parte de los jurados populares a servir a

los jueces impuestos por la Corona. El segundo se basó en la fundación de instituciones paralelas totalmente independientes y que rechazaban la sumisión a la corona. En 1764 los comerciantes llegaron a un acuerdo para protestar contra la Ley del Azúcar de ese año boicoteando la importación de productos de lujo ingleses. Pronto se sistematizó y a partir del año siguiente se empezaron a crear asociaciones para impedir la importación de productos británicos, convirtiéndose el boicot en un eficaz sustituto de la violencia. Por otro lado, en 1765 se creó una ilegal Asamblea de las Trece Colonias en Nueva York, que sería el prelude del futuro Congreso norteamericano. Este nuevo parlamento colonial rechazó los impuestos decretados por el Parlamento inglés, en el cual no se sentía representada la ciudadanía de las colonias. Ese mismo año una nueva subida de impuestos causó disturbios y movilizaciones que causaron tantos trastornos que lograron que se derogaran, excepto el que gravaba el té, cuyo monopolio se había concedido a la Compañía de las Indias Occidentales. Esto generó en los siguientes años una nueva campaña de boicot y se empezó a consumir café en vez de té, hecho que posteriormente se convirtió en tradición. A la vez, se sabotearon los barcos de la Compañía arrojando su carga al mar, acción conocida como *Tea Party* y convertida en símbolo del inicio de la revolución, por lo que recientemente se han apropiado de él algunos sectores ultranacionalistas norteamericanos. El Gobierno respondió con una prohibición de expansión de los territorios de las colonias, con el fin de asegurarse un mayor control de las mismas, lo que aumentó la indignación de sus habitantes. Pronto se reunió de nuevo la Asamblea de las Trece Colonias, ya con el nombre de Congreso, y se decidió proclamar una Declaración de Derechos de las Colonias, mantener el boicot a las mercancías inglesas y apoyar a los comités independentistas. El Gobierno británico recurrió a la represión y castigó duramente Boston, como foco del conflicto del té, e instauró en la ciudad un régimen militar. Como respuesta, al poco tiempo se formaron milicias rebeldes y empezó la guerra, que para algunos de sus protagonistas, como John Adams, no debía confundirse con la verdadera revolución, la que había llevado al país a la independencia y que se había realizado principalmente mediante boicots y creando instituciones independientes.¹

¹ Para una descripción más detallada de la noviolencia en la Revolución Norteamericana ver Jonahatan Schell, *ob. cit.*, pp. 196-204.

Con el triunfo de la Revolución Norteamericana se produjo un gran cambio en la cultura política, naciendo la idea de que grandes naciones podían gobernarse mediante la delegación de poder en representantes, dejando los individuos de ser súbditos para pasar a ser ciudadanos, es decir, sujetos de derechos. De esta manera, el poder derivaba del pueblo y el Gobierno era sólo un organismo que le representaba de forma temporal y revocable. Esta nueva cultura política se centraría en el individuo frente al concepto fundamental hasta el momento: la comunidad. Siguiendo a Adam Smith, se consagró la idea de que el interés privado era respetable porque el interés común se satisfacía luchando por el propio interés. De este modo, en este nuevo marco cultural, la política dejó de ser la búsqueda del interés común y pasó a convertirse en la lucha por los intereses privados, en la creencia de que se llegaría a un equilibrio equivalente al mejor interés posible. Se trata de un concepto individualista de la democracia que se basa en que los Estados-nación son sociedades perfectamente integradas y no existen en ellos sistemas de exclusión social, minorías étnicas marginadas, clases sociales depauperadas, relaciones personales patriarcales, distribución ilegítima de los recursos u otros vicios sociales. Esta idea de democracia es por tanto claramente elitista, ya que al justificar la política como lucha por los intereses individuales, lo que se hace es justificar el triunfo de los intereses de los más poderosos al identificarlos con el bien común, cuando no tienen nada que ver con él.

No obstante, la tradición de la política como búsqueda del bien común siguió presente en muchas movilizaciones de siglos posteriores. A lo largo de esta obra veremos como el concepto mismo de democracia varía en las corrientes ética (holista y sociopolítica) y pragmática. Así, desde un punto de vista de la ética sociopolítica, democracia sigue significando autogestión, participación del pueblo en el Gobierno y, por tanto, implica —además de asamblearismo— horizontalidad y toma de decisiones por consenso. Al contrario, desde el punto de vista pragmático se considera la democracia como un sistema formal de representación parlamentaria sin hacer planteamientos críticos a su efectividad como sistema para buscar el bien común. Esta diferenciación será fundamental para comprender cómo entienden ambos idearios la acción noviolenta, ya que ésta es algo más que una lucha por la democracia, al ser también una lucha democrática en sí misma.

La Revolución Francesa y el humanismo ilustrado

Pero sobre todo la Revolución Norteamericana significó históricamente la confirmación de la posibilidad de cambiar el orden social establecido e influyó notablemente en el estallido de la Revolución Francesa. Esta revolución, a pesar del baño de sangre que produjo la represión jacobina y las guerras que la siguieron, también se inició con acciones noviolentas. Entre éstas, nos encontramos con la creación de la Asamblea Nacional por los miembros del Tercer Estado (los representantes de la burguesía, excluidos de los Estados Generales) y la desobediencia masiva de muchos soldados y guardias franceses. Tal y como ha señalado Jonathan Schell, «en la revolución francesa, como en la inglesa y la norteamericana, la fase de derrocamiento fue casi incruenta, pero la fase de fundación sí fue sangrienta, estableciendo una pauta que iba a repetirse en más de una revolución posterior».² Esta reflexión nos llevaría además a la idea de que son posibles revoluciones tanto con violencia como sin ella, pero tal vez no sea posible una revolución sin formas de acción noviolenta, ante la necesidad de crear instituciones alternativas y de inevitables procesos de desobediencia y no-colaboración con los poderes establecidos para que éstos puedan ser derrotados. Dicho de otro modo, puede haber revoluciones sin violencia pero no puede haberlas sin noviolencia.

Por otro lado, durante la mayor parte del siglo XVIII se había vivido un proceso de racionalización de la guerra debido a la incorporación de armas de fuego, con el resultado de una momentánea e ilusoria disminución de la violencia de las mismas que se interpretó como un síntoma del proceso de civilización. Muchos intelectuales de este siglo condenaron la guerra, al considerarla incompatible con el programa cultural, político y económico de la Ilustración, y surgieron dos propuestas serias para eliminar la guerra en Europa, como fueron los ensayos sobre la Paz Perpetua del abate Saint Pierre y de Immanuel Kant, que en realidad proponían la creación de unos Estados Unidos de Europa. Para Saint Pierre la creación de un gran ejército federal haría que ninguna potencia tratara de enfrentarse a ese ejército y se garantizaría por tanto la seguridad sin guerra. Para Kant esta unión militar haría posible el perfecciona-

² Jonathan Schell: *ob. cit.*, pp. 205-208.

miento del sistema político como Estado de derecho mediante una constitución republicana. El europeísmo de ambos autores fue tratado de poner en práctica mediante las armas por Napoleón, y tras su caída esta idea quedó en cierto modo desprestigiada, debido al auge del nacionalismo romántico que surgió a modo de respuesta, aunque se extendió por toda Europa buena parte de las ideas políticas representadas por la Ilustración y la Revolución Francesa.

Fue precisamente en el contexto de las convulsiones europeas provocadas por la Revolución Francesa, y en el debate surgido a su calor, donde apareció una teoría más fundamentada de la desobediencia como forma de acción política sin violencia. Esta teoría la elaboró el inglés William Godwin en medio del cruce de ataques y contraataques no sólo a la revolución, sino al Antiguo Régimen y al sistema liberal inglés. Michael Randle ha descrito así la importancia de la obra del marido de Mary Wollstonecraft (la autora de uno de los primeros alegatos feministas, *Vindicación de los derechos de la mujer*):

Si se retira la obediencia, aduce Godwin, se viene abajo la trama sobre la que descansa el gobierno injusto: la usurpación de la libertad y la sujeción violenta. En absoluto descarta el último recurso al que no se debe echar mano sin una perspectiva razonable de éxito, y aún entonces sólo «cuando no se pueda ganar tiempo de ningún modo, y las consecuencias que van a producirse en seguida sean incuestionablemente fatales». Una revolución sin violencia, sostiene, conduciría a «la eutanasia de un gobierno pernicioso». El libro de Godwin gozó de una popularidad enorme en los años que siguieron inmediatamente a su publicación, especialmente en los círculos de la élite literaria, pero también entre artesanos y obreros que hacían bolsa común para comprarlo.³

Se trataría pues de un análisis mucho más meditado que el de La Boétie, y en el que se desarrollaba más claramente la idea de noviolencia. Cabría resaltar que la opción que deja para la violencia es la misma que dejaba un noviolento mucho más filosófico como era Gandhi, cuya postura se podría resumir con «si se puede usar la noviolencia entonces es un crimen usar la violencia»; llegando incluso a apostillar con un «prefiero un violento a un

³ Michael Randle: *Resistencia civil. La ciudadanía ante las arbitrariedades de los gobiernos*, Paidós Ibérica S.A., 1998, p. 45.

cobarde», en el sentido de que es mejor la acción, aunque sea violenta, al sometimiento. Las ideas de Godwin se mantuvieron frescas en la Inglaterra del siglo XIX gracias a la popularidad de su yerno Percy Bysshe Shelley, que incluyó su filosofía en su producción poética, y a la de los primeros socialistas como Robert Owen, Francis Place o William Thompsom, que siguieron su ideario. Mucho debe al pensamiento de Godwin el que el sindicalismo inglés no caminara por derroteros violentos.

De este modo, en los siglos XVII y XVIII se produjo una renovación total en el campo de las ideas políticas que abrió la posibilidad de considerar nuevas formas alternativas de acción política, creándose todo un moderno repertorio de confrontación con el poder en el cual se fueron desarrollando las técnicas de acción. Este nuevo repertorio no siempre fue noviolento, y muchas formas de acción noviolenta surgieron acompañadas de acciones violentas, pero también aparecieron teóricos apologistas de la acción noviolenta que apostaron por eliminar las formas de violencia de este nuevo repertorio de confrontación para aprovechar todas las ventajas de las nuevas formas de movilización.

El siglo XIX no vio nacer la idea de acción noviolenta como concepto, que es del siglo XX, pero sí vio una gran difusión de su práctica en muy diversas formas, desde manifestaciones, boicots, huelgas, hasta la llamada resistencia pasiva. Además, con otro nombre, «no-resistencia», en Norteamérica se pusieron en práctica muchos de sus métodos y teorías. En consecuencia, lo que marcó el uso de las formas de acción noviolentas fue la idea de la necesidad de una transformación profunda de la sociedad que forjaron los distintos movimientos sociales, como los movimientos contra la esclavitud, por los derechos económicos de la clase trabajadora, por la participación política, por los derechos políticos de las mujeres, etc. Veamos lo que pensaban las distintas facciones del movimiento obrero, el movimiento social más importante en la Europa decimonónica.

5. La idea de revolución en el siglo XIX

Buena parte de los socialistas del siglo XIX fueron influidos tanto por Rousseau, Godwin y otros ilustrados como por una propia interpretación pacifista del cristianismo y la idea, tantas otras veces recreada, de crear un «cielo en la tierra». Eran buenos cristianos (eso, si, anticlericales): Henri de Saint Simon, Robert Owen, Charles Fourier, Etiennee Cabet, Felicite Robert de Lamennais, Ferdinand Lasalle, Louis Blanc o Pierre Leroux (que acuñó el término socialismo).¹ Cada uno de ellos aportó una concepción diferente del socialismo más o menos inspirada en el pacifismo de Jesús, y todos tienen en común que no abogaron por la lucha armada. Tampoco lo hicieron otros socialistas no cristianos que se posicionaron firmemente contra la guerra y la violencia como instrumento político, como fue el caso del anarquista Pierre Joseph Proudhon (que no era exactamente ateo, pero tampoco cristiano al uso). Por su énfasis en métodos incruentos y para diferenciarlos de su socialismo «científico», pero violento, Marx los calificó de utópicos. Teniendo en cuenta esto, y siendo no menos tendenciosos que Marx, sería posible renombrar estas corrientes como «socialismo violento» (el revolucionario) y «socialismo noviolento» (el utópico), haciendo más justicia a estos pensadores *avant la lettre*.

¹ Ver Rafael Díaz Salazar: *La izquierda y el cristianismo*, Santillana, Madrid, 1998, pp. 120-126.

Así pues, hay que considerar injusta la habitual omisión de los socialistas utópicos como antecesores de las teorías de la noviolencia, ya que fue evidente su marcado carácter pacífico y pacifista, empañado, tal vez, por la efervescencia revolucionaria del socialismo posterior. Los métodos que estos autores y activistas proponían para llegar al socialismo eran diferentes según cada autor, pudiendo resumirse vagamente en la idea de difusión «por contagio».

Las tácticas revolucionarias noviolentas del movimiento obrero

Sin embargo, el movimiento obrero, igual que otros movimientos, pronto fue adoptando unos métodos de lucha social que el politólogo Sidney Tarrow ha denominado como «nuevo repertorio de confrontación»,² señalando un conjunto de tácticas de las que muchas entrarían, según la posterior clasificación ya clásica de Gene Sharp,³ dentro de los métodos de protesta y persuasión. Así pues, mientras en Francia se creó un repertorio de insurrección callejera y barricadas (que se exportó por toda Europa), en Gran Bretaña la tradición de peticiones privadas a las autoridades se convirtió en un acto público de demanda moral de justicia a finales del siglo XVIII, siendo el hito fundamental la presentación de once mil firmas contra la esclavitud en Manchester en 1787. Este tipo de peticiones pronto fue usado por el movimiento reformista británico, que pedía la ampliación del derecho de voto y mayor libertad de expresión. En la década de 1830 el movimiento cartista convirtió las presentaciones de firmas (tres millones consiguieron en 1840) en actos masivos de demostración de fuerza del movimiento, cosa que implicó la incorporación de la manifestación de masas como forma de acción política. Tan rupturista era en ese momento, que en 1848 se movilizaron 150.000 policías para impedir la entrega de la petición cartista tras el mitin de Kennington Common. Tras

² Para un resumen del desarrollo del concepto de repertorio ver Sidney Tarrow: *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza Universidad, Madrid, 1997, pp. 65 y ss.

³ Gene Sharp: *The Politics of Nonviolent Action*, 3 vols., Porter Sargent Publishers, Boston, 2000 (primera edición de 1973).

su fracaso, el movimiento cartista abandonó la táctica de las peticiones y se orientó hacia la huelga general, pero mantuvo las manifestaciones masivas en su repertorio.

Por otro lado, la constante apología de la huelga general lanzada por primera vez, como acabamos de ver, desde el movimiento cartista inglés, fue también adoptada por el influyente anarquista norteamericano Benjamin Tucker y entraría dentro de los llamados métodos de no-colaboración. La huelga general, no obstante, se propuso también como forma de acción política desde el ámbito pacifista, como fue la llamada del escritor y sociólogo inglés John Ruskin a la clase obrera británica para que no colaborara con la fabricación de munición durante la Guerra Franco-Prusiana de 1870, o la del pacifista norteamericano Elihu Burritt para hacer una huelga general a escala mundial contra la guerra. Estos llamamientos desde el ámbito pacifista, a pesar de ser desoídos en su día, impresionaron notablemente a lectores posteriores como Mohandas Gandhi o Bart de Ligt.

De esta manera, sobre todo a partir de las revoluciones de 1830 y especialmente a partir de las de 1848, gracias a la difusión de las peticiones masivas, el boicot, la manifestación, la huelga y las ocupaciones y sentadas en edificios públicos (pero también construcción de barricadas), se consiguió reunir un repertorio de acciones políticas que se mantenían en el tiempo y transcendían el ámbito de lo inmediato y lo local, a la par que aparecían organizaciones expresamente creadas en el contexto de las nuevas formas de lucha. Éstas eran asociaciones de boicot, comités de huelga y grupos encargados de la logística de las manifestaciones (y barricadas). Gracias a estas asociaciones, a la existencia novedosa de medios impresos y a las nuevas formas de acción política, los movimientos se dotaron de unas herramientas que les permitieron una difusión social hasta entonces inédita.

El nacimiento del pacifismo

De igual modo, el uso de la «resistencia pasiva» como forma de desarrollar la lucha pacífica dentro de la ley se había empezado a emplear en luchas nacionalistas y constitucionalistas ya desde 1819 (tras las Guerras Napoleónicas).

Como estos «reformistas» y sus métodos procedían principalmente de la clase burguesa y se oponían a la revolución proletaria, Karl Marx y Ferdinand Lasalle los tildarían, en su refinada y agresiva retórica comunista, de «método reformista contrarrevolucionario, una traición a la clase obrera».⁴

Por otro lado, en esos años se estaba empezando a articular un movimiento pacifista en toda Europa a través de conferencias internacionales como la de Bruselas en 1848, impulsada por Elihu Burritt y precursora de la de París de 1849, presidida por Víctor Hugo. La de Ginebra, en 1867, contó con el boicot de Marx y los marxistas y con la paradójica presencia de reputados defensores de la acción violenta, como Mijail Bakunin o Giuseppe Garibaldi, que hizo campaña para la conquista de los Estados Pontificios en su camino a la unificación de Italia. A pesar de ello, hubo voces como la de William Randal Cremer, ganador del tercer premio Nobel de la Paz en 1903, por su trabajo sobre el arbitraje internacional, y se aprobó un comunicado pidiendo la abolición de los ejércitos permanentes, que ya había pedido nada menos que Immanuel Kant en su libelo *Sobre la paz perpetua*, un siglo antes. El resultado más notable, no obstante, fue la creación de la Liga por la Paz y la Libertad, que luchó infructuosamente por el desarme a través de conferencias internacionales, pero que no promovió estrategias de acción noviolenta.

Es bien conocida la apología de la violencia revolucionaria del marxismo, que llegaría a considerar el pacifismo como vinculado a la ideología liberal burguesa, «uno de los mecanismos para engañar a la clase obrera», en palabras de Lenin;⁵ pero hubo también socialistas que no estuvieron de acuerdo con la doctrina de la violencia revolucionaria de los marxistas, siendo los más destacados la llamada Sociedad Fabiana en Gran Bretaña, con personalidades tales como el activista Sidney Webb, el dramaturgo irlandés Bernard Shaw, la anarquista Charlotte Wilson, la feminista Emmeline Pankhurst, de la que hablaremos más adelante, o el novelista H. G. Wells. No ha de incluirse a la

⁴ Marx descalificó la resistencia pasiva en un discurso publicado en *Neue Rheinische Zeitung* en diciembre de 1848, citado por Steven Huxley: *Constitucional Insurgency in Finland: Finnish Passive Resistance against Russification as a Case on Nonmilitary Struggle in European Resistance Tradition*, Sociedad Histórica de Finlandia (SHS), Finlandia, 1990, p. 54.

⁵ Citado por Fernando Harto de Vera: *Investigación para la Paz*, Tirant lo Blanch, Madrid, 1994, p. 131.

Sociedad Fabiana como parte del movimiento obrero, pues sus componentes procedían casi exclusivamente de la clase media y sus objetivos eran difundir el socialismo entre este estrato social. Este movimiento abogaba por una evolución gradual hacia el socialismo transformando paulatinamente las instituciones. Posteriormente, la Sociedad Fabiana se convertiría en el germen del Partido Laborista, de tendencias pacifistas hasta la Segunda Guerra Mundial, y muchas de sus ideas, como la extensión de la sanidad y educación pública, se vieron puestas en marcha durante la depresión de los años treinta. Su oposición a la violencia revolucionaria les llevaría a abogar por prácticas noviolentas para conseguir sus objetivos, también revolucionarios en esas fechas.

La revolución noviolenta en el anarquismo

Hay que señalar también que el movimiento sindicalista fue en general adoptando poco a poco la doctrina de la estrategia de la huelga como forma de presión para solucionar conflictos laborales, y que pocos dirigentes apoyaron el culto a la violencia defendido por George Sorel, un apologista de la destrucción del orden burgués. En España, en cambio, esta versión violenta de la acción directa prendió con fuerza en el anarcosindicalismo, que respondía así a los intentos de la patronal de eliminar físicamente a los sindicalistas más activos durante el periodo de enfrentamiento social conocido como del «pistolero».

Por otro lado, es importante tener en cuenta que, contrariamente a lo que ocurría en el marxismo, en el anarquismo nunca hubo consenso respecto a la legitimidad o no de la violencia revolucionaria. Si bien es cierto que una parte de la corriente siguió la apología de la revolución espontánea de Bakunin, sobre todo en España, donde las ideas anarquistas habían penetrado durante el Sexenio Liberal merced a la labor del italiano Giuseppe Fanelli; otros muchos autores, activistas y movimientos se inclinaron más tanto por acciones de boicot y no-colaboración como por la creación de una sociedad al margen de la existente merced a la fundación de ateneos, mutuas obreras, cooperativas, etc. Hay que señalar que Bakunin, además de hacer una apología de la violencia similar a la de Marx o Sorel, incurría en graves contradicciones a la

hora de poner en práctica su filosofía antiautoritaria al crear sociedades secretas de corte despótico. De esta manera, se creó una corriente del anarquismo partidaria del terrorismo y la violencia revolucionaria que llevó a la ejecución de sonados magnicidios y que ha hecho que los anarquistas hayan sido estereotipados injustamente como terroristas.⁶ Un ejemplo de esto sería el título del famoso manual para fabricar explosivos *Libro de cocina anarquista*, por otro lado condenado por el movimiento como no representativo del mismo. De esta corriente violenta bakuniana pronto se desmarcaron los principales ideólogos e ideólogas anarquistas, como Piotr Kropotkin o Elisee Reclus, que crearon otra versión del credo libertario más consistente con los valores humanos y que fue, y sigue siendo, mayoritaria.

En Holanda, debido a la influencia del antiguo pastor luterano Ferdinand Domela Nieuwenhuis (1846-1919), el anarquismo, con el lema de «guerra a la guerra», tomó rápidamente forma antimilitarista. Tomaba cuerpo así por primera vez el fenómeno del anarcopacifismo como movimiento organizado (aunque no estructurado, debido a que el propio Nieuwenhuis prefería organizaciones más informales similares a los modernos movimientos sociales). Éste publicó en 1894 un libro de referencia para el movimiento titulado *El socialismo en peligro*, en el cual avisaba sobre los peligros de ciertas formas de lucha y organización. Además, realizó numerosas llamadas a la huelga general y la objeción de conciencia contra la guerra, y consideró éstos los métodos más adecuados para crear una situación revolucionaria.⁷ Hay que señalar que realizó estos llamamientos en las primeras conferencias de la Segunda Internacional, que no fue una organización a la postre muy «internacionalista», al ceder como veremos más adelante a las presiones nacionalistas y apoyar las secciones a sus respectivos gobiernos durante la Primera Guerra Mundial.

⁶ Entre los magnicidios anarquistas más destacados sobresalen el del zar de Rusia Alejandro II en 1881, el del presidente de Francia Sadi Carnot en 1894, el de los presidentes de España Antonio Cánovas en 1897 y Canalejas en 1912, el de la emperatriz de Austria Isabel (Sissi) en 1897 o el del presidente de los Estados Unidos Wilian Mckinley en 1901. Vease una lista más detallada en http://es.wikipedia.org/wiki/Anexo:Principales_atentados_anarquistas.

⁷ Herman Noordegraaf: «The anarchopacifism of Bart de Ligt», en Peter Brock y Thomas P. Socknat (eds.): *Challenge to Mars. Essays on Pacifism from 1918 to 1945*, University of Toronto Press inc., Toronto/Buffalo/Londres, 1999, p. 93.

Asimismo, el holandés fue uno de los organizadores, en 1904, del Congreso Antimilitarista de Ámsterdam donde se expusieron estas ideas y se fundó la *International Anti-Militarist Union* (IAMV, Unión Internacional Antimilitarista), organización pionera en el pacifismo internacional, antecedente y referente de las grandes organizaciones internacionales actuales.

Desde un punto de vista más teórico, hay que señalar que las teorías socialistas del siglo XIX no superaban la visión esencialista del poder presente en la teoría política clásica, aunque cuestionaron los principios económicos y políticos del capitalismo. Marx utilizó los principios de la economía clásica, que era el paradigma científico dominante de la época, para destacar el papel del mercado como sistema de dominación, y distinguía entre poder político y poder económico, a la par que subordinaba el primero al segundo. Esta idea era completamente opuesta a la de los anarquistas, que consideraban que era precisamente el poder político por su propia naturaleza el que posibilitaba el sistema económico injusto que querían abolir, por lo que centraron sus esfuerzos en la eliminación del mismo. Desde el punto de vista anarquista, sí que se abría una puerta hacia la consideración del consentimiento o la obediencia como parte del poder, al que identificaron con la violencia, aunque en su mayoría aceptarían teorías de la guerra justa para legitimar el uso de la violencia como forma de legítima defensa y para la consecución del ideal anarquista.

6. Thoreau y el abolicionismo norteamericano

Cuando el estadounidense Henry David Thoreau (1817-1862) recuperó la idea del conflicto entre legitimidad y legalidad esbozada por La Boétie y perfilada por Godwin, tuvo que romper necesariamente con la forma «esencialista» de enfocar el poder presente también en las doctrinas revolucionarias obreras. Para ello, Thoreau se fijó en los desafíos lanzados por anarquistas y cristianos a esas formas de entender el poder, sobre todo prestando atención a un fenómeno ya presente en su época, el siglo XIX, y que se había manifestado varias veces en forma de insumisión al servicio militar o negación a pagar impuestos. Su aportación fue, por tanto, más teórica que práctica, a pesar de la famosa noche de julio de 1846 que pasó en el calabozo por negarse a pagar impuestos municipales. Años después de esa experiencia, Thoreau escribió un pequeño libelo, llamado *Del deber de la desobediencia civil*, justificando su renuencia a colaborar con un Estado que permitía el esclavismo, hacía la guerra a México y sometía a la población nativa americana (es decir, que maltrataba a las tradicionales minorías étnicas norteamericanas: afroamericana, latina e indígenas). Con el concepto de desobediencia civil realizó una propuesta de

no-colaboración con el Estado basándose en principios éticos, dando la vuelta a las ideas de su época sobre el Estado como un contrato social en el que los ciudadanos suscriben leyes y eligen gobernantes. Los siguientes párrafos llamando a la revolución noviolenta han sido tantas veces citados por los movimientos noviolentos que merece la pena recuperarlos de nuevo, aunque sin duda su principal mérito sea la fecha en la que fueron escritos, 1849, ya que posibilitaron posteriores relecturas y reinterpretaciones:

Bajo un gobierno que encarcela a cualquiera injustamente, el lugar apropiado para el justo es también la prisión. [...] En este terreno de exclusión, pero más libre y honorable, donde el Estado coloca a aquellos que no están con él sino contra él —el único hábitat donde, en un Estado esclavizador, el hombre puede vivir con honor—. Si alguien cree que su influencia se perdería en ese lugar, que sus voces, pues, no lleguen a los oídos del Estado, y que ya no es enemigo a tener en cuenta tras de los muros de la cárcel, si alguien piensa así, digo, es que no sabe que la verdad es mucho más fuerte que el error, ni con cuánta mayor eficacia y elocuencia puede combatir la injusticia aquel que la ha experimentado, aunque sólo sea en medida escasa, en su propia persona. Dad vuestro voto completo, no una simple tira de papel, comprometed toda vuestra influencia. Una minoría es impotente sólo cuando se aviene a los dictados de la mayoría; no es, entonces, siquiera minoría, pero es irresistible cuando detiene el curso de los eventos oponiéndoles su peso. Si la alternativa es mantener a los justos en prisión o renunciar a la guerra y a la esclavitud, el Estado no dudará al elegir. Si un millar de personas rehusaran satisfacer sus impuestos este año, la medida no sería ni sangrienta ni violenta, como sí lo es, en cambio, el proceder contrario, que le permitiría al Estado el continuar perpetrando acciones violentas con derramamiento de sangre inocente. Y ésa es, de hecho, la definición de la revolución pacífica, si tal es posible. Si el recaudador de impuestos o cualquier otro funcionario público me pregunta, como así ha ocurrido: «Ya, pero ¿qué he de hacer yo?»; mi respuesta es: «Si en verdad deseas colaborar, renuncia al cargo». Cuando el súbdito niegue su lealtad y el funcionario sus oficios, la revolución se habrá conseguido. Suponed, no obstante, que corra la sangre. ¿Acaso no se vierte ésta cuando es herida la conciencia? La auténtica virilidad e inmortalidad del hombre se pierden

por esa herida, y aquél se desangra hasta la muerte eterna. Y yo veo correr ahora esos ríos de sangre.¹

Thoreau situaba los principios morales por encima de las leyes o el Gobierno, poniendo de relieve la posible discordancia entre la legitimidad y legalidad. Al hacerlo, construyó la base para una acción política desde el punto de vista ético, en la que la desobediencia se convierte en una obligación moral de la ciudadanía. De esta forma, inevitablemente, acababa con la tradición de la esencia del poder, ya que, según su visión, la desobediencia negaba la condición misma de la autoridad al plantear la cuestión de su legitimidad. En el párrafo final de esta misma obra lo explicaba del siguiente modo:

La autoridad del gobierno, aún aquella a la que estoy dispuesto a someterme —pues obedeceré prestamente a aquellos que saben y pueden hacer las cosas mejor que yo, y en muchos casos, hasta a quienes ni sepan ni puedan tanto— es, con todo, todavía impura: para que pueda ser estrictamente justo habrá de contar con la aprobación y consenso de los gobernados. No puede ejercer más derecho sobre mi persona y propiedad que el que yo le conceda. El progreso desde una monarquía absoluta a otra de carácter limitado es un avance hacia el verdadero respeto por el individuo. Incluso el filósofo chino fue lo suficiente sabio como para considerar el individuo como base del Imperio. ¿Es la democracia, tal como la conocemos, el último logro posible en materia de gobierno? ¿No es posible dar un paso más hacia el reconocimiento y organización de los derechos del hombre? Nunca podrá haber un Estado realmente libre e iluminado hasta que no reconozca al individuo como poder superior independiente del que derivan el que a él le cabe y su autoridad, y, en consecuencia, le dé el tratamiento correspondiente. Me complazco imaginándome un Estado, al fin, que puede permitirse ser justo con todos los hombres y acordar a cada individuo el respeto debido a un vecino; que incluso no considerara impropio que unos cuantos decidieran vivir al margen, sin interferir con él ni acogerse a él, pero cumpliendo sus deberes de vecino y prójimo. Un Estado que produjese esta

¹ Henry David Thoreau: *Del deber de la desobediencia civil*, Ediciones del Valle, Buenos Aires, Argentina, 1997. También se puede ver una edición íntegra del texto en: <http://www.antimilitaristas.org/spip.php?article1765>.

clase de fruto y acertase a desprenderse de él tan pronto como hubiese madurado prepararía el camino hacia otro más perfecto y glorioso, que también he soñado, pero del que no se ha visto aún traza alguna.²

Sin embargo, a pesar de este énfasis en la moralidad, surgen dudas a la hora de considerar a Thoreau como antecedente de la corriente ética de las teorías de la noviolencia, ya que por otro lado apoyó a activistas partidarios de la violencia. Está claro que Thoreau no consideraba la noviolencia de una forma holística, como los cuáqueros u otros activistas cristianos del momento, aunque hablara de la desobediencia civil como una «revolución pacífica». Por el contrario, apoyó tanto a John Brown, un guerrillero abolicionista que asaltaba haciendas para liberar esclavos tratando de provocar una gran revolución, como a Abraham Lincoln en su cruenta guerra contra el secesionismo de los estados esclavistas del sur.³ No fue incongruente, pues su crítica moral era una crítica a la legitimidad del sistema electoral y una demanda de formas de acción al margen del mismo. Como activista, llamaba a una revolución pacífica por razones pragmáticas y morales, pero eso no le impedía apoyar acciones violentas efectuadas por otros actores. Se le puede considerar, por tanto, como antecedente de la corriente ética en su vertiente sociopolítica, que considera igual de importantes los motivos morales como prácticos para realizar una acción política sin violencia, pero también de la pragmática al apoyar también a movimientos violentos por esos mismos principios morales.

La no-resistencia

El movimiento abolicionista, que luchaba por la eliminación de la esclavitud en Estados Unidos, había estado muy influenciado por personajes como William Lloyd Garrison (1805-1879), que abogó hasta la Guerra de Secesión por métodos totalmente noviolentos.⁴ Este periodista, que, como veremos más

² *Ibid.*

³ Para ampliar datos sobre la vida de Thoreau ver Antonio Casado: *Thoreau. Biografía esencial*, Ediciones Acuarela, Madrid, 2005.

⁴ Un buen resumen de la postura noviolenta de Garrison y el movimiento abolicionista

adelante, influyó notablemente en Tolstói, tenía una visión diferente a la de las sociedades pacifistas que empezaron a surgir en Estados Unidos tras la segunda guerra con Inglaterra en 1812. Tal y como hemos visto con anterioridad, éstas estaban lideradas en Estados Unidos por un gran apologista de la resistencia pasiva, Elihu Burrit (1810-1879), y se centraban más en la crítica a la guerra que en la acción noviolenta contra la misma. Usando la terminología que hemos propuesto, estos y estas pacifistas serían no-violentos en cuanto que rechazaban la violencia, pero a pesar de sus llamadas a la huelga general, no realizaban apenas acción política noviolenta. Garrison en cambio, sería un activista comprometido totalmente con la noviolencia. En 1838, junto con otros y otras abolicionistas se separó de la *American Peace Society* para fundar la *New England Nonresistance Society*, cambiando la idea central de la misma de «paz» a «no-resistencia». En su «Declaración de principios» expresaban su pacifismo de la siguiente manera:

Nuestra patria es el mundo, nuestros conciudadanos toda la humanidad. Amamos la tierra donde nacimos tal y como amamos todas las demás tierras. El interés, los derechos, las libertades de los ciudadanos norteamericanos no son más importantes para nosotros que los del resto de las personas de la raza humana. Por lo tanto, no podemos permitirnos llamar al patriotismo para vengar un insulto o una herida nacional. El Príncipe de la Paz, bajo cuya bandera sin hierro nos manifestamos, no vino para destruir, sino para salvar, incluso al peor de los enemigos. Nos ha dejado un ejemplo, podemos seguir sus pasos. Dios muestra su amor hacia nosotros aun siendo todavía pecadores, Cristo murió por nosotros.

Concebimos que si una nación no tiene el derecho de defenderse contra enemigos extranjeros, o castigar a sus invasores, ningún individuo posee ese derecho para sí mismo. El individuo no puede tener más importancia que el colectivo. Si un hombre puede tomar una vida para conseguir o defender sus derechos, el mismo permiso será necesariamente concedido para comunidades, Estados y naciones. Si él puede usar pistola, ellos pueden usar cañones, bombas

norteamericano lo vemos en Mark Kurlansky: *Nonviolence. The History of a Dangerous Idea*, Jonathan Cape, Londres, 2006, especialmente el capítulo VII, «Peace and Slavery», pp. 89 y ss.

y fuerzas armadas navales o terrestres. El significado de la defensa propia debe estar en proporción a la magnitud de intereses y el número de vidas expuestas a la destrucción. Pero si ni las personas ni las instituciones pueden resistirse (violentamente) en el caso de que unos soldados sedientos de sangre vinieran del extranjero intentado rapiñar y destruir la vida, tampoco debería ofrecerse resistencia violenta a los autóctonos que causan problemas al orden público o a la seguridad privada.

[...] Elevamos nuestro testimonio no sólo contra todas las guerras, ofensivas o defensivas, sino también contra toda preparación de las mismas, contra todo barco de guerra, todo arsenal, toda fortificación, todo jefe militar o soldado, contra todo monumento conmemorativo de victoria contra un enemigo extranjero, todo trofeo ganado en batalla, toda celebración en honor a un acto de guerra, contra todas las imposiciones de la defensa de una nación por la fuerza y las armas de cualquier cuerpo legislativo, contra todo edicto del gobierno llamando al servicio militar. Por lo tanto, consideramos ilegal llevar armas o desempeñar el oficio militar.⁵

Garrison además de ser el fundador de la Sociedad Antiesclavista Estadounidense en 1832, fue activista contra la pena de muerte y pionero del feminismo, al optar por la inclusión de las mujeres en las sociedades abolicionistas y participar después en los movimientos sufragistas. Garrison creó incluso una revista con el nombre *No-Resistencia*, en la que expuso sus principios noviolentos.

Sin embargo, el grueso de los miembros de los primeros firmantes, e incluso el propio Garrison durante la Guerra de Secesión, fueron abandonando esa postura al pensar que tan duro código moral perjudicaría a la causa del abolicionismo. Uno de sus discípulos, Adin Ballou (1803-1890), que pasa por ser el más importante teórico de la noviolencia anterior a Tolstói, permaneció fiel a sus principios noviolentos incluso durante la guerra civil estadounidense,

⁵ William Lloyd Garrison: «Declaration of Sentiments of the American Peace Convention», 1838; se puede leer en Staughton Lynd y Alice Lynd (eds.): *Nonviolence in America, a Documentary History*, Orbis Books, Nueva York, 1995, pp. 14 y 15. [Traducción del autor; se pueden encontrar varias versiones en internet.]

cuando finalmente el resto de los líderes abolicionistas los abandonaron al tomar partido por la Unión. Ballou publicó su principal obra sobre el tema en 1846, y la llamó *No-resistencia cristiana*, que junto con otros escritos suyos reforzaron notablemente las ideas de Tolstói. En esta obra elaboraba un código de conducta de carácter holista, con el que se ha identificado una parte importante del pacifismo, equiparado de este modo a un código ético en vez de a un movimiento político. No obstante, esta ética, como se puede ver en los párrafos que siguen, lleva inevitablemente al sujeto hacia la objeción de conciencia y otros actos de resistencia política. Para poder entender el texto es necesario señalar que, previamente, Ballou había definido el «daño absoluto» como una forma de daño permanente que sin ser letal podía hacer que se considerara una acción como violenta:

Un verdadero no-resistente cristiano no puede comprometer sus principios con conocimiento de causa, de manera deliberada o consciente, mediante alguno de los siguientes actos:

1) No puede matar, mutilar o causar algún otro daño absoluto a otro ser humano, en defensa propia o por el bien de su familia o cualquier cosa que le sea querida.

2) No podrá participar en ninguna conspiración ilegal, motín, turba, asamblea o combinación desordenada de individuos para causar o tolerar la comisión de algún tipo de daño personal absoluto.

3) No puede participar en ninguna asociación voluntaria que aunque ordenada, respetable y permitida por la ley y el consentimiento general, mantenga como verdad fundamental, o proclame como derecho esencial, o intente inculcar como doctrina sana, o apruebe como práctica recomendada la guerra, la pena de muerte o cualquier otro daño personal absoluto.

4) No podrá ser oficial o soldado, capellán o sacristán en el ejército, armada o milicia de ninguna nación, Estado o jefatura.

5) No podrá ser oficial judicial, elector, agente, fiscal, soporte pasivo o activo de cualquier gobierno (como miembro de un jurado o de cualquier otra forma de apoyo), cuya constitución civil y leyes fundamentales autoricen o toleren la guerra, la esclavitud, la pena de muerte o la imposición de algún tipo de daño corporal.

6) *No podrá ser miembro de cualquier sociedad constituida o cuerpo político cuyos estatutos obliguen o autoricen a sus funcionarios a recurrir a la violencia en la ejecución de sus asuntos.*

7) *Finalmente, no podrá cometer ningún acto, ni en persona o indirectamente, ni instigar o fomentarlo en terceros, ni demandar, pedir, exigir, aconsejar o aprobar el acto de cualquier individuo, asociación o gobierno que infrinja o amenace con infringir, o necesariamente necesite que se infrinja cualquier daño personal absoluto, como se ha definido anteriormente.*⁶

De esta manera, el movimiento abolicionista, inspirado por la conocida novela *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe, y la autobiografía del activista negro y antiguo esclavo Frederick Douglass, estaba moralmente dividido entre los que apoyaban insurrecciones de esclavos, como la de Nat Turner en 1831, que asesinó a cincuenta y cinco propietarios, y quienes optaban por formas de acción noviolenta, facción liderada por el mencionado William Lloyd Garrison. Esta división se plasmó en un célebre debate entre éste y John Brown, en la que uno citaba el Nuevo Testamento y el otro el Viejo, lo que da una idea de la importancia de la legitimación religiosa en ese contexto.

No obstante, el gran éxito del movimiento abolicionista fue una campaña noviolenta, el llamado «ferrocarril clandestino», que era una red de apoyo que llevaba esclavos fugados al Norte, con participación de cientos de personas a lo largo del camino. Por otro lado, los esclavos y esclavas habían utilizado también métodos de resistencia noviolenta, tales como huelgas de brazos caídos, sabotajes a la producción agrícola o redes de enseñanza clandestina. Hubo también suicidios en masa y explosiones de violencia, inspiradas probablemente por el éxito de la revolución de Haití entre 1791 y 1803 frente a las tropas de Napoleón. No está de más señalar que tras el éxito de la revolución de esclavos en Haití, segundo país americano en independizarse, el país sufrió el boicot de Estados Unidos y Francia, que veían peligrar el sistema esclavista

⁶ Adin Ballou: *Christian non-resistance, in all its important bearings, Illustrated and defended*, Miller Mkim, Filadelfia, 1846. Citado en Staughton Lynd y Alice Lynd: *Nonviolence in America, a documentary history*, Orbis Books, Nueva York, 1995, p. 18. [Traducción del autor.]

por la existencia de la primera república negra de la historia, que además tuvo que organizarse económicamente de forma improvisada en un contexto internacional totalmente hostil. Por otro lado, es cierto que el éxito de la rebelión de esclavos permitió abolir la esclavitud no sólo en Haití, sino también en Francia y en Gran Bretaña; pero también lo es que, al contar con el azúcar de remolacha, estos países ya no estaban interesados en el azúcar de caña tropical y no necesitaban el sistema esclavista que lo proporcionaba, mientras que por el contrario su abolición debilitaba a las potencias competidoras como España. Años más tarde, un movimiento de resistencia noviolenta en Trinidad y Tobago lograría adelantar algunos años la abolición de la esclavitud que se había anunciado en 1833 para 1840.

Así pues, Thoreau no escribía desde un contexto en el que no estuvieran presentes las reflexiones sobre la acción política noviolenta y la acción política violenta, como muestra el ya mencionado debate entre William Lloyd Garrison y el propio John Brown. En ese momento, Thoreau adoptó un punto de vista tanto ético pragmático al lanzar la idea de que cuando el sistema político no da opción al ciudadano a decidir en la vida política, éste tiene la obligación moral de realizar todas las acciones que estén a su alcance para acabar con la injusticia que esté presenciando, con desobediencia e incluso con violencia, como hacían John Brown y otros insurrectos antiesclavistas. Hay que señalar, no obstante, que las ideas de Thoreau eran totalmente individualistas y contrastaban con la defensa a ultranza de la resistencia pasiva colectiva que hacía en esos momentos Elihu Burritt, o con las formas de acción sin violencia de Garrison, que cuadraban mejor con la idea de una acción política noviolenta. Sin embargo, la visión cristiana de estos autores ha provocado que no fueran reconocidos desde otros ámbitos menos religiosos, aunque su enfoque sí que fuera asumido finalmente por lo que se refiere a los aspectos tácticos. No obstante, las ideas morales de Thoreau sobre la revolución pacífica y, por supuesto, sobre la desobediencia civil como estrategia política para la revolución pacífica fueron recuperadas entre otros por Lev Tolstói, Bertrand Russell, Bart de Ligt, Mohandas Gandhi, que fue el que realmente puso de moda el término «desobediencia civil», o Luther King, y aún siguen siendo directamente recuperados por muchos y muchas activistas que ponen en marcha actualmente campañas de desobediencia civil.

7. La acción noviolenta durante el siglo XIX

Acabamos de ver cómo Thoreau, lejos de inventar la desobediencia civil, y con ello una forma de acción política nueva, como se suele pensar, simplemente teorizó sobre formas de acción que ya se venían practicando en su tiempo y otorgó un cariz político a la desobediencia al Estado. A lo largo del siglo XIX ya había habido campañas de resistencia pasiva netamente pacifistas; por ejemplo, la de los objetores de conciencia de algunas sectas cristianas, principalmente cuáqueros y menonitas, y otras de corte más estratégico o pragmático, como la de algunos grupos revolucionarios nacionalistas en imperios como el británico, el ruso o el austro-húngaro, que veremos más adelante. Otros movimientos se mantuvieron en la línea de la resistencia civil incruenta, como los abolicionistas estadounidenses, que se basaron en lo que llamaban técnicas de «no-resistencia», o las sufragistas norteamericanas y británicas, que fueron desarrollando formas de acción política alternativa hasta que desarrollaron, como también veremos más adelante, ya en el siglo XX, una agresiva campaña de acción directa sin violencia aunque no del todo noviolenta. En ese tiempo, no obstante, la propuesta de huelga general efectuada por algunos sectores del movimiento obrero era la estrategia de acción

noviolenta más desafiante. Hay que señalar, además, que Estados Unidos se había convertido en tierra de peregrinaje y refugio de las minorías religiosas europeas, y que allí se pusieron en marcha proyectos comunitarios como la comunidad de New Harmony de Robert Owen o la famosa Icaria del padre Etienne Cabet.

No es posible hacer un análisis exhaustivo de todos los movimientos del siglo, pero vamos a ver en este capítulo algunos de los casos más conocidos y estudiados, empezando por la lucha por la autonomía húngara, el primer caso en el que claramente un movimiento revolucionario no necesitó de la violencia para triunfar o mantenerse.

La Revolución Húngara

Los austríacos habían arrebatado Hungría a los otomanos a finales del siglo XVI, y la nobleza húngara había sido la principal valedora de la idea de autonomía hasta 1847, fecha en la que consiguieron una constitución que otorgaba cierta autonomía al país. Al año siguiente se produjeron varias revoluciones liberales en Europa y en Hungría. Las corrientes revolucionarias recogieron las aspiraciones del nacionalismo independentista como reacción contra el Imperio Austriaco, garante del Antiguo Régimen. La revolución fue muy violenta y degeneró en guerra durante dos años, con implicación de los ejércitos primero austriaco y luego de sus aliados rusos, y con enfrentamientos también entre los húngaros y las minorías étnicas del país (en realidad, más de la mitad de la población). Tras derrotar a los húngaros y reconquistar el país a los rusos, Austria instauró una feroz represión, conocida como el «Sistema Bach» y empezó un periodo de germanización que se manifestó en el intento de control de las iglesias católica y luterana, y sus escuelas, durante los años cincuenta del siglo XIX. Los sacerdotes protestantes se negaron a integrar sus escuelas en el sistema de educación imperial y a disolver los tribunales eclesiásticos, por lo que fueron detenidos muchos obispos y pastores. En 1860 se reunió el sínodo de la Iglesia luterana y se reafirmó en su decisión de oponerse a la nueva reglamentación de las iglesias; así que los soldados austríacos empezaron a arrestar a eclesiásticos y a intervenir policialmente en

reuniones religiosas. Las misas se convirtieron entonces en manifestaciones de afirmación nacional y se crearon comités de defensa de la autonomía de las parroquias, con numerosas muestras de solidaridad por parte de toda la sociedad. Ante la imposibilidad de seguir adelante, el emperador Francisco José nombró un nuevo gobernador para Hungría, protestante, que revocó el polémico reglamento y liberó a los pastores encarcelados.¹

Sin embargo, la rebelión de las iglesias fue el detonante de la resistencia general para pedir la restauración de la Constitución de 1847, abolida tras el fracaso de la revolución. Ferenc Deak (1803-1876), ministro de Justicia durante el Gobierno revolucionario provisional en 1848, lanzó una gran campaña de resistencia pasiva y desobediencia civil. Deak, que no había apoyado la lucha armada durante la revolución, era un noble que había liberado tiempo atrás a sus siervos y era ya famoso entre quienes pedían reformas a Austria. La campaña se basaba en un boicot total a los austríacos, centrándose sobre todo en no consumir bienes austríacos, no pagarles impuestos, no colaborar con los embargos a quienes no pagaban (ni tasando ni acudiendo a las subastas). El seguimiento fue tan grande que a los austríacos les salía más caro traer gente de fuera para embargar, tasar, subastar y comprar los objetos embargados que lo que sacaban realmente por ello. Además, organizaron la educación y la industria de forma alternativa, rompiendo todos los lazos con la Administración austríaca. «Éste es el terreno seguro en el que, desarmados como estamos, podemos mantener nuestro propio estatus frente a una fuerza armada. Si va a ser necesario sufrimiento, que sea de forma digna. Él había dado la orden al país: resistencia pasiva. Y la orden fue obedecida».² El emperador Francisco José declaró el boicot ilegal, y cuando llegaron los soldados austríacos se enfrentaron a un desprecio tan grande que hasta ellos se quejaron a sus superiores. Pronto no hubo espacio en las prisiones para meter a tanta gente.

¹ Ver Proyecto AUPA: *Defensa Popular Noviolenta*, Ediciones Mambrú, Zaragoza, 1989; o la voz «Hungarian National Movement», en Roger S. Powers y Willian Vogeles (eds.): *Protest, Power, and Change: An Encyclopedia of Nonviolent Action from ACT-UP to Women's Suffrage*, Garland Publishing, 1997, p. 236. También Bart de Ligt le dedicó unas páginas en *The Conquest of Violence*, Pluto Press, Londres, 1989, pp. 138-9; y lo mismo hizo Clarence Marsh Case en *Nonviolent Coercion: A Study in Methods of Social Pressure*, The Century Co., Nueva York y Londres, 1923, pp. 327 y 328.

² Clarence Marsh Case, *ob. cit.*, pp. 327-328. [Traducción del autor.]

A partir de 1866 la situación en Austria no fue tan favorable, ya que estalló la Guerra de las Siete Semanas contra Prusia (una de las guerras de Bismarck para unificar Alemania). Ante la necesidad de militarizar el país, el emperador trató de negociar con Deak, que le respondió con la lapidaria frase: «Nunca haré de la restauración de las libertades un objeto de trueque». Tras ello, el emperador decretó el servicio militar obligatorio que fue respondido con una negativa total de la juventud húngara a incorporarse a filas en una gran campaña de insumisión total. Ante el temor a una revuelta mayor, tuvo que revocar la orden y, al poco tiempo, tras la derrota de Austria frente a Prusia en Sadowa, restituir la Constitución en febrero de 1867. De esta manera, por métodos noviolentos, Hungría se había liberado de la opresión y se constituyó la llamada Monarquía Dual, con lo que el país pasó a llamarse Austria-Hungría y se dotó de un sistema político de corte liberal.

La lucha húngara por su autonomía es uno de los ejemplos clásicos que se citan de lucha noviolenta, y ha sido ensalzada por autores de la corriente pragmática como ejemplo de revolución noviolenta, aunque desde el punto de vista de la corriente ética sociopolítica ésta no implicó ni consiguió un cambio social significativo, más allá de frenar la germanización de país. Sus repercusiones fueron muy importantes en la lucha noviolenta probablemente porque, a principios de siglo XX, tuvo una gran difusión por el mundo anglosajón una serie de artículos sobre el tema escritos por el independentista irlandés Arthur Griffith (1872-1922).³ Éste, que era uno de los fundadores del Sinn Feinn, trataba de establecer un paralelismo con Hungría tanto para tratar de aplicar esta estrategia de desobediencia total a la Irlanda de la época, sometida a la Corona Británica, como para apoyar la solución autonomista de la monarquía dual, compartiendo monarca.

El independentismo irlandés

Irlanda ya conocía por entonces la lucha noviolenta, pues a partir de 1879 la *Irish Land League for Home Rule* (Liga de la Tierra Irlandesa por la Autodeter-

³ Arthur Griffith: *The resurrection of Hungary. A Paralel for Ireland*, James Duffy and company, M. H. Hill and son y Sealy Bryers and Walker, Dublín, 1904.

minación) había organizado un movimiento independentista basado en el boicot social a los terratenientes ingleses. De hecho, el propio concepto de «boicot» surgió de una acción de ostracismo social contra el capitán Charles Boycott, agente de un terrateniente inglés, cuyo caso fue muy notorio por publicar una carta en un periódico contando su situación. Ante la necesidad de un nuevo verbo para expresar la táctica de su campaña, los irlandeses inventaron «boicotear» como bufa, y tuvo gran éxito gracias a la anterior notoriedad de Boycott.⁴

En este movimiento, el ala moderada de C. S. Parnell pedía la disminución de las rentas y la introducción de pequeñas propiedades para los irlandeses; mientras que el ala radical de Michael Davitt lanzó una campaña de desobediencia civil para recuperar la propiedad de la tierra. Los campesinos católicos irlandeses se negaron a pagar las rentas de los alquileres a los terratenientes ingleses, ante lo cual los británicos movilizaron casi cincuenta mil efectivos para reprimirlos. La revuelta no fue únicamente noviolenta ya que hubo también lucha armada a pequeña escala, pero la resistencia pasiva jugó un papel crucial, y los británicos se encontraron por todo el país con miles de irlandeses dispuestos a ir a la cárcel, unidos por el eslogan de «la tierra para el pueblo». El movimiento acabó no obstante cuando Parnell retiró el *No Rent Manifesto* (Manifiesto contra la renta) y aceptó la Ley de Autodeterminación de Gladstone en 1886, obteniendo, en opinión de muchos, mucho menos de lo que el movimiento podía haber obtenido.⁵

Los artículos de Griffith sobre la Revolución Húngara, ampliados posteriormente con el caso de la similar estrategia de resistencia que llevó a la independencia de Finlandia frente a Rusia, entre 1898 y 1905, y que veremos más adelante, tuvieron gran difusión por otras colonias del Imperio Británico, en especial en la también independentista India, llegando a traducirse a varias lenguas nativas. Es muy probable que Gandhi, atento a todas las estrategias noviolentas, conociera estos artículos, pues en su campaña en Sudáfrica animó a los indios que luchaban contra el apartheid a que siguieran una estrategia similar a la de los húngaros para conseguir su autonomía.⁶ En Irlanda la pro-

⁴ La historia completa se relata en http://en.wikipedia.org/wiki/Charles_Boycott.

⁵ Bart de Ligt: *The Conquest of Violence*, Pluto Press, Londres, 1989, pp. 115-117.

⁶ Véase Gandhi: *Collected Works of Mohandas K. Gandhi*, Ministerio de Información y Radiodifusión, Gobierno de la India, Delhi, 1958-70, vol. 7, pp. 213-214.

puesta de Griffith no tuvo mucho éxito, tal vez por no contemplar la independencia completa, y el movimiento nacionalista optó por un alzamiento armado en 1916 que acabó en guerra civil en 1922. No obstante, durante la guerra hubo numerosos actos de resistencia noviolenta, como el boicot a los impuestos británicos o la creación de instituciones alternativas. Además hubo activistas inspirados por un ya famoso Gandhi que, sin rechazar la guerra, realizaron acciones noviolentas, como la huelga de hambre que acabó con la vida de Terence MacSwiney, el alcalde de Cork, encarcelado por poseer propaganda independentista. Su larga agonía de 74 días provocó reacciones de apoyo a nivel internacional, sobre todo en Estados Unidos, Alemania, Francia y Australia. Su entierro multitudinario se convirtió en una gran manifestación patriótica irlandesa y consiguió la cohesión en torno a esta causa de toda la sociedad. Antes de su muerte, Terence MacSwiney había escrito un libro llamado *Principles of Freedom* (Principios de libertad), donde exponía sus puntos de vistas revolucionarios. Sus ideas también influyeron en el movimiento independentista indio, de manera que algunos y algunas activistas, incluido el propio Gandhi, siguieron posteriormente su ejemplo de huelga de hambre como herramienta política. Como veremos más adelante, en esa época la huelga de hambre ya había sido utilizada por las sufragistas como forma de presión cuando eran encarceladas y era, por tanto, una herramienta bien conocida.

El SPD alemán

Hay que destacar que durante el siglo XIX los movimientos socialistas y sindicalistas de los diferentes países europeos optaron en desigual medida por la acción violenta o incruenta. Mientras que en países como España la acción revolucionaria se veía pronto envuelta en enfrentamientos violentos de sindicalistas y asociaciones campesinas con la patronal, en la recién unificada Alemania, donde se había instaurado una dictadura militar, el movimiento obrero realizó una gran campaña noviolenta para el reconocimiento del Partido Social Demócrata (SPD) y se defendió con medios pacíficos de una ley antisocialista que lo prohibía y que estuvo en vigor desde 1878 hasta 1890. Bart de Ligt lo relató así:

Los socialdemócratas se organizaron para la acción a gran escala mediante la resistencia pasiva y la propaganda secreta. Aunque cientos de líderes fueron encarcelados, miles de panfletos y periódicos confiscados, decenas de sindicatos disueltos y toda la organización oficial del partido aniquilada, el movimiento socialista no cayó en la violencia salvo en casos aislados. Todo lo que la persecución hizo fue fortalecer su moral, y en una década el movimiento se había incrementado diez veces y creado una generación de líderes de fuerte carácter, preparado para «cualquier sacrificio personal por sus ideales y convicciones». Este periodo ha dado en llamarse la «edad heroica de la socialdemocracia» e incluso se ganó el respeto de sus enemigos. Sin embargo, resultó en vano que la reacción atacara al socialismo en las calles. El 30 de septiembre de 1890, la ley antisocialista fue revocada, y al año siguiente Liebknecht fue capaz de decir ante el Congreso Socialista: «Bismarck había tenido a su entera disposición durante más de un cuarto de siglo a la policía, el ejército, el capital y el poder del Estado, todos los medios de aplicar la fuerza. Nosotros teníamos sólo nuestros derechos, nuestros pechos desnudos para oponernos a él, y fuimos nosotros quienes vencimos. [...] Con el curso del tiempo la fuerza bruta debe ser derrotada por la fuerza moral. Bismarck ha sido derrotado y la socialdemocracia es el partido más poderoso en Alemania. La esencia de la revolución surge no de los medios sino del fin, y la violencia ha sido, durante miles de años, un medio reaccionario».⁷

Sin embargo, poco después, el movimiento obrero alemán entraría en crisis al sucumbir al nacionalismo y apoyar mayoritariamente la participación en la Primera Guerra Mundial, aunque ésta finalizara con una rebelión obrera cuando ya se veía perdida la guerra y, por tanto, se consideraba inútil seguir combatiendo. Ante el gran poder que amenazaba con conseguir con el trasfondo de la crisis política, el movimiento obrero alemán fue casi totalmente desmantelado a los pocos meses de acabar la guerra durante la represión de la Revolución Espartaquista, en la que asesinaron a Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht.

⁷ Bart de Ligt: *ob. cit.*, pp. 138-9. [Traducción del autor.]

No fue la lucha de los socialistas alemanes la única resistencia noviolenta al autoritarismo de Bismarck, pues también recurrieron a la misma los católicos alemanes, una minoría religiosa en este país protestante. Éstos estaban organizados en torno a un partido político, el *Zentrum*, y eran partidarios de unificarse con Austria, del federalismo y del respeto a las reivindicaciones de las minorías nacionales (principalmente de las católicas Alsacia y Polonia), y de los particularismos de estados como Baviera, de confesión mayoritariamente católica. Todo esto chocaba con el autoritarismo, centralismo y pangermanismo del llamado *Canciller de Hierro*. A partir de 1871, se empezaron a dictar leyes contra la libertad de expresión que afectaron directamente a la población católica, muchos sacerdotes fueron encarcelados y los obispos católicos quedaron vacantes en Prusia. Sin embargo, como Bismarck acabó necesitando a los católicos como aliados contra el SPD, a partir de 1878 cambió de política con respecto a los católicos, gracias también a la elección de un nuevo y más conciliador Papa, León XIII.

El movimiento demócrata persa

Lejos de allí, a finales de siglo XIX, surgió en Persia otro gran movimiento noviolento que pedía reformas democráticas contra el absolutismo del sah Mozaffar ad-Din Shah Qajar.⁸ El movimiento empezó pidiendo reformas puntuales contra las políticas de concesiones comerciales a empresas extranjeras por parte de las potencias coloniales del momento, y estaba dirigido principalmente por comerciantes y por ulemas, los religiosos chiitas. El movimiento utilizó dos métodos principales de acción directa noviolencia para presionar al sah a fin de conseguir reformas. El primero de ellos fueron las huelgas de los comerciantes, que se extendieron al final a otros sectores sociales; y el segundo fueron lo que en farsi denominaban *bast*, que consistía en la ocupación de embajadas extranjeras. La idea de *bast* partía de la tradicional búsqueda de santuario o refugio en territorio sagrado para lograr la bendi-

⁸ Ver Brad Bennet: «Persia Reform Movement», en Powers, S. Roger y William B. Voegelé (eds.): *Protest, Power, and Change: An Encyclopedia of Nonviolent Action from ACT-UP to Women's Suffrage*, Garland Publishing, 1997, p. 411.

ción religiosa, idea que luego se extendió a la ocupación de embajadas para provocar el posicionamiento de las potencias del momento, principalmente el Imperio otomano y el británico.

Aunque el movimiento de protestas había surgido en 1880, fue en 1890 cuando se produjeron las mayores movilizaciones, al vender el Gobierno la licencia sobre la recolección, manufactura y exportación del tabaco a una empresa inglesa. Esto generó gran descontento entre la población, que veía cómo, por un lado, aumentaba el precio del tabaco y, por otro, los beneficios de éste iban a parar al exterior. Un ulema prohibió fumar hasta que la concesión se retirara y los mercaderes hicieron huelgas y unificaron sus peticiones al sah. El boicot fue tan masivo que se dejó de consumir tabaco legalmente, y el sah no tuvo más remedio que retirar la medida.

En 1897 la crisis económica llevó al sah a pedir préstamos a bancos europeos para mantener su lujoso modo de vida, aumentando otra vez el descontento social. Una serie de manifestaciones en marzo del año siguiente llevaron a la dimisión del gobernador, mientras que las tropas, que también estaban descontentas por no haber cobrado, se negaron a reprimir a los y las manifestantes. Poco después, ya en 1900, nuevos aranceles provocaron más disturbios a lo largo del año siguiente y los líderes religiosos amenazaron con retirar su apoyo al sah si no cesaba al primer ministro, que finalmente tuvo que dimitir. A pesar de ello, se elaboraron nuevas leyes aduaneras que permitieron el empleo de extranjeros como oficiales de aranceles, lo que provocó más protestas todavía al considerarse como una nueva concesión a los británicos.

Hacia 1905 la oposición a determinadas políticas se había transformado ya en un gran movimiento de reforma constitucionalista. En abril se hizo una gran huelga de comercios, y los activistas buscaron refugio no sólo en mezquitas, sino también en embajadas extranjeras, principalmente en la del Imperio Británico, para protegerse así de las detenciones arbitrarias.

En 1906 se incrementó el movimiento y en julio arrestaron al principal líder reformista. Cuando algunos estudiantes trataron de rescatarlo, cayó muerto uno de ellos, víctima de un disparo, lo que provocó que las protestas se extendieran al resto de la sociedad. Se convocaron manifestaciones masivas de duelo, cincuenta comerciantes y estudiantes buscaron refugio en la embajada británica y pronto crecieron hasta llegar a ser nada menos que catorce mil

personas. Finalmente, en agosto el sah tuvo que acceder a las demandas, cesar al primer ministro e instaurar un parlamento, el primero de la historia de Persia.

Sin embargo, en medio de esta situación crítica, falleció el sah Mozaffar, y su sucesor, Mohammad Ali Shah Qajar, se opuso a las reformas constitucionales y disolvió el Parlamento, al que tildó de contrario a la Ley de Dios. Las protestas arreciaron, llegando a haber erupciones violentas e intentos de golpes de Estado por parte de algunos militares conservadores. Sin embargo, pronto reemergió el movimiento reformista de carácter noviolento y se hicieron nuevas manifestaciones y peticiones al sah. Hubo otra vez grandes huelgas de comercios y se volvió a buscar santuario (*bast*) en embajadas, esta vez en la del Imperio Otomano. Finalmente, en mayo de 1909, el nuevo sah Mohammad restauró el Parlamento y poco después tuvo que abdicar a favor de su hijo Ahmad Shah Qajar, que elaboró una nueva constitución para el país.

Salvo algunas excepciones que veremos más adelante, estas propuestas noviolentas de acción política no inspiraron elaboraciones teóricas sobre las propias técnicas noviolentas hasta mucho después, y las siguientes aportaciones, tanto a la idea de desobediencia civil como a la de acción política sin violencia, se hicieron principalmente como legitimación de campañas de objeción de conciencia en diferentes partes del mundo. Como se puede ver, estos movimientos tenían un carácter pragmático, derivado de la imposibilidad de efectuar exitosamente una lucha violenta, por lo que no crearon reflexiones sobre la moralidad o efectividad estratégica de eliminar la violencia en la acción política. Esa labor la hizo desde Rusia el famoso escritor Lev Tolstói, sumido en una profunda crisis espiritual que marcó la última parte de su vida, al teorizar sobre el poder, sacar a la luz su lado oscuro de represión y dominación y dotar de un sentido político a la negativa a realizar el servicio militar de algunas sectas protestantes. Su llamamiento a la desobediencia fue ampliamente recogido durante la Primera Guerra Mundial cuando, como veremos más adelante, la objeción de conciencia se convirtió en un fenómeno de masas, al negarse decenas de miles de jóvenes y no tan jóvenes de todos los países en conflicto a convertirse en soldados (aunque simultáneamente otros

millones sí lo hacían). Gracias a Tolstói, la objeción de conciencia dejó de ser, en muchos casos, un asunto de coherencia personal y pasó a convertirse en todo un desafío al orden establecido, una opción estratégica para la transformación social. Veamos antes otra muy desconocida experiencia de resistencia noviolenta en el siglo XIX, en este caso de resistencia al colonialismo europeo que muchos de estos movimientos no se pararon si quiera a considerar.

8. Las luchas indigenistas noviolentas

Lejos de Europa, donde los trabajadores empezaban a organizarse para luchar por sus derechos, se sufría más cruelmente aún las consecuencias de las políticas económicas capitalistas. América volvía a vivir genocidios de población indígena, mientras que Asia y África pasaban a ser propiedad de unos cuantos países, no sin menos dolor. En todos estos continentes la respuesta de la población nativa al exterminio o la opresión no fue siempre violenta, y no siempre fracasó del todo en el reconocimiento de sus derechos colectivos como habitantes originarios.

Desde el siglo XVI, Bartolomé de las Casas había iniciado el camino de la denuncia pública del genocidio americano y, en el XVII, el cacique indígena nasa Juan Tama había logrado negociar con la corona española la creación de resguardos indígenas para su pueblo en lo que ahora es Colombia. Algo similar hicieron en el mismo siglo los iroqueses en la Pensilvania cuáquera. También en los Estados Unidos, la Nación Cherokee, tras una desastrosa insurrección armada, buscó a partir de 1820 otras estrategias para defenderse del colonialismo blanco. Su plan fue adoptar la forma de Estado-nación, copiando las instituciones estadounidenses y llegando a desarrollar incluso un sistema de escritura. En 1830 ganaron un juicio en el Tribunal Supremo que reconoció la ilegalidad de la Ley de Evacuación India (*Indian Removal Act*) que

aprobaba el traslado al oeste del Misisipi de las tribus indígenas que vivían en el territorio estadounidense. Desgraciadamente, una facción disidente de 500 cherokees firmó con el presidente Andrew Jackson un acuerdo aceptando el traslado; acuerdo ilegítimo por no representar a un pueblo de 17.000 personas que tenía sus propias instituciones democráticas. De esta manera, el Gobierno estadounidense obtuvo la coartada legal que necesitaba para poder implementar su plan de limpieza étnica. La expulsión de los cherokees se conoce como el «camino de las lágrimas», pues fue tan brutal que murieron 4.000 personas durante el mismo, casi el 25% del total de la población.

Parihaka

Más lejos aún de estos escenarios, en la lejana Nueva Zelanda, el Gobierno británico estaba bien asentado en la Isla Sur y desde 1841 trataba de colonizar la Isla Norte, en principio comprando tierras a la población maorí originaria, que lógicamente se opuso a la venta, por lo que las transacciones se hacían mediante engaños y amenazas. Las tensiones siguieron hasta que en 1860 estalló la guerra en Taranaki, una región del suroeste de la isla. El conflicto implicó la derrota de los maoríes y a partir de 1865 empezaron las expropiaciones de tierras que, aunque según la propia ley inglesa eran ilegales, estaban organizadas por el Gobierno colonial. Fue en este contexto en el cual se desarrolló una lucha noviolenta que si bien no fue totalmente exitosa, fue sin duda el inicio de una nueva forma de resistencia al colonialismo.¹

En 1867, un jefe tribal veterano de las guerras de Taranaki, llamado Te Whiti, creó en el oeste de la región el asentamiento de Parihaka, como medio para detener el derramamiento de sangre y la expropiación de tierras. En vez de construir una fortaleza, construyó un pueblo abierto donde la gente se pudiera defender con «poderes espirituales». A Te Whiti, apodado con el calificativo respetuoso de Rongomai (una divinidad guerrera maorí), se le unió

¹ La historia de Parihaka fue escrita en el libro *Ask That Mountain*, de Dick Scott (Heinemann, Auckland, 1975), pero también existe información sobre estas movilizaciones en Mark Kurlansky: *Nonviolence, History of a Dangerous Idea*, Johnatan Cape, Londres, 2006, y, por supuesto, en internet.

un pariente, Tohu Kakahi, y ambos se ganaron el rango de profetas entre su gente. En Parihaka eran admitidos todos los y las maoríes que quisieran formar parte del poblado, pues eran muchas las personas desplazadas por la destrucción de otros asentamientos. La única condición es que para entrar en el poblado tenían que destruir sus armas. En poco tiempo se convirtió en el asentamiento maorí más grande y próspero de la región. Había grandes reuniones mensuales a las que acudían miles de maoríes de toda Nueva Zelanda, y que eran todo un reto logístico de mantener. En estas reuniones fueron diseñando la estrategia de acción y durante años fueron reuniendo arados traídos de todo el país.

En 1879, los agentes empezaron a hacer sondeos para delimitar las parcelas expropiadas para la venta, y los maoríes de Parihaka respondieron primero con el boicot de su trabajo, al quitar las estacas que clavaban para medir el terreno. Luego sacaron los arados que habían reunido pacientemente y empezaron a arar con caballos y bueyes las praderas de los colonos blancos en la tierra expropiada ilegalmente a los maoríes. De esta manera reafirmaban sus pretensiones sobre ella. Te Whiti insistió en que los surcos no iban dirigidos contra los colonos, pero a pesar de ello éstos formaron grupos paramilitares que pudieron ser rechazados por los maoríes sin violencia, actuando en grupo. Poco después, empezaron a arrestar a los labradores y éstos no ofrecían resistencia, siendo detenidos por decenas cada día; pero sus puestos eran siempre ocupados por otros que habían llegado desde muy lejos para cumplir con su tarea. Pronto tuvieron que enviar presos a Wellintong, en la Isla Sur, y parecía que los maoríes iban a ser capaces de llenar las prisiones de toda la isla.

En noviembre se llegó a una tregua mientras se comprobaba la legalidad de las expropiaciones en el Tribunal Supremo, pero a la vez el Gobierno colonial cambió las leyes para alargar la retención de los encarcelados indefinidamente. Por otro lado, el Gobierno anunció una comisión de investigación para averiguar si se habían incumplido promesas con los maoríes, pero éstos denunciaron que los miembros de la comisión, que se negó a investigar en Parihaka, estaban relacionados con las empresas beneficiadas por las expropiaciones ilegítimas.

En abril de 1880, los colonos empezaron a reparar las carreteras destruidas por los surcos, tratando a la vez de quebrar la apuesta pacífica y provo-

car una nueva guerra. En junio la carretera llegó a Parihaka y rompió las vallas que protegían los cultivos. Los nativos respondieron construyendo casas y vallas, ocupando y plantando en los campamentos de los agentes del Gobierno. Cuando los soldados las tiraban abajo, los maoríes volvían a levantarlas, por lo que empezaron a arrestar a los constructores de vallas. Igual que el año anterior, maoríes de todos los rincones de Nueva Zelanda llegaron para sumarse a la campaña.

El Gobierno promulgó entonces otra ley que contemplaba penas de dos años de trabajos forzados. En septiembre no quedaban ya hombres adultos en Parihaka, por lo que jóvenes adolescentes y viejos empezaron a alzar vallas simbólicas con palos y ramas. Se ordenó dejar de tomar prisioneros pues el coste de la operación estaba siendo tan alto que excedía el coste de la propia tierra expropiada. La prensa británica realizó la cobertura de los hechos más destacados, pero los cuatrocientos presos apenas captaron la atención mediática hasta que en noviembre fueron liberados cien prisioneros y explicaron su situación. Entonces los periódicos empezaron a informar de muertes en la cárcel y situaciones de confinamiento en solitario o hacinamiento, con muchos prisioneros con salud en estado crítico. Esto hizo que en los primeros meses de 1881 se soltara al resto de los prisioneros, entre quienes estaba el propio Te Whiti. Al retornar a Taranaki se dieron cuenta de que estaban haciendo nuevos sondeos para expropiar y vender las cercanas llanuras de Waimate y más de la mitad de las tierras de Parihaka (que en total ocupaban 230 km²). La venta de lo expropiado se llevó a cabo en junio y, a pesar de ello, los maoríes continuaron limpiando, vallando y cultivando la tierra, independientemente de si había sido «vendida» o no. El Gobierno amenazó con la guerra y los europeos de Taranaki crearon una milicia que puso cerco a Parihaka, cuyas tierras fueron finalmente invadidas en octubre. El 1 de noviembre Te Whiti dio un discurso ante su gente para evitar la defensa armada y tener paciencia ante el asalto final en la propia población.

Cuando las tropas entraron en Parihaka se encontraron a 2.500 hombres y mujeres maoríes sentados en silencio. Se decidió arrestar a Te Whiti y a Tohu y se ordenó a la gente de otros pueblos regresar a sus casas, pero nadie se movió, ni siquiera cuando se les amenazó con usar una ametralladora contra ellos. También destruyeron todos los cultivos, casi doscientas hectáreas en

total, y siguieron aplicando la medida en los alrededores. Al poco empezaron a desalojar a la población maorí restante y, para el 22 de noviembre, ya la habían expulsado casi toda, mientras que a unos seiscientos, considerados residentes del lugar, se les dio un pase y se les permitió permanecer en el poblado. Los soldados también crearon un campamento militar que duraría cinco años, y en los tumultos de esos días hubo saqueos, robos y violaciones que nunca fueron investigados. El asalto a Parihaka pasó a la memoria colectiva neozelandesa como el símbolo de la opresión sobre el pueblo maorí.

En los juzgados de New Plymouth se juzgó a Te Whiti y a Tohu. Éstos durante el juicio declararon que no querían odio entre europeos y maoríes, sino que querían vivir pacíficamente de la tierra. Se les encarceló, y seis meses después se les trasladó a la Isla Sur. Se creó una ley para que pudieran estar en prisión indefinidamente, pudiendo además ser arrestados sin cargo en cualquier momento si eran puestos en libertad. Tras varios intentos de soborno que nuevamente rechazaron, fueron liberados dos años después.

Poco a poco sus tierras seguían disminuyendo, por lo que Te Whiti y Tohu empezaron otra campaña para publicitar la pérdida de su tierra, con grandes marchas de protesta en Taranaki y otras partes de la isla. En julio de 1886 empezaron de nuevo a ocupar tierras y levantar chozas, por lo que Te Whiti fue encarcelado de nuevo hasta 1888, saliendo de prisión pocos días después de que su esposa muriera. A pesar de todo, al año siguiente, en 1889, se empezó a reconstruir Parihaka, modernizando el pueblo para que sus habitantes pudieran vivir de sus pocos cultivos. Parihaka se convirtió en uno de los principales asentamientos maoríes y éstos han seguido manteniendo tanto las reuniones mensuales como la memoria de Te Whiti y Tohu, que murieron ambos en 1907.

La historia de Parihaka no es la historia de un gran éxito de la acción noviolenta, pues aunque lograron el objetivo de vivir de la tierra, no se consiguió el objetivo principal de recuperar la tierra maorí. Sin embargo, con la acción noviolenta se evitaron males mayores al detener una guerra de exterminio que estaba masacrando a la población maorí, que fue reducida a más de la mitad en la segunda mitad del siglo XIX. También el espíritu de Parihaka ha sido clave a la hora de recuperar el honor y los valores comunitarios del pueblo maorí, una civilización de guerreros humillados por una derrota militar total;

y gracias a movilizaciones como la de Te Whiti, fueron recuperando su dignidad sobre la base de otros valores. Si la lucha era por la tierra y la dignidad, el movimiento fracasó en lo primero pero logró lo segundo. Hay que decir, además, que el movimiento impresionó vivamente al joven Mohandas Gandhi, que empezaba sus propias campañas noviolentas en Sudáfrica por ese tiempo.

La «Danza de los espíritus»

Hubo además otro conato de resistencia noviolenta contra la colonización europea que fue la llevada a cabo en la década de 1890 en Estados Unidos por la población nativa norteamericana mediante la llamada «Danza de los espíritus». Ésta tiene su origen en un movimiento milenarista fundado en 1880 por Wovoka, también conocido como *Jack Wilson*, un chamán *paiute* influenciado por cuáqueros y mormones así como por Smohalla, otro profeta nativo. Wovoka profetizó un final pacífico a la expansión blanca en un mundo en el que la población europea y la nativa vivirían en armonía. Además, creó un código moral estricto y un ritual basado en las danzas en círculo que sintetizaba tradiciones nativas norteamericanas, en la que los danzantes entraban en contacto con los espíritus de sus antepasados, en pleno éxtasis gracias al peyote. Muchos jefes indios visitaron Nevada para conocer las revelaciones de Wovoka, y algunos de ellos elaboraron sus propias versiones de la danza. *Mato Wanartaka* (Oso Coceador) llevó el movimiento a los lakota sioux, que fueron quienes desarrollaron la visión más milenarista, con una versión de la profecía que afirmaba que un manto de hierba acabaría con todos los blancos, en una clara distorsión del mensaje de cooperación intercultural de Wovoka, y que sus camisas espirituales les defenderían de las balas. La versión sioux tuvo mucho que ver con el ocaso del movimiento, al comprobarse trágicamente que no era cierto.

En 1890, la nación sioux de la reserva de Standing Rock se encontraban en serias dificultades por resultar improductivas las tierras desérticas de la reserva en las que había sido confinada. Entonces, encabezada por su antiguo jefe guerrero, *Tatanka Lyotanka* (Toro Sentado, vencedor años atrás en Little Big Horn), recurrieron a la danza como forma de autoafirmación. Los ritua-

les asustaron al Gobierno norteamericano, que envió tropas a la reserva y declararon ilegal la danza. En diciembre trataron de arrestar a *Tatanka Lyotanka*, pero, en el transcurso de la operación, uno de los guerreros sioux disparó al teniente de la policía india, que a su vez disparó y mató a *Toro Sentado*, empezando así un tiroteo con varios muertos. Tras este incidente, la población sioux de Standing Rock, dirigida por *Heháka Glešká* (también conocido como Pie Grande), el hermano de *Tatanka Lyotanka*, se dirigió al campamento de otro famoso jefe sioux, *Mahpíya Lúta* (Nube Roja), esperando su protección. Su caravana, compuesta principalmente por mujeres y niños, fue acosada por el ejército norteamericano y masacrada en *Wounded Knee*. Durante el tiroteo, las camisas espirituales de los danzantes no fueron capaces de protegerlos de las balas, tal y como había pregonado *Mato Wanartaka* (Oso Coceador). Tras difundirse esta noticia, el movimiento de la Danza de los Espíritus entró en decadencia, aunque todavía se practica entre algunas tribus. Hay que señalar que *Wounded Knee* además de ser la última «batalla» entre nativos y soldados norteamericanos, se convirtió en el símbolo de la opresión blanca. Igual que en *Parihaka*, el valor de la «Danza de los espíritus» fue más moral que efectivo, logrando tan sólo proporcionar orgullo a la moral herida de los nativos norteamericanos. Otros jefes nativos, como *Mahpíya Lúta* (Nube Roja), no se acercaron a la «Danza de los espíritus», pero habían estado largo tiempo luchado noviolentamente por sus derechos una vez abandonaron la lucha armada. De hecho, tras ganar la Guerra de Nube Roja (1866-68), *Mahpíya Lúta* logró la concesión de tierra para una gran reserva que luego defendió pacíficamente. Ante los nuevos abusos contra la misma, encabezó una delegación nativa a Washington y trató de buscar una solución pacífica, por lo que no participó en la Guerra Lakota (1876-77) que promovieron sus compañeros de armas *Tháshúnke Witkó* (Caballo Loco) y *Toro Sentado*.

9. El pacifismo moral de Tolstói

Mientras, en Europa, en pleno contexto de efervescencia revolucionaria, la tarea a la que se dedicó un ya anciano Lev Nikoláyevich Tolstói (1828-1910), tras su famosa crisis espiritual de 1880, fue la de escribir prosa religiosa pero revolucionaria. También, con gran éxito, fundó una editorial, «Intermediario» (*Посредник*, en ruso) junto con su discípulo y secretario Vladimir Chertjov, para poner al alcance de la población más pobre escritos morales a muy bajo precio. La editorial funcionó gracias a la colaboración de los más prestigiosos escritores rusos, amigos de Tolstói, y a la ausencia de ánimo de lucro en la misma. Además Chertjov puso en marcha una comunidad en un pueblo cercano a Yasnaia Poliana, donde estaba la hacienda del escritor, siguiendo los principios del literato y constituyendo el inicio del movimiento conocido como los «tolstoyanos». Uno de sus primeros libros de esta etapa, titulado *¿En qué consiste mi fe?*, ya exponía que la principal desviación del cristianismo en la doctrina de la Iglesia era no reconocer el mandamiento sobre la no-resistencia al mal, expresado claramente por Jesús en el Sermón de la Montaña. Huelga decir que por sus críticas a la Iglesia ortodoxa fue excomulgado por ésta y que nunca se retractó de sus principios.

Tal y como cuenta el propio Tolstói al inicio de *El Reino de Dios está en vosotros*,¹ su obra pacifista más importante, tras publicar aquella primera obra política recibió mucha información sobre sectas cristianas que llevaban ya tiempo poniendo en práctica esos principios, quedando especialmente impresionado por cuáqueros y menonitas. También conoció la doctrina de la «no-resistencia al mal», tal y como había sido elaborada con ese mismo nombre en los Estados Unidos por William Lloyd Garrison y Adin Ballou, como hemos visto con anterioridad. Más adelante construiría toda su doctrina política basándose en una variante, la «doctrina de la no-resistencia al mal con violencia», que anticipaba el propio concepto de noviolencia. De hecho, fue ésta la gran aportación de Tolstói, la de matizar el concepto de «no-resistencia al mal» con las palabras «con violencia», dejando implícito el concepto de «resistencia sin violencia» tan cercano al de resistencia noviolenta posterior.

Iluminado por su cristianismo panteísta, y reforzado por la literatura pacifista cristiana anterior, el propósito de Lev Nikoláyevich fue pregonar un cambio moral, primero en el individuo. Este cambio conducía directamente a la desobediencia al Estado, por ser éste injusto, y al rechazo a emplear la fuerza para solventar los conflictos. De hecho, Tolstói buscaba a través del autoperfeccionamiento moral la transformación total de la sociedad; es decir, lo consideraba un medio para hacer la revolución. Por ello apoyó sin reservas la negativa a prestar el servicio militar de los *doubojoris* (también llamados *doukhobors*, una secta protestante pacifista rusa), ya entonces castigados con el destierro en el Cáucaso (de hecho para cubrir los gastos de su éxodo a Canadá cedió todos los beneficios de su novela pacifista *Resurrección*, en la que citaba como ejemplo a seguir la desobediencia civil de Thoreau). Además, hay que señalar que para esta época ya había habido campañas de objeción de conciencia o insumisión en varios países como España, Gran Bretaña, Rusia o los Estados Unidos, y que los pioneros fueron cuáqueros, menonitas, anabaptistas y otras sectas cristianas, pero que también fueron realizadas por anarquistas.² Tolstói recuperó además dos olvidados alegatos contra el servi-

¹ León Tolstói: *El Reino de Dios está en vosotros*, Kairós, 2009, pp. 17 y ss.

² Véase Peter Brock: *Varieties of Pacifism. A Survey from Antiquity to the Outset of the Twentieth Century*, Syracuse University Press y University of Toronto Press inc., Nueva York, 1998; y Peter Brock y Thomas P. Socknat (eds.): *Challenge to mars. Essays on pacifism from 1918 to*

cio militar hechos desde el punto de vista de la doctrina cristiana de la no-resistencia, como fueron el libro del cuáquero inglés Jonathan Dymond *Sobre la guerra*, de 1824, y el del menonita Daniel Musser *Sobre la no-resistencia*, de 1864.³

Así, Tolstói centró buena parte de su actividad intelectual tardía a legitimar la desobediencia al Estado, mediante huelgas, negativas a pagar impuestos o insumisión al servicio militar (antes de que se popularizara el término sajón de objeción de conciencia), como medio para transformar la sociedad. En general, pensaba que la no colaboración con la violencia del Estado traería consigo su caída. Su visión era, por tanto, como veremos más adelante, sincrética entre algunos postulados básicos anarquistas y la doctrina moral pacifista. De hecho, aunque él no se denominara a sí mismo anarquista, pues en ese tiempo esta ideología estaba demasiado identificada con el magnicidio, su filosofía era totalmente anarquista (era además vegetariano y un entusiasta del esperanto). Es considerado como anarquista desde que fuera citado por Kropotkin como tal en el artículo que éste escribiera sobre anarquismo para la Enciclopedia Británica en 1911. Lev Nicoláyevich hablaba así del anarquismo:

*Los anarquistas tienen razón en todo, en la negación del orden existente, en la idea de que sin autoridad no puede haber peor violencia que con autoridad. Se equivocan sólo en pensar que la anarquía puede ser instituida por una revolución violenta. Ésta no podrá ser instituida hasta que haya cada vez más gente que no requiera de la protección del poder gubernamental, y haya cada vez más gente que se avergüence de aplicar este poder.*⁴

1945, University of Toronto Press inc., Toronto/Bufalo/Londres, 1999. [Traducción del autor.]

³ León Tolstói: *ob. cit.*, pp. 39 y ss. Se puede encontrar el libro de Dymond en inglés en http://www.nonresistance.org/docs_pdf/accordancy_of_war.pdf y el de Musser en http://www.nonresistance.org/docs_pdf/Nonresistance_Asserted.pdf.

⁴ Lev Tolstói: *Government is Violence. Essays on Anarchism and Pacifism*, Phoenix Press, Londres, 1990, p. 68. Texto original de 1900, traducido por Vladimir Chertjov de sus diarios manuscritos y publicado por éste en *Some Social Remedies*, Free Age Press, Christchurch, Hants, 1900. [Traducción del autor.]

Además, había conocido personalmente a Proudhon en Bélgica cuando en 1861 viajó por Europa en busca de ideas pedagógicas para las escuelas que abriría posteriormente en Yasnaia Poliana. El anarquista francés, también heterodoxo en cuanto a sus ideas religiosas, influyó tanto en Lev Nikoláyevich que éste utilizó el mismo título de la obra que aquél estaba finalizando en ese momento, *Sobre la guerra y la paz*, para su gran novela pacifista homónima pero traducida en castellano como *Guerra y paz*. Posteriormente, en 1890, y en plena efervescencia política, Tolstói entró en contacto con Kropotkin, a través de Vladimir Chertjov, ya que ambos estaban exiliados en Inglaterra. Kropotkin y Tolstói tenían mucho en común como anarquistas que habían pertenecido a la aristocracia rusa y habían servido en el ejército del zar. La influencia y fascinación del uno por el otro fue intensa y recíproca, y Kropotkin escribió artículos a la muerte del literato refiriéndose a él como «el hombre más amado, más conmovedoramente amado del mundo». Los biógrafos de Kropotkin relatan de la siguiente manera la relación intelectual entre ambos pensadores:

Diferían en dos cuestiones importantes. En primer lugar, Tolstói condenaba sin reservas la violencia bajo cualquier circunstancia, mientras que Kropotkin, a despecho de profundos sentimientos personales, estaba dispuesto a admitir su necesidad en determinadas condiciones extremas. En segundo, Tolstói sostenía que el cambio social debía producirse como consecuencia de un cambio moral del individuo cuando éste comprendiese que «el reino de Dios está dentro», lo que a su vez influiría en las acciones de los hombres y alteraría toda la norma moral y todas las relaciones sociales. Este elemento ocupaba sin duda su lugar en las enseñanzas de Kropotkin y muchos otros anarquistas, pero tendía a quedar oscurecido por una doctrina de lucha social, que Tolstói consideraba mera perpetuación del viejo mal. En vez de una contraviolencia, propugnaba prescindir de la cooperación del Estado y de sus instituciones subsidiarias y negarse por completo a obedecer.⁵

Sin embargo, la visión anarquista que Tolstói tenía del Poder o la autoridad, a la que asociaba sólo con coerción, rompía totalmente con la tradición

⁵ George Woodcock e Ivan Avakumovic: *El príncipe anarquista*, Ediciones Júcar, 1975, pp. 314-315. La cita de la frase tras la muerte de Tolstói es de la p. 316.

esencialista de la que muchos revolucionarios no habían podido escapar. Esa visión esencialista implicaba la idea de que la esencia del poder es lo que genera obediencia, mientras que para Tolstói (y otros anarquistas) la coerción violenta era lo que generaba la obediencia. Veamos cómo expresó esta idea:

La base del Poder es la violencia física y la posibilidad de hacer sufrir a las personas, una violencia física que es debida sobre todo a los individuos mal organizados, de tal modo que obran conjuntamente pero sometiéndose a una sola voluntad. Estas uniones de individuos armados que obedecen a una voluntad única forman el ejército. [...] El fin del Poder y su razón de ser están en la limitación de la libertad de los hombres que querrian poner sus intereses personales por encima de los intereses de la sociedad. Pero, sea el Poder adquirido mediante el ejército, por herencia o por elección, los hombres que lo poseen no se distinguen en nada de los demás hombres y, como ellos, son impelidos a subordinar sus intereses al interés general. [...] Para que la dominación de unos sobre otros pudiera alcanzar su fin, para que pudiese limitar a quienes hacen pasar sus intereses privados antes que los de la sociedad, el Poder hubiera debido encontrarse en manos de personas infalibles [...]. Pero como eso no existe, al contrario, quienes tienen el poder están siempre muy lejos de ser santos, precisamente porque tienen el Poder, la organización social basada sobre la autoridad no puede ser justificada.⁶

La influencia de Tolstói

Es importante tener en cuenta que, igual que otros teóricos de la noviolencia, Tolstói no creó ninguna práctica o técnica de acción política nueva, sino que, simplemente, proporcionó una legitimación política a la no colaboración con el Estado y la elevó al rango de estrategia política revolucionaria. Es decir, Tolstói propagó la teoría de la acción noviolenta, camino que habían abierto ya los cuáqueros y otras sectas cristianas pacifistas, y como Thoreau, otor-

⁶ Lev Tolstói: «El poder. La insumisión», en: *La insumisión y otros textos*, Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid, 1993, pp. 19-20 y 23-26. En realidad se trata del Capítulo VII de *El Reino de Dios está en vosotros, ob. cit.*, pp. 197 y ss.

gó a las acciones de desobediencia al Estado un sentido político. Antes de él, estas cuestiones se trataban simplemente como una cuestión moral, y sus revolucionarios planteamientos (en todos los sentidos) tuvieron mucho eco entre círculos cristianos y sectores no tan religiosos. Tal como ha señalado Devi Prasad, recopilador de la historia de la Internacional de Resistentes a la Guerra hablando de la historia del pacifismo:

Tolstói causó un gran impacto en aquellos pacifistas que se sentían perdidos entre el pacifismo ortodoxo y el cuasi-pacifismo de aquellos que hablaban de paz y entendimiento entre la humanidad mediante llamamientos a los gobiernos y organizando conferencias internacionales. Para aquellos pacifistas había llegado el momento de reflexionar y prepararse para desafiar al Estado con todos sus militarismos en sus diferentes manifestaciones. Tolstói les ayudó a entender la propuesta y sus posibles resultados.⁷

Por otro lado, tal y como hemos dicho con anterioridad, el movimiento pacifista durante el siglo XIX, vinculado a posiciones holistas, no tenía una propuesta de acción directa noviolenta, a pesar de haber sido capaz de configurar toda una red de sociedades pacifistas, sobre todo en Europa y Estados Unidos, tal y como relata la novela *Abajo las armas* (1889) de la aristócrata austriaca Bertha von Suttner. Este movimiento internacionalista, liderado por la Liga por la Paz y la Libertad, fundada como hemos visto antes en Ginebra en 1867, basaba su acción en la realización de conferencias internacionales (hemos mencionado ya la de Bruselas de 1848 y la de París de 1849) y había logrado organizar nada menos que veinte de ellas entre 1889 y 1914, alguna de ellas presidida por el mismísimo zar Nicolás I, que reunió en la Haya en 1899 a 26 representantes de diferentes Estados para acordar una limitación armamentística. Como es sabido, estos llamamientos a los gobiernos no fueron una estrategia muy escuchada en esos tiempos de militarización social (de «paz armada», como se conoce a este periodo) y la creación de la Cruz Roja, como instrumento para aliviar la suerte de los heridos en combate, fue la propuesta pacifista más celebrada. De hecho, Henry Dunant, su principal promotor, fue

⁷ Devi Prasad: *War is a Crime against Humanity. The Story of the War Resisters' International*, WRI, Londres. [Traducción del autor.]

el ganador del primer premio Nobel de la Paz en 1901. En ese contexto, en el que se seguía identificando la acción noviolenta con «resistencia pasiva», la voz de Tolstói sirvió para señalar la ineficacia de las conferencias internacionales y ensalzar las virtudes de la desobediencia y la objeción de conciencia. Su alegato fue ampliamente escuchado, no en vano Tolstói era ya un reputado escritor de fama internacional, condición que le valió además para eludir la represión del zar.

Por lo tanto, la gran diferencia de Tolstói respecto a otras corrientes anteriores que rechazaban la violencia, era el énfasis en la acción consciente y transformadora de la realidad, ausente en el pacifismo tradicional, que llegaba a rechazar la huelga y otros métodos de coerción noviolenta. El profesor José Luis Gordillo lo ha expresado del siguiente modo:

La principal razón que justifica dejar cierto espacio al ideario de León Tolstói es su carácter de puente entre el pacifismo quietista de las sectas religiosas protestantes y el pacifismo activo de Mohandas Gandhi, en el que hay una clara vocación de incidencia social y política.⁸

De hecho, ambos autores imprimieron al pacifismo un carácter tan activo que incluso Gandhi llegó a afirmar que la pasividad era peor que la violencia y a rechazar el concepto con el que muchas veces se le identifica: el de resistencia pasiva, mucho más cercano a Tolstói.

A mi juicio la no-violencia no tiene nada de pasivo. Por el contrario, es la fuerza más activa del mundo. En este mundo no se ha hecho nada que no se deba a la acción. [...] Rechazo la expresión «resistencia pasiva» porque no traduce por completo la realidad y podría verse en ella el arma de los débiles.⁹

⁸ José Luis Gordillo: «La estaca verde de León Tolstói», en VV. AA.: *Pensamiento pacifista*, Icaria Editorial, 2004, p. 50.

⁹ Mohandas K. Gandhi: *Todos los hombres son hermanos*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid, 1995, pp. 142 y 147. Por esta razón, Gandhi prefirió utilizar el término *satyagraha*, que puede traducirse por el concepto occidental de «acción directa noviolenta», pero que literalmente significa camino o perseverancia de la verdad.

La influencia en Unamuno o Wittgenstein, o la existencia de comunidades tolstoyanas fundadas en lugares lejanos, como Chile o Sudáfrica, dan una muestra de la gran difusión del mensaje de Lev Nikoláyevich. Si bien Gandhi en Sudáfrica sí que siguió la propuesta de desobediencia activa que acabamos de señalar, en general el resto de comunidades tolstoyanas se centraron más en su mensaje moral holista extraído del Sermón de la Montaña y resumido en cinco mandamientos básicos: amar a tus enemigos, no cultivar el enfado, no luchar contra el mal con violencia, evitar la lujuria y no realizar juramentos.

La idea de revolución en Tolstói

Pero Tolstói no sólo justificó la inconveniencia de la acción violenta con argumentos morales, sino también con argumentos eminentemente prácticos, relacionados con la inutilidad de la misma al poner en contra a la opinión pública. El siguiente texto resume muy bien el ideario revolucionario de Tolstói:

[...] sólo se plantean dos cuestiones, y las dos están cerradas. Una es destruir la violencia por medio de la violencia, por el terrorismo, bombas de dinamita y puñales, como nuestros nihilistas y anarquistas han intentando hacer para destruir esta conspiración del Gobierno contra las naciones; la otra es llegar a un acuerdo con el Gobierno, haciéndole concesiones, participando en él, con la intención de desenredar gradualmente la red que atrapa al pueblo y así liberarlo. Ambas propuestas están agotadas. La dinamita y el puñal, como la experiencia ha mostrado ya, sólo causan reacción y destruyen el poder más importante, el único a nuestra disposición, que es la opinión pública. La otra propuesta también está agotada, porque los gobiernos han aprendido cuándo pueden permitir la participación de las personas que quieren reformarlos. Admiten sólo lo que no transgrede, lo que no es esencial, y son muy sensibles respecto a las cosas que les pueden hacer daño, sensibles porque conciernen a su propia existencia. Admiten hombres que no comparten sus puntos de vista, y que desean reformas, pero no para satisfacer las demandas de estos hombres, sino sus propios intereses o los del Gobierno. Estos hombres son peligrosos para el Gobierno si permanecen fuera del sistema y organizan revueltas contra él,

oponiendo contra el Gobierno el único instrumento efectivo que posee, la opinión pública. Deben entonces neutralizar a estos hombres, atrayéndolos por medio de concesiones, para volverles inocuos (como los cultivos de microbios), y luego hacerlos servir para los objetivos del Gobierno, por ejemplo, oprimiendo y explotando a las masas.

Si ambas propuestas están firmemente agotadas y son estériles, ¿qué más se puede hacer? Usar la violencia es imposible, porque sólo causa reacción. Unirse a las filas del Gobierno es también imposible, porque lo convertirá en su instrumento. Un camino, no obstante, permanece abierto: combatir al Gobierno por medio del pensamiento, el discurso y la acción, sin ceder al Gobierno ni unirse a sus filas incrementado su poder.

Sólo esto se necesita para tener éxito. Esa es la voluntad de Dios, la enseñanza de Cristo. Sólo puede haber una revolución permanente, la moral; la regeneración del hombre interior. ¿Cómo tendrá lugar esta revolución? Nadie sabe cómo tendrá lugar esta revolución en la humanidad, pero cada hombre lo ve claramente en sí mismo. En nuestro mundo todos piensan en cambiar la humanidad y nadie piensa en cambiarse a sí mismo.¹⁰

Así pues, Tolstói no sólo tuvo una visión filosófica holista, sino que también propugnó una concepción sociopolítica de la acción noviolenta. Como decíamos en el primer capítulo, las visiones holistas de la no-violencia no tienen por qué tener una visión política, pero cuando la tienen lo hacen desde una perspectiva ética común a la perspectiva revolucionaria. Por otro lado, hemos visto que Tolstói no fue ni mucho menos el primer revolucionario en rechazar los métodos violentos como forma de acción política, pues este rechazo fue compartido por muchos activistas, pacifistas y socialistas utópicos del siglo XIX, aunque en el movimiento obrero generalmente, por solidaridad con la causa, muchas veces no condenaron la violencia obrera. Además, las corrientes socialistas dominantes (socialismo, comunismo y anarquismo) optaron por la doctrina de la revolución proletaria, elaborando para ello una teoría de la guerra justa que legitimaba el derramamiento de sangre e, incluso, muchas veces lo exaltaba. Esta apología de la revolución era también una

¹⁰ Lev Tolstói: *Government is Violence. Essays on anarchism and pacifism*, Phoenix Press, Londres, 1990, pp. 69-70. Texto original de 1900. [Traducción del autor.]

apología de la violencia revolucionaria, aunque algunos y algunas anarquistas, como Domela Nieuwenhuis, optaran siempre por métodos noviolentos. Los siguientes párrafos del anarquista alemán Rudolf Rocker resumen la opinión que de Tolstói tuvieron en el movimiento obrero:

Rechazando toda clase de violencia, Tolstói reprueba también la violencia como método para combatir el mal. Es preferible sufrir de los injustos antes que ser injusto, tal es su lema. El mal hay que combatirlo no con la violencia, sino con el valor de las convicciones. Un ideal puro sólo puede ser realizado mediante medios puros.

Comprendemos este punto de vista, más todavía, agreguemos que el terrorista revolucionario no es indudablemente el tipo ideal del porvenir, pero también a él lo comprendemos, pues estamos convencidos de que la gran injusticia no puede caer sin erupciones violentas y de que debe morir por sus propias armas. Allí donde el hombre gime, sufre y muere bajo la maldición de un sistema brutal, la protesta violenta no es sino la consecuencia lógica e inevitable de ese sistema. Eso es lo que nos enseña la historia de todas las grandes revoluciones populares.

Pero admitamos también con profunda convicción el alto significado de la fuerza moral, que se manifiesta en diversos hechos, como lo pide Tolstói. El boicot moral contra el Estado, la resistencia al servicio militar, es fuera de duda, un método táctico que apela a los sentimientos más elevados del hombre. Pero nos falta la fe de creer que este método puede por sí mismo liberar al hombre de la maldición de la esclavitud.¹¹

La gran diferencia, por tanto, de la perspectiva tolstoyana, encuadrada dentro del pacifismo revolucionario, con otras doctrinas revolucionarias consistía en poner el énfasis en la forma de la acción en vez de en el contenido de la doctrina. Era precisamente el contenido el principal diferenciador entre socialistas, comunistas y anarquistas enfrascados en eternos debates sobre el papel del Estado, del mercado o las colectivizaciones una vez conquistado o

¹¹ Rudolf Rocker: «Tolstói, profeta de una nueva era», escrito a comienzos de siglo XX y publicado por la prensa libertaria londinense, fue incluido en *Artistas y Rebeldes*. Esta versión procede del prefacio a Leon Tolstói, *La insumisión y otros textos*, ob. cit., pp. 19-20.

anulado el poder. Estas doctrinas sobre la revolución obrera, igual que la mayoría de los anarquistas, como Rocker, justificaban la violencia revolucionaria sobre la base del derecho a la legítima defensa. Si bien es cierto que la amplia gama de corrientes del movimiento obrero permitió un rico debate sobre cómo y cuándo usar la violencia, muchas veces se consideró la violencia la única forma de acción política capaz de dotarse de la coerción y disruptividad (es decir, capacidad para paralizar el sistema) necesarias para una revolución, ya sea política o social, y se despreció el potencial político de la acción noviolenta.

Además, la doctrina de la noviolencia de origen religioso también se rige por el principio filosófico de considerar al oponente como un ser humano, evitando caer en las deshumanizaciones del enemigo propias de las doctrinas de la guerra justa, en las que se pueden encuadrar las teorías revolucionarias, y concibiendo el conflicto de una manera más favorable a su resolución. Tolstói respondería con los siguientes párrafos a la apología de la revolución violenta:

Hay personas que aseguran que el fin de la violencia o su disminución llegará cuando la gente oprimida derroque al Gobierno opresor haciendo uso de la fuerza y lo sustituya por otro nuevo, con el que ya no será necesaria ni la violencia ni la esclavización de los hombres. Estas personas que tratan de llevar esto a cabo se están engañando a sí mismas y empeorando la situación del pueblo, porque con su labor lo único que consiguen es aumentar el despotismo de los gobiernos. Estos intentos de liberación dan un pretexto muy cómodo a los gobiernos para que refuercen más su poder y así lo hacen.¹²

Contradicciones

No se debe acabar la referencia a Tolstói sin mencionar una importante contradicción entre su pensamiento moral y su modo de vida, rodeado de los lujos de un aristócrata ruso y con una relación tormentosa con su mujer Sofya

¹² Lev Tolstói: *El reino de Dios está en vosotros*, ob. cit., concretamente en el capítulo VII: «La gente de nuestro tiempo ha de aceptar inevitablemente la doctrina cristiana de la no resistencia al mal con la violencia».

(nombrada a veces con su diminutivo en ruso Sonya). De hecho, esta contradicción es el principal tema de su obra literaria y la fuente de su conflicto interno que tanto afectó a su matrimonio. En la mayoría de sus novelas aparecen personajes nobles que se liberan de su culpa renunciando a sus privilegios, pero él mismo no lo pudo hacer hasta poco tiempo antes de su muerte (razón por la cual respetó tanto a Kropotkin). Su gran paradoja fue que él mismo no pudo llevar a cabo ese modo de vida que pregonaba, pero no hay que olvidar que incluso sus buenos actos (y los de sus personajes) hacia los campesinos *mujiks* estaban repletos de paternalismo aristocrático.

Por otro lado, Sofya ya conocía los defectos de Lev antes de contraer matrimonio con él, pues éste le dio a leer sus diarios secretos en los que confesaba su vida de crápula, pero ella le perdonó sabiendo que su arrepentimiento y sufrimiento eran sinceros. Sofya ejerció desde entonces como colaboradora infatigable hasta la crisis espiritual de Tolstói, pasando a limpiar los borradores de sus novelas, administrando la casa y las tierras y cuidando a sus trece vástagos. Cuando, tras la crisis, Tolstói abandonó su vida como literato y se dedicó al pensamiento religioso y social, el distanciamiento fue inevitable, si bien ya había evitado hasta entonces asumir las responsabilidades de su rol de padre, marido o terrateniente. Pero las disputas con Sofya estaban motivadas por el choque inevitable entre su deseo de vivir desapegado de las riquezas materiales y la lógica insistencia de ella en mantener para sí y sus hijos los roles y privilegios de su estatus, clase y género. La influencia de los propios tolstoyanos, plasmada en la lucha por hacer la obra de Tolstói de dominio público, chocó con la defensa de Sofya hacia lo que consideraba la herencia de sus hijos e hijas. Además, la controversia conyugal estaba lastrada sin duda por la misoginia del literato, que contrastaba vivamente con su prédica de perfeccionamiento moral. Y era misoginia en el sentido de que, tal y como se desprende de la lectura de sus diarios, consideraba a las mujeres como el mal encarnado por su poder de seducción, que arrastraba al hombre a la lujuria. El caso es que Tolstói sufría grandes remordimientos por recurrir a la autosatisfacción o a prostitutas para calmar sus deseos sexuales en los períodos de rechazo de Sonya, así que él mismo vivió como una contradicción su vida sexual y no incluyó la virtud propia en su teoría moral. Desde el siglo XXI, tras haber pasado por la llamada revolución sexual, se contempla todo este sufrimiento

(en sí mismo y hacia Sofya) como el producto de la visión pecaminosa de las religiones célibes sobre la sexualidad que, además de represión sexual, comportaban concepciones patriarcales de las relaciones de género, al considerar a la mujer como el origen del pecado libidinoso. Si bien esta misoginia era habitual en el siglo XIX, para entonces ya había habido muchos pensadores, pensadoras y activistas que habían empezado a derribar las barreras del patriarcado y la discriminación de género. No obstante, puede que no fuera su religiosidad o su misoginia, sino la divergencia en cuanto a los principios morales lo que causó en última instancia el conflicto en la pareja, que se profesó amor sincero, y condujo a que su teoría moral fuera considerada por muchos como el producto de un noble excéntrico.

El legado de Tolstói fue mantenido vivo por sus discípulos, especialmente por Gandhi, que reinterpretó su pensamiento, pero sobre todo por Vladimir Chertjov que, habiendo estado exiliado en Inglaterra, tradujo buena parte de su obra política al inglés y, además, fue el editor de su obra en ruso; y por Valentín Bulgakov, que fue su último secretario personal y que organizó la creación del museo de Yasnaia Poliana dedicado al literato.

Bulgakov, que aparece retratado idealizado en la película *La última estación*, dedicada a los últimos meses de Tolstói, fue encarcelado tanto por el Gobierno zarista como por el soviético y tuvo que exiliarse en Checoslovaquia, donde ingresó en la recién fundada Internacional de Resistentes a la Guerra y entró en contacto con las más preeminentes personalidades pacifistas de la época, como Romain Rolland, Rabindranath Tagore y Albert Einstein. Tras sobrevivir a un campo de concentración nazi, retornó a la Unión Soviética y se hizo cargo durante veinte años del museo de Tolstói de Yasnaia Poliana.

10. La resistencia civil de las *suffragettes*

Ya desde sus inicios el movimiento feminista había venido planteando una renovación de los métodos de acción política, ya que las prácticas de ese momento reproducían pautas patriarcales que las hacían inoperativas para las mujeres. Si bien hubo algunas voces contemporáneas a la Revolución Francesa, como la de la inglesa Mary Wollstoncraft o la francesa Olimpe de Gouges, el movimiento se fue articulando a lo largo del siglo XIX en torno a la reivindicación del derecho al voto de la mujer. Los inicios de las asociaciones de mujeres provienen del movimiento antiesclavista estadounidense que, en un principio, no admitía mujeres entre sus miembros. Por esa razón las mujeres crearon organizaciones antiesclavistas femeninas que se involucraron en las campañas de boicot a los productos elaborados por mano de obra esclava. En la Convención Anual Contra la Esclavitud, que se llevó a cabo en Londres en 1840, se rechazó la participación de las ocho delegadas norteamericanas. Dos de ellas, Elizabeth Cady Staton y Lucretia Mott, organizaron la Convención por los Derechos de la Mujer en Seneca Falls, cerca de Nueva York, cuya declaración de derechos imitaba la declaración de independencia y elaboraba una lista de agravios contra las mujeres. Posteriormente se hicieron convenciones anuales para discutir asuntos concernientes a las luchas por los

derechos de las mujeres y, paralelamente, se empezaron a crear asociaciones feministas, tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos. Mientras tanto, se ponían en marcha campañas basadas en los métodos de no-resistencia que habían aprendido en el movimiento antiesclavista. Después de la guerra civil norteamericana, se fusionaron los restos de los movimientos antiesclavistas con los de mujeres para pedir el voto de negros y mujeres, y tras conceder el voto a los negros y no a las mujeres, se crearon las primeras asociaciones feministas específicamente dedicadas a pedir el sufragio femenino. En 1868 y 1872 algunas mujeres, como Susan B. Anthony, fueron condenadas por tratar de votar y llegaron a interrumpir un discurso del presidente Wilson en 1876. Susan B. Anthony fue además una gran impulsora del internacionalismo en los movimientos de mujeres, y logró fundar ya en 1904 la Alianza Internacional por el Sufragio de las Mujeres (IWSA, según sus siglas en inglés). Además, algunas organizaciones de mujeres, tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña, lanzaron campañas de boicot a los impuestos, lo que hizo que algunas personas fueran represaliadas, como el matrimonio formado por Stephen y Abbey Kelley Foster, que tuvieron que vender su granja.

Sin embargo, la principal campaña de acción directa llevada a cabo por el movimiento sufragista se realizó en Gran Bretaña, especialmente a partir de 1903, por Emmeline Pankhurst,¹ perteneciente a la Liga Fabiana y al Partido Laborista, fundadora de la Liga en Favor del Derecho a Voto de la Mujer en 1892 y en 1898, una vez viuda, de la Unión Política y Social de la Mujer (WSPU, según sus siglas en inglés). Las activistas que siguieron su estrategia fueron conocidas como las *suffragettes*, se fueron radicalizando poco a poco y no siempre se mantuvieron en las pautas de la acción noviolenta. Emmeline vendió su casa en Manchester y se dedicó a dar conferencias en Estados Unidos y Gran Bretaña, y a consecuencia de ello tanto ella como sus hijas Adela, Christabel y Sylvia, fueron arrestadas en varias ocasiones. Fueron muy famosas las palabras que en 1908 Emmeline dirigió al jurado que la estaba juzgando: «Estamos aquí no por quebrantar las leyes, sino por nuestros esfuerzos por crear nuevas leyes». El 21 de junio de 1908 lograron convocar a más de 500.000 mujeres en una manifestación en Hyde Park, Londres, que acabó

¹ La extensa entrada sobre Emmeline Pankhurst en la Wikipedia en inglés proporciona mucha información sobre su vida: http://en.wikipedia.org/wiki/Emmeline_Pankhurst.

con algunas de ellas lanzando piedras contra la residencia del primer ministro, en Downing Street. Esta acción no estaba prevista, pero Pankhurst la apoyó en declaraciones posteriores, lo que le valió el rechazo de la prensa. A partir de 1909 las *suffragettes* empezaron a usar la huelga de hambre como estrategia cuando eran encarceladas, y muchas veces las activistas fueron alimentadas a la fuerza con tácticas muy agresivas. La violencia policial se manifestó igualmente en la calle y, en un célebre incidente a las puertas del Congreso el 18 de noviembre de 1910, conocido como «viernes negro», trescientas mujeres fueron maltratadas y vejadas, y cien de ellas arrestadas cuando trataban de pasar el cordón policial para entrevistarse con el primer ministro Asquith. Este hecho generó muchos problemas al responsable de la policía, el futuro primer ministro Winston Churchill. Sin embargo, a consecuencia del «viernes negro» se lograron aprobar las *Conciliation Bills*, leyes que posibilitaban el sufragio censitario a mujeres ricas.

En 1912, una segunda ley electoral se estaba discutiendo y las *suffragettes* hicieron una gran campaña de rotura de cristales, lo que llevó a Emmeline nuevamente a la cárcel. La coordinación de las *suffragettes* pasó a su hija Christabel, que ante su situación de búsqueda y captura se había exiliado en París. En prisión, Emmeline inició su primera huelga de hambre y logró negarse a ser alimentada contra su voluntad, cosa que se convirtió en el procedimiento habitual del movimiento. La policía al principio trató de forzar su alimentación con malas maneras, lo cual empeoró mucho su imagen pública. Después, la estrategia que se siguió fue poner a las activistas en libertad cuando estaban tan débiles como para no suponer una amenaza por un tiempo, gracias a la llamada Ley del Gato y el Ratón, creada expresamente para tratar de evitar el desgaste del Gobierno ante la opinión pública con las huelgas de hambre. Una vez reestablecida su salud, eran nuevamente detenidas en cuanto iniciaban de nuevo sus actividades políticas. Emmeline era tan conocida que tenía que usar disfraces y una escolta de chicas entrenadas en el arte marcial del jiu-jitsu (en la que no se usa la fuerza) para protegerse del acoso policial, de manera que los intentos para detenerla solían acabar en escaramuzas y forcejeos con la policía.

Ese mismo año, la estrategia de las *suffragettes* se radicalizó y llegaron a provocar pequeños incendios con bombas caseras hechas de queroseno al

modo de cócteles molotov. También llegaron a clavar un hacha con la inscripción «voto para la mujer» en el carruaje del primer ministro. Estas estrategias fueron alejando cada vez más a las *suffragettes* tanto de las tácticas noviolentas como del apoyo de la opinión pública masculina, de forma que algunas figuras del movimiento lo abandonaron. Especialmente significativo fue el abandono de Adela Pankhurst, la hija mayor de Emmeline, o la del matrimonio formado por Emmeline y Federrik Pethick-Lawrence, que habían formado parte de la dirección del WSPU desde el principio. Un año después, la colaboración de Sylvia en un mitin sindicalista organizado por su propio grupo de WSPU, en el que participaba junto a Frederick Pethick-Lawrence, hizo que Christabel la amonestara y finalmente expulsara del WSPU junto con su grupo de *suffragettes*. La verdadera ruptura se producía, según relataba Sylvia, por las tendencias autocráticas de Christabel y su madre, que no admitían líneas divergentes a la suya propia, y menos en su propia familia.

Con el estallido de la Primera Guerra Mundial el distanciamiento con Sylvia fue más grande aún. La WSPU acordó una tregua con el Gobierno por la cual las *suffragettes* se comprometían a parar su campaña de acción directa y, a cambio, se liberaba a todas las que estaban encarceladas. Emmeline, además, hizo posteriormente presión mediante manifestaciones, discursos y llamamientos para permitir la colaboración de las mujeres en las fábricas de armas, esfuerzo que fue decisivo para el funcionamiento de la estrategia de guerra. También hizo una gira por Estados Unidos y Canadá para recaudar dinero para el gobierno e instigando a la entrada de ambos países en la guerra. Llegó a viajar a Rusia en 1917 con el fin de presionar para que tras la Revolución de febrero el pueblo ruso no abandonara la guerra, e incluso se entrevistó con Kerensky en agosto.

Estas actividades generaron dos cismas en la WSPU, pues no todas aceptaban postergar la lucha por el voto. Además, Sylvia y Adela, esta última desde Australia, se distanciaron de la línea patriótica y permanecieron fieles a las ideas pacifistas, haciendo públicas sus posturas para disgusto de su madre. Sylvia se orientó cada vez más hacia el socialismo, y su organización de *suffragettes* cambió este nombre por el de *workers* (trabajadores/as), aunque posteriormente rompería con Lenin al acercarse a posturas más libertarias. Se uniría a un anarquista italiano y tuvieron una hija fuera del matrimonio, lo que

le valió la ruptura definitiva con su madre; aunque ésta, paradójicamente, en sus tiempos había hecho esa misma propuesta al que fuera su marido y fue éste el que la convenció de pasar por el altar, porque si permanecía soltera sería totalmente ninguneada en la vida política.

En 1918, justo al final de la guerra, una ley permitió el voto a mujeres mayores de treinta años, y un nuevo cisma surgió en el movimiento sufragista ante las diferentes consideraciones de crear organizaciones mixtas. Emmeline optó por seguir en organizaciones de mujeres y creó el *Women Party*, el Partido de las Mujeres, todavía activo en el presente. Tras el fin de la guerra, su actividad se centró en el apoyo al Imperio Británico contra el bolchevismo, e inició de nuevo giras por todo el mundo. Finalmente, en 1926 ingresó en el Partido Conservador, posiblemente por ser el único partido que le permitiría trabajar el «empoderamiento» de la mujer, ya que el Partido Liberal había sido blanco de sus campañas antes de la guerra y además se había salido del Laborista. Murió en 1928, poco después de que se extendiera a todas las mujeres mayores de edad el derecho al voto.

La influencia de las *suffragettes*

Pero el de las *suffragettes* inglesas no fue el único movimiento sufragista de acción directa, pues sus tácticas fueron aplicadas en Estados Unidos a partir de 1916 por Alice Paul, Lucy Burns (que por cierto, se conocieron en una prisión inglesa) y su *National Women Party* (Partido Nacional de las Mujeres). En este país las sufragistas no cayeron en las trampas de la violencia incruenta y sus movilizaciones se basaron en manifestaciones, desfiles, concentraciones masivas y sobre todo huelgas de hambre, efectuadas con una amplia cobertura de prensa y acompañadas por la publicación de la revista semanal *Suffragist*. En 1917 hicieron un gran piquete ante la propia Casa Blanca, en el que las activistas, conocidas como «centinelas silenciosas», portaron pancartas hasta que fueron detenidas. Una vez en los calabozos, iniciaron una huelga de hambre —igual que sus compañeras británicas—, con los consiguientes malos tratos al intentar forzar su alimentación. Las movilizaciones tuvieron tanto éxito que al poco tiempo, en 1918, el presidente Wilson puso en marcha

la Novena Enmienda a la Constitución, permitiendo el voto a las mujeres mayores de edad.

Además, en la misma Gran Bretaña y paralelamente a las radicales *suffragettes*, las más de 100.000 mujeres que pertenecían a la organización de las sufragistas moderadas, la *National Union of Women's Suffrage Society* (Unión Nacional por el Sufragio de las Mujeres, NUWSS), estaban luchando también duramente en movilizaciones sin violencia, aunque sus acciones estuvieron siempre dentro de la ley: hacían mítines, recogían firmas, escribieron cartas a los parlamentarios y organizaron marchas de mujeres. No se las ha de considerar como acción noviolenta puesto que era acción convencional, pero no cabe duda de que su movilización produjo sinergias positivas con las movilizaciones de las *suffragettes* y preparó al público para un cambio político importante.

Como se habrá podido observar, el de las *suffragettes* inglesas, con todas sus contradicciones, no fue un movimiento estrictamente noviolento. No obstante, el uso efectivo que hicieron de algunas técnicas noviolentas, como el mitin, la manifestación, la acción directa o la huelga de hambre, supuso una muestra de la eficacia de éstas por su gran repercusión, mientras que perdieron fuerza cuando usaron tácticas más cercanas a la violencia, como la de los cócteles molotov. También hay que decir que mediante la acción directa, las *suffragettes* se convirtieron en las verdaderas creadoras de la estrategia de la desobediencia civil en el sentido moderno, haciendo mucho más con su práctica que el discurso del propio Thoreau. Anecdóticamente, cabe señalar que Christabel y su compañera Annie Kenney se negaron a pagar la multa a la que se las condenó por interrumpir un mitin y prefirieron ir a la cárcel, iniciando una táctica habitual en movimientos sociales posteriores. Igualmente, las *suffragettes* fueron las primeras en encadenarse a verjas de sitios públicos para llamar la atención de la prensa, y en realizar piquetes y bloqueos noviolentos para interferir la actividad habitual de los líderes políticos.

Tal y como ha señalado Carmen Magallón:

Las sufragistas de ambas ramas (moderadas y radicales) no se limitaron a reproducir las prácticas existentes en la política de su tiempo. Su acción política creció a través de prácticas creativas, de un hacer que ellas comenzarían

y que más tarde cuajaría en la noviolencia. No es de extrañar que Gandhi mantuviera que había aprendido las técnicas de la noviolencia y de la desobediencia civil de las mujeres, en particular de las sufragistas británicas.

*[...] La clave profunda de la división entre las dos líneas de sufragistas, según Jo Vellacot, estaba en el papel que unas y otras asignaban a la fuerza física como agente de poder y decantación de decisiones. La carencia de fuerza física de las mujeres era una de las razones que esgrimían los antisufragistas para negarles el voto: si ellas no podían defender el país, tampoco tenían derecho a votar un gobierno, basado finalmente en la fuerza. Las moderadas creían que el poder institucional había de sustituir al poder de la fuerza, y actuaban en consecuencia, mientras que las *suffragettes* parecían haber encontrado un tipo de fuerza diferente, que violentaba, sí, el orden establecido, pero no atentaba contra las personas.*

[...] Finalmente, la guerra, la Primera Guerra Mundial, dividiría a las sufragistas y no precisamente entre moderadas y radicales. La división se produjo en el interior de ambos grupos, en torno a las opciones de nacionalismo-internacionalismo, guerra o paz.²

Pero el suyo no fue el único movimiento que se dividió durante la Gran Guerra, más adelante veremos otros, pero antes veamos otras grandes movilizaciones noviolentas de principios del siglo XX.

² Carmen Magallón: *Mujeres en pie de paz*, Siglo XXI, Madrid, 2006, pp. 48-49.

11. Experiencias de resistencia noviolenta antes de la Primera Guerra Mundial

Además del movimiento de las sufragistas que acabamos de ver en el capítulo anterior, los primeros años del siglo XX también fueron testigos de numerosas movilizaciones noviolentas. Algunas las vimos ya en el apartado de movilizaciones del siglo XIX, pues fueron una continuación de éstas, como las luchas contra el absolutismo del sah en Persia. Vamos a ver en este capítulo tres casos de importantes movilizaciones de carácter noviolento, como fueron la lucha por la autonomía finlandesa que cristalizó en el marco de la revolución rusa de 1905, las diversas campañas de boicot comercial puestas en marcha en diversos momentos en China y las campañas de Gandhi en Sudáfrica.

La revolución rusa de 1905¹

Este proceso tenía como precedentes varios años de demandas campesinas y obreras, y se encuadró en el marco de la derrota en la guerra ruso-nipona de

¹ Los movimientos noviolentos en la Rusia de 1905 han sido narrados prolijamente por Ackerman y Duvall en: *A Force more Powerful. A Century of Nonviolent Conflict*, Palgrave, Nueva York, 2000; y Ackerman y Kruegler en: *Strategic nonviolent Conflict, the Dynamics of People Power in the Twentieth Century*, Praeger, Westport/Connecticut/Londres, 1994. También Sharp le dedica unas páginas en *The Politics of Nonviolent Action*, Porter Sargent Publishers, III volúmenes, Boston, 1973, pp. 78-79, y en *Waging Nonviolent Struggle. 20th Century Practice and 21st Century Potential*, Porter Sargeant Publishers, Boston, 2004.

ese mismo año. En enero miles de personas acudieron al Palacio de Invierno, en San Petersburgo, formando una manifestación pacífica para pedir mejoras laborales, que fue disuelta con disparos que causaron más de cien muertes. Estos hechos generaron una revolución espontánea durante el resto del año, a veces violenta pero predominantemente pacífica. Diversos grupos sin liderazgo conjunto lanzaron sus propias reivindicaciones: grupos de obreros, campesinos y militares de reemplazo pedían mejoras económicas, mientras que intelectuales y etnias minoritarias pedían más libertades. Fue principalmente la población campesina la que llevó a cabo varias insurrecciones violentas que fueron duramente reprimidas. Los sindicatos obreros, dirigidos por los mencheviques, optaron principalmente por una serie de huelgas que paralizaron San Petersburgo, Moscú, el tren y el sistema de comunicaciones. Los soldados se amotinaron en diversos puntos, y fueron también duramente reprimidos, especialmente en la revuelta del acorazado *Potemkim*, con más de dos mil muertos. Polacos, finlandeses (como veremos más abajo), musulmanes y otros grupos étnicos aprovecharon, además, para protestar contra la rusificación que se les trataba de imponer a la fuerza.

Finalmente en octubre, tras una huelga general en favor de una transición democrática, el zar tuvo que acceder a firmar el *Manifiesto de Octubre*, por el cual se creaba un parlamento o Duma, votado por sufragio universal, acompañado por una amnistía para los presos políticos. No obstante, a la vez se intensificaba la represión y sectores conservadores organizaron ataques antisemitas contra la comunidad judía rusa, acusándola de ser la causa de las revueltas. Los disturbios continuaron poco a poco hasta diciembre de 1905, cuando los bolcheviques transformaron una huelga en un alzamiento armado, esperando que los soldados encargados de reprimirles no obedecieran. Sin embargo, el regimiento Semenovsky, encargado de hacerles frente, se empleó a fondo en la batalla urbana, empleando incluso la artillería y causando más de mil muertes. Ése sería el inicio del fin de la revolución y el zar pudo empezar a deshacer las concesiones democráticas que las movilizaciones noviolentas le habían arrancado. En julio de 1906, finalmente fue disuelta la Duma y tras un atentado frustrado contra el primer ministro empezó la persecución de «terroristas» que acabaría con más de mil personas ahorcadas. Tan sólo en Finlandia, donde se había llevado a cabo una lucha noviolenta por más tiempo y donde

no había habido tanta violencia, se consiguió la creación de un parlamento autónomo.

La revolución finlandesa de 1905

En Finlandia,² sometida al Imperio Ruso desde 1808, el gobernador Bobrikov había impuesto desde 1898 un duro régimen con la intención de rusificar el país, igual que se estaba haciendo en otras regiones del imperio. Sin embargo, el intento de integrar las tropas finlandesas dentro del ejército ruso fue respondido con una campaña de insumisión secundada por 15.000 de los 25.000 jóvenes llamados a filas. Además, los jueces se negaban a condenar a los prófugos, por lo que también ellos fueron arrestados. Paralelamente, los maestros y maestras se negaron a impartir la enseñanza obligatoria en ruso y los pastores luteranos empezaron a movilizar a la población hacia la resistencia pasiva. El gobernador Bobrikov respondió pagando provocadores violentos para poder así desencadenar una cruel represión, y a consecuencia de ello fue asesinado por un estudiante en 1904 en un acto de violencia aislada. A pesar de estas provocaciones la resistencia civil continuaba de forma predominantemente noviolenta y la huelga general rusa de 1905 fue respaldada en Finlandia incluso por la policía. Al sexto día de huelga, el zar, en una situación de grave crisis con toda una revolución en marcha en Rusia, tuvo que conceder la autonomía y libertades a Finlandia, que no alcanzaría la definitiva independencia hasta otra crisis rusa, la de 1917.

La campaña de Gandhi en Sudáfrica

Al año siguiente, en 1906, muy lejos de allí, en la colonia británica de Sudáfrica, un joven abogado indio, Mohandas Gandhi, inspirado en parte por los sucesos en Rusia, encabezó la campaña noviolenta por los derechos de la comunidad de inmigrantes indios en Sudáfrica, desarrollando los princi-

² La información del caso de Finlandia proviene casi en su totalidad del libro del Proyecto AUPA: *Defensa popular noviolenta*, Ediciones Mambrú, Zaragoza, 1989.

pios del *satyagraha* que veremos más adelante y aplicando firmemente una desobediencia civil de inspiración tolstoyana. Por aquel entonces Gandhi ya llevaba más de diez años en Sudáfrica dedicado a la causa de los inmigrantes asiáticos, denominados despectivamente *coolies*, que estaban padeciendo, igual que la población indígena, duras condiciones de discriminación racista. Entre las muchas biografías y artículos existentes sobre esta campaña destacan varios textos de los años veinte, lo que puede dar idea de la importancia de la misma en su época, ya que fue puesta como ejemplo para otras muchas luchas noviolentas.

Uno de estos textos es la propia autobiografía de Gandhi,³ en la que el indio relata el *shock* que le produjo que se le expulsara de un tren y se le negaran muchos derechos, cuando él, abogado, se consideraba casi un *gentleman* inglés. Es un texto fundamental también para conocer las lecturas e influencias que le llevaron a conformar su vocación pacifista, entre las que destacan la de Ruskin *Unto this last* (Hasta este último) y las de Tolstói, *El reino de Dios está en vosotros*, así como otras obras cristianas que le habían prestado amigos cuáqueros. También sería fundamental para Gandhi la *Carta a un hindú*, texto en el que, poco antes de morir, Tolstói incitaba directamente a Gandhi a la desobediencia civil para conseguir la independencia de la India.

Otro texto de gran interés es el análisis que de esta campaña hiciera en 1923 Clarence Marsh Case en *Nonviolent Coercion*,⁴ dedicándole un capítulo entero y desarrollando la idea gandhiana de no violencia como «fuerza del espíritu», caracterizada por la unión de religión y política, o lo que es lo mismo, una forma de acción política caracterizada por una ética de origen religioso de carácter holista. Un tercer texto de los años veinte que sirvió para dar a conocer esta campaña es la temprana biografía de Gandhi en la que el dramaturgo y pacifista francés Romain Rolland exponía el ideal gandhiano. De esta lírica manera relataba la campaña de Gandhi en Sudáfrica:

³ Mohandas Gandhi: *Autobiografía*, edición abreviada por Bharatan Kuymarappa, Sal Terrae, Santander, 2007.

⁴ Clarence Marsh Case: *Nonviolent Coercion: A Study in Methods of Social Pressure*, The Century Co., Nueva York y Londres, 1923, capítulo XIX: «Nonviolence as soul-force», pp. 347-367.

En 1893 Gandhi llegó a Sudáfrica por haber sido llamado a Pretoria en defensa de una importante causa, ignorante por completo de la situación de los hindúes en África. Desde los primeros pasos en Natal, y sobre todo en el Transvaal holandés, vivió crueles experiencias. Este hindú bien nacido, que siempre fuera bien tratado en Inglaterra, y quien hasta entonces considerara a los europeos como amigos, se halló objeto de las más groseras injurias, arrojado de las puertas de hoteles y trenes, insultado, abofeteado, golpeado a puntapiés. Se hubiera alejado del lugar a toda prisa de no haberse enterado de que el gobierno preparaba un proyecto de ley para quitar a los hindúes las últimas franquicias con las que contaban.

[...] Se inicia entonces la lucha épica de una conciencia contra la fuerza del Estado y de la masa bruta. Siendo todavía abogado por esa época, comienza demostrando jurídicamente la ilegalidad del Acta de Expulsión asiática y contra la más virulenta oposición, gana su causa en derecho, si no de hecho, ante la opinión de Natal y de Londres. Hace firmar peticiones, organiza el Congreso hindú de Natal, forma una Asociación de Educación hindú; poco más tarde funda un diario, Indian Opinion, publicado en inglés y en tres lenguas indias. [...]

En 1904 crea en Phoenix, próxima a Durban, una colonia agrícola según los planes de Tolstói, a quien admira. Reúne allí a los hindúes, les administra parcelas de tierra y les hace tomar solemnemente el voto de pobreza. Él, por su parte, se adjudica las tareas más serviles. Y allí, durante años, ese pueblo silencioso resiste al gobierno.

[...] Cada vez que el Estado de Sudáfrica se encuentra abocado a graves peligros, Gandhi suspende la no participación de los hindúes en los servicios públicos y ofrece rápidamente su ayuda. En 1899, durante la guerra de los Boers, organiza la Cruz Roja hindú. En 1904, habiéndose desatado la peste sobre Johannesburgo, Gandhi organiza un hospital. En 1906 hubo un sublevamiento indígena en Natal y Gandhi participa en la guerra, a la cabeza de un cuerpo de camilleros, lo que el gobierno de Natal le agradece profundamente.

Tales servicios caballerescos no abatían, sin embargo el furor xenóforo. Arrojado a prisión en diversas ocasiones (bien poco después del reconocimiento oficial de Natal), condenado a reclusión y trabajos forzados, golpeado por el populacho furioso, dado por muerto en una ocasión, Gandhi conoció todos los sufrimientos y todas las humillaciones.

Se mantuvo en su lucha por espacio de veinte años, y alcanzó su máximo de aspereza entre 1907 y 1914. El gobierno de Sudáfrica había hecho proclamar de forma precipitada una nueva Acta Asiática, a pesar de la oposición de los ingleses más esclarecidos. Gandhi organiza entonces su resistencia en toda su amplitud, y en septiembre de 1906, en Johannesburgo, los hindúes reunidos prestaron solemne juramento de «resistencia pasiva». Todos los asiáticos, de cualquier raza, de cualquier casta, de cualquier religión, ricos y pobres, contribuyeron con la misma abnegación, los chinos del África se unieron al movimiento hindú.

Se les encarceló por millares, y a falta de prisiones lo bastante amplias, se les confinó en minas. Mas la prisión parecía atraerles. El general Smuts, encargado de perseguirles, les había dado el nombre de Conscientious Objectors. Gandhi fue encarcelado en tres ocasiones. Hubo no pocos muertos, verdaderos mártires. El movimiento fue tomando proporciones y en 1913 se había extendido desde Transvaal a Natal. Huelgas gigantescas, mítines apasionados, una marcha en masa de hindúes a través de Transvaal despertaron a la opinión pública de África y Asia. La indignación gana la India, y el propio virrey, lord Harding, se hace eco de ella en Madrás.

La indomable tenacidad y la magia del «espíritu grande» daba sus frutos: la fuerza se arrodilla ante la dulzura heroica. El enemigo más encarnizado de la causa hindú, el general Smuts, que en 1909 declaraba que no había de borrar de los Estatutos una medida injuriantes para los hindúes, cinco años después se confesará feliz de hacerla desaparecer. Una comisión imperial le otorga la razón a Gandhi sobre casi todos los puntos. En 1914, una ley suprime el impuesto de tres libras y acuerda la libre residencia en Natal de todos los hindúes que quieran permanecer allí como trabajadores libres. Al cabo de veinte años de sacrificios la No-resistencia había vencido.⁵

Cabe llamar la atención sobre varias cosas, además del emotivo estilo narrativo del autor. Una es que la campaña noviolenta de Gandhi fue un éxito notable y de gran trascendencia pública que lo convirtió, antes incluso de iniciar su campaña en la India, en el principal paladín de la noviolencia en el

⁵ Romain Rolland: *Gandhi*, Editorial La Pléyade, Buenos Aires, 1972, pp. 20-25.

mundo, con influencia directa de Tolstói por medio epistolar. Sin duda alguna era una de las primeras grandes campañas de no-resistencia, desobediencia civil o resistencia pasiva que triunfaba habiéndose explicitado claramente unos principios de resistencia noviolenta. Por no aceptar una visión idealizada, habría que señalar la adhesión de Gandhi a los principios colonialistas de la civilización occidental y el nulo apoyo prestado a las causas indígenas de la zona, sometidas como es sabido a un apartheid todavía más brutal que al que estaba sometida la población asiática. Como ha mostrado Rolland, Gandhi no dudó en colaborar con los británicos en la Guerra de los Boers y en la represión de la rebelión zulú esperando con ello obtener concesiones para la población india de Sudáfrica.

También llama la atención de un primer uso del término «objeto de conciencia», que aparece sin traducir en la cita y que en esos primeros años se refiere al término con el que el general Smuts se refería a quienes ejercían la desobediencia civil en Sudáfrica, por lo que por extensión pasó a denominar a quienes rechazaban el servicio militar, popularizándose el concepto durante la Primera Guerra Mundial, como veremos más adelante.

Los boicots chinos

Fue sin embargo en otro lugar de Asia, China, donde se hicieron antes de la guerra varias campañas de boicot con fines nacionalistas, que culminaron con las grandes movilizaciones de 1919.⁶ China estaba en esos momentos sumida en una gran crisis económica y política a consecuencia de la Guerra de los Taiping, conflicto civil con participación de las potencias coloniales que generó en la segunda mitad del siglo XIX más bajas que la Primera Guerra Mundial. Además, China acababa de ser derrotada en la Primera Guerra Chino-Japonesa y, a consecuencia de ello, tuvo que reconocer la independencia de Corea, que pasaría a estar bajo influencia de Japón, así como ceder a esta potencia algunos territorios (el más destacado fue Taiwán) y pagar onerosas reparaciones de guerra. Además, se había visto obligada a firmar acuerdos

⁶ Los boicots chinos fueron analizados por Case; ver Clarence Marsh Case, *ob. cit.*, pp. 330 y ss.

conocidos como «Tratados desiguales», donde Francia e Inglaterra imponían sus condiciones a una debilitada China. Esto se tradujo en una fuerte crisis en todo el país, crisis que se vio acompañada por un nacionalismo antioccidental y una deslegitimación del Gobierno imperial, que se plasmó en 1900 en la fallida insurrección de los *boxer* que, a su vez, se saldó con la invasión por una alianza de las principales potencias europeas y un agravamiento de la crisis china.

En este contexto de debilidad política y militar tuvieron lugar varias campañas de boicot nacionalista. La primera de ellas en 1906 se utilizó contra los Estados Unidos en protesta por las restrictivas leyes migratorias aplicadas a los estudiantes chinos en ese país. Se paralizó por completo el comercio entre los dos países hasta que se derogaron. En 1908 se realizó otro boicot, esta vez contra Japón, a consecuencia de un incidente relacionado con la captura del barco japonés *Tatsu Maru* por China. Ante las exigencias japonesas, se respondió con un nuevo boicot que causó grandes pérdidas económicas a Japón antes de que fuera interrumpido a petición del emperador, presionado por los nipones. El boicot se extendió por toda China, gracias a la labor de emisarios de las llamadas «Sociedades de la vergüenza nacional», por la asunción del mismo por asambleas de mujeres, e incluso se siguió por parte de emigrantes en otras partes del mundo, principalmente en Australia. En 1911, año en que se inició la rebelión contra el emperador que acabó con la instauración de la República China, se realizó otro boicot contra los bienes británicos en protesta por las actividades del Imperio Británico en el Tíbet. En 1915 se volvió a organizar una campaña de boicot de los productos japoneses, aunque esta vez sólo lo siguieron comerciantes en puertos comerciales. En las grandes movilizaciones de mayo de 1919, que veremos más adelante, el boicot volvió a ser el instrumento más efectivo para doblegar el dominio japonés sobre el país.

El movimiento contra la guerra en España

No queremos acabar este apartado sin mencionar que en España hubo desde principios de siglo (y antes) una gran oposición a la aventura imperialista en Marruecos. Esta oposición tuvo su manifestación más virulenta en 1909,

durante los hechos conocidos como Semana Trágica en Barcelona, en los que hubo un conato de revolución armada y muchas muestras de resistencia civil violenta. Sin embargo esa oposición a la guerra tuvo también su manifestación en forma estrictamente noviolenta, con campañas de insumisión puestas en marcha desde movimientos cristianos y anarquistas. Destaca, asimismo, el ejemplo de interposición noviolenta de las madres de los soldados arrojándose a las vías del tren para evitar su partida y más casos similares de obstrucción noviolenta. El gran éxito de este movimiento antimilitarista fue que el ambiente contrario a la Guerra de Marruecos influiría decisivamente para que España no entrara en la Primera Guerra Mundial, especialmente tras la firma de un manifiesto de no participación en la guerra efectuado por un millón de trabajadores.⁷

⁷ Bar de Ligt: *The Conquest of Violence - An Essay on War and Revolution*, Pluto Press, Londres, 1989, p. 141.

12. La Primera Guerra Mundial y los objetores de conciencia

La Primera Guerra Mundial supuso el momento crucial en el que todos los actores políticos de Europa y buena parte del mundo, tanto activistas de diferentes movimientos sociales (hemos visto el caso del sufragismo) como gente de otros ámbitos, tuvieron que posicionarse respecto a la participación en la misma, dando lugar a diferentes respuestas y actitudes. Quienes militaban en movimientos obreros tuvieron que elegir entre el ideal revolucionario internacionalista o el nacionalismo patriótico, muy extendido también por influencia del movimiento romántico del siglo XIX y de las campañas de militarización previas a la guerra. Huelga decir que venció este último; no obstante, a pesar del triunfo de la propaganda patriótica, la crueldad de la guerra también despertó el rechazo a los horrores de la misma, y fue la primera vez en la historia en la que la objeción de conciencia al servicio militar se practicó de forma masiva en muchos países. Poco antes, en los años de escalada militarista previos a la Gran Guerra conocidos como años de «Paz Armada», marcados por la división de Europa en bloques militares antagónicos, ya se habían elaborado propuestas, como la del ya citado anarquista holandés Domela Nieuwenhuis, para transformar la guerra que se avecinaba en una situación revolucionaria

mediante el empleo de la huelga general y la objeción de conciencia generalizada en los países implicados.¹ Entre los socialistas, fueron el laborista escocés Keith Hardie y los franceses Eduart Vaillant y Jean Jaurès los que con más ahínco lucharon por extender una huelga general contra la guerra. El asesinato de éste último, tres días antes de empezar la guerra, precisamente a raíz de la intensa campaña de difamación pública contra su persona por sus ideas pacifistas, posibilitó el apoyo de los sindicalistas franceses a la guerra. A la hora de la verdad, en la última reunión de la dirección de la Segunda Internacional, en 1914, tan sólo Keith Hardie se refirió, y brevemente, a la posibilidad de una huelga general; pero tuvo que ser desestimada ante la poca confianza en una movilización de masas capaz de evitar la guerra. Fue este desencuentro lo que acabó llevando al ocaso a la Segunda Internacional, organización de corte socialdemócrata surgida con la idea de seguir los fines de la Primera Internacional, disuelta, como es sabido, por diferencias entre comunistas y anarquistas. El caso es que la mayoría de los sindicatos y partidos obreros europeos se fueron posicionando a favor de sus respectivos gobiernos y fueron incapaces de llevar a cabo acciones concretas contra la guerra, a la que apoyaron muchos de ellos.

Así lo explicaba George Lichtheim en su clásico estudio del socialismo:

Los dirigentes socialistas debían de haberse opuesto a la avalancha de locura que se desencadenaba, pero debemos reconocer que sólo habrían podido hacerlo a costa de aislarse, al menos temporalmente, de sus masas de seguidores. Como eran en su mayoría demócratas y patriotas, estaban incapacitados para cumplir con ese papel. En este sentido es absurdo hablar de «traición», el fracaso fue existencial y no moral. Y fue decisivo. Cuando el socialismo democrático volvió a surgir entre sus cenizas, ya no se apropiaba la misión de transformar el mundo, al haber sucumbido a las pretensiones del patriotismo y de la Nación-Estado.²

¹ Herman Noordegraaf: «The Anarchopacifism of Bart de Ligt», en Peter Brock y Thomas P. Socknat (eds.): *Challenge to Mars. Essays on Pacifism from 1918 to 1945*, University of Toronto Press inc., Toronto/Buffalo/Londres, 1999, p. 93.

² George Lichtheim: *Breve historia del socialismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1975, p. 312.

No obstante, algunos socialistas europeos mantuvieron su oposición a la guerra y pagaron con su vida por ello. El socialista alemán Karl Liebknecht, que ya había sido encarcelado en 1907 por su oposición al militarismo alemán en la obra *Militarismo y antimilitarismo*, fue en 1916 expulsado de su partido, el SPD (Partido Socialdemócrata Alemán), precisamente por su oposición a la guerra. Sin embargo, junto con Rosa Luxemburg y Klara Zetking, fundó a principios de la guerra el grupo Internacional que, en 1916, se transformaría en la Liga Espartaquista y que, a su vez, sería el germen del futuro Partido Comunista Alemán (KPD). Desde esta organización trataron de convocar una huelga general contra la guerra, y por ello Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg fueron condenados a dos años y medio de cárcel. En 1918, al poco de ser puestos en libertad, se produjo la Revolución de Noviembre, que acabó con el Reich, instauró una república democrática y logró que se firmara el armisticio que puso fin a la guerra. En esta revolución las propuestas espartaquistas fueron el referente político, pero básicamente se logró gracias a las insubordinaciones de soldados, que, considerando que la guerra estaba perdida, se negaron a combatir y a reprimir las manifestaciones contra el *kaiser*. Poco después de la guerra, milicias nacionalistas, con el apoyo del Gobierno del presidente socialdemócrata Ebert, dieron muerte tanto a Liebknecht como a Luxemburg en la cruenta represión de la Revolución de Enero de 1919, que era una continuación de la de noviembre.

En el Estado español, las asociaciones obreras mantuvieron mayoritariamente su postura internacionalista contra la guerra, criticando duramente a la socialdemocracia alemana, a la CGT francesa y a las *Trade Unions* inglesas. Por su oposición a la guerra, se acusó absurdamente a la CNT española de estar financiada por Alemania; pero debido a la huelga general que convocó en 1911, ya estaba ilegalizada en el momento de empezar la guerra. En mayo de 1914, las sociedades obreras de Barcelona impulsaron un manifiesto contra el militarismo, y en noviembre sindicatos, grupos anarquistas y sociedades obreras de todo el país otro contra la guerra que consiguió nada menos que un millón de firmas. Además, el Ateneo Sindicalista de El Ferrol trató de celebrar un congreso internacional contra la guerra, boicoteado por el Gobierno, pero que contó también con una feroz oposición del PSOE. Los pocos delegados reunidos volvieron a proponer la huelga gene-

ral como medida de acción, pero la poca representatividad de los asistentes hizo inviable el plan.

A pesar de su poco éxito a nivel general, este tipo de apelaciones contra la guerra influyó para que por primera vez en la historia muchos de los llamados a filas en todos los países implicados se negaran a participar en ella. Unos lo hicieron por motivos religiosos o éticos, siguiendo una corriente religiosa de carácter holista con varios siglos de historia. Sin embargo, otros muchos rechazaron la incorporación al ejército por motivos estrictamente políticos, por oposición a la guerra, ya fuera en el marco de ideales pacifistas contra todas las guerras o simplemente por estar contra esta guerra en particular. Es importante señalar, por tanto, que, a pesar del triunfo del patriotismo en los movimientos obreros, miles de activistas se mantuvieron fieles a sus ideas internacionalistas y no se incorporaron a filas, o lo hicieron de mala gana y provocaron amotinamientos en cuanto pudieron. El caso es que hubo también revueltas y rebeliones de los propios soldados en momentos puntuales, principalmente al final de la guerra, pudiendo acabarse ésta precisamente merced a una de ellas, como hemos mencionado más arriba.

Los objetores de conciencia

De este modo, Gran Bretaña vio el nacimiento del primer movimiento de objetores de conciencia de la historia, la *No Conscription Fellowship* (NCF, Liga Anticonscripción). Esta organización surgió al poco tiempo de empezar la guerra, pero antes de que en enero de 1916 empezara el reclutamiento obligatorio, necesario debido al alto número de bajas de las fuerzas de la *British Expeditionary Force*, el ejército de voluntarios mandado a las trincheras francesas. El NCF surgió a raíz de una breve carta publicada en un periódico por el laborista Fenner Brockway, que tenía 26 años en ese momento. En un pequeño párrafo instaba a quienes se opusieran a un posible futuro reclutamiento forzado a escribirle para organizarse. Recibió trescientas respuestas y pronto la NCF contó con nada menos que 10.000 miembros, principalmente jóvenes de ideas socialistas y cuáqueros. Se formaron grupos locales, y un comité encabezado en un principio por el propio Fenner Brockway y otro activo militante

contra la conscripción, Clifford Allen, conocido también como Lord Allen de Hurtwood, dado su origen aristocrático. Ambos serían los más famosos objetores de su país por los discursos y actividades que promovieron durante ese tiempo. Si bien en un principio la organización fue pensada sólo para aquellos susceptibles de ser reclutados, luego se abrió a todo tipo de personas, incluidas, lógicamente, las mujeres, que además jugaron un papel fundamental en la organización al ser arrestados casi todos sus compañeros masculinos. De este modo se crearon grupos a lo largo de todo el país para dar información y apoyo a todo el que objetara a la conscripción militar, contando incluso con un periódico semanal, *The Tribunal*. Huelga decir que la oposición de los medios y las masas, henchidas de patriotismo militarista, fue superlativa, lo que llevó a que, muchas veces, las reuniones fueran interrumpidas violentamente por piquetes que actuaban con el consentimiento de la policía.

Ya desde los primeros momentos de la objeción de conciencia, había habido una distinción entre los objetores de conciencia que no pretendían una transformación política y sólo rechazaban coger un arma ellos mismos, y los que sí la buscaban y, por eso mismo, rechazaban además del servicio militar las propuestas de servicio civil alternativo. Los objetores que simplemente rechazaban coger las armas por coherencia personal con su filosofía de vida (holística) no tenían problemas en realizar servicios alternativos, como hizo Gandhi organizando un cuerpo de camilleros cuando la Guerra de los Boers o reclutando indios en la Primera Guerra Mundial. Los objetores que con su negativa a coger las armas querían protestar además contra la injusticia de la guerra (perspectiva revolucionaria), rechazaban otras alternativas de colaboración con el Estado y la cárcel era la única opción para ellos. Para éstos, la cuestión no era tomar las armas o no, sino colaborar con la violencia del Estado o no. Alentados por Thoreau, Tolstói, Russell, Einstein o Rolland trataron de poner en jaque esa violencia al extender y legitimar su opción desobediente. Tolstói denominó «insumisos» a estos objetores y en los países sajones fueron llamados objetores *absolutists*, absolutistas, al negarse de forma absoluta a cualquier tipo de colaboración con la guerra. Estas diferencias se vieron reflejadas en las legislaciones respectivas de los países en guerra. En ese momento en Gran Bretaña se distinguía entre los «no-combatientes», esto es, que servían en el ejército sin hacer labores de combate; los «alternativistas», que

realizaban un «trabajo de importancia nacional», también llamado servicio alternativo, en escuelas, hospitales, granjas; y los «absolutistas», que se oponían a todo el sistema del servicio militar obligatorio. Todo esto hace que las cifras de objetores reales en este país fueran engañosas. Hubo un total de 16.000 objetores británicos, de los cuales unos 7.000 hicieron tareas no combatientes y «al menos 5.973 fueron juzgados militarmente y enviados a prisión. De todos estos, 655 fueron juzgados dos veces, 521 tres veces, 319 cuatro, 50 cinco y tres lo fueron seis veces. 843 objetores de conciencia pasaron aproximadamente dos años en la cárcel».³

Dadas las circunstancias de violencia extrema de una guerra cruenta como pocas, la represión a los objetores fue también terrible en el resto de países implicados. En muchos países, como Francia y Alemania, los objetores fueron destinados al frente en contra de su voluntad. Muchos de estos objetores llegaron a ser incluso víctimas de ejecuciones sumarias, tratadas por los militares de la misma manera que las insubordinaciones bajo la acusación de traición, cobardía o desertión.⁴ Pero, además, fueron sometidos a torturas como la crucifixión, que consistía en atar durante horas al objetor (o al soldado insubordinado) a la rueda de un carro con los brazos extendidos y cabeza abajo.

En Gran Bretaña fueron treinta los objetores condenados a muerte, aunque sus sentencias fueron conmutadas secretamente, y cincuenta fueron enviados a Francia con la intención de ponerlos ante un pelotón de fusilamiento por desobedecer órdenes, aunque no se llegó a ese extremo. Hay que señalar que algunos de los objetores británicos que realizaron tareas no combatientes estaban en realidad cumpliendo una condena no escrita a trabajos forzados, como mover moles de granito sin una finalidad concreta.⁵ Hubo incluso montajes para acabar con la red de apoyo a objetores de conciencia en búsqueda

³ Casi toda la información de la NCF proviene de Oliver Haslam: *Refusing to Kill. Conscientious Objection and Human Rights in the First World War*, Peace Pledge Union Publication, Londres, 2006.

⁴ Clarence Marsh Case citaba un informe de 1919 titulado *The Conscientious Objectors*, elaborado por el juez norteamericano Walter Guest Kellog, en el que además de contabilizar la objeción de conciencia en Estados Unidos, se hacía eco de las condenas a muerte en Francia y Alemania. Ver Clarence Marsh Case, *ob. cit.*, p. 127.

⁵ Ver L. William Yolton, voz «Conscientious Objection», en Roger S. Powers y William B. Voge (eds.): *ob. cit.*, pp. 124-129, especialmente p. 126.

da y captura, como la acusación que se hizo a Hettie Wheeldon, Winnie Mason y Alice Wheeldon de tratar de envenenar al primer ministro, cuando en realidad habían sido persuadidas por dos policías infiltrados para comprar veneno para acabar con los perros guardianes de una prisión de objetores.⁶

En los Estados Unidos hubo 142 condenados a cadena perpetua (el último objetor salió de prisión nada menos que en 1934) y 17 a muerte, aunque igual que en Inglaterra se les conmutó la condena. Sin embargo, otros 17 murieron en prisión por otras causas, como fue el caso de los hermanos Hofer, que se negaron a vestir el uniforme militar y fueron obligados a permanecer desnudos durante meses en la fría isla de Alcatraz, donde contrajeron una neumonía que acabó con ellos. Como ensañamiento, fueron vestidos con uniforme militar cuando se devolvieron los cuerpos a su familia. También en este país fueron habituales las torturas a objetores y la persecución de sectas pacifistas como los moloquianos, menonitas o anabaptistas, que tuvieron que huir a Canadá. Incluso el FBI encarceló a los líderes de la Iglesia de Dios en Cristo, una secta cristiana negra del sur del país acusados de ser agentes del *kaiser* por sus ideas pacifistas. Al final, en Estados Unidos hubo más de 55.000 solicitudes de objeción de conciencia, de las que sólo fueron reconocidas 3.989. Unos 25.000 fueron declarados no aptos para el combate, pero nada menos que 16.000 personas fueron obligadas a abandonar su condición de objetores e incorporarse a filas.⁷

Insubordinaciones y resistencia pragmática

Sin embargo, a pesar de toda la energía de la represión, hubo por primera vez en la historia decenas de miles de objetores repartidos por todos los países en contienda, a la vez que grandes figuras del movimiento obrero internacional fueron encarceladas o condenadas a trabajos forzados, como fue el caso ya mencionado de líder socialista alemán Karl Liebknecht. No fueron éstas las únicas muestras de resistencia a la guerra de carácter eminentemente pragmático, pues en todos los países el cansancio hizo mella en los combatientes. Así pues, desde 1916 hubo grandes insubordinaciones y rebeliones de soldados

⁶ <http://www.spartacus.schoolnet.co.uk/FWWncf.htm> (visitado en noviembre de 2010).

⁷ Ver L. William Yolton, voz «Conscientious Objection», *ob. cit.*

franceses e italianos que se negaron a volver al frente. En Rusia, el ambiente contrario a la guerra hizo que estas insubordinaciones fueran más allá y fueran aprovechadas para un golpe de Estado con el que empezó la revolución. En esta revolución, igual que en la inglesa, la americana y la francesa, el derrocamiento del Antiguo Régimen se produjo mediante movilizaciones no violentas, en este caso, principalmente huelgas y manifestaciones; y fue la desobediencia de los soldados, en especial la deserción masiva de la guarnición de San Petersburgo, el factor clave para la abdicación del zar. Esa desobediencia masiva, gesto que faltó en la revolución de 1905, fue conseguida gracias al ambiente contrario a la guerra que mantenía un ejército de once millones de campesinos que estaba siendo masacrado. De hecho, el intento de Kerensky de proseguir la guerra iniciando ofensivas (término que en la Primera Guerra Mundial significaba decenas o cientos de miles de bajas y escasos avances estratégicos) contra Austria y Alemania, facilitó su posterior caída con el golpe de Estado incruento de los bolcheviques, logrado sin violencia gracias al apoyo de las masas. Hay que resaltar que, como la toma de poder incruenta era contraria a la doctrina revolucionaria marxista, la Unión Soviética creó el mito posterior de las batallas de la Revolución de Octubre, a la vez que instauraba una época de violento terror político para mantenerse en el poder.

Paradójicamente, el triunfo de la revolución proletaria trajo el fin del sueño internacionalista del movimiento obrero incluso en el victorioso comunismo ruso, que alentado por un dictatorial Lenin (y más aún luego con Stalin), pasó a utilizar el nacionalismo como catalizador del movimiento. La revolución, a partir de entonces, se convertiría en un asunto nacional, no en una propuesta internacional como lo había sido hasta entonces. El sueño internacionalista fue recogido, como veremos más adelante, por las minoritarias asociaciones pacifistas y feministas que se habían opuesto a la guerra.

La división en el anarquismo

Por otro lado, en el seno del movimiento anarquista, el alineamiento de su máximo ideólogo, Piotr Kropotkin, del lado de los Aliados en la Primera Guerra Mundial, seguido de otras catorce importantes figuras del anarquismo de

la época, entre ellas Paul Reclus (hijo de Eliseo Reclus), Jean Grave, Carlos Malato o el español Federico Urales, creó un gran cisma en el movimiento. Todos ellos firmaron el *Manifiesto de los Dieciséis* (aunque eran quince), un panfleto en el que se alineaban con los Aliados y que supuso una ruptura con el antimilitarismo tradicional del anarquismo. No obstante, las bases de activistas anarquistas, poco propensas a liderazgos autoritarios, no estaban dispuestas a secundar este giro. Tal como cuentan los biógrafos de Kropotkin:

El Manifiesto de los Dieciséis no hacía sino confirmar la escisión del movimiento anarquista. Ya en febrero, un fuerte grupo de anarquistas ingleses, suizos, italianos, americanos, rusos y franceses lanzaron un manifiesto oponiéndose a la guerra. Se incluían entre ellos dos de los tres secretarios de la oficina de correspondencia, elegidos en la asamblea de la Internacional Anarquista de 1907, Malatesta y Saphiro, y asimismo Domela Nieuwenhuis, Emma Goldman, Berkman, Bertoni, Ianovsli, Harry Kelly, Tom Keell, Lillian Wolfe y George Barret, y representaba a los elementos más activos y militantes de Europa y América. El otro miembro de la oficina internacional, Rocker, estaba arrestado,⁸ pero se oponía también a la guerra. El manifiesto proclamaba la guerra consecuencia natural de un sistema de explotación, y por tanto no culpa de un gobierno determinado, y que no podía establecerse distinción verdadera entre guerra ofensiva y defensiva. En la Edad Moderna las guerras son resultado de la existencia de Estados. «El Estado nación es la causa de la fuerza militar y aún es en la fuerza militar donde debe descansar lógicamente para mantener su omnipotencia». Los anarquistas sólo deben admitir una guerra de liberación, desencadenada por «los oprimidos contra los opresores, los explotados contra los explotadores». Deben procurar difundir el «espíritu de la rebelión», organizar la revolución contra todo el Estado y mostrar a los hombres «la generosidad, grandeza y hermosura del ideal anarquista: justicia social a través de la libre organización de productores; eliminación definitiva de la guerra y el militarismo, libertad completa con abolición del Estado y sus órganos de destrucción.»⁹

⁸ Estaba preso en Inglaterra por ser alemán.

⁹ George Woodcock e Ivan Avakumovic: *El príncipe anarquista*, Ediciones Júcar, Gijón, 1975, p. 343.

Si bien esta corriente del anarquismo revolucionario se posicionaba totalmente en contra de la guerra, no puede encuadrarse dentro del pacifismo, pues contiene implícita una teoría de la guerra justa (la revolución armada que acabaría entre otras cosas con las guerras). Hay que señalar, no obstante, que sus propuestas de acción noviolenta y su llamada a la huelga general para parar la guerra se pueden considerar, sin duda alguna, como antecedentes de la corriente pragmática de las teorías de la noviolencia, en las que la efectividad de los métodos noviolentos es el fundamento de la acción, pero sobre todo de la visión revolucionaria, con la que discreparía en el importante punto acerca del uso de la violencia pero en la que coincidiría en la propuesta de una transformación social totalmente trascendental.

Los ideólogos de la oposición a la guerra

A pesar de la efervescencia de objetores cristianos e internacionalistas, fue un intelectual, Bertrand Russell, que se vanagloriaba de no ser cristiano y que criticaba a religiosos, anarquistas, socialistas y comunistas por igual, el principal valedor ideológico de este movimiento de resistencia a la guerra en Gran Bretaña, en un momento en el que el propio Gandhi, como veremos más adelante, colaboraba con el ejército británico. La inusitada actividad intelectual de este aristócrata británico en contra de la Gran Guerra le llevó a esbozar teorías de la no colaboración para defender la actitud de los objetores de conciencia británicos (y a perder su cátedra en Cambridge y dar con sus huesos en la cárcel). Sin embargo, sus ideas de no colaboración no partían de un ideal pacifista, pues él nunca consideró que todas las guerras fueran injustas o toda la violencia ilegítima,¹⁰ sino que, igual que pensaba la mayor parte del movimiento obrero, era precisamente aquella guerra la que era injusta. Paralelamente, en Francia, el dramaturgo Romain Rolland, al que se le reconocía con el premio Nobel en 1915, publicaba ese mismo año *Por encima del conflicto* (1915), un ensayo contra la guerra al que le seguiría *A los pueblos asesinados* (1917) y, tras la guerra, *Los precursores* (1923). Rolland había publicado

¹⁰ Bertrand Russell: *Resumen autobiográfico*, escrito en 1956 y publicado en castellano en Bertrand Russell: *Antología*, Siglo XXI, Madrid, 1972, pp. 295-296.

ya una biografía de Lev Tolstói, y la biografía que posteriormente publicara, en 1924, de un todavía joven Gandhi serviría para introducir este personaje en Occidente e inspirar a muchos activistas de la noviolencia. En Rusia serían los tolstoyanos Chertjov y Bulgakov los que movilizarían el frente pacifista, organizando a los grupos de objetores de conciencia el primero y siendo encarcelado el segundo por sus escritos contra la guerra.

En el otro foco del conflicto, Alemania, Albert Einstein, en contacto con Russell y Rolland, también iniciaría una gran actividad pacifista de corte antimilitarista, que le llevaría más tarde a pregonar la objeción de conciencia, la desobediencia civil y el desarme unilateral como estrategias políticas. Sin embargo, tanto Einstein como Russell abandonaron posteriormente el pacifismo y apoyaron a los Aliados contra el nazismo, por lo que sus posiciones noviolentas han de ser consideradas por tanto pragmáticas y no ideológicas (holistas o sociopolíticas). De igual carácter pragmático fue el caso de insubordinación del famoso poeta de las trincheras y condecorado héroe de guerra inglés Siegfried Sasoon. Tal y como se relata en su propia autobiografía novelada,¹¹ o en la de Robert Graves,¹² así como en la famosa novela de ficción llevada al cine *Regeneration*,¹³ Siegfried Sasoon, influenciado por Bertrand Russell, arrojó sus medallas al río Támesis y se negó a volver al frente, escribiendo una declaración que tuvo gran transcendencia por su fama como poeta y su prestigio como héroe de guerra. Su amigo, el también reconocido poeta y escritor Robert Graves, le convenció para que admitiera un trastorno psicológico y fuera ingresado en un sanatorio.

Los movimientos contra la guerra

No fueron sólo los hombres en edad de hacer el servicio militar los que tuvieron que posicionarse a favor o en contra de la guerra, sino que fue una cuestión que afectó a toda la sociedad. En el incipiente movimiento feminista,

¹¹ Siegfried Sasoon: *Memorias de un oficial de infantería*, Turner, Madrid, 2002 (primera edición en inglés en 1930).

¹² Robert Graves: *Adiós a todo eso*, Edhasa, 1985 (primera edición en inglés en 1929).

¹³ Pat Barker: *Regeneration*, Plume, Nueva York, 1993.

volcado hasta entonces en luchas sufragistas, también se produjo un cisma como hemos visto con anterioridad. Por un lado, las feministas que veían la incorporación de las mujeres a las fábricas de armas como algo positivo para su lucha de emancipación, y que fue la postura de Emmeline Pankhurst. Por otro lado, otras se tornaron hacia posiciones pacifistas iniciando el largo vínculo, no exento de rivalidades, que ha existido entre antimilitarismo y feminismo, como fue el caso de la *suffragette* Catherine E. Marshall, que se puso al frente de la NCF cuando encarcelaron a Broakway y a Allen. En Estados Unidos la *suffragette* Alice Paul tuvo también un papel destacado. La más notoria pacifista fue Jessie Wallace Hughan, fundadora junto con otros pacifistas, como John Hayes Holmes, en 1915, de la *Anti Enlistment League* tras su desencuentro con las organizaciones pacifistas más tradicionales y menos críticas con la guerra. Esta organización consiguió reunir 3.500 firmas contra un posible reclutamiento en caso de que Estados Unidos entrara en la Primera Guerra Mundial. En general cabe decir que los movimientos pacifistas radicales se beneficiaron de la experiencia de las *suffragettes* en campañas de acción noviolenta; y los grupos feministas se reforzaron con la dimensión de noviolencia de los pacifistas que en muchos casos no habían considerado.

Tiene mucho sentido que fuera precisamente la oposición a la guerra la razón por la que algunos sectores de otros movimientos sociales se aproximaran a la noviolencia, puesto que en ese momento se visualizaba claramente que era precisamente la violencia el problema contra el que luchaban. De este modo, con las diferentes luchas contra la guerra que se vivieron, se conformó un movimiento internacional de resistencia a la guerra en el que pervivían los valores internacionalistas del movimiento obrero y se renovaban muchas de las doctrinas revolucionarias de éste, dando un nuevo sentido al antimilitarismo tradicional del anarquismo al vincularlo con la noviolencia, hasta entonces patrimonio de activistas cristianos.

En Europa un cuáquero inglés, Henry Hodgkin, y un luterano alemán, Friedrich Siegmund-Schultze, hicieron un pacto tras asistir a una conferencia internacional de cristianos pacifistas en 1914. A su vuelta a Inglaterra, Hodgkin convocó una conferencia en la que nació el *Fellowship for Reconciliation* (FOR, Movimiento por la Reconciliación), como organización pacifista de todas las confesiones cristianas. Al poco tiempo, en Estados Unidos, nada

menos que 68 activistas de religión cristiana, como el hasta poco después pastor protestante A. J. Muste o el también sacerdote John Hayes Holmes, fundaron en 1915 la sección norteamericana con la intención inicial de oponerse a la entrada de Estados Unidos en la guerra. En 1918, y con Norman Thomas como primer editor, FOR empezó a publicar su órgano, *The World of Tomorrow* (El mundo del mañana).

La posguerra

Poco después de acabar la guerra, en 1919, se le dio a FOR una dimensión global al crearse el Movimiento Internacional por la Reconciliación (MIR; *International Fellowship for Reconciliation*, IFOR, en inglés). Hay que señalar que no fue la única plataforma internacional que se fundó en esa época, pues en 1921, en un principio con el nombre en esperanto de *Paco* (paz), se creó la Internacional de Resistentes a la Guerra (IRG; *War Resisters International*, WRI, en inglés), con una perspectiva anarcopacifista (en muchos casos judíos, socialistas, feministas y anarquistas que se separaron de IFOR). Desde entonces esta organización ha aglutinado a movimientos antimilitaristas y pacifistas de todo el mundo y a ella han estado asociados en diferentes momentos personajes tan distintos como Richard Gregg, Valentin Bulgakov, Albert Einstein (que abandonó la IRG y el pacifismo en la Segunda Guerra Mundial), Mohandas Gandhi (que envió a su camarada Rajendra Prasad en su representación a la asamblea trienal de 1928), Lanza del Vasto, Danilo Dolci, Jean Marie Muller (cuya organización, el MAN, sigue perteneciendo a la IRG), Michael Randle, Brian Martin o Johan Galtung, todos ellos teóricos o activistas noviolentos, así como la conocida cantante y activista norteamericana Joan Baez, que inauguró la asamblea trienal de Roma en 1966.¹⁴

La sección norteamericana de la IRG, la *War Resisters League* (WRL), se creó dos años después, en 1923, tras la unión de la sección norteamericana del FOR y dos grupos feministas-pacifistas, *Women's Peace Union* y *Women's Pea-*

¹⁴ Esto se puede comprobar a lo largo de la monumental obra de Devi Prasad: *War is a Crime against Humanity. The Story of the War Resisters' International*, WRI, Londres, 2005.

ce Society, merced a los esfuerzos de Jessie Hughan en 1923. Esta organización de organizaciones se ha dedicado desde entonces a promover y apoyar primero la objeción de conciencia y luego todo tipo de acciones noviolentas contra la guerra, aunque no radicalizó sus posiciones hasta que la generación de objetores de la Segunda Guerra Mundial impusiera sus renovadoras ideas de acción noviolenta.¹⁵ La visión de la noviolencia de Hughan, aunque cristiana, era muy diferente a la de los no-resistentes que rechazaban toda forma de coerción, incluida la noviolenta, y toda forma de violencia. Para la activista norteamericana, la acción política podía requerir coerción noviolenta y podía justificar la violencia como defensa propia en algunas situaciones; incluso más tarde llegó a legitimar el asesinato de Hitler. Consideraba que las manifestaciones contra la guerra en julio de 1914 habían sido un medio ineficaz para detenerla, y por eso había apoyado las propuestas de huelga general de Keith Hardie y Eduard Vaillant en la Internacional Socialista, así como a los objetores absolutistas. Su punto de vista, influenciada por la práctica política de los sufragistas y los movimientos abolicionistas, era que una minoría pacifista, comprometida previamente con el rechazo a la guerra, podría movilizar a la opinión pública y evitar que los gobiernos entren en guerra, persuadiéndolos de no tener suficiente apoyo social. No obstante, el pacifismo radical permaneció hasta después de la Segunda Guerra Mundial firmemente anclado en visiones de la acción noviolenta que evitaban las formas coercitivas de la misma, y se empezaba a idealizar a Gandhi como icono del ideal pacifista religioso, a pesar de que éste sí que aceptara la coerción (aunque eso sí, sólo tras haber probado antes otras fases de persuasión).

Fue, por tanto, este ambiente de efervescente pacifismo de posguerra el contexto en el que recalieron las noticias que iban llegando de la acción noviolenta de Gandhi. John Hayes Holmes en los Estados Unidos realizaría bellos relatos de sus hazañas desde el mismo púlpito, y en 1924 se publicó la ya mencionada biografía que del Mahatma hiciera Romain Rolland, en la que se contaba la campaña de desobediencia civil

¹⁵ Un libro imprescindible para entender la implicación de la WRL en el desarrollo de técnicas de acción noviolenta es Scott H. Bennet: *Radical Pacifism: The War Resisters League and Gandhian Nonviolence in America 1915-1963*, Syracuse University Press, Nueva York, 2003.

en Sudáfrica. Pero la traducción al inglés del concepto sánscrito de *ahimsa* (no-violencia) efectuada por Gandhi se había empezado a usar poco antes, pues apareció por primera vez, como veremos más adelante, en el título de un tratado sobre noviolencia de Clarence Marsh Case,¹⁶ *Non-violent Coercion* (Coerción noviolenta), publicado en 1923. Este libro fue el que verdaderamente introdujo el concepto de no-violencia en Occidente. Su capítulo primero es un alegato para rechazar el concepto de «no-resistencia» o «resistencia pasiva», que incluso el propio autor había usado hasta la fecha, y sustituirlo por el nuevo concepto que estaba lanzando Gandhi. Así lo expresó en la introducción a su tratado:

La expresión «resistencia pasiva» evoca al lector la imagen de cierta gente que rechaza luchar, pero que tampoco huye. Conocidos anteriormente como «no resistentes» y «resistentes pasivos», en los años precedentes a la Guerra Mundial se les calificó con otro término más amplio y popular, «pacifistas», de sonido desagradable y condenado a tener un significado igual de odioso. A la par que la tensión emocional relativa al estado de guerra crecía, se empezó a hacer corriente un epíteto todavía más peyorativo, «flojo» (slacker en inglés). Al mismo tiempo los oficiales del Gobierno, llevados por la necesidad de una más exacta y desapasionada fraseología, introdujeron el término objetor de conciencia para designar más exactamente esta fase del movimiento. Este término parece haber sido acuñado por el general Smuts en Sudáfrica, mucho antes de la guerra.

En el presente trabajo la expresión «resistencia noviolenta» es usada como un sinónimo más explícito del anterior término «resistencia pasiva», y las dos expresiones serán usadas como términos intercambiables. «No-resistencia», sin embargo, es usado para transmitir casi el mismo significado, pero es un término tan contradictorio que será evitado excepto cuando se hable de una actitud extremadamente negativa y sumisa.¹⁷

Antes de ver los diferentes tratados sobre noviolencia que se elaboraron en el mundo occidental en el periodo de entreguerras, es importante que presen-

¹⁶ Clarence Marsh Case, *ob. cit.*

¹⁷ *Ibid.*, p. 3. [Traducción del autor.]

temos la historia simultánea de dos de los líderes noviolentos más importantes de ese momento, uno de fama internacional y otro injustamente olvidado, la cara y la cruz de la sociedad india dividida entre hinduistas y musulmanes.

13. Mohandas K. Gandhi: *ahimsa* y *satyagraha*

Cuando Mohandas Gandhi volvió a la India, en 1915, contaba ya con gran reconocimiento social a raíz de su campaña en Sudáfrica. La primera actividad que realizó fue crear un *ashram*, es decir, una comunidad espiritual, el famoso *Sabarmati Ashram*. Pronto fue invitado a unirse al Congreso Nacional Hindú, principal partido nacionalista, y fue conocido con el sobrenombre respetuoso de «Gandhiji». Ya en 1908, había escrito el libro *Hind Swaraj* (La autodeterminación de la India), en el que reflexionaba sobre la independencia de su país, y poco después el propio concepto de *swaraj* (autodeterminación) se convertiría en un elemento central de su doctrina política. Por otro lado, Tolstói, en *Carta a un Hindú*, ya había señalado la cuestión de que si cien mil soldados británicos podían dominar a más de trescientos millones de indios era por la necesaria colaboración de éstos.

Sin embargo, poco antes, al estallar la Primera Guerra Mundial, Gandhi se había dirigido a Londres para organizar al servicio del imperio un cuerpo de ambulancias formado por indios.¹ De vuelta a la India y todavía en tiem-

¹ Stanley Wolpert: *Gandhi*, Ariel, Barcelona, 2003, p. 133.

pos de guerra, inició dos nuevas campañas de *satyagraha* (acción directa noviolenta) en Champaram y Kheda, luchando por los derechos sociales de trabajadores y campesinos sumidos en la pobreza. Cuando fue arrestado, logró movilizar a cientos de miles de personas exigiendo su liberación. En apenas unos meses de lucha noviolenta logró triunfar donde habían fracasado sesenta años de resistencia armada, lo cual dio gran prestigio a su estrategia noviolenta. En ese momento se le unieron jóvenes figuras del nacionalismo indio, como Rajendra Prasad o Jawaharlal Nehru, futuros dirigentes de la India independiente. También fue en estas luchas cuando se ganó el apodo de *Mahatma* (espíritu grande) y *Bapu* (padre). No obstante, a principios de 1918 se echó a los caminos para reclutar soldados atendiendo a un llamamiento del primer ministro británico Lloyd George, en el que daba a entender que la independencia de la India estaba cerca. El mismo virrey de la India tuvo una entrevista con Gandhi en el que le llegó a decir: «Usted puede plantear cualquier cuestión moral que desee, y podrá desafiarnos cuanto le plazca, pero no ahora».² Las razones que le motivaron a aceptar participar en la campaña de reclutamiento fueron no sólo la fidelidad genuina al imperio que mantenía todavía en aquel momento, sino también por aprovechar la oportunidad para una futura independencia ayudando a crear lo que podría ser el germen de un futuro ejército indio. No lo veía como una contradicción con la *ahimsa*, sino como un paso para abolir la ley de armamento que prohibía la existencia de cuerpos armados indios, algo que consideraba necesario para la independencia india. No era por tanto Gandhi un pacifista, como se suele pensar erróneamente, y menos aún un antimilitarista; además, todo esto no le causó el menor remordimiento posteriormente, sino que lo que más le torturó de sus recuerdos de esa época fue paradójicamente haber consumido leche de cabra, por prescripción médica, contra sus ideas veganas³. Él mismo explicaba esta contradicción con los principios de la *ahimsa* que pregonaba:

La verdad es que en ambos casos (la Guerra de los Boers y la Primera Guerra Mundial) los argumentos para alistarme en el ejército respondían a la

² Mohandas Gandhi: *Autobiografía*, edición abreviada por Bharatan Kuymarappa, Sal Térrera, Santander, 2007, p. 190.

³ *Ibid.*, p. 191

*misma lógica. Es cierto que no ignoraba que el hecho de participar en una guerra no podía ser compatible con la ahimsa. Pero no siempre resulta fácil saber dónde se encuentra el deber. Muchas veces sólo es posible caminar a tientas en la oscuridad. [...] Al no ser entonces, como no soy ahora, un reformador decidido a atacar las causas institucionales de la guerra, debía como ciudadano aconsejar de la forma más honrada posible a los que creyendo en la eficacia de la guerra, se negaban sin embargo a alistarse, bien sea por resentimiento contra el gobierno británico, bien por cobardía o por otros motivos más viles todavía. No se trata de justificar mi conducta apelando únicamente a los principios de la ahimsa, ya que según su escala de valores no se puede hacer distinciones entre aquel que maneja las armas y el que trabaja en la Cruz Roja. Ambos toman parte en la guerra y contribuyen a que funcione su engranaje. Sin embargo, incluso después de haber pensado mucho en ello durante estos años, me parece que, teniendo en cuenta las especiales circunstancias en que me encontraba cuando la Guerra de los Boers, la Primera Guerra Mundial y la pretendida Rebelión de los Zulúes en Natal en 1906, estaba obligado a hacer lo que hice en cada uno de estos casos.*⁴

Éste es el motivo por el cual los movimientos antimilitaristas, a pesar del reconocimiento a la causa de la noviolencia que efectuó Gandhi, no se hayan sentido nunca demasiado devotos por el culto a la personalidad que en torno a su figura se creó, ya que muchas veces se han silenciado estas contradicciones así como la poca efectividad de las campañas independentistas que puso en marcha o el paternalismo hacia los intocables. La idealización del movimiento gandhiano efectuada en Occidente y la reinterpretación de su pensamiento por el pacifismo que defendía una visión holista de la noviolencia han generado mucha confusión respecto a su figura. Tal y como relataba el activista Ralph Templin en los años sesenta:

¿Fue Gandhi un pacifista? ¿Fue la India bajo su liderazgo pacifista? Muchos pacifistas cuando se les señala que si los indios (algunos de ellos bajo el liderazgo de Gandhi) una vez usaron la noviolencia, por alguna influencia

⁴ Mohandas K. Gandhi: *Todos los hombres son hermanos*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid, 1995, pp. 60-62.

*mágica la India se volvió pacifista. Pero la respuesta a ambas preguntas es «no». No había nada de antiguerra o antigobierno en la noviolencia india, ni Gandhi ni sus seguidores dijeron nunca ser pacifistas.*⁵

La campaña de no-colaboración de 1920

Después de la guerra, en marzo de 1919, se promulgó en la India la Ley Rowlatt, que lejos de avanzar algún paso hacia la independencia, tal y como esperaba el pueblo indio tras su dura aportación en soldados y dinero, perpetuaba las draconianas disposiciones dictadas durante la guerra para el control de la oposición y los disturbios, y que implicaban una importante merma de las libertades. Gandhi encabezó el movimiento de oposición proponiendo una gran *hartal* (huelga general y día de ayuno combinados) para el día 6 de abril de ese año, con un seguimiento masivo. Impulsó también dos campañas de desobediencia civil, una al impuesto sobre la sal, promoviendo un boicot al mismo mediante la fabricación de sal con agua de mar, y otra editando y distribuyendo abiertamente dos libros suyos prohibidos, con cuyos beneficios se sufragó la campaña. Pero en la ciudad de Amristar las tropas británicas abrieron fuego contra 20.000 manifestantes pacíficos, asesinando a entre cuatrocientos y mil de ellos. Esta acción constataría el divorcio total entre el Imperio Británico y la India, que miraría cada vez más hacia la independencia. Gandhi logró que el Partido del Congreso Nacional Indio, al que se había unido tiempo atrás, condenara la violencia de los disturbios generados por las protestas contra la masacre, lo que marcaría su ascenso como uno de los líderes principales de este partido.

Gandhi, además, puso en marcha por ese tiempo otra estrategia de no cooperación política, que denominó de *swadesi*, autosuficiencia. Consistía en no comprar ropas hechas en fábricas británicas y fabricar ellos mismos la ropa que vistieran. Era una propuesta que trataba de frenar el desempleo y la pobreza generada por las imposiciones comerciales de la metrópoli. Buscó rue-

⁵ Ralph T. Templing: *Democracy and Nonviolence. The Role of Individual in World Crisis*, Porter Sargent Publisher, Boston, 1965, p. 295. [Traducción del autor.]

cas, gente que supiera hilar, que supiera cardar algodón y que supiera tejer, de manera que aprendieron todo el proceso y lograron fabricar una tela rústica blanca, el *khadi*, con el que se vestirían todos sus seguidores. El *khadi* y la rueca se convertirían en el símbolo del movimiento gandhiano por la autodeterminación india, y llegó a ser parte de la bandera independentista del Congreso Nacional Indio.

Sin embargo, las campañas no fueron llevadas a cabo de forma totalmente noviolenta, para disgusto de Gandhi, que se dio cuenta de que había hecho un llamamiento para el *satyagraha* antes de la que la gente estuviera preparada para ello. De este modo, en 1922 suspendió la campaña antes de que degenerara en una insurrección armada, pues ya había habido varios disturbios violentos que sólo terminaron con un largo ayuno del propio Gandhi. Fue no obstante arrestado y condenado a seis años de prisión, aunque fue puesto en libertad para una operación de apendicitis en 1924. El arresto surtió el efecto buscado y el Congreso Nacional Indio se escindió entre quienes apoyaban participar en la administración del Gobierno británico y quienes preferían boicotearla. Igualmente desapareció la colaboración entre musulmanes e hindúes, y durante los siguientes años Gandhi llamó en repetidas ocasiones mediante ayunos a la unidad política e interreligiosa, aunque con escaso éxito.

Gandhi volvió a la vida política en 1928, cuando el Gobierno británico preparaba una nueva constitución para la India, sin incluir a ningún indio en la comisión que la preparaba. Los líderes del Congreso respondieron con demandas de independencia inmediata que, merced a la intervención de Gandhi, fueron convertidas en demandas de independencia en el plazo de dos años, a las que los británicos no dieron respuesta.

La campaña de desobediencia civil de 1930

En 1929 el Congreso Nacional Indio decidió volver a lanzar una campaña de resistencia noviolenta y declaró la independencia unilateralmente el 26 de enero de 1930. Para esa misma fecha, tras pasar un tiempo de meditación «esperando la llamada», Gandhi inició otra campaña de boicot al impuesto sobre la sal, planificando una famosa acción que es conocida históricamente

como la «Marcha de la sal».⁶ Escribió al virrey y le dijo que iba a obtener sal ilegalmente en la playa, e invitaba a todos la población india a hacer lo mismo, a la vez que atacaba las leyes e impuestos sobre la sal en discursos y artículos. Antes de iniciar la marcha, mandó una avanzadilla para elegir la playa donde llevaría a cabo públicamente su acto de desobediencia. Gandhi salió a pie con 68 discípulos anunciando una marcha de más de trescientos kilómetros. La expectación era máxima, y poco a poco se les fue uniendo más gente, siendo miles de personas las que llegaron a la playa. Cientos de periodistas cubrían día a día el devenir de la marcha. Gandhi se paraba en los pueblos, daba discursos para no odiar a los ingleses (no habían robado la India, decía, sino que los indios se la habían regalado con su sumisión) y pedía una no colaboración absoluta, que incluía no trabajar para el Gobierno. Ciento cuarenta funcionarios indios al servicio del imperio dimitieron en los pueblos por los que pasó. Durante la marcha, los manifestantes entonaban el himno *Raghupati* (o *Raghupati*) con estrofas que decían: «Unos te llaman *Shiva* otros *Aldá*, pero te imploramos señor que nos bendigas a todos».

Cuando llegaron a la costa, Gandhi tomó la sal en medio de una expectación internacional, cumpliendo así con su acto de desobediencia civil anunciado. Al poco fueron detenidos él y otros sesenta mil indios por quebrantar las leyes de la sal, pasando Gandhi nueve meses en prisión. Sin embargo, el virrey tuvo que ceder, eliminar el impuesto y las leyes de la sal así como liberar a todos los prisioneros. A cambio Gandhi detendría el movimiento de desobediencia civil y sería invitado como único representante del Congreso Nacional Indio a una serie de reuniones en Inglaterra, las Conferencias de la Mesa Redonda, para tratar el tema de la independencia de la India. La decisión de Gandhi de aceptar detener la campaña a cambio simplemente de unas negociaciones fue muy criticada por otros líderes nacionalistas y considerada por los analistas como la principal causa de su fracaso político.⁷ Por otro lado, desde Inglaterra, Winston Churchill, en ese momento en la oposición parla-

⁶ Esta campaña ha sido descrita en innumerables publicaciones. Remitimos al capítulo sobre la misma en Gene Sharp: *Waging Nonviolent Struggle. 20th Century Practice and 21st Century Potential*, Porter Sargent Publishers, Boston, 2007, pp. 101 y ss.

⁷ Peter Ackerman y Peter K. Kruegler: *Strategic Nonviolent Conflict, the Dynamics of People Power in the Twentieth Century*, Praeger, Londres, 1994, p. 332.

mentaria, se burlaba de «ese faquir que camina medio desnudo por las escaleras del palacio del virrey para parlamentar de igual a igual con el representante del Rey-Emperador».⁸

Las conferencias fueron una decepción para los nacionalistas indios, puesto que no se habló de transferencia de poderes, por lo que Gandhi volvió a la desobediencia civil y al poco tiempo fue encarcelado de nuevo, aunque el movimiento había perdido ya su fuerza por las divisiones internas. Además, en estas conferencias se proponían circunscripciones electorales separadas para los *dalit* (literalmente «los oprimidos», también conocidos como los parias o los intocables), que eran la gente excluida del sistema de castas. Ésta era una exigencia de su líder Bhimrao Ramji Ambedkar, invitado a las conferencias como representante de esta comunidad, para asegurar una representación suficiente de la minoría *dalit* en el Gobierno. Esta medida fue firmemente rechazada por Gandhi, pues, para él, ésta desintegraría la sociedad hindú, ya que las circunscripciones reservadas para los intocables dividirían a los indios por generaciones. Sin embargo, Gandhi aceptaba circunscripciones separadas para musulmanes, cristianos, angloindios y sijs. Hay que señalar que en ese momento los intocables eran todavía en su mayoría hinduistas, por lo que separar sus circunscripciones supondría una clara pérdida de poder para el Partido del Congreso, que era el representante de esta confesión religiosa. Poco después, por influencia de Ambedkar, los intocables se fueron convirtiendo masivamente al budismo, que había desafiado el sistema de castas siglos atrás.

Por el desacuerdo con las circunscripciones separadas que pedían los intocables, Gandhi realizó desde la prisión una huelga de hambre en septiembre de 1932 y reunió numerosos apoyos de toda la sociedad india. Cuando la salud de Gandhi fue empeorando, hubo una tremenda presión sobre los intocables, que hizo que finalmente Ambedkar cediera, al temer ataques a gran es-

⁸ La cita completa es: «Es alarmante y nauseabundo ver cómo el Sr. Gandhi, un sedicioso abogado de tres al cuarto, ahora se hace pasar por un fakir de un tipo bien conocido en el Este, y mientras todavía está organizando la realización de una campaña desafiante de desobediencia civil, camina medio desnudo por las escaleras del palacio del virrey para parlamentar de igual a igual con el representante del Rey-Emperador». Hay muchísimas referencias a esta famosa cita, pero la original se puede encontrar en R. R. James (ed.), *Winston S. Churchill: His Complete Speeches, 1897-1963*, vol. 5, Chelsea House, Nueva York, 1974, p. 4985. [Traducción del autor.]

cala contra los parias en el caso de que Gandhi muriera. De este modo, se llegó al Pacto de Pune, en el cual se logró que se garantizaran escaños para los intocables, pero bajo el eufemismo de «clases deprimidas»; así Gandhi podía transigir con la circunscripción para los intocables y cesar en su oposición a la misma. Seguramente, ésta sea una de las mayores contradicciones en la práctica política de Gandhi, pues utilizó un método coercitivo, como la huelga de hambre, para influir en una negociación política con terceras partes en su movimiento, y no para presionar a fin de obtener concesiones del oponente.

Esto marcó el inicio de las campañas de Gandhi para mejorar las condiciones sociales de la casta conocida como «los intocables», a cuyos integrantes denominó *harijans*, los hijos de Dios. Ambedkar criticó el uso propagandístico de este término y el punto de vista paternalista de Gandhi, perteneciente a la casta privilegiada de los *vayshia*, mientras que a la vez les denegaba los derechos políticos que estaban reclamando. Ambas figuras estuvieron siempre en desacuerdo en los años siguientes, y a pesar de que Gandhi se ganó la reputación de defender a los intocables gracias a sus campañas sociales, fue Ambedkar el que luchó con más energía contra el sistema de castas. Gracias sin duda a los esfuerzos de ambos, éste se abolió en la Constitución de la India independiente.

En 1934 el Gobierno británico permitió cierto autogobierno convocando elecciones para cubrir algunos puestos políticos en la Administración colonial. El Congreso Nacional Indio aceptó participar en las mismas, finalizando así el ciclo de movilizaciones que se había iniciado con la Marcha de la Sal sin haber conseguido sus objetivos de independencia. El Partido del Congreso decidió de esta manera aceptar la participación en el Gobierno colonial y Gandhi dimitió del mismo, por considerar que colaboraba con la ocupación británica que se había propuesto boicotear desde su llegada a la India. La gran campaña de desobediencia civil de Gandhi, que empezó con la Marcha de la Sal, había fracasado estrepitosamente por la concatenación de tres grandes errores políticos: negociar demasiado pronto, utilizar métodos coercitivos contra partes simpatizantes y romper así la unidad del movimiento y, finalmente, por la aceptación a participar en el autogobierno como forma parcial de conseguir los objetivos. Atendiendo a estos hechos, se podría considerar que en realidad supuso un resultado de tablas, una acomodación entre el mo-

vimiento independentista y el Gobierno británico, pero sin duda alguna no se puede considerar un éxito de la acción noviolenta, como a veces se ha dado a entender. Hay que decir, no obstante, que esta campaña fue ampliamente difundida por la prensa internacional y supuso un gran estímulo para muchos activistas y movimientos noviolentos de todo el mundo.

La campaña de desobediencia total de 1942

A pesar del distanciamiento de Gandhi respecto a la postura del Partido del Congreso, años después, en 1938, cuando el presidente del mismo, Subhas Bose, propuso abandonar la estrategia noviolenta que Gandhi había diseñado tiempo atrás, tuvo que ser él mismo el que dejara el partido al amenazar con dimitir todos los demás líderes en bloque. Una vez iniciada la Segunda Guerra Mundial, Subhas Bose crearía en el Singapur ocupado un Gobierno paralelo, *Azad Hind*, con el apoyo de los japoneses, que tendría su brazo armado: el *India National Army*. Paralelamente, otros líderes independentistas indios accedieron a colaborar con el esfuerzo bélico a cambio de la independencia una vez fuera derrotado el Eje. Por otro lado, Gandhi acaudillaría la tercera gran campaña de *satyagraha*, esta vez contra la participación de la India en la guerra. Esta campaña de desobediencia se enmarcó en un plan de resistencia noviolenta ante una posible invasión japonesa de la India, siendo la primera vez en la historia en la que se planteaba resistir una invasión armada por medios noviolentos, si bien es cierto que no contaba con el consenso de toda la población india y que el ejército indio que participaba en la guerra era el ejército de voluntarios más grande del mundo.

Esta tercera gran campaña de Gandhi, denominada movimiento *Quit India*, empezó con la dimisión en masa de los miembros del Congreso Nacional Indio de sus puestos en la Administración en protesta por la inclusión unilateral de la India en la guerra, sin consultar con sus representantes. Antes de ello, había habido un tiempo de dudas, debates e incertidumbres en el que se planteaban si colaborar o no con Inglaterra, aunque el rechazo del imperio a la independencia como contraprestación creó el desencanto. A consecuencia de ello, Gandhi volvió a liderar el Congreso y a contar con el apoyo del par-

tido. En agosto de 1942, en una reunión del Congreso, Gandhi hizo un llamamiento para la desobediencia civil total, instando a la gente a portarse como si ya fueran independientes. Al día siguiente, todos los líderes del Congreso Nacional Indio estaban en la cárcel. A pesar de la ausencia de líderes, se realizaron grandes manifestaciones a lo largo de todo el país y se convocó una huelga general, y también hubo sabotajes a instalaciones eléctricas y líneas de comunicación. También hubo bombas y edificios incendiados, y en la ciudad de Ballia estalló una revuelta en el curso de la cual se asaltó la cárcel y se liberó a los prisioneros del Partido del Congreso que estaban allí detenidos.

El Gobierno colonial respondió con más de cien mil detenciones y cientos de muertos, la mayoría inocentes abatidos en manifestaciones pacíficas. En la cárcel, Gandhi realizó una huelga de hambre que llegó hasta los 21 días. El mayor varapalo se lo llevó con la muerte, tras más de un año en prisión, de Kasturbai, su mujer, y de Mashave Desai, su secretario personal. En 1944 la salud de Gandhi empeoró por un ataque de malaria y fue liberado para evitar que muriera en la cárcel y la revuelta se extendiera más aún. Gandhi llamó a mantener la lucha, pero el movimiento estaba ya agotado desde finales de 1943, mientras que los otros partidos políticos criticaban abiertamente la estrategia que se daba ya por derrotada.

La independencia de India

Sin embargo, al poco de acabar la guerra, en 1946, la Corona Británica dio instrucciones para la transferencia de poderes que implicaba la independencia, con lo que Gandhi llamó al fin de la campaña, liberándose en ese momento a los más de cien mil prisioneros políticos que había. La historiografía debate todavía sobre si el movimiento fracasó o no. Desde luego, sí que fracasó en su objetivo de bloquear al Gobierno británico y forzarle a una transferencia inmediata de poderes, aunque tuvo gran éxito regional en zonas como Satara, Talcher y Midnapure. El primer ministro de Gran Bretaña en aquel momento, Clement Atlee, le quitó importancia al papel de *Quit India* y consideró como factor clave las revueltas y la desafección de las tropas indias al servicio del imperio. Oficialmente se dijo que se había concedido la indepen-

dencia como agradecimiento a la gran colaboración india en la guerra. Hay que desmontar por tanto un mito fuertemente arraigado que considera que las campañas noviolentas de Gandhi fueron las que llevaron a la India a la independencia, cuando sólo fueron un factor más, siendo más determinante el nuevo orden internacional establecido tras la Segunda Guerra Mundial, en el que Estados Unidos y la Unión Soviética serían las nuevas potencias dominantes y donde perdía sentido el colonialismo tradicional y el orden surgido tras la Primera Guerra Mundial.

Al poco tiempo de la independencia, en 1947, se produjo la separación entre India y Paquistán, con más de 12 millones de desplazados y varios cientos de miles de muertos que probablemente podían haber sido muchos más, de no haber existido un gran movimiento de masas comprometido con la noviolencia, que reaccionó a un nuevo y largo ayuno de Gandhi. Poco después de finalizar este ayuno, y aún debilitado, Gandhi fue asesinado por un nacionalista hindú. Era el 30 de enero de 1948, fecha considerada actualmente en muchos países como día de la paz y la noviolencia.

El legado de Gandhi

Antes incluso de su muerte, las acciones de Gandhi habían ido traspasando fronteras y se había ido convirtiendo en un personaje muy conocido en la época. En general, los pacifistas cristianos, como el sacerdote norteamericano de FOR John Hayes Holmes, idealizaron el carácter religioso de la doctrina de Gandhi para que concordara con su visión religiosa de la acción noviolenta. Algunos, como el francés Romain Rolland, los norteamericanos Richard Gregg y el líder cuáquero Rufus Jones o el italiano Giuseppe Lanza del Vasto, acudieron a la India para reunirse con él y aprender de su filosofía. Estos autores serían los grandes introductores de Gandhi en Occidente, al traer una visión también idealizada de su movimiento o crear movimientos gandhianos en contextos dispares. Otros como Richard T. Templin, norteamericano que también viajó a la India, trataron de adaptar la filosofía gandhiana, creando el movimiento *Kristagraha* (el camino de Cristo), que no era una mera transliteración de la filosofía de Gandhi, sino una adaptación al contexto cristiano occidental. El

mayor crítico con la visión idealizada de Gandhi que estos occidentales desarrollaron fue, como veremos más adelante, Krishnalal Shridharani, un estudiante indio que había participado en las campañas de Gandhi y que pasó diez años en los Estados Unidos. Allí pudo comprobar de primera mano la diferente interpretación que se hacía no sólo de Gandhi, sino de la sociedad india, que era considerada una sociedad compuesta no por personas normales que participaban en acciones políticas, sino por místicos de férrea disciplina ascética con una aureola de santos. Su contacto durante la Segunda Guerra Mundial con jóvenes activistas contra la segregación fue fundamental para que esa generación optara por formas más coercitivas de acción noviolenta.

Debe quedar claro, no obstante, que Gandhi, aunque introdujo el concepto de noviolencia en Occidente, tampoco era el inventor de las técnicas de acción noviolenta, sino que había ido tomando ideas de acciones previas tras un análisis concienzudo. Así, según él mismo declaraba, la idea del principio de no-colaboración procedía de varios sucesos contemporáneos que le llamaron la atención: la huelga general durante la revolución rusa de 1905; el boicot chino a los productos norteamericanos que, como hemos visto, en 1906 hizo que se derogaran las leyes antichinas de los Estados Unidos; o, remontándose en el tiempo, la negativa a pagar impuestos a Inglaterra poco antes de la Revolución Norteamericana.⁹ Hemos visto también que el movimiento sufragista, la lucha de Parihaka y la doctrina de Tolstói fueron influencias decisivas en su pensamiento.

Así pues, Gandhi, inspirado por acciones incruentas que desde postulados diferentes se habían llevado a cabo anteriormente en muchas partes distintas del mundo, animado por el propio Tolstói, con el que mantuvo abundante correspondencia, fue el inventor del concepto mismo de «noviolencia», que empleó por vez primera en 1920, al aplicar al contexto político nacionalista que vivió el concepto jainista de *ahimsa* (del sánscrito *himsa*, violencia, precedido de la partícula negativa «a»). A la par desarrolló otros conceptos imprescindibles para entender su teoría de la acción noviolenta: como *satya* (verdad relativa), *sarvodaya* (bienestar), *swaraj* (autodeterminación), *swadeshi* (autosu-

⁹ Johnathan Schell: *El mundo inconquistable. Poder, no violencia y voluntad popular*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2005, p. 146.

ficiencia) y, por supuesto, *satyagraha* (acción directa noviolenta).¹⁰ De esta manera distinguía entre los conceptos clave de *satyagraha*, desobediencia civil, resistencia pasiva y no-cooperación:

Satyagraha significa literalmente «celebración de la verdad» y, por lo tanto, fuerza de la verdad. La verdad significa alma o espíritu, por lo tanto, la satyagraha es también conocida como fuerza del espíritu. Ésta excluye el uso de la violencia porque el ser humano no es capaz de conocer la verdad absoluta y, por lo tanto, no es competente para juzgar. La palabra fue acuñada en Sudáfrica para distinguir la resistencia noviolenta de los indios sudafricanos de la contemporánea resistencia pasiva de las suffragettes y otros. No se ha concebido como el arma de los débiles.

«Resistencia pasiva» se usa en el sentido ortodoxo y recoge a los movimientos sufragistas así como la resistencia de los no-conformistas. La resistencia pasiva se ha concebido y se concibe como el arma de los débiles. En tanto que evita la violencia, que no está al alcance de los débiles, no excluye su uso si, en opinión del resistente pasivo, la ocasión lo requiriera. No obstante, siempre se ha distinguido de la lucha armada y su empleo se vio mucho tiempo reducido a los mártires cristianos.

La desobediencia civil es el incumplimiento de normas legales que se consideran inmorales. La expresión fue, tal y como tengo entendido, acuñada por Thoreau para indicar su propia resistencia a las leyes de un Estado esclavista. Escribió un tratado magistral sobre el deber de desobediencia civil, pero Thoreau tal vez no era un campeón de la noviolencia. Probablemente, también, limitó su incumplimiento de normas legales a la legislación sobre ingresos públicos, como por ejemplo, el pago de impuestos. Considerando que el término desobediencia civil tal y como se ha practicado en 1919 recoge el incumplimiento de cualquier ley inmoral, esto implica la proscripción del resistente de forma noviolenta. Acepta el castigo de la ley y ser encarcelado. Es una rama del satyagraha.

La no-cooperación implica la negativa a cooperar con el Estado, que desde el punto de vista del que la hace, se ha vuelto corrupto y excluye la desobediencia

¹⁰ Las traducciones de los conceptos no son literales, *sarvodaya* significa despertar, *swaraj*, independencia, *swadeshi*, perteneciente al propio país, y *satyagraha*, fuerza o camino de la verdad.

*cia civil del tipo que hemos visto más arriba. Por su propia naturaleza, la no-cooperación está incluso abierta a niños y puede ser utilizada por las masas de forma segura. La desobediencia civil presupone el hábito de obediencia a las leyes. Sin el miedo al castigo, puede ser utilizada sólo como último recurso por unos pocos en primera instancia en cualquier grado. La no-cooperación, como la desobediencia civil, es una rama del satyagraha que incluye toda resistencia noviolenta para la reivindicación de la Verdad.*¹¹

Gandhi partía de unos firmes principios religiosos procedentes del jainismo y sus presupuestos noviolentos se habían acrecentado además al leer a Tolstói y al entrar en contacto en Sudáfrica con Michael Coates, un cuáquero que le introdujo en la interpretación noviolenta del cristianismo del Sermón de la Montaña. De este trasfondo religioso obtendría la idea de que los seres humanos son perfectibles y responderán positivamente a la persuasión moral, por lo que será necesaria una moralidad estricta para poder tener éxito en la acción noviolenta. Sin embargo, Gandhi no llegó a sistematizar su pensamiento político, de ahí que ha sido normal su reinterpretación por otros autores o autoras, que fueron quienes se encargaron de explicar el método gandhiano. Su análisis se basaba en la premisa de que «el fin no justifica los medios», y buena parte de su producción teórica estaba destinada a justificarlo. Es por eso que daba tanta importancia al concepto de *satya* (verdad), entendiéndola como verdad relativa, de forma que nadie puede estar seguro de la absoluta certidumbre de sus propias posiciones. Esto inevitablemente lleva al imperativo ético de obrar siempre teniendo en cuenta la posibilidad de estar equivocado, que a su vez lleva inevitablemente a considerar que los fines, que pueden ser erróneos, no pueden justificar los medios, que deben por tanto ser siempre respetuosos con el oponente ya que uno podría estar equivocado. De esta manera la única forma de demostrar que se está en posesión de la verdad sería aceptando que uno podría no estarlo, lo que lleva a actuar con honesti-

¹¹ Mohandas K. Gandhi: «Satyagraha, civil disobedience, passive resistance, non-cooperation», en: *Non-violent Resistance (Satyagraha)*, Dover publications, Nueva York, 2001, pp. 3-4. Texto publicado por primera vez en *Young India*, 23-3-1921. [Traducción del autor.]

dad, respeto por el oponente y aceptando el sufrimiento derivado, un punto muy importante en la concepción de *satyagraha*. La visión de estos actos generosos propiciados por la acción noviolenta produciría por lo tanto, según Gandhi, una transformación en la mentalidad del oponente y le llevaría a aceptar por sí mismo la visión de las demandas que se querían poner de manifiesto. Para ello era necesario, por tanto, seguir una estricta moralidad que podríamos denominar holista, pues abarca todos los aspectos de la vida.

En consecuencia, el *satyagraha* era para Gandhi algo más que acción noviolenta, era una forma de utilizar la noviolencia de una determinada manera, orientada hacia la persuasión en vez de hacia la coerción. De hecho, Gandhi fue ambiguo en cuanto al rol de esta última y la menospreció debido a su fe en el poder de la persuasión moral. Más adelante veremos que ésa sería precisamente la cuestión clave en las diferentes teorías de la acción noviolenta de estos años. Además, esta incidencia en la persuasión serviría para fundamentar muchas críticas a la acción noviolenta, sugiriendo que la efectividad de la misma depende únicamente de una llamada a la conciencia poco efectiva cuando se trata de adversarios sin clemencia, sin tener en cuenta, por otro lado, el aspecto comunicativo (influencia en terceras partes) muy importante también en la práctica política de Gandhi.

No hay que olvidar que el método de acción política diseñado por Gandhi se basaba en tres etapas de actividad: persuasión, sacrificio y no-cooperación.¹² Durante la primera etapa se elaboran las demandas y se plantean al oponente con argumentos racionales. En la segunda etapa, mediante acciones noviolentas, se persiguen dos objetivos: ganarse la conciencia del oponente, pero también ganarse a terceras partes que puedan apoyar. En la tercera etapa, considerada como un último recurso, se trata de coaccionar al oponente mediante acciones masivas de no-colaboración. Sin embargo, la evidencia histórica demostró que la fuerza moral de los *satyagrahis* gandhianos no logró cambiar las convicciones violentas de sus oponentes, tal y como el Mahatma pregonaba, o coaccionarlos, sino que lo que ocurrió fue más bien consecuencia de un proceso comunicativo derivado de cómo Gandhi manejó la información mediática, sobre todo en Gran Bretaña, lo que posibilitó que terceras

¹² Así lo ha resumido David Cortright en: *Peace. A History of Movements and Ideas*, Cambridge University Press, Cambridge, 2008.

partes presionaran para evitar en cierta medida la represión violenta contra el movimiento.¹³

Gandhi además desarrolló una teoría social de carácter comunitarista con muchas semejanzas con el anarquismo (no en vano había sido un ávido lector de Kropotkin, aunque no llegó a renegar del Estado), en la que se integraba la noviolencia tanto como filosofía religiosa moral como forma de acción política. Es conocido su protagonismo en la lucha por la liberación de la India, pero no tanto por el establecimiento de comunidades autosuficientes (*ashram*) que vivían conforme a los principios colectivistas, de ahí la importancia de los conceptos de *sarvodaya* y *swadeshi* en su filosofía social. Dado que Gandhi consideraba, igual que Tolstói, el autoperfeccionamiento moral como un paso necesario para la transformación social, es lógico que se dedicara a crear espacios para posibilitarlo (ya desde su estancia en Sudáfrica). Por otro lado, el que es considerado como sucesor de Gandhi en la India, Vinoba Bhave, optó también por esta línea de acción, y creó el movimiento *Sarvodaya*, que es el principal legado del gandhismo en su país de origen. Giuseppe Lanza del Vasto sería el discípulo que, fuera de la India, más se preocuparía por el establecimiento de comunidades noviolentas, conocidas como la Comunidad del Arca de Lanza del Vasto. Asimismo, jóvenes pacifistas en Estados Unidos fundarían un *ashram* en Harlem, Nueva York, a finales de la década de 1930 que luego se trasladaría a Newark, Nueva Jersey, siendo conocido como el *Newark Ashram*. Liderados por David Dellinger y Meredith Dallas, sería un foco de objetores de conciencia hasta que fue desmantelado tras la detención de sus componentes masculinos en 1943.¹⁴ En 1940 se fundó otro *Harlem Ashram* por parte de activistas vinculados al *kristagraha*, incluido el propio de Ralph Templin. La experiencia en estos *ashrams* llevaría a que los y las activistas noviolentos de los Estados Unidos se centraran en la segregación racial como principal problema contra el que luchar.

¹³ Thomas Weber: «The marchers simply walked forward until struck down. Nonviolence suffering and conversion», *Peace and Change*, n.º 18(3), pp. 267-289. Citado por Brian Martin y Wendy Varney en «Nonviolence and Communication», *Peace Research*, n.º 40, 2003.

¹⁴ Andrew E. Hunt: *David Dellinger: the life and times of a nonviolent revolutionary*, New York University, Nueva York, 2006, p. 72.

La grandísima difusión mediática del llamado *Mahatma*, Espíritu Grande (al fin y al cabo una perífrasis de «santo»), eclipsó figuras coetáneas que desde Europa trabajaron paralelamente tanto en el desarrollo de teorías de la noviolencia como en impulsar un movimiento noviolento internacional, o la lucha noviolenta del pueblo palestino contra el sionismo que empezaba ya a desarrollarse en Oriente Medio. Antes de seguir con los movimientos pacifistas noviolentos de entreguerras, vamos a detenernos brevemente en otra figura de la talla del propio Gandhi, con el que compartió fatigas en la lucha por la liberación del colonialismo británico. Si en la India a Gandhi el pueblo lo apodó como *Mahatma*, en Paquistán hubo otra figura a la que apodaron el *Badshah Khan* o rey de reyes (o, más acertadamente, jefe de jefes), que fue la persona que construyó una aplicación práctica de la doctrina noviolenta en el contexto musulmán. Su nombre: Abdul Gaffar Khan.

14. El punto de vista musulmán: Abdul Gaffar Khan y los *Khudai Khidmatgar*

Abdul Gaffar Khan¹ nació en 1889 cerca de Peshawar, en la llamada entonces Provincia del Noroeste, perteneciente al actual Paquistán, zona tribal *pathan* (pastún) de arraigada tradición musulmana, en la actual confluencia entre las actuales China, India y Paquistán. Era una zona de frontera en la que la violencia y la guerra habían sido las ocupaciones habituales durante siglos y donde era habitual, por tanto, que los hombres estuvieran entrenados en el uso de las armas y no dudaran en utilizarlas cuando lo consideraban preciso. La comunidad pastún era ya entonces un grupo numeroso (actualmente un 40% de la población afgana y un 15% de la del actual Paquistán) y se diferenciaban de otras etnias por el uso de un idioma propio, el pashto, y la observancia de un código de honor religioso de carácter preislámico integrado en su visión musulmana.

¹ Detalles biográficos extraídos de la biografía de Gaffar Khan escrita por Eknath Easwaran: *Nonviolent Soldier of Islam*, Nilgiri Press, California, 1984-1999; y del capítulo «The muslim pashtun movement of the north-west frontier of India 1930-1934» de Mamad Raqib, en Gene Sharp: *Waging nonviolent struggle...*, *ob. cit.*

Gaffar Khan, hombre de colosal estatura, fue en su juventud un reformador social decidido, y ya desde 1912 había estado abriendo escuelas laicas para preparar al pueblo para entender las reformas que quería introducir. A pesar de que provenía de una familia aristocrática, fue encarcelado repetidas veces por esa actividad educativa sediciosa. En la primera ocasión, en 1919, también se arrestó a su anciano padre, de 95 años de edad. Al poco tiempo de su liberación, ingresó en el movimiento *Khalifat* (también conocido como *Khilafat*), que protestaba contra la política británica en el extinto Imperio Otomano tras la Primera Guerra Mundial. Tras convertirse Turquía en un país secular, renunciando al califato, el movimiento se convirtió en anticolonialista. Algunos de sus líderes, como Deoband o Aligarh, se unieron a Gandhi en la campaña de no-colaboración tras la masacre de Amritsar.

En los años veinte del pasado siglo, Gaffar Khan creó varios movimientos sociales en torno a los cuales se articulaban no sólo la creación de escuelas sino también la realización de trabajos sociales y la organización de campesinos mediante el movimiento *Anjuman-e-Zamidaran*. En 1921, durante los momentos álgidos de la primera gran campaña de Gandhi, su apoyo a la misma desde *Khalifat* le hizo volver a la cárcel, y estuvo preso hasta 1924. Tras su liberación, en una gran asamblea improvisada por las miles de personas que acudieron a recibirle, se decidió empezar un movimiento popular mucho más fuerte. Desde entonces Gaffar Khan pasó a ser conocido como *Fakhr-i Afgan* (el orgullo de los afganos).

1926 fue un año decisivo para Gaffar Khan, ya que tras la muerte de su padre peregrinó con su mujer a la Meca, y allí asistió a la conferencia que organizó el rey Ibn Saud para discutir los problemas relativos a las naciones musulmanas, la mayoría sometidas al colonialismo británico o francés. Luego visitó varios países de la zona: Iraq, Líbano, Egipto, Siria y Palestina, y en este viaje llegó a la conclusión de que eran los vastos recursos de la India los que permitían a los británicos mantener a esas naciones bajo control (aunque tal vez pasó por alto la importancia del petróleo de estos países para el Imperio Británico). Desgraciadamente su mujer falleció durante el viaje, al caer de un voladizo en Jerusalén, y tuvo que retornar sólo. A la vuelta decidió que era necesaria una acción política de mayor calado para lograr una verdadera transformación de la sociedad y fundó el movimiento *Pasthun Jirga*, que se

puede traducir como Gran Asamblea Pastún. Este movimiento se centró en asuntos educativos, sociales y políticos, y muchos de sus miembros habían sido educados en las escuelas que Gaffar Khan había fundado años atrás. Además, se editó un periódico llamado *Pashtun*. Esta actividad social le valió el respeto y el liderazgo pastún, y lo apodaron *Badshah Khan*, jefe de jefes, el más alto estatus de la jerarquía tribal.

El ejército noviolento pastún

En 1929 se dio un nuevo impulso a *Pashtun Jirga* al añadirse un nuevo cuerpo de voluntarios concebido como un «ejército noviolento». Se trataba de aprovechar las cualidades guerreras de los pastunes y desviarlas hacia la noviolencia: acción, coraje, entrega... aunque eso sí, con oficiales, uniformes y banderas. Se hicieron llamar los *Khudai Khidmatgar* («siervos de Dios», pronúnciese en castellano como *judai jid-mat-yar*) y fueron también conocidos como los «camisas rojas», por el color de sus uniformes. Este color no tenía en principio otra función que la de aprovechar un tinte barato de producción local en la línea de autosuficiencia económica planteada por Gandhi. Dado que fueron requisados y quemados por la policía británica en numerosas ocasiones, los uniformes se convirtieron en un símbolo de visibilidad y resistencia, en claro contraste con las estrategias de guerrilla armada que se habían mantenido hasta la fecha.

Los y las *Khudai Khidmatgar* prometieron dedicar dos horas al día a una causa social, abstenerse de la violencia, llevar una vida sencilla y evitar la pereza y el mal. Había tres condiciones para formar parte de los *Khudai Khidmatgar*, firmar el compromiso, hablar pashto y estar por voluntad propia en la organización. El compromiso tenía diez mandamientos:

- 1.- *Aporto mi nombre con honestidad y veracidad para convertirme en un verdadero Khudai Khidmatgar, siervo de Dios.*
- 2.- *Sacrificaré mi riqueza, mi vida y mi confort para la libertad de mi nación y mi pueblo.*
- 3.- *Nunca formaré parte de facciones que fomenten el odio o los celos entre mi pueblo, y siempre estaré al lado de los oprimidos contra los opresores.*

4.- No seré miembro de una organización rival ni ingresaré en ningún ejército.

5.- Obedeceré todas las órdenes legítimas de mis oficiales todo el tiempo.

6.- Viviré de acuerdo con los principios de la noviolencia.

7.- Serviré a toda la humanidad por igual. El objeto de mi vida será conseguir la independencia y la libertad religiosa.

8.- Actuaré siempre de acuerdo con lo que es bueno y justo.

9.- Nunca desearé una recompensa por mi servicio.

10.- Todos mis esfuerzos serán para agradar a Dios, y no para mostrar o ganar nada.²

Si alguien recurría a la violencia, era expulsado de inmediato, como le sucedió a uno de los hijos de Gaffar Khan, aunque podía ser readmitido en el movimiento tras tres años de penitencia. Es especialmente significativa la estricta disciplina en la que se desenvolvía el movimiento, tal y como se remarcaba en el quinto mandamiento y la forma casi paramilitar del mismo, con rangos y disciplina militar. Aunque eran casi todos musulmanes, había algunos hinduistas, y uno de los objetivos del movimiento era la promoción de la unidad hindu-musulmana.

Los y las *Khudai Khidmatgar* recorrían los pueblos promoviendo proyectos de trabajo colectivo, abriendo escuelas y realizando asambleas públicas, enfrentándose muchas veces a las oligarquías locales. También hacían mucho énfasis en la limpieza e higiene de personas y casas, y seguían a Gandhi en la propuesta de autosuficiencia con el hilado de la propia ropa. Los oficiales de alto rango, como el propio Gaffar Khan, participaban en la limpieza de casas de gente no perteneciente al movimiento. El objetivo de esta labor era hacer al país autosuficiente y discutir en asambleas un plan de acción contra el colonialismo británico. Además, se hacía música y poesía para promover la unidad del movimiento.

En pocos meses alcanzaron los ochenta mil miembros, aunque Gaffar Khan permaneció encarcelado casi todo el tiempo. Promovieron la desobe-

² Recopilados por Joan Bondurant en *Conquest of the Violence. The Gandhian Philosophy of Conflict*, Princetown University Press, Princetown, 1958, pp. 133-134. [Traducción del autor.]

diencia civil (no pagar determinados impuestos), las huelgas, el boicot a las tiendas británicas y a las de alcohol, además de cánticos nacionalistas, no-colaboración con los servicios públicos y manifestaciones en las que mediante la técnica del tapiz humano (tumbarse en el suelo cubriendo todo el espacio) se enfrentaban a la policía pacíficamente; y también crearon servicios alternativos (como de correos o justicia). Otra forma de presión fue el ostracismo social al que se sometía a los recaudadores de impuestos y otros agentes colaboradores con los británicos. En algunos lugares la lucha tomó la forma de rebelión campesina contra los terratenientes, puesto que los *Khudai Khidmatgar* acudían a luchar contra cualquier injusticia de la que tuvieran noticia. En Peshawar constituyeron un auténtico gobierno paralelo, ya que recaudaron impuestos que la gente no había pagado a los británicos y se dotaron de instituciones propias.

Para facilitar la actividad revolucionaria, los *Khudai Khidmatgar* crearon campos de entrenamiento con un sofisticado plan educativo al que podía acceder gente ajena al movimiento y que atrajo a muchas personas. En estos campos además se hacía aceite y se molía trigo para abastecer al gran número voluntarios y voluntarias. También afrontaron el tema de la participación de la mujer, y las voluntarias tomaban parte en los *jirga* o consejos tribales de forma muy activa y en igualdad de condiciones. Además, la presencia de mujeres en las protestas hizo que muchas veces las fuerzas indias se negaran a cargar, pues consideraban un deshonor atacar a las jóvenes voluntarias, haciendo recaer la represión en manos del ejército colonial británico.

Los *Khudai Khidmatgar* se basaron en el Corán para hacer una versión musulmana del *satyagraha* gandhiano, ya que a ellos les eran desconocidos los conceptos de *ahimsa* o *satya*, o incluso de *karma*. Estos conceptos metafísicos ausentes en la cultura pastún fueron suplantados por las nociones musulmanas de unidad, transcendencia y omnipotencia de Dios, basándose en teólogos pacifistas de principios de siglo como Syed Amir Ali. De esta manera, Abdul Gaffar Khan convenció a los aguerridos pastunes de que era más valiente morir que matar, y los llevó a considerar la *jihad* como una lucha entre el bien y el mal que todo ser humano debería combatir en su corazón.

Como hemos mencionado con anterioridad, a partir de 1929 el Congreso Nacional Indio, en una famosa reunión en Lahore en la que estuvo pre-

sente Gaffar Khan, puso en marcha campañas de desobediencia masiva entre las que pronto destacaría la Marcha de la Sal de Gandhi. El Comité del Congreso de Peshawar anunció al poco tiempo que Gaffar Khan y los *Khudai Khidmatgar* se unirían a la campaña y mantuvieron una alianza con el Congreso Nacional Indio hasta la independencia de la India en 1947. Cuando una delegación del Congreso Nacional Indio que iba a ir a Peshawar fue detenida en la frontera en abril de 1930, se produjo una gran protesta entre los miles de personas que habían acudido a recibirles. Durante las protestas, dos coches chocaron entre sí y los soldados perdieron los nervios y empezaron a disparar durante tres horas a los manifestantes. Esta masacre, conocida como la masacre del bazar Kissa Khani, conmocionó a toda la India. Se reconoció oficialmente la existencia de 200 muertos, pero fuentes pastunes aseguraron siempre que fueron muchos cientos. Tras esta masacre, los británicos se tuvieron que retirar de Peshawar durante nueve días, pero cuando volvieron a ocupar la ciudad se declararon ilegales tanto el gobierno alternativo como los *Khudai Khidmatgar*.

A pesar de la gran represión de la que fueron objeto, que los convirtió en los más represaliados del movimiento de liberación indio, puesto que ahorcaron o abatieron a muchos de sus miembros, los *Khudai Khidmatgar* no flaquearon en sus posiciones noviolentas y fueron un firme respaldo musulmán al movimiento gandhiano. Hay que decir que hubo ciertos brotes de violencia por parte de los pastunes, sobre todo en zonas rurales con tribus ajenas al movimiento, e incluso la tribu de los afridis llegó a tomar Peshawar por la fuerza como respuesta a las atrocidades británicas. Esta violencia fue usada para legitimar la represión, y las autoridades británicas trataron de provocarla deliberadamente con más arbitrariedades.

En diciembre de 1931, cuando Gandhi empezó a negociar con el Gobierno en Londres, se incrementó la presión sobre la provincia de la Frontera. El Gobierno hizo además una campaña de propaganda que acusaba de terrorismo a los *Khudai Khidmatgar* y Gaffar Khan fue nuevamente encarcelado. Se dio libertad a las tropas para disparar contra la gente que participara en protestas pacíficas, matando e hiriendo a muchas personas, y arrestando, humillando y torturando a muchas más. Se llegó incluso a envenenar el agua de algunos campos de entrenamiento. Entre 1930 y 1933 fueron encarcelados

unos 12.000 *Khudai Khidmatgar*, y mantenidos en condiciones deplorables en cárceles atestadas. Para ganarse a la gente paralelamente se invirtió más en educación, salud y agricultura, y poco después se permitieron elecciones y partidos políticos, igual que en el resto de la India colonial.

En 1934 Gandhi suspendió la campaña de desobediencia civil en India y el Gobierno liberó a la mayoría de activistas en todo el país, pero no en la provincia de la Frontera. Gaffar Khan no fue liberado hasta 1935 y no se le permitió entrar en la provincia; de hecho, poco después se le volvió a condenar a otros dos años de trabajos forzados por dar discursos sediciosos en el Punjab, no volviendo a su tierra hasta 1937, tras seis años de prisión. Para ese momento, los partidos políticos habían desarrollado una nueva forma de relación institucional con el Imperio Británico y la situación estaba mucho más calmada. Igual que pasó con la campaña de Gandhi, el movimiento se había extinguido al aceptar la participación política en el sistema en vez de la independencia que reclamaban.

Posteriormente, la política de «divide y gobierna» del Imperio Británico empezó a separar a musulmanes e hindúes tras siglos de buena convivencia. Políticamente la Liga Musulmana optó por la autonomía y el Congreso Nacional Indio por la independencia, siendo los *Khudai* la única organización musulmana que también optó no sólo por la independencia, sino que rechazó la separación territorial confesional entre hinduistas y musulmanes. De hecho, socorrieron a hinduistas y sijs cuando hubo disturbios contra ellos en Peshawar. No pudieron evitar, no obstante, la creación de Paquistán, la emigración forzada de millones de personas y el aproximadamente medio millón de muertos del conflicto étnico. Las tensiones siguieron tras la independencia y, a la par que Gandhi era asesinado por ser considerado filomusulmán, Gaffar Khan fue nuevamente arrestado por el Gobierno pakistaní por ser considerado filohindú. De hecho, en los treinta primeros años de independencia paquistaní, pasó quince en la cárcel y siete en el exilio, en la cercana y también pastún Afganistán. En el año 56 fundó la *Awami League* (Liga del Pueblo), que fue el principal partido de oposición en los años sesenta y setenta. Vivió hasta 1988, fecha en la que murió con 95 años. Su larga vida, buena parte de la cual transcurrió en prisión, le permitió encontrarse y servir de inspiración para Zulkifár Bhutto (padre de la también asesinada Benazir

Bhutto), que dirigió un movimiento civil contra los militares paquistaníes en los setenta, o para Mubarak Awad, aunque cristiano, líder palestino desde la primera Intifada, así como para otros líderes musulmanes noviolentos.

15. Otros movimientos noviolentos durante el periodo de entreguerras

A la par que Gaffar Khan y Gandhi fueron organizando su movimiento en la India colonial, Occidente había quedado conmocionado por la violencia de la Gran Guerra y se habían formado importantes movimientos pacifistas mediante la unión de grupos de objetores, cristianos, anarquistas y feministas radicales, que, como hemos visto antes, tenían en IFOR y la IRG su expresión internacionalista. Fueron, en cambio, otro tipo de movimientos a lo largo del mundo los que iniciaron diversas campañas políticas noviolentas a partir de 1919; y no fue casualidad que se hicieran justo después de la guerra, sino que ésta fue el detonante de muchas frustraciones y expectativas que se veían negadas por los gobiernos o metrópolis. Ese año empezaría con una gran huelga general en Seattle,¹ Estados Unidos, entre el 6 y el 11 de febrero, en apoyo a las demandas salariales de los trabajadores de los astilleros. No lograron concesiones de la patronal, pero supuso la primera demostración en Estados Unidos del potencial de la huelga general a gran escala.

¹ Ver Brad Bennet, voz «Seattle General Strike 1919», en Roger S. Powers y William B. Voegelé (eds.): *ob. cit.*, p. 464.

El Movimiento del 1 de Marzo en Corea

Pocos días después, el 1 de marzo, fecha con la que fue conocido el movimiento, empezaron en Corea unas movilizaciones contra el dominio colonial japonés que se alargarían durante un año.² Miles de coreanos y coreanas desarmadas se enfrentaron a la durísima policía colonial japonesa a lo largo de todo el país. Aunque no se consiguió la independencia, fue el evento principal de la larga resistencia coreana a la ocupación japonesa. Las manifestaciones se iniciaron como una muestra de duelo en el aniversario de la muerte del antiguo emperador de Corea, Kojong, aunque también hubo influencias de la Revolución Bolchevique, un año antes, de los movimientos de Gandhi en Sudáfrica e India y de los movimientos estudiantiles en el propio Japón. El 1 de marzo, varios religiosos de diferentes confesiones leyeron una proclamación de independencia en una manifestación multitudinaria en Seúl, y pronto empezaron a circular copias secretas también por Pionyang. A lo largo de los siguientes días se distribuyó por todo el país, de forma que la gente la leía y luego gritaba *¡Masei!*, el equivalente coreano de «¡viva!». Es de destacar que esta declaración contenía un llamamiento a realizar movilizaciones sin violencia. «Nuestro trabajo es en nombre de la verdad, la religión y la vida, realizado a petición de nuestra gente, a fin de dar a conocer su deseo de libertad. Que no se cometa violencia contra nadie».³ Pronto se empezaron a realizar grandes manifestaciones en las que hubo a veces enfrentamientos con la policía, aunque la mayoría de los participantes se ciñó a los principios de la noviolencia. Hubo, no obstante, también algunos episodios de resistencia armada que fueron usados por los japoneses como excusa para aumentar la represión. En marzo de 1920, un año después del inicio de las movilizaciones, habían muerto más de siete mil coreanos, frente a tan sólo nueve japoneses. Se estima que entre uno y dos millones de coreanos participaron en las movilizaciones.

Si bien Corea no consiguió la independencia, se consiguieron muchos derechos civiles y sociales tan importantes que los historiadores surcoreanos

² Ver Donald N. Clark, voz «March First Independence Movement, Korea 1919», *ibid.*, p. 312.

³ Clarence Marsh Case: *Nonviolent Coercion: A Study in Methods of Social Pressure*, The Century Co., Nueva York y Londres, 1923, p. 292. [Traducción del autor.]

consideran este movimiento como la génesis política de la moderna Corea. Los historiadores marxistas de Corea del Norte no obstante critican el liderazgo burgués y minimizan sus éxitos en comparación con la apología que hacen de la revolución armada posterior. Clarence Marsh Case realizó un análisis sobre las razones del fracaso de estas movilizaciones, llegando a la conclusión de que habían fracasado por no haberse planteado nada más que como una petición de ayuda internacional, una muestra al mundo de que no se sometían al Imperio Japonés, pero sin tratar de ejercer coerción ni económica ni social.⁴ Las huelgas no fueron seguidas unánimemente y el movimiento fue ignorado por la prensa internacional, todavía con la atención puesta en las secuelas de la Gran Guerra.

El Movimiento del 4 de Mayo en China

A la vez, y muy cerca de Corea, en varias ciudades chinas, aunque principalmente en Pekín y Shanghái,⁵ el 4 mayo de 1919, se produjeron grandes manifestaciones de estudiantes que fueron el detonante de un movimiento nacionalista que duró varios meses y se volvió a canalizar principalmente mediante el boicot a los productos japoneses. Se pedía, además de la liberación del país del influjo de Japón, la modernización cultural y política del país. El trasfondo era que en el Tratado de Versalles se traspasaban a Japón concesiones y territorios chinos en poder de Alemania en la importante provincia costera de Shandong.

El saldo de la represión del día cuatro de mayo fue de más de mil detenidos en Pekín y en torno a los cien en Shanghái, a lo que se respondió con una inmediata huelga de comercios pidiendo su liberación. A los dos días de huelga se había logrado ya liberar a los estudiantes detenidos, pero los comerciantes decidieron continuar hasta conseguir la dimisión de los ministros pro japoneses. Los estudiantes prosiguieron también con sus movilizaciones y se organizaron en pequeñas células llamadas «grupos de diez hombres», de for-

⁴ *Ibid.*, pp. 288 a 295.

⁵ Ver Li Fang, voz «May Fourth Movement, China 1919», en Roger S. Powers y William B. Voegle (eds.): *ob. cit.*, p. 315. Ver también Clarence Marsh Case: *ob. cit.*, pp. 332 y ss.

ma que cualquier grupo de diez estudiantes podía formar una unidad de acción compuesta por un representante, un inspector de bienes, un editor de carteles y panfletos, un tesorero y cinco oradores para hablar en espacios públicos que además repartían panfletos y colocaban carteles. Estos grupos de estudiantes, siguiendo una estrategia descentralizada, lograron empapelar todo Pekín con propaganda sobre el boicot. Además, fueron implicando a diversos grupos sociales para trasladar la protesta a otras partes del país, como los empleados de correos, que enviaron panfletos a coste de la compañía y, sobre todo, profesionales que se desplazaban entre ciudades.

Los comerciantes se organizaron bajo el liderazgo de la Cámara de Comercio de Pekín, acordando una serie de medidas para implementar el boicot, como no aceptar billetes japoneses con el que pagaban principalmente los soldados nipones, vender sólo productos nacionales en la medida de lo posible y, por supuesto, recomendar que no se compraran productos japoneses. Incluso los estudiantes presos se negaron a comer comida japonesa cuando ésta era servida en el reformatorio. Como en otras ocasiones, el boicot se extendió a la diáspora china, y fue seguido muy firmemente por las comunidades chinas en Estados Unidos. Se extendieron las técnicas de resistencia pasiva para enfrentarse a la represión japonesa, logrando, a veces, como sucedió el 12 de junio, que los soldados se negaran a obedecer las órdenes de arrestarlos. Hay que señalar que aunque no hubo lucha armada, sí hubo actos aislados más agresivos que se escapan de la acción noviolenta, como el intento de linchamiento del ministro chino de Relaciones con Japón. Las pérdidas para los japoneses pronto se hicieron millonarias y tuvieron que ceder a las demandas chinas.

Este movimiento marcadamente nacionalista tuvo éxito en sus reivindicaciones contra las demandas japonesas en el Tratado de Versalles, pero no consiguieron otras reformas sociales que pedían, como un acercamiento a la ciencia occidental y el uso de la lengua vernácula para el cine y la literatura. A pesar de ello, las movilizaciones fueron la simiente de un gran movimiento de regeneración en el país, convirtiéndose en un símbolo del posterior movimiento estudiantil. Desgraciadamente, la joven República China pronto se vería envuelta en una nueva guerra civil que culminaría años más tarde con la creación de la República Popular China.

La independencia de Egipto

Paralelamente, durante este mismo año 1919, en Egipto y Sudán, también se produjeron movilizaciones independentistas contra el dominio colonial británico.⁶ Ya había habido algunas formas previas de protesta contra la militarización durante la Primera Guerra Mundial, como una gran manifestación en El Cairo en 1916. En 1918, el líder nacionalista Saad Zaghlul, fundador de la organización independentista *Wafd al Misri*, pidió a la corona la formación de una delegación egipcia de cara a las negociaciones de paz, a fin de poner en marcha el proceso de independencia. En marzo de 1918 arrestaron a Zaghlul y lo deportaron a Malta, lo que provocó manifestaciones en las ciudades más grandes y huelgas de estudiantes, transportistas, jueces y abogados. En algunas manifestaciones hubo destrucción de la propiedad y violencia que generaron una dura represión que dejó varios muertos por ambas partes. Al poco tiempo, tanto las manifestaciones pacíficas como los disturbios se extendieron por todo el país. *Wafd al Misri* publicó panfletos y periódicos ilegales, y las huelgas se extendieron a otros sectores de la población, aunque fracasaron ante la amenaza de despido masivo efectuado por las autoridades británicas que provocó que los funcionarios y otros trabajadores volvieran al trabajo.

Se encargó a Lord Milner una misión para estudiar el conflicto, y ésta estuvo en Egipto entre diciembre de 1919 y abril de 1920. Pero el boicot a la misma fue tan grande que no encontraron ni siquiera informantes, a la par que los estudiantes bloquearon el hotel donde se albergaba la misión y los trabajadores iniciaron una huelga de protesta. La huelga alcanzó su punto culminante a las tres semanas, cuando hasta los funcionarios del Gobierno se sumaron a la misma. Las mujeres jugaron un papel esencial al bloquear las oficinas del ministerio permitiendo que el obstruccionismo evitase la represión. El propio Lord Milner tuvo que renunciar a su puesto, y en su informe recomendaba el abandono del protectorado como fórmula política ante las evidencias de su mal funcionamiento. La resistencia noviolenta continuó. Zaghlul y su organización convocaron una gran manifestación en El Cairo, en diciembre de 1921, lo que supuso su encarcelamiento en Suez. Sin embar-

⁶ Ver Brad Bennet: «Egyptian Demonstrations against British Rule, 1919-1922», en Roger S. Powers y William B. Voegle (eds.): *ob. cit.*, p. 163.

go, en 1922 los británicos tuvieron que conceder la independencia limitada a Egipto y Sudán. Hay que resaltar que si en las movilizaciones hubo cierta violencia, ésta estuvo principalmente dirigida contra la propiedad y el arma más eficaz fue el boicot político.

El *putsch* de Kapp

En 1920 el Gobierno británico tenía planes para enviar tropas a Polonia e invadir la Rusia bolchevique, pero tuvo que desistir ante la amenaza del Partido Laborista de una huelga general y una campaña de boicot total a la guerra, especialmente en el transporte de municiones y hombres.⁷ Además, en la década de los años veinte tuvieron lugar en Alemania dos conocidos sucesos de gran repercusión internacional que avalarían enormemente la eficacia de la no-colaboración como forma de acción política.⁸

El primero fue la respuesta al *putsch* de Kapp o golpe de Estado del político derechista Wolfgang Kapp contra la naciente república de Weimar en 1920. A principios de marzo de ese año, algunos representantes de la oposición al Gobierno de Ebert pidieron su dimisión por haber aceptado la reducción de tropas impuesta por los Aliados, y éste amenazó con hacer un llamamiento a la huelga general si los militares trataban de acabar con la república. El día doce, Wolfgang Kapp y algunos militares dirigidos por el Barón Walther von Lüttwitz ocuparon Berlín con un contingente de soldados y paramilitares. El Gobierno de Ebert se exilió a Dresde y desde allí hizo un llamamiento a la no-colaboración con el Gobierno ilegítimo. En seguida la

⁷ Ejemplo citado por Aldous Huxley en *Ends and Means. An Inquiry Into the Nature of Ideals and into the Methods Employed for their Retaliation*, Chatto and Windus, Londres, 1946 (primera edición de 1937), p. 148.

⁸ Estos ejemplo son clásicos muy citados de los estudios históricos de la noviolencia. Véase por ejemplo: Michael Randle: *Resistencia civil*, Paidós, Barcelona, 1998, p. 170; o en inglés, la voz «Kapp Putsch» o «Ruhrkampf» en Roger S. Powers y William B. Voegelé (eds.): *ob. cit.*; el capítulo «Defense against a military coup, Germany», en Gene Sharp: *Waging Unviolent Struggle...*, *ob. cit.*; o el capítulo dedicado al Ruhr en Peter Ackerman y Jack Duvall: *A Force more Powerfull*, Palgrave, 2000, capítulo 4, «The Ruhrkampf 1923. Resisting invaders», pp. 177-206.

huelga general se extendió por Berlín y pronto afectó a todas las actividades, incluso periódicos, sin respetar siquiera servicios esenciales. La huelga se extendió después a algunas ciudades alemanas. La resistencia tomó varias formas: los burócratas y expertos políticos se negaron a colaborar con Kapp y muchos puestos quedaron vacantes, se dice que incluso el propio Kapp tuvo que transcribir él mismo su comunicado golpista al no encontrar a nadie dispuesto a hacerlo; el Banco Nacional no proporcionó dinero para pagar a los soldados; algunas tropas y oficiales se negaron a recibir órdenes del nuevo régimen y la misma policía de Berlín pidió la dimisión de Kapp. Además, durante la huelga general, los trabajadores confraternizaron con los soldados para que se unieran a la resistencia. El día 15, un avión fletado por el Gobierno de Ebert en Dresde arrojó sobre Berlín miles de panfletos llamando a la resistencia masiva contra el régimen de Kapp. Para el 17, Kapp y Lüttwitz tuvieron que dimitir y al día siguiente las tropas abandonaron Berlín, aunque todavía causaron muertes en su retirada.

La resistencia del Ruhr

Poco después, en 1923, el pueblo alemán dio otra muestra de resistencia noviolenta masiva al enfrentarse a la ocupación francesa del Ruhr con una campaña de huelgas y boicot de gran magnitud. En enero el ejército francés y el belga habían ocupado militarmente la región industrial del Ruhr, con importantes ciudades como Essen o Dortmund, con la intención de cobrarse en carbón las reparaciones impuestas a Alemania tras los acuerdos de paz del Tratado de Versalles. A pesar de que la resistencia no estaba planificada, gracias a la implicación de sindicatos y patronal, se articuló rápidamente una estrategia de no-cooperación en respuesta a la ocupación. Los propietarios de las minas de carbón y los sindicatos de la industria química destruyeron documentos y otros materiales importantes. Los mineros continuaron trabajando pero se negaron a obedecer órdenes de los franceses. Los ferroviarios se negaron a transportar el carbón, pues iba a enviarse a Francia, y el carbón empezó a acumularse al pie de las minas. Los sindicatos y la burguesía industrial colaboraron, y el Gobierno alemán proporcionó el dinero para pagar a

los trabajadores en huelga, ya que se había interrumpido el proceso habitual de venta de carbón.

Sin embargo, la campaña de resistencia se suspendió en septiembre por los problemas económicos y políticos. Las huelgas se mantenían gracias a los marcos enviados por Berlín y la hiperinflación, provocada por el abuso de la máquina de dinero por parte del Gobierno alemán para financiar la resistencia, generó una depreciación vertiginosa del marco alemán, que se quedó en un dos por ciento de su valor (un dólar pasó de valer 100.000 marcos a valer seis millones en pocas semanas). En Berlín, la derecha presionaba al Gobierno para que respondiera militarmente y la izquierda criticaba el poco margen de maniobra que permitía la resistencia pasiva. En agosto los industriales empezaron a perseguir sus propios intereses y algunas minas acataron las directivas francesas. Los franceses se aprovecharon de la debilidad política y económica de Alemania y reorganizaron la economía y las infraestructuras para que la Alemania no ocupada no se pudiera beneficiar de la industria del Ruhr. Se creó un servicio de ferrocarril alternativo, el *Régie*, que proveía transporte cuando los ferroviarios alemanes estaban en huelga o se negaban a operar. De esta manera los franceses se apoderaron de las pilas de carbón que habían continuado extrayendo en las minas y que no se había transportado a Francia por la huelga de los ferroviarios. Se expulsó de la región a los funcionarios de la Administración, con sus respectivas familias, que se negaron a colaborar con las autoridades de la ocupación, sumando más de cien mil personas expulsadas. Se encarceló a algunos importantes industriales líderes de la resistencia. Se crearon aduanas entre el Ruhr y la Alemania no ocupada y se eliminaron las existentes con Francia, aumentando con ello el coste del comercio intraalemán y evitando de esta manera la condena internacional que hubiera resultado de causar una crisis de hambruna. Además, la consiguiente crisis política y económica hizo caer al Gobierno y el nuevo gabinete puso fin a la resistencia.

Sin embargo, la resistencia noviolenta alemana supuso un alto coste para Francia. A nivel económico, a los 120 millones de marcos de oro que consiguió Francia durante 1923 hubo de restarle aproximadamente el mismo valor por los gastos del despliegue de las tropas, no estando claro todavía si el balance fue positivo o negativo. Pero el coste fue también político, pues, a pesar del fracaso de la acción noviolenta para expulsar por sí misma a los ocupantes,

se había creado la legitimidad necesaria para que la comunidad internacional forzara a Francia a retirarse y, finalmente, tuvo que hacerlo por las presiones del exterior. Se puede considerar entonces exitosa la resistencia del Ruhr, pues llevó al objetivo perseguido, aunque por una vía indirecta.

La independencia de Samoa Occidental

Lejos de los escenarios de la guerra mundial aunque también afectados por la misma, en Samoa Occidental se puso en marcha en 1924 otra campaña contra el dominio colonial, en este caso por parte de Nueva Zelanda.⁹

Samoa Occidental había sido colonizada por Alemania, aunque tan sólo desde 1900, y tras la derrota germana en la Gran Guerra, la Liga de las Naciones dio un mandato a Nueva Zelanda para administrar el territorio. Este mandato, hecho con perspectiva colonial, ignoraba las aspiraciones nativas de autogobierno; y es de destacar que junto con los neozelandeses también llegó al archipiélago la gripe de 1918 (conocida como «gripe española»).

En 1924, Tupua Tamasese Lealofi III, un gran jefe tribal, fue desterrado a raíz de un conflicto con un sacerdote cristiano. Dado que se negó a abandonar su hogar, fue arrestado y el administrador le retiró sus títulos nobiliarios. Eso fue el catalizador de doce años de resistencia contra políticas racistas y autoritarias.

En 1927 se fundó la Liga Samoana, coincidiendo con una ordenanza prohibiendo la libertad de expresión. El movimiento de oposición se conoció con su nombre samoano *Mau* (que significa «opinión»),¹⁰ y se basó en principios pacifistas para conseguir un cambio democrático en busca de mayor representación política para los samoanos. Empezaron acampando en torno a la capital, Apia, desde donde coordinaban la resistencia, organizando manifestaciones en las que se resistían noviolentamente a los intentos de la policía de dispersarles.

⁹ Ver Brad Bennet: «Mau Noncooperation (Wester Samoa), 1924-1936», en Roger S. Powers y William B. Vogele (eds.): *ob. cit.*, p. 313.

¹⁰ No confundir con el movimiento insurgente Mau-Mau de Kenia, que es citado muchas veces en la literatura noviolenta como ejemplo de resistencia violenta mucho menos efectiva que la realizada por Gandhi contra el mismo oponente, el Imperio Británico.

Vestían uniformes consistentes en camisas blancas, turbantes púrpura y faldas blancas y púrpuras. Se negaron a pagar impuestos y se extendió la desobediencia, alcanzando tal magnitud que prácticamente nadie tributó ese año en Samoa. Además, en enero de 1928, los seguidores del *Mau* impusieron un boicot (*sa*, en su lengua) sobre todas las tiendas de blancos en Apia. Aunque esta campaña no fue económicamente efectiva, sí lo fue social y políticamente.

El Gobierno aumentó la represión y envió dos barcos de guerra en febrero, con lo que a los pocos días arrestaron a cuatrocientas personas en una manifestación. Sabiendo de la poca capacidad de las cárceles samoanas, muchos activistas del *Mau* forzaron ser arrestados e iniciaron una nueva campaña de desobediencia, una vez que estaban en la cárcel. Tuvieron que recortar sus sentencias de seis meses de cárcel y ser liberados a principios de marzo. La no-cooperación continuó hasta 1929, pero, a pesar del carácter pacífico del movimiento, la policía empezó gradualmente a incrementar la violencia. El 28 de diciembre de 1929 se convirtió en el «viernes negro», cuando la policía abrió fuego sobre la multitud cuando estaba recibiendo a diversas personalidades en el puerto. Tamasese murió al interponerse entre los soldados y la gente para llamar a la paz, convirtiéndose en mártir del movimiento.

Miles de personas fueron a su funeral, convertido en evento político, y el movimiento prosiguió con otros líderes. No obstante, en 1930 se inició una nueva campaña de represión, conocida como «de terror», en la que las tropas hicieron redadas por toda la isla buscando a simpatizantes del *Mau*. Los activistas varones se refugiaron en campamentos en el campo y continuaron su campaña de no-cooperación noviolenta, pero fueron las mujeres, lideradas por Ala Tamasese, viuda de Tupua Tamasese, las que organizaron la política activa.

La resistencia siguió durante unos años hasta que fueron consiguiendo libertades civiles. Finalmente en 1936 se revocó la orden que consideraba al movimiento *Mau* como sedicioso.

Hay que señalar que no todos las gentes de Samoa se oponían al mandato neozelandés, sino que la mayoría quería sencillamente mayor representación política. Aunque hubo algunos actos violentos, el movimiento fue predominantemente noviolento. La independencia se consiguió en 1962, pero la resistencia había conseguido doblar las medidas autoritarias y logró muchos avances puntuales.

Movimientos noviolentos en América

Al otro lado del Pacífico, en Chile,¹¹ en 1931 se produjo una gran huelga general surgida de la agitación social existente tras la Crisis del 29 y que se había visto acompañada por la restricción de las libertades por parte de la dictadura militar. El detonante fue el cese del gabinete por parte del dictador Carlos Ibáñez del Campo, que produjo manifestaciones y destrucción de propiedad. Los convocantes fueron las asociaciones de estudiantes y la Unión Civilista, un grupo de oposición contra la dictadura militar, que al poco llamaron a la huelga general. Las huelgas empezaron el 22 de julio, fueron llevadas a cabo por profesionales y oficinistas y duraron tres días. Ante la división del ejército y su negativa a derramar sangre, Ibáñez dimitió el día 26 de julio, entregó la presidencia al Senado y marchó al exilio.

Unos años después, también en el contexto de la recesión de los años 1930, se produjo una gran huelga general en San Francisco.¹² Esos ochenta y tres días de huelga fueron el detonante de una nueva era de huelgas; más de un millón de personas participaron en ellas en Estados Unidos en ese verano de 1934. Ese mismo año, 1.200 mineros de la ciudad húngara de Pecs añadieron a la huelga la táctica de la sentada, negándose a abandonar las minas y declarándose en huelga de hambre.¹³ En 1936 la misma estrategia de sentadas, aunque sin el añadido de la huelga de hambre, fue usada por millones de obreros industriales franceses, y en 1937 por los obreros de la industria automovilística norteamericana en Flint, Michigan. De este modo, la técnica de las sentadas desarrollada por Gandhi desde sus tiempos en Sudáfrica se adoptaba como otra posible estrategia del movimiento obrero.

¹¹ Ver Janusz Bugajski: «Chile Civil Strike, 1931», en Roger S. Powers y William B. Vogele (eds.): *ob. cit.*, p. 72.

¹² Ver Brad Bennet: «San Francisco General Strike 1934», en Roger S. Powers y William B. Vogele (eds.): *ob. cit.*, p. 455.

¹³ Citado por Bart De Ligt: *The Conquest of Violence. An Essay on War and Revolution*, Pluto Press, Londres, 1989 (primera edición de 1937), p. 131.

La Gran Intifada

Fue sin embargo en Palestina, en los años previos a la Segunda Guerra Mundial, donde la movilización noviolenta vivió una de sus mayores manifestaciones, aunque envuelta en un clima de conflicto étnico que acabó degenerando en una situación de violencia generalizada que sólo el estallido de otra violencia de rango mayor, la propia guerra mundial, pudo calmar por algún tiempo.¹⁴

El conflicto entre sionistas y palestinos se había recrudecido tras la instauración en 1922 del mandato británico sobre Palestina y la adopción del llamado «Libro blanco» de Churchill, que limitaba la presencia de judíos a una parte de Palestina, evitaba la subordinación árabe y limitaba la inmigración judía a la capacidad económica del país. Weizmann, líder del sionismo en ese tiempo, había conseguido que se aceptara a regañadientes por parte judía, al tiempo que había logrado modificarlo en favor de los colonos. Por otro lado, resultaba inaceptable para la parte árabe, al privarles de buena parte de lo que entonces era su tierra y por suponer una invitación a la consiguiente limpieza étnica sobre esos territorios. No hay que olvidar que en esos momentos los sionistas ya estaban anunciando su voluntad de expulsar a la población nativa para crear un Estado sólo para judíos. Esto derivó en que los sionistas crearan en 1923 la Agencia Judía, una organización que representaba a la comunidad judía ante las autoridades británicas y que, a partir de 1930, empezó a ejercer como gobierno de facto de la población judía. Posteriormente sería la base sobre la que se implantaría el Estado de Israel.

Así, desde los años veinte empezó a haber disturbios crónicos, generalmente en forma de protestas noviolentas por parte de la población árabe, reprimidas violentamente por los soldados británicos y paramilitares sionistas. Esta violenta represión, a la que hay que añadir una violencia todavía más cruel ejercida por grupos paramilitares sionistas, motivó la creación como respuesta de las primeras guerrillas árabes, con Izz Al Din al-Qasam (muerto

¹⁴ Sobre la resistencia noviolenta en Palestina, ver Ilan Pape: *A History of Modern Palestine. One Land, two peoples*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004. Ver también Debora J. Gerner: «Palestine arab Revolt 1936-39», en Roger S. Powers y William B. Voegelé (eds.): *ob. cit.*, p. 394.

en combate en 1935) a la cabeza. Es importante señalar que las milicias sionistas, a pesar de ser organizaciones terroristas ilegales, estuvieron apoyadas por el ejército británico hasta la Segunda Guerra Mundial. Las protestas, no obstante, volvieron a resurgir con especial virulencia en 1928, debido a la reclamación por parte de los sionistas del Muro de las Lamentaciones, lugar sagrado tanto para el islam como para el judaísmo. Estos disturbios, que produjeron gran número de víctimas, se mantuvieron e incluso se incrementaron durante el año siguiente, y alcanzaron su culminación con la matanza de judíos en Hebrón, lugar del que se expulsó a la comunidad hebrea.

Cuando la situación se calmó en 1930, una comisión de investigación británica elaboró un nuevo «Libro blanco», el de Lord Shaw, y citaba como causas de la revuelta la desposesión de los campesinos palestinos, el miedo a que los judíos dominaran toda Palestina y la frustración de las expectativas nacionalistas de independencia. Esto tuvo como consecuencia que se restringiera temporalmente la inmigración judía.

Sin embargo, tan solo unos años después, se volvió a incrementar desmedidamente la inmigración judía debido a la persecución nazi, ya que el Gobierno británico no aplicó las restricciones al crecimiento sionista en cuanto a inmigración y compra de tierras. Ante ello, los palestinos iniciaron una campaña noviolenta de no-cooperación y de boicot a productos británicos y sionistas. Por su parte, los sionistas también protestaron contra las restricciones formales a la inmigración aunque, en la práctica, no se estaban implementando. A finales de los años treinta, en Palestina había ya 450.000 judíos frente a más de un millón de árabes, lo que suponía que se había conseguido un cambio demográfico que implicaba que había en la zona ya un 30% de población judía, muy diferente al ínfimo porcentaje de principios de siglo.

Poco después, los notables palestinos, dirigidos por el clan Husayni, crearon en 1931 el partido *Istiqlal* y después el Partido Árabe-Palestino, ambas organizaciones compuestas tan sólo por notables palestinos. Desde ellas formularon sus reivindicaciones a los británicos, concretadas en el cese de la inmigración judía, la prohibición de la compra de tierras y el establecimiento de instituciones democráticas comunes a toda Palestina. Por la parte sionista, el Partido Laborista de los judíos israelíes, el *Mapai*, formado por los líderes *as-kenazis* que habían llegado a Israel de Rusia en la segunda ola de inmigración,

la segunda *Aliyah*, entre 1904 y 1914, empezó a dirigir la Agencia Judía. En respuesta, Gran Bretaña volvió a proponer un consejo legislativo, rechazado por los judíos (especialmente por Ben Gurion) pues no querían compartir soberanía con los árabes, ni siquiera si se ponderaba. Sólo estaban dispuestos a admitir un Estado territorial judío, reclamando incluso la orilla oriental del Jordán, en la actual Jordania.

En 1936 los partidos palestinos se unieron, creando el Alto Comité Árabe, liderado por Amin al-Husayni, *mufti* de Jerusalén, que pronto se organizó para tratar de detener el proyecto sionista mediante el empleo de la huelga general, la desobediencia civil y manifestaciones. A pesar del carácter noviolento de las manifestaciones, éstas fueron duramente reprimidas, aunque lograron convocar a unas dos mil personas en la Ciudad Vieja de Jerusalén. La acción noviolenta más importante fue una huelga general convocada por el Alto Comité Árabe que empezó en abril de 1936 y tuvo seis meses de duración, lo que la convierte en la huelga general más larga de la historia. Esta huelga fue acompañada por un boicot organizado a productos y empresas judías.¹⁵

Sin embargo, hay que decir que, además de las acciones noviolentas, líderes de grupos armados, como Abd al-Qadir al-Husayni, sobrino del propio *mufti*, habían organizado guerrillas rurales, siguiendo el ejemplo de Al Qasam, y planteaban una resistencia armada. La represión y el agotamiento hicieron mella y, durante un tiempo, cesaron las movilizaciones. Un año después, en 1937 se recrudecieron como consecuencia de la oposición al plan británico esbozado por la Comisión Peel que estudió las causas de las mismas. Estos hechos dieron paso a la «gran rebelión» o «sacudida», conocida como *Intifada*, caracterizada por una masiva resistencia civil a las confiscaciones de tierra y violaciones de derechos humanos, con nuevas huelgas y negativas a pagar impuestos. Como ejemplo de autoafirmación, los palestinos se reunían y bailaban el *dabke* (baile tradicional palestino), incluso cuando las reuniones públicas fueron declaradas ilegales.

A pesar de que la mayoría de la población se movilizó de forma noviolenta, la lucha armada también aumentó. En esos momentos 25.000 soldados junto

¹⁵ Ilan Pape: *ob. cit.*, p. 106.

con unos 6.000 paramilitares sionistas combatían a otros 5.000 irregulares palestinos. Pero, además, la milicia sionista de Jabotinski (la Irgún), realizaba campañas de terrorismo indiscriminado contra la población civil árabe, y no sólo contra los guerrilleros. Hay que señalar, por otro lado, que en estos enfrentamientos también confluyeron aspectos propios de una guerra civil entre palestinos, al sumarse a la guerra patriótica la guerra social del campesinado contra los señores, dado que la familia de los Nashashibi se había puesto de parte de los británicos. En total hubo unos 5.000 muertos palestinos y unos centenares de británicos y judíos.

Al estallar la Segunda Guerra Mundial, tanto judíos como palestinos cesaron las hostilidades y en su mayoría apoyaron a los británicos, esperando conseguir concesiones en derechos y territorios tras la misma (expectativas que luego degenerarían en la Primera Guerra Árabe-Israelí). Cabe, no obstante, destacar el papel de Amin al-Husayni, *mufti* de Jerusalén, que desde tiempo atrás se había refugiado en la Alemania nazi y colaboraba con el Tercer Reich reclutando tropas musulmanas de Bosnia y Croacia, llegando a apoyar incluso el genocidio de la comunidad judía.

A pesar de que la Gran Intifada degeneró en una situación de violencia generalizada, durante tres años se habían puesto en práctica métodos de lucha noviolentos basados, como hemos visto, en la no-colaboración con los británicos y sionistas, así como en manifestaciones de protesta. Estos métodos siguieron siendo usados con posterioridad y aún hoy en día siguen siendo la principal forma de resistencia a la ocupación israelí. El pueblo palestino es uno de los más entrenados en resistencia noviolenta, a pesar de que haya convivido durante décadas con milicias armadas de diferente signo.

16. Las primeras formulaciones teóricas de la noviolencia

El aspecto teórico que les había faltado a los anarcopacifistas para poder hilvanar una teoría de la noviolencia, encuadrada adecuadamente en una teoría del poder, afloró en el primer cuarto del siglo XX. Esta renovación del concepto de poder fue elaborada por los llamados padres fundadores de la sociología, a saber Georg Simmel, Emile Durkheim y Max Weber. En un primer enfoque, a principios de siglo, Georg Simmel empezó a teorizar sobre algunos aspectos del poder, proponiendo su división en fuerza, privilegio, influencia y control, que consideró procesos de ordenación y subordinación comunes a toda sociedad. Paralelamente, Emile Durkheim consideraba que los procesos de coacción se mezclaban con los procesos por los cuales se llega al consentimiento, de forma que la coacción y el consentimiento quedaban insertos dentro del estudio del orden social.

Más importante al respecto fue la aportación de Max Weber, que elaboró una teoría sobre el poder que ponía por primera vez la atención en la obediencia y no en la esencia del mismo. Weber consideraba el poder como una relación de mando y obediencia, por lo que lo ubicaba en el Estado (donde reside el máximo poder) y formulaba un concepto de dominación entendida como la institucionalización de las relaciones de poder, de modo que establecía una dicotomía de dominantes y dominados. Max Weber se fijaba, además, en los

tipos de autoridad posibles, entre los que distinguió los conocidos tipos ideales de autoridad carismática, tradicional y racional. Esto era el primer paso para desarrollar una teoría sobre la obediencia, sobre el sometimiento de los individuos a las formas de poder, que se convertiría en la base de cualquier estudio académico sobre el concepto. Por supuesto, tanto este esquema como el de Durkheim permitían ubicar perfectamente las propuestas de desobediencia en forma de acción noviolenta que estaba promoviendo Gandhi en la India. El problema, no obstante, del análisis clásico de Weber es que no detectaba otros focos de poder ajenos al Estado o la posibilidad de grados en el mismo, aunque hay que señalar que puso la base para que se pudiera realizar esta distinción posteriormente.

El resultado fue, por tanto, un cambio en el paradigma de la teoría política del poder que fundamentaba una nueva visión siguiendo estrictamente el método científico. Se abría así la perspectiva para que posteriormente las ciencias sociales hicieran unas primeras teorizaciones sobre el concepto de noviolencia y sus aplicaciones prácticas, utilizando la sistematización que brindaba el método científico y saliéndose del campo de la divagación filosófica.

Clarence Marsh Case y la coerción noviolenta

Debido, por tanto, a la fuerza de los movimientos pacifistas del momento, a las acciones noviolentas de Gandhi que había despertado el interés por formas de acción política incruenta y a la propia madurez de las ciencias sociales, se había generado por fin el ambiente adecuado en el que florecieran las primeras obras científicas sobre noviolencia. Como hemos visto antes, en 1922, apenas un año después de que Gandhi desarrollara una primera definición del término,¹ aparecía *Nonviolent Coercion* (Coerción noviolenta) de Clarence Marsh Case (nacido en 1874),² un sociólogo cuáquero norteamericano de

¹ Mohandas Gandhi: *Collected Works of Mahatma Gandhi XXIII*, The Publications Department Ministry of Information and Broadcasting, Government of India, Delhi, 1922, pp. 24 y 27.

² Clarence Marsh Case: *Nonviolent Coercion: A Study in Methods of Social Pressure*, The Century Co., Nueva York y Londres, 1923.

la Universidad de Iowa. Como hemos visto con anterioridad, Case fue uno de los que primero utilizó el término gandhiano de «resistencia noviolenta» frente a «resistencia pasiva» o «no-resistencia», empleados anteriormente en Occidente. En *Non-violent coercion* Case hacía una retrospectiva de las luchas noviolentas y se centraba, al principio, en las sectas cristianas pacifistas occidentales, aprovechando los textos de su anterior libro *Social Psychology of Passive Resistance* (La psicología social de la resistencia pasiva), publicado todavía en tiempos de guerra.³ Luego realizó un cuidadoso análisis de las movilizaciones de los objetores de conciencia durante la Primera Guerra Mundial, en el que distinguía a los objetores con fundamentos religiosos de los no religiosos, y dentro de los religiosos, los que daban a su resistencia un matiz político (los cuáqueros) de quienes simplemente rechazaban llevar armas. Analizando evidencias históricas de sectas pacifistas, así como datos estadísticos del ejército de los Estados Unidos, llegaría a la conclusión de que los objetores eran personas esencialmente iguales a las de su generación, sujetas a las mismas pasiones y con las mismas capacidades mentales y físicas. Con ello derribaba el mito de que los objetores eran una especie de santos de grandes valores o que había que tener unos requerimientos morales extraordinarios para practicar la resistencia pasiva. Al humanizarlos, ponía de manifiesto que, en contra de la opinión de muchos, la acción noviolenta podía ser practicada por cualquiera.

Seguía Case con un análisis sociológico de la resistencia noviolenta en general, con un estudio de la manifestación, la huelga, el boicot y la no-cooperación como técnicas de acción política, fijándose en diferentes casos históricos como la Revolución Húngara, las manifestaciones coreanas, los boicots chinos y las campañas de Gandhi en Sudáfrica y en la India hasta 1922. De esta manera, llegaba a las siguientes conclusiones acerca de la no-cooperación como principio fundamental de la coerción noviolenta:

Las formas de coerción noviolenta descritas en los últimos capítulos de este libro constituyen el más típico ejemplo de acción indirecta en el campo de la conducta social. Éstas son la huelga, el boicot y la no-cooperación, siendo esta última una extensión de los dos precedentes a relaciones no económicas. Un

³ Clarence Marsh Case: *The Social Psychology of Passive Resistance*, University of Wisconsin, Madison, 1915.

principio subyace bajo todas estas manifestaciones, y es el reconocimiento estratégico de la importancia fundamental e indispensable de la cooperación en cada forma y fase de la vida en sociedad. Más vital incluso que esto es el reconocimiento de que esta cooperación es necesaria de forma más o menos voluntaria en cada situación y proceso social, sin excluir las formas más burdas de explotación, opresión y tiranía; las víctimas siempre llevan sus propias cadenas, incluso ellos mismos ayudan a forjarlas. [...] Sin embargo, el método de la no-colaboración ha sido utilizado en mayor o menor medida, como atestigua el hecho de que la huelga y el boicot son instrumentos familiares de presión social coercitiva.

En todos estos casos el procedimiento consiste en el acuerdo de romper contactos sociales o relaciones que están bajo el control de los agentes sociales. La huelga, como todo el mundo sabe, corta las relaciones entre patrón y trabajador, mientras que el boicot suspende el contacto entre comprador y vendedor. En todas estas situaciones, a las personas contra las cuales se dirige la presión se le presentan un par de alternativas reales, si es que la huelga o el boicot están correctamente concebidos y son realizados en el momento oportuno. Tomemos un caso concreto, como una huelga en una fábrica: al patrón se le da la opción entre acceder a las demandas de los trabajadores o sufrir la interrupción de sus operaciones productivas mediante la retirada de su fuerza de trabajo. Ninguna de esas alternativas proviene de sus deseos o sus decisiones, sino que ha sido empujado a tener que elegir entre ambas. En este ejemplo se parte del hecho de que no se ha empleado contra él ningún tipo de fuerza física o violencia o de amenaza de emplearla, por un lado, y que no va a ser persuadido por la bondad de las alternativas, por el otro. Está absolutamente en contra de acceder a las demandas de los trabajadores, pero frente a la interrupción de sus operaciones productivas, se acaba contemplando como un mal menor. Elija la alternativa que elija, él no lo hará convencido ni por el asentimiento a los hechos y razones argumentadas, ni por un cambio de su estado emocional, actitud o sentimientos, derivado de la contemplación del sufrimiento pasivo soportado. Él se ha visto coaccionado, no violentamente coaccionado, es verdad, pero aun así coaccionado.⁴

⁴ Clarence Marsh Case: *Nonviolent Coercion...*, ob. cit., p. 401. [Traducción del autor.]

Finalizaba Case con la conclusión de que, para triunfar, los movimientos noviolentos históricos que analizaba habían puesto en marcha estrategias de coerción, y no sólo de persuasión o de violencia:

Tal y como se usa en este estudio, la coerción social se mantiene entre la coerción privada, por un lado, y la pública, por otro; por ejemplo, la coerción gubernamental o política. Es calificada como social porque para la consecución de sus propósitos no necesita del uso de la fuerza ni de la apelación a la autoridad política formal apoyada en la fuerza, pero sí del uso de las relaciones sociales ordinarias de la vida diaria. Su vínculo con la resistencia pasiva se explica por el hecho de que, al estudiarla y percibir que su esencia social consiste, ciertamente, en el rechazo de los medios violentos, nos vimos obligados a analizar todos los aspectos de las corrientes sociales e ideológicas que rechazan el uso de la violencia física. Esto nos llevó a un examen de la huelga, el boicot y la no-cooperación, centrándose en su modo exacto de operar cuando se desmarcan de los excesos de violencia que demasiado a menudo los acompañan. Analizados de esta manera, estos métodos revelan que su efectividad, cuando tienen éxito, se debe realmente a que son formas de presión colectiva que se pueden denominar más acertadamente con el término de coerción no-violenta o social.⁵

Richard Gregg y la fuerza moral de la noviolencia

Apenas un año después del libro de Case, salía a la luz la biografía de Gandhi de Romain Rolland, de la que ya hemos hablado y que se centraba en la campaña en Sudáfrica del Mahatma y que popularizó la figura y el pensamiento del líder indio en Occidente, cuando todavía no había realizado sus gestas más importantes en el subcontinente. Hubo no obstante que esperar hasta los años treinta para ver publicados los trabajos de un discípulo norteamericano de Gandhi, Richard Gregg (1885-1974), que, igual que hiciera Rolland previamente, había viajado a la India en 1925 a estudiar la filosofía del nuevo

⁵ *Ibid.*, pp. 413-14. [Traducción del autor.]

movimiento. Abandonó su trabajo como abogado en un sindicato ferroviario donde había vivido importantes huelgas y se convirtió en maestro de escuela en el *ashram* de Gandhi, desde donde se integró en el movimiento noviolento y participó en la Marcha de la Sal y las otras campañas de desobediencia civil de 1930. Ese mismo año publicó *Gandhiji's satyagraha or non-violent resistance* (El satyagraha de Gandhi o la resistencia noviolenta). En este libro analizó el método gandhiano de acción política y desarrolló el término de «resistente noviolento». Sin embargo, no fue hasta su siguiente obra, *The Power of Non-violence* (El poder de la noviolencia), editada en 1935, tras su retorno a Estados Unidos, cuando emprendió la escritura de un tratado sistemático sobre la noviolencia como forma de acción política.

Si bien Clarence Marsh Case fue el teórico de la noviolencia como coerción, Richard Gregg fue el teórico de la noviolencia como persuasión, desarrollando el concepto de «persuasión noviolenta». Al contrario que Case, que consideraba que las ideas sobre la noviolencia provenían de ideas religiosas de Occidente y que se estaban empezando a expandir por Oriente, Gregg pensaba que éstas provenían de las religiones orientales y que se estaban propagando hacia Occidente.

Pero el objetivo de Gregg no era sólo explicar el funcionamiento de la acción noviolenta, sino también preparar a la gente para llevarla a cabo mediante el entrenamiento de las habilidades necesarias para la misma, por lo que consideraba la disciplina y la estrategia como fundamentales. Gregg entiende, siguiendo la tradición tolstoyana, que para cambiar el mundo primero había que cambiarse uno mismo. De este modo el empleo de la resistencia noviolenta implicaba un nuevo marco para el desarrollo del conflicto, una transformación del mismo:

El objetivo de los resistentes noviolentos no es herir, aplastar y humillar al oponente, o doblegar su voluntad, como en la lucha violenta. El objetivo es cambiar su entendimiento y sus valores de tal manera que se unirán de corazón con el resistente en la búsqueda de una salida realmente amigable y satisfactoria para las dos partes.⁶

⁶ Richard Gregg: *The Power of Nonviolence*, James Clarke and Co LTD Publishers, Londres, 1960 (primera edición de 1935), pp. 51-52. [Traducción del autor.]

De este modo, al analizar la mecánica del funcionamiento de la resistencia noviolenta, Gregg la describía como un proceso de conversión del oponente en el que influían factores psicológicos y comunicativos; sin embargo, los primeros, al fundamentarse en una ciencia todavía en ese momento en ciernes, quedaron prontamente abandonados. Afirmaba cosas tales como que la ira consumía más energía que los sentimientos sin ira de la acción noviolenta, o que existían ciertos estímulos para motivar la desobediencia o desertión de las tropas del oponente (sugestión, imaginación, imitación, comunicación no verbal...). La idea que había detrás es que los sentimientos desplegados durante la acción noviolenta eran más eficientes que los agotadores sentimientos de la agresividad violenta, algo que se ve refutado por la evidencia de que la acción noviolenta también genera estrés y enormes gastos de adrenalina. Gregg sintetizaba de este modo las razones que hacían que la noviolencia fuera capaz no ya de persuadir al adversario, sino de convertirlo:

Resumiendo, vemos que la resistencia noviolenta con amor es capaz de superar la crueldad, la violencia, la agresión y otros abusos porque: 1) el poder de muchos estímulos benévolos genera el afloramiento de las potenciales cualidades positivas del oponente; 2) el que usa estímulos benévolos se está dotando de un rango más amplio y sostenible de fuerzas que el que usa la violencia; 3) el todo es mayor que la suma de las partes y, dado que el amor expresa la unidad y la totalidad de la especie humana, es un poder más grande que el que expresan sólo individuos u otras partes de la especie humana; 4) los actos de amor inteligente reducen o previenen frustraciones de antemano, y así se reduce la violencia al mínimo; 5) la verdad es un importante elemento en la noviolencia, y como la verdad promueve la confianza mutua, es altamente persuasiva; 6) estos poderes son efectivos tanto entre grupos como entre individuos.⁷

Gregg enfatizaba igualmente que la noviolencia no era coercitiva, ya que muchos pacifistas rechazaban los medios coercitivos por aquel tiempo. Sin embargo, ya tras la Segunda Guerra Mundial, los psicólogos sociales pusieron mucho empeño en demostrar que existían inhibiciones y atenuantes que hacen que

⁷ *Ibid*; p. 124.

la capacidad para ejercer la violencia no dependa de la persona, sino de la situación.⁸ Era la línea que había seguido Case al demostrar que los objetores de conciencia que se situaban en los parámetros normales en cuanto a factores psicológicos y físicos. Estos factores enumerados por la psicología social contradecían, en la mayoría de las situaciones reales, los que citaba Gregg como necesarios para «convertir» al oponente, aunque la deserción y la desobediencia de las tropas encargadas de ejercer la represión haya sido un factor fundamental para el éxito de muchos movimientos, éste tal vez haya dependido más de factores principalmente externos, como la falta de legitimidad del Estado para reprimir.

Pero, por otro lado, Gregg hacía un muy interesante análisis de los factores comunicativos presentes en las dinámicas de la acción noviolenta, teniendo en cuenta el poder de la opinión pública, de los medios de comunicación, y cómo se observa la violencia y la noviolencia desde afuera. Hacía un paralelismo entre el arte marcial *jiu-jitsu*, que aprovecha la fuerza del enemigo para desestabilizarle, con la acción noviolenta que aprovecha el uso de la violencia por parte del oponente para deslegitimarlo:

En este jiu-jitsu moral, la persona noviolenta tiene una posición, equilibrio y poder superiores. Primero, ha tomado la iniciativa moral. Su conducta es nueva, imprevista e impredecible para la persona habituada a la violencia. Segundo, no está sorprendida. Sabe, por razonamiento o intuición y fe, qué es lo que realmente está pasando en esta lucha y cómo controlar el proceso. Tercero, su autocontrol y falta de ira permiten conservar su energía, no es tan sugestionable como su atacante. Tiene todavía otro elemento de poder superior: ha demostrado su sinceridad y profunda convicción moral. Estar dispuesto a sufrir y morir por una causa es una prueba incuestionable de sinceridad, quizás la única. La noviolencia complementada con sufrimiento voluntario es

⁸ Stanley Milgram demostró mediante una serie de experimentos en los que los participantes administraban dolorosas descargas eléctricas que la capacidad de ejercer violencia no depende de la persona sino de la situación, señalando como atenuantes el sentido de la obligación, la negación de la inmoralidad de algunas normas, la criminalización de la víctima, el desplazamiento de la responsabilidad moral hacia la autoridad o el olvido de las consecuencias al centrarse la mente en los aspectos técnicos. Por otro lado, Herbert C. Kelman señaló otras tres inhibiciones morales contra atrocidades violentas: autorización de la misma, rutinización de la tarea y deshumanización de la víctima.

probablemente una prueba incuestionable de sinceridad. El sufrimiento voluntario es probablemente también un signo inequívoco de que todo el ser del que sufre, cuerpo, mente, voluntad y espíritu, está integrado y trabaja con un único objetivo. Eso significa que grandes e impredecibles fuentes de energía están en acción y listas para desplegarse. La contemplación y realización de esto es profundamente impresionante y deja huella.

De nuevo, el rechazo a usar la violencia por parte de la víctima indica su respeto por la persona y la integridad moral del atacante. [...] Este respeto que muestra el resistente noviolento gradualmente tiende a avergonzar a su atacante y a conseguir el respeto de los testigos hacia el mismo. Ambos oponentes sienten un deseo de aprobación de los otros. Socialmente, el apoyo y el oprobio son fuerzas muy poderosas, forman parte y actúan sobre instintos gregarios muy poderosos en la humanidad. [...] Todos los políticos reconocen la fuerza de la opinión pública.

Por esta razón, en una lucha entre una persona violenta y un oponente noviolento en la que hay testigos o público, el noviolento tiene una gran ventaja con su reacción. Cuando las terceras partes ven el coraje y fortaleza de la persona bienintencionada, se dan cuenta de su generosidad y su buena voluntad respecto al atacante, así como de sus repetidas ofertas de zanjar el asunto de forma limpia, pacífica y transparente, y se sienten sorprendidas, atraídas y maravilladas por ella. Si habían tenido una actitud hostil respecto a la víctima anteriormente, al menos se pararán a pensar. Su buen talante, sentido de la justicia y amabilidad irradian confianza. Más tarde o más temprano, su conducta se ganará la simpatía del público, su admiración y su apoyo, así como el respeto del propio oponente violento. Una vez que el respeto del oponente se ha conseguido, se ha dado un gran paso hacia la solución satisfactoria de la controversia, no importa si ésta es pública o privada.⁹

Como se ha podido ver por el tipo de lenguaje e ideas que desarrolla, Gregg partía de una filosofía holista que consideraba al resistente noviolento como sinónimo de «pacifista», por lo que debía eliminar la violencia y otros sentimientos negativos de su vida para poder llevar a cabo satisfactoriamente

⁹ Richard Gregg: *ob. cit.*, pp. 47-48. [Traducción del autor.]

la resistencia noviolenta. Ese pacifismo se concretaba además en la consideración de la resistencia noviolenta como una alternativa realista a la guerra y como propuesta para eliminar la violencia en las acciones del Estado. Además, para él la clave estaba en el desarrollo de un casi religioso sentimiento de unidad de toda la especie humana, llegando, igual que Gandhi, a hablar de «fe» en la noviolencia, o del «creyente» en el éxito de la noviolencia.

Krishnalal Shridharani y la guerra sin violencia

Otra interpretación mucho más pragmática de los principios del *satyagraha* gandhiano fue la que ofreció el poeta y dramaturgo indio Krishnalal Shridharani (1911-1960). Este activista de la Marcha de la Sal pasó una larga temporada en los Estados Unidos y se indignó al ver la interpretación que Gregg y otros pacifistas holistas norteamericanos hacían de las tácticas gandhianas, idealizando la consagración a la noviolencia del pueblo indio.

En su obra de 1939 *War without Violence*¹⁰ distinguía entre el *satyagraha* y otras formas de acción noviolenta, como la resistencia pasiva, el pacifismo o la objeción de conciencia, que en autores como Gregg estaban mezclados, aunque no en Gandhi. Shridharani elaboró un modelo de acción noviolenta con las siguientes fases: 1) negociación y arbitraje, 2) agitación, 3) manifestaciones y ultimátum, 4) autopurificación, 5) huelga, 6) piquetes, 7) sentadas, 8) boicot económico, 9) no pagar impuestos, éxodo, 10) ostracismo, 11) desobediencia civil, 12) *satyagraha* asertivo (instituciones alternativas) y 13) Gobierno paralelo. Las fases 5 a 11 se refieren a acciones de masas en varios frentes que pueden ser simultáneas o variar el orden.

Shridharani, aunque a veces se explicaba en términos psicológicos similares a los de Gregg, criticaba la idea de Gregg y de Gandhi de que el *satyagraha* era un proceso sólo de conversión y llamaba la atención sobre la gran importancia de la coerción. Teniendo en cuenta las connotaciones negativas que tenía el término coerción, propuso el concepto gandhiano de coacción (*compulsion* en inglés) como solución intermedia:

¹⁰ Krishnalal Shridharani: *War without Violence: A Study of Gandhi's Method and its Accomplishments*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1939.

*A pesar de todo, está bien recordar que hay un elemento de coacción en el satyagraha tal y como ha sido empleado en India. Desde un estudio cuidadoso y desde la experiencia personal, parece que el satyagraha no será un sustituto satisfactorio de la guerra si no tiene ese elemento de coacción. El ajuste de la línea de separación entre la coacción del satyagraha y la coerción empleada en la guerra, entre acción directa noviolenta y violencia, permanecerá siempre como una cuestión sujeta a discusión, a no ser que la distinción se haga sobre la base de lo físico y lo no físico. La coacción, en este sentido especial, debe excluir y excluye daños a la integridad física del oponente. También debe dejar sanas y salvas las condiciones necesarias para la satisfacción de las necesidades primarias del oponente. Esta distinción es, sin duda, tosca, como toda distinción que no es meramente teórica, pero que tiene influencia en la conducta de millones de hombres.*¹¹

Shridharani criticó a Gregg y los pacifistas norteamericanos por su excesiva espiritualidad y su apaciguamiento religioso, ya que para él la acción noviolenta era una técnica secular, más parecida a la guerra que al pacifismo. Igualmente pensaba que desde el pacifismo, al considerar la paz como un valor en sí mismo, se minusvaloraban otros importantes valores como la libertad y la justicia, a la par que se partía de una concepción idealizada de la naturaleza humana. Shridharani rechazaba profundamente la idea occidental de que el misticismo tradicional de Oriente era la base de la acción noviolenta, lo que la convertía en una forma de acción perfectamente aplicable tanto en Oriente como en Occidente, donde a su juicio tenía más posibilidades. La principal crítica de Shridharani era que los pacifistas norteamericanos habían creado una imagen mitificada de Gandhi asimilándola a sus propios principios religiosos cristianos, como hemos visto que había hecho John Hayes Holmes (1879-1964), uno de los fundadores del FOR, directamente desde el púlpito.

El discurso de Shridharani causó gran impacto entre jóvenes activistas norteamericanos, ya que provenía de un indio auténtico *satyagrahi*, seguidor de Gandhi, pero vividor, fumador y mujeriego, rompiendo los estereotipos

¹¹ *Ibid.*, p. 251. [Traducción del autor.]

dominantes sobre la abnegación india y mostrando que, en realidad, éstos habían sido elaborados por movimientos cristianos a su imagen y semejanza. Shridharani se fijaba más en el cómo organizar una campaña noviolenta, contando con que las masas no tenían una fe inquebrantable en la noviolencia, y describiendo cómo hacerla paso a paso. Fue muy influyente en los pacifistas radicales norteamericanos, de los años cuarenta y cincuenta, como Bayard Rustin o James Farmer, que se reunieron con él en repetidas ocasiones, permitiéndoles dar el salto a la acción directa noviolenta en el Movimiento por los Derechos Civiles.

Las aportaciones de A. J. Muste y Aldous Huxley

Antes de la entrada de Estados Unidos en la guerra, también se publicó *Non-violence in an Aggressive World* (1940) (*No-violencia en un mundo agresivo*), del sindicalista y pacifista de origen holandés Abraham Johannes Muste (1885-1967). Este libro era una fundamentación ideológica del pacifismo cristiano del FOR con una interesante visión de la noviolencia como doctrina revolucionaria. En ella se partía del argumento de que la eliminación de la violencia organizada era el principal objetivo político para cualquier persona de ideas cristianas, revolucionarias o incluso simplemente democráticas, estableciendo el pacifismo como el vínculo ineludible entre las ideas de la religión judeo-cristiana, la revolución y la democracia. Para Muste, la abolición de la guerra privaría al capitalismo de sus métodos imperialistas y transformaría totalmente el sistema económico, a la par que el político. Este emblemático activista había participado en la fundación de la sección del FOR estadounidense en 1915 y había pasado por una etapa trotskista antes de volver en 1936, tras una discusión con el mismo Trotsky, al pacifismo y al cristianismo, esta vez en su versión cuáquera. En 1919 había liderado una gran huelga textil en Lawrence (Massachusetts) y se había convertido en un importante líder del sindicalismo norteamericano. Dada su gran experiencia en el sindicalismo y el pacifismo, pronto volvió a convertirse en el líder natural del FOR, siendo su secretario general entre 1940 y 1953. Al final de sus días sería un renombrado activista contra la Guerra de Vietnam, llegando a realizar actos de desobe-

dencia civil en Saigón, poco antes de morir en 1967. Suyo es el famoso lema «No hay camino para la paz, la paz es el camino», aludiendo a la necesaria coherencia entre los fines y los medios de cualquier movimiento político.

En Gran Bretaña se había fundado tiempo atrás, en 1921, el *No more War Movement* (Movimiento no Más Guerra), como continuación del *No Conscription Fellowship* de los objetores durante la guerra. Uno de sus activistas más conocidos, el cuáquero y objetor Reginald Arthur Reynolds (1905-1958), que fue su secretario general entre 1933-1937, escribió desde los años treinta numerosas obras sobre Gandhi y contra la política colonial británica en India. Por otro lado, en 1936 se había fundado en Gran Bretaña la revista *Peace News* (Noticias sobre la paz), órgano de la *Peace Pledge Union* (PPU, Unión del Compromiso por la Paz). Esta organización había surgido en 1934 cuando 135.000 personas respondieron a una carta del renombrado predicador anglicano Dick Sheppard (1880-1937), deán de Canterbury, publicada en varios periódicos británicos. En esa carta, escrita en tiempo de preguerra, invitaba a los hombres (no mujeres, ya que la idea inicial era contrarrestar la idea de que sólo había mujeres en los movimientos pacifistas; aunque luego se abrió a las mujeres) a escribirle postales con el compromiso de no apoyar la guerra. El *No More War Movement* se fusionó con la PPU en 1937, ya en plena crisis del pacifismo, con la controvertida propuesta de no apoyar a ninguna facción en la Guerra Civil española. La PPU, muy influenciada por los planteamientos de Gandhi y de Richard Gregg, sería desde entonces el principal baluarte de las formas de acción noviolenta en Gran Bretaña. El famoso novelista Aldous Huxley (1894-1963), autor de la distopía *Un mundo feliz*, sería uno de sus ideólogos más destacados. Alentado por intensas conversaciones con el holandés Bart de Ligt, escribió un tratado sobre su visión del socialismo titulado *Ends and Means* (Fines y medios), en el que ponía de manifiesto la necesaria relación entre los medios y los fines en la acción política. De este texto son las siguientes palabras:

«A más violencia, menos revolución». Es bueno meditar sobre este aforismo de Barthelemy de Ligt. Para ser considerada como exitosa, una revolución debe conseguir algo nuevo. Pero la violencia y los efectos de la violencia (violencia de respuesta, sospechas y resentimiento por parte de las víctimas, y una

tendencia por parte de los ejecutores a usar más violencia) son cosas demasiado familiares, demasiado desesperadamente antirrevolucionarias. Una revolución violenta no puede conseguir nada salvo los resultados inevitables de la violencia, que son tan viejos como las montañas.

Planteemos la cuestión de forma diferente. Ninguna revolución puede ser considerada como exitosa si no lleva hacia el progreso. Ahora, el único progreso real, en palabras del Dr. Maret, es el progreso en cuestión de caridad. ¿Es posible conseguir progreso en cuestión de caridad por medios que son esencialmente no caritativos? Si consideramos desapasionadamente tanto nuestra experiencia personal como los referentes históricos, podemos concluir que no es posible. Pero es tan grande nuestro deseo de creer que hay un atajo hacia la Utopía, y tenemos tantas ideas preconcebidas a favor de gente de opiniones similares a las nuestras que raramente somos capaces de mantener una actitud desapasionada. Insistimos en que los fines en los que creemos son buenos y que pueden justificar medios que sabemos ciertamente abominables; y seguimos creyendo, contra toda evidencia, que esos medios malos pueden conseguir los fines buenos que deseamos.¹²

Pero a nivel internacional, siguiendo la estela de Domela Nieuwenhuis, fueron los y las anarquistas de Holanda quienes durante el periodo de entreguerras hicieron más esfuerzos por propagar los métodos de acción noviolenta al actuar dentro del movimiento obrero internacional. Ése fue el debate que trataron de llevar a la Asociación Internacional del Trabajo (AIT), la organización internacional anarquista surgida tras la disolución de la Segunda Internacional (socialdemócrata). Desde su creación tras la Gran Guerra, la sección holandesa de la AIT, el *International Anti-Militarist Bureau* (IAMB, la Oficina Antimilitarista Internacional) había defendido continuamente el «uso sistemático de métodos noviolentos» en el movimiento anarquista internacional, puesto que «el desarrollo de la técnica de la guerra demanda una completa revisión de las tácticas revolucionarias». El fundador y principal ideólogo de la IAMB, Bartholomeus de Ligt (citado a veces en inglés como Barthelemy y,

¹² Aldous Huxley: *Ends and Means. An Inquiry into the Nature of Ideals and into the Methods Employed for their Retaliation*, Chatto and Windus Londres 1967 (primera edición de 1937), p. 25 y ss. [Traducción del autor.]

más frecuentemente, sólo como Bart) se quejaría de que «esta propaganda encontró una fuerte oposición entre los sindicalistas y anarquistas españoles, lo que era aún más lamentable, puesto que el movimiento obrero español ha estado durante mucho tiempo dando pruebas contundentes de la efectividad de los métodos descritos (noviolentos: huelga, boicot, no-cooperación)».¹³

Pero Bart de Ligt era algo más que un activista político, ya que se le puede considerar el principal ideólogo del movimiento de resistencia a la guerra internacional durante el periodo de entreguerras. De Ligt culminaría dos décadas de trabajo antimilitarista con la publicación de *The Conquest of Violence* (La conquista de la violencia),¹⁴ obra en la que se recoge la experiencia del movimiento pacifista-antimilitarista surgido tras la Primera Guerra Mundial. Dada la importancia de su obra para el enfoque ético sociopolítico y lo poco conocida de la misma, hemos decidido dedicarle un capítulo entero. Después proseguiremos con la crisis en los movimientos pacifistas generada por la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial.

¹³ Bar de Ligt: «Russia, Spain and violence», capítulo IX de *The conquest of Violence. An Essay on War and Revolution*, Pluto Press, Londres, 1989, p. 192.

¹⁴ Bar de Ligt: *ob. cit.*

17. Bart de Ligt y la Internacional de Resistentes a la Guerra

La trayectoria ideológica de Bart de Ligt (1883-1938) tiene mucho en común con la de su predecesor Ferdinand Domela Nieuwenhuis.¹ Ambos habían estado vinculados al socialismo cristiano y habían ejercido como pastores protestantes, rompiendo posteriormente con el cristianismo y declarándose abiertamente anarquistas antimilitaristas. En 1909, a los 26 años de edad, ingresó en la *Bond van Christen Socialisten* (BvCS, Unión de Socialistas Cristianos), convirtiéndose pronto en su principal ideólogo. Sin embargo, durante la Primera Guerra Mundial, su actividad contra la guerra (aunque Holanda permaneció neutral durante el conflicto) le había llevado a la cárcel dos semanas (por la redacción del Manifiesto de los Resistentes a la Guerra) y al enfrentamiento con el clero protestante y algunos sectores del socialismo. Por sus sermones subversivos fue desterrado también de varias provincias de Holanda, colindantes con Bélgica, asolada por la guerra, y sus escritos fueron

¹ Los datos biográficos de Bart de Ligt han sido extraídos entre otras fuentes de la «Introduction to the 1989 Edition», realizada por Peter Van den Dungen (en Bart de Ligt: *The conquest of Violence...*, *ob. cit.*) y del artículo de Herman Noordegraaf: «The anarchopacifism of Bart de Ligt», en Peter Brock y Thomas P. Socknat: *Challenge to Mars. Essays on Pacifism from 1918 to 1945*, University of Toronto Press inc., Toronto/Buffalo/Londres, 1999.

prohibidos en las fuerzas armadas. En 1918 se casó con Catherina von Peski van Rossem, que también era una activista contra la guerra y autora de textos sobre pedagogía libertaria y pacifismo.

Tras la guerra, influenciado por las ideas sobre la autonomía moral de Jean Marie Guyau, dejó de considerarse cristiano, al considerar todas las religiones como ramas de una misma religión cósmica. También profundizó más en la lectura de autores anarquistas, especialmente de Etienne de la Boétie, al que prologó una traducción al holandés efectuada por una de sus hermanas, y adoptó posturas revolucionarias de carácter marcadamente individualista al pensar, como Tolstói, que era necesaria una revolución interior de carácter moral. Consecuentemente abandonó el BvCS para ingresar en la IAMW de Nieuwenhuis, que falleció en 1919, dejando a de Ligt como sucesor natural en el liderazgo antimilitarista. Esta organización era más partidaria de la acción de masas que de la objeción de conciencia individual o la no-cooperación con el sistema a título individual que promovía De Ligt. Sin embargo, para cuando éste ingresó en esta organización la postura de ésta se había vuelto más favorable hacia la responsabilidad y acción individual en la lucha revolucionaria, tal vez por sus problemas para desarrollar campañas de masas. En ese tiempo, Bart escribió su primera obra sobre el tema: *The Antimilitarists and Their Methods of Struggle* (Los antimilitaristas y sus métodos de lucha), y al poco, en 1921, fue encarcelado durante un mes por convocar una huelga general en apoyo a la liberación de un objetor holandés todavía preso. Desde la IAMW creó también en 1921 una oficina especializada en asuntos internacionales, el *International Anti-Militarist Bureau* (IAMB), desde donde además de editar su periódico *De Wapens neder* (Abajo las armas), promovió la construcción de un movimiento antimilitarista internacional en estrecho contacto con grupos pacifistas y antimilitaristas de Europa. Este proyecto internacionalista antimilitarista culminó, como hemos visto, con la creación también en 1921 de la *War Resisters' International* (WRI) o Internacional de Resistentes a la Guerra (IRG), inicialmente mediante la coordinación de los movimientos de resistencia a la guerra de los contendientes en la Primera Guerra Mundial desde una perspectiva anarcopacifista. No fue casualidad que la reunión fundacional se produjera en Holanda y fuera promovida por la IAMB.

En 1925 el matrimonio, ya con hijos, se mudó a Ginebra, aunque Bart regresaba varios meses al año a Holanda para dar conferencias y asistir a reuniones. En Ginebra se hizo amigo de Pavel Biryukov, amigo y biógrafo de Tolstói, que había sido desterrado de la Rusia soviética por su apoyo a los objetores *dukhobors*. También entabló contacto epistolar con grandes figuras del pacifismo del momento, como Einstein, Gandhi o Huxley, para crear una organización internacional de científicos responsables comprometidos en no colaborar con la preparación de la guerra. Desde Suiza trabajó además en la edición de otro periódico pacifista holandés, *Bevrijding* (Liberación), y escribió su enciclopédica historia de la acción directa noviolenta contra la guerra. Ésta, su gran obra, fue publicada en dos volúmenes entre 1931 y 1933 con el título de *Vrede Als Daad* (La paz como un hecho) y con el subtítulo de «Principios, historia y métodos de la acción directa contra la guerra». En este libro demostraba, con una gran cantidad de datos, que la resistencia noviolenta a la violencia ha sido un fenómeno universal en todas las culturas y épocas. Bart de Ligt estaba trabajando en la traducción al francés cuando murió, pocos años después.

La conquista de la violencia

Aunque buena parte de la producción teórica de Bart de Ligt es en holandés y no ha sido traducida siquiera al inglés, sí lo ha sido una sus obras más importantes, entre ellas el primer tratado sistemático importante sobre pacifismo, antimilitarismo y noviolencia: *The Conquest of Violence. An Essay on War and Revolution* (La conquista de la violencia. Un ensayo sobre la guerra y la revolución), publicada por primera vez en 1937 con una introducción de su amigo Aldous Huxley. La idea principal de este libro, y que resume también el pensamiento de Bart de Ligt, es que la revolución armada es un tipo de guerra que genera sufrimiento y, por lo tanto, es necesario encontrar otras formas de acción política estrictamente noviolentas para conseguir una verdadera revolución social que sea moralmente aceptable. El aforismo «a mayor revolución menos violencia, y a mayor violencia menos revolución» resumiría el planteamiento no sólo ya de Bart de Ligt en *The Conquest of Violence*, sino

también de los movimientos antimilitaristas noviolentos encuadrados dentro de la Internacional de Resistentes a la Guerra. Recuperamos aquí algunos párrafos inéditos en español, del capítulo octavo, que lleva por título «Violencia y revolución»:

La técnica moderna de la violencia, que ha creado incontables gases venenosos, bacterias, misteriosos rayos eléctricos y cañones estratosféricos que sobrepasan los sueños más salvajes de Julio Verne o H. G. Wells, reposa en un relativamente limitado número de expertos que, sin preocuparse de las consecuencias ni de por qué cobran su salario, ponen todo su conocimiento a disposición de las clases dominantes para perjuicio de la humanidad. De hecho, incluso si los revolucionarios poseyeran esas armas, su uso podría conducir a la peor mentalidad fascista y a usar la violencia no sólo contra otros sino también contra ellos mismos. Dicho con otras palabras, negarían la revolución en sí misma. La revolución social no significa nada si ésta no es una lucha por la humanidad contra todo lo que es inhumano e indigno. Es por eso por lo que siempre hemos afirmado que a mayor revolución real, menos violencia, y a mayor violencia, menos revolución. Y lo más importante, la violencia puede ser un factor secundario en el curso de un movimiento revolucionario. Desde este punto de vista, uno puede decir:

1.º Que la revolución será tan sangrienta como mal preparada esté.

2.º Que la sangre derramada en una revolución es el signo de su imperfección.

En pocas palabras, el gran problema de la acción revolucionaria de las masas será cómo encontrar métodos de lucha que sean legítimos y dignos, y que al mismo tiempo sean capaces de derrotar incluso a los poderes reaccionarios más armados. Son precisamente tales métodos los que la gente está empezado a utilizar: desobediencia civil, no cooperación, boicot, rechazo colectivo a pagar impuestos o a ingresar en el ejército, etc. Si las masas proletarias de cada país imperialista del mundo, incluido Japón, pueden practicar estos métodos en el momento justo, si esos métodos son usados simultáneamente por las masas oprimidas de países coloniales o semicoloniales, ningún poder en la Tierra podrá resistirlos. En tal acción no sería necesario verter una sola gota de la sangre del adversario. Si la sangre debe ser derramada, ésta debe ser la de los

combatientes noviolentos. Pero esta sangre sería verdaderamente consagrada, sería en verdad un sacrificio no por una idea abstracta y desgastada, sino por la idea y realidad de la raza humana en sí misma.²

Desgraciadamente, esta obra, que podría considerarse como la fundamentación ideológica de la corriente revolucionaria de las teorías de la noviolencia, apareció en un momento histórico en el que la atención del mundo estaba puesta en las expansiones imperialistas de Alemania y Japón, y las aportaciones del movimiento pacifista no eran tenidas muy en cuenta. Por ese mismo motivo, buena parte de la obra de Bart de Ligt es una propuesta de estrategias noviolentas contra la terrible guerra que ya se veía venir en esos momentos:

Lo que nosotros, resistentes a la guerra de Holanda, tenemos que defender no coincide de ninguna manera con lo que el Gobierno holandés quiere defender contra una posible invasión alemana. Defendemos la humanidad, no con el espíritu de las tradiciones holandesas, sino también con la esencia y el objetivo del movimiento internacional revolucionario, contra todo el que la ataque, y sobre todo contra nuestros propios militares y nuestros propios fascistas. La defendemos con nuestras propias «armas» y nuestros propios métodos. Dado que la burguesía holandesa está obligada por su carácter capitalista e imperialista a recurrir siempre a la violencia, tanto horizontal como vertical, las masas oprimidas en el Este y el Oeste, y todo el que se preocupe por la lucha de la paz y la libertad, tendrá que renunciar a cualquier tipo de violencia. Es más, si los holandeses se dejan llevar por el antihitlerianismo oficial, que nace del imperialismo occidental, Holanda no será más que una parte secundaria del sistema político estratégico del Imperio Británico, cuyos representantes oficiales han declarado cínicamente que sus fronteras están actualmente en el Rin y que consideran a los Países Bajos como una pieza indispensable de las defensas británicas.³

Hay que decir también que *The Conquest of Violence*, además de ofrecer legitimaciones y pruebas sobre la efectividad de la noviolencia desde un punto

² Bart de Ligt: *ob. cit.*, pp. 161-167. [Traducción del autor.]

³ *Ibid.*, pp. 254-5. [Traducción del autor.]

de vista anarquista, contenía un anexo de vital importancia para la teoría de la noviolencia. Se trata de un resumen del «Plan of Campaign against all War and all Preparation of War» (Plan de campaña contra toda guerra y toda preparación de guerra), conocido en su época simplemente como el «Plan De Ligt». Este plan fue expuesto en la asamblea trienal de la IRG de 1934 en Welwyn, Inglaterra, y consistía en una sistematización de métodos de resistencia noviolenta que se proponían a las diferentes secciones nacionales de la IRG para inspirar la resistencia a una guerra que se vislumbraba en el horizonte. De su debate en varios grupos locales holandeses surgió el concepto «defensa popular pacifista»,⁴ conocido en su evolución posterior como «defensa popular noviolenta», «defensa social» o «defensa noviolenta». Se trata de un proyecto netamente antimilitarista que cuestiona el modelo de defensa militar y propone un nuevo modelo de defensa no nacionalista basado en el uso por toda la población de técnicas de resistencia noviolenta. Organizaciones antimilitaristas contemporáneas como el Movimiento de Objeción de Conciencia (MOC), en el Estado español (ahora rebautizado como Alternativa Antimilitarista-MOC), han propuesto este modelo alternativo en su declaración ideológica.

Por supuesto, el primer punto del plan de campaña era el rechazo al servicio militar, y el segundo el rechazo al trabajo militar no combatiente, recogiendo los principales puntos de la ideología de los objetores de conciencia absolutistas y extendiéndolos a las muchas formas de colaborar civilmente con la guerra. Luego seguía citando ejemplos de métodos abstencionistas, no-colaboración y métodos constructivos, a la par que distinguía entre métodos individuales y colectivos, teóricos (propaganda) y prácticos (organización de movimientos y acciones), en tiempos de paz (preventivos) y en tiempos de guerra. Hay que decir que era algo más que un catálogo de acción noviolenta, sino que, como su nombre indicaba, era un verdadero plan de acción a seguir por las masas revolucionarias que, no obstante, nunca se llegaron a oponer a la guerra.

Por otro lado, hay que señalar que Bart de Ligt era uno de los pocos con legitimidad suficiente —ya que había sido encarcelado por oponerse a la guerra— como para pedirle explicaciones a Gandhi sobre sus incongruencias,

⁴ Herman Noordegraaf: «The Anarchopacifism of Bart de Ligt», en *ob. cit.*, p. 97.

especialmente por su posición respecto a la Guerra de los Boers y la Primera Guerra Mundial.⁵ Tras este enfrentamiento inicial, mantuvieron una larga correspondencia que duró hasta la temprana muerte de De Ligt por un ataque al corazón en 1938, justo antes de que empezara la guerra que había puesto tanto empeño en evitar. Pronto Gandhi, siguiendo una propia evolución política, se fue acercando a posturas pacifistas, en sentido más sociopolítico, y se opuso a la Segunda Guerra Mundial, justo cuando mucha gente que se había opuesto a la primera (Russel, Einstein, etc.) siguieron el proceso inverso y apoyaron a los Aliados. Gandhi nunca llegó a ser antimilitarista, ya que creía que India necesitaba un ejército propio para poder ser independiente. Por ello, la opinión de De Ligt y del movimiento antimilitarista sobre Gandhi era que éste era revolucionario en cuanto a los métodos, pero conservador en cuanto a los objetivos que perseguía, que eran nacionalistas y no críticos con el sistema.

Asimismo, De Ligt demandaba la creación de una Ciencia de la Paz, una lectura sistemática intelectual y moral de la historia de la acción noviolenta, que avanzaba la idea de la posterior investigación para la paz y las teorías estratégicas de la resistencia civil. Junto con su mujer (gracias a un premio recibido por ella por un trabajo sobre estrategias para el desarme) fundó en París, poco antes de morir, la *Peace Academy* (Academia de la Paz), que tuvo su primera reunión en agosto de 1938 y que lógicamente sucumbió a la ocupación nazi. No obstante, la aportación de Bart de Ligt en el campo de la teoría de la acción noviolenta fue vital para la difusión de la idea de la efectividad de la misma, sobre todo a la hora de unir las perspectivas ética y pragmática con la crítica y la propuesta anarquista. Él desarrolló una nueva visión de corte totalmente revolucionario y, a la vez, proporcionó una crítica a la inmoralidad e ineffectividad de los métodos revolucionarios violentos.

La Guerra Civil española

Otra aportación que hace que Bart de Ligt sea considerado un pionero del enfoque ético sociopolítico, fue su posición respecto a la crisis que supuso la

⁵ *Ibid.*, p. 94.

Guerra Civil española en el movimiento pacifista internacional. Como consecuencia de la Gran Guerra, se había desarrollado en general en Occidente una gran conciencia pacifista, durante los años veinte y los primeros años treinta, conciencia que fue decayendo poco a poco a medida que aumentaban los totalitarismos y que sucumbió precisamente con el inicio de la conflagración española. La brutalidad del alzamiento fascista causó una importante crisis en el movimiento pacifista, antimilitarista y noviolento mundial ante la falta de consenso a la hora de si condenar o no la violencia antifascista, plasmada, entre otras formas, en las Brigadas Internacionales. A mucha gente le costó mantener el ideal de resistencia noviolenta contra el fascismo y se preguntaban cómo reaccionarían si fueran pacifistas españoles, ante la imposibilidad ética de declararse neutrales o de condenar a los brigadistas.

El activista español José Brocca (1891-1950), fundador en 1932 de la primera sección española de la IRG, la Orden del Olivo, respondió con su actitud de no participar en combates violentos, pero ayudando a la causa antifascista participando en labores de propaganda y ayuda humanitaria. Con el apoyo de la IRG puso en marcha un asilo para niños y niñas huérfanas en la ciudad fronteriza francesa de Prats de Molló, que posteriormente formó parte también de un ferrocarril clandestino de exiliados republicanos por donde salieron, entre otras personas, la activista feminista Amparo Poch, también perteneciente a la Orden del Olivo y fundadora de Mujeres Libres. Tras la ocupación de Francia, Brocca fue detenido en un campo de concentración, pero pudo escapar y obtener, gracias a la IRG, asilo en México.

Fenner Brockway, entonces presidente de la IRG, abandonó su cargo (y su afiliación a la organización) ante la imposibilidad de compartir la postura de la IRG de no apoyar la venta de armas a la República. Esa sería la línea también del laborismo británico, pacifista hasta esos momentos. Mucha otra gente, entre la que destacan Albert Einstein o Bertrand Russell, también abandonaron su pacifismo para apoyar la guerra contra el totalitarismo alemán, japonés, italiano, soviético o español. En este momento crítico, la posición de Bart de Ligt fue el «rechazo a condenar a aquella gente que aceptó la violencia (de acuerdo con su visión de que la violencia era preferible a la resignación o la sumisión); pero creía que su organización, la IAMB, debía apoyar a aquella

gente que apoyaba la resistencia noviolenta»,⁶ y ésta fue la postura que adoptó también la WRI-IRG posteriormente respecto a otras luchas armadas antifascistas, situándose hábilmente entre la corriente holística que condenaría toda forma de violencia y la pragmática que no condena la violencia, sino que simplemente se preocupa de buscar los métodos más eficaces para la transformación o revolución social. Se trata de una postura de consenso, propia de una gran institución, que permite aglutinar, dentro de una organización, a los representantes de ambas corrientes. El francés Jean Marie Muller ha recogido asimismo esta propuesta, estableciendo una distinción ya clásica entre violencia en situaciones de injusticia (la violencia estructural de Johan Galtung), violencia de las acciones de liberación (revolucionaria) y violencia de las acciones de represión. De esta manera, sus miembros pueden situarse en un grado u otro de condena de la violencia.

Los objetores de conciencia durante la Segunda Guerra Mundial

Lógicamente, los esfuerzos de las organizaciones pacifistas vinculadas a la IRG no pudieron evitar la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial, pero, sin embargo, inspiraron numerosas situaciones de resistencia noviolenta antes y después de que estallara el conflicto armado más grande de la historia. De hecho, el número de objetores de conciencia fue incluso mayor en la Segunda Guerra Mundial que en la Primera, cosa achacable sólo en menor medida al aumento de la población y más a la experiencia de los movimientos pacifistas.

En Gran Bretaña los objetores de conciencia de la Segunda Guerra Mundial fueron menos reprimidos que en la Primera. Unas 6.000 personas, hombres y mujeres, reclamaron el estatus de objetor u objetora de conciencia, y sólo fueron juzgadas 1.050, aunque algunas lo fueron varias veces y se repitieron en algunas ocasiones torturas brutales. La mayoría de los y las objetoras realizaron trabajos de socorro y hubo algunos absolutistas que lograron no colaborar con la guerra.

⁶ *Ibid.*, p. 98

En Estados Unidos, ya antes de entrar en la guerra, en 1940, se aprobó una ley de reclutamiento provista de servicio alternativo sólo para objetores movidos por principios religiosos. Entre 25.000 y 50.000 objetores sirvieron en el ejército en puestos no combatientes, y otros 12.000 sirvieron en campamentos civiles financiados principalmente por iglesias de sectas pacifistas. Éstas, cuáqueros, menonitas y *brethren* (denominación que incluye anabaptistas, paulicianos, bogomilos y otros), habían hecho frente común para garantizar la seguridad de sus fieles ante los abusos cometidos contra ellos en la Primera Guerra Mundial. Cada iglesia pacifista histórica (cuáqueros y menonitas) mantuvo su propio campo y los pertenecientes a iglesias minoritarias solían ir a las de los cuáqueros, por tener fama de ser más activos políticamente. Hubo incluso 46 personas que pusieron a la WRL como su denominación religiosa para evitar ser encarcelados, aprovechando que la ley sólo permitía la objeción de conciencia por motivos religiosos. La situación en los campamentos fue de esclavitud absoluta, con pocas diferencias con una cárcel, y las protestas y huelgas fueron constantes en ellos, especialmente tras el final de la guerra (ya que no les licenciaban), llegando a pararse totalmente algún campo en esos momentos.

De entre quienes rechazaron participar en los campamentos o en los puestos no combatientes, unos seis mil fueron encarcelados, de los cuales 4.300 eran testigos de Jehová que habían sido condenados porque no se reconoció que pudieran firmar su exención como si fueran todos sacerdotes. El resto, unos 1.700 eran objetores absolutistas con sentencias de más de tres años cada uno, de los cuales unos doscientos procedían a su vez de los campos. En total, uno de cada seis presos de las cárceles federales era objetor de conciencia y un total de 42.973 hombres se negaron a luchar.

Los presos absolutistas más famosos fueron los conocidos como *Union Eight*, por ser ocho jóvenes estudiantes de teología del *Union Theological Seminary* de Nueva York, entre quienes destacaba el posteriormente famoso líder contra la guerra de Vietnam David Dellinger (1917-2004). Estos jóvenes seminaristas fueron encarcelados antes de empezar la guerra y fueron repudiados por los grandes líderes pacifistas cristianos del momento como Reinhold Niebuhr (1892-1971), ex presidente del FOR y director del propio *Union Theological Seminary*. Estos líderes estaban interesados en promocionar los campos

de objetores para evitar las torturas sufridas durante la Primera Guerra Mundial, y para ellos los absolutistas eran una especie anarquistas ajenos a su doctrina cristiana. A. J. Muste, que había vuelto al pacifismo tras romper con Trotsky en 1936, mantuvo una postura ambivalente y apoyó tanto los campos (creando un campo específico para el FOR) como a los absolutistas de la *Union Eight*. Otro objetor famoso, por otro motivo, fue el veterano activista Julius Eichel (1896-1989), que fue el único objetor encarcelado en las dos guerras mundiales y que se encargó de editar una revista desde la cárcel, *The Absolutist*, que sirvió como órgano de expresión y comunicación entre los objetores presos, ayudando a coordinar las acciones que se realizaron desde la cárcel.

El paso de los absolutistas norteamericanos por prisión, unos tres años cada uno, fue memorable no sólo por la cantidad de huelgas, huelgas de hambre, protestas y otras acciones que realizaron dentro, sino porque dentro de la cárcel y en torno a las redes de apoyo se constituyó una verdadera comunidad de pacifistas radicales, alejada del resto de la sociedad, que posteriormente revolucionarían los métodos de acción política en los Estados Unidos. Algunos de estos insumisos o absolutistas, como Dave Dellinger, George Houser, Bayard Rustin (asesor de Martin Luther King), Bill Sutherland, Ralph DiGia o Jim Peck fueron durante los años posteriores a la guerra importantes activistas por los derechos civiles (principalmente a través de la organización CORE,⁷ creada por objetores del FOR poco antes de entrar Estados Unidos en la guerra) y contra las armas nucleares o la Guerra de Vietnam (principalmente en la WRL, radicalizada tras entrar esta nueva generación en el comité ejecutivo). Estos jóvenes fueron por tanto pioneros en la renovación de los métodos de acción política en pro de actuaciones más contundentes. De hecho, se considera que las numerosas acciones y huelgas dentro de la cárcel de los objetores apoyando la integración racial dentro de las mismas fueron los primeros actos del movimiento por los derechos civiles americano. Hay que

7 CORE, además de significar «meollo», «corazón», es el acrónimo de *Congress of Racial Equality* (Congreso de Igualdad Racial). La historia de los objetores norteamericanos y la transformación de las formas de acción política que realizaron en Estados Unidos será perfilada más adelante, pero se puede leer detenidamente en James Tracy: *Direct Action, Radical Pacifism from the Union Eight to the Chicago Seven*, The University of Chicago Press, Chicago, 1996.

tener en cuenta que los objetores encontraron mucho más apoyo en acciones contra la segregación racial, en un momento en el que se legitimaba la guerra contra Alemania y Japón como una lucha contra el racismo y el totalitarismo y se trataba de conseguir el apoyo de la comunidad negra para el esfuerzo bélico. Por el contrario, las acciones que hicieron contra la guerra o las huelgas de hambre en apoyo a las realizadas por Gandhi (preso igual que ellos) esos mismos días en la India no recibieron la misma atención mediática o apoyo social.

En los países dominados por el Tercer Reich la represión fue bastante mayor todavía que en la Primera Guerra Mundial. Las ejecuciones fueron habituales, muchas veces con juicios sumarísimos por desobediencia. El más famoso objetor del Reich fue Franz Jagerstatter, campesino austriaco guillotinado en 1943 por insumisión al ejército nazi. Como otros muchos, en realidad no era un pacifista, sino un antifascista, aunque en los meses previos a su ejecución rechazó toda forma de violencia. Sus ideales de cristiano católico han motivado su propuesta para la beatificación, a pesar de que en vida recibió poco apoyo de la Iglesia, cuyos representantes trataron de convencerle para entrar en combate y no criticaron el nazismo.

Por otro lado, tanto en los años previos, en un contexto de aumento del totalitarismo, como durante la propia conflagración, se produjeron numerosos y hasta heroicos actos de resistencia y desobediencia civil contra el nazismo que en muchos casos no se inspiraron en las propuestas noviolentas que se habían estado debatiendo anteriormente en estos foros alternativos, sino que la mayoría de las veces surgieron de la necesidad misma de supervivencia. Los vamos a ver en el siguiente capítulo.

18. Acciones noviolentas durante la Segunda Guerra Mundial

Es importante señalar que incluso en la Alemania nazi hubo algunas movilizaciones noviolentas antifascistas, si bien ninguna protesta llegó a desafiar al régimen en sí mismo, demasiado poderoso, sino que tan sólo se pudieron dirigir contra alguna de sus políticas. Sin embargo, la gran enseñanza es que incluso en las situaciones más terribles es posible la acción noviolenta, y que gracias a las acciones noviolentas, que conformaron importantes formas de acción a lo largo de todo el Reich, se lograron salvar miles de vidas que los militares aliados no pudieron o no quisieron proteger.¹

La voz disidente más conocida dentro de la Alemania nazi fue la del obispo de Münster, llamado Clemens August Graf von Galen (1878-1946), que logró con sus protestas parar la política de eutanasia para discapacitados en agosto de 1941. Antes, los católicos ya habían empezado a desobedecer la orden del régimen de quitar los crucifijos de sus escuelas. En julio de 1941, von

¹ Para información general sobre este tema ver el capítulo titulado «Denmark, the Netherlands, the Rosenstrasse: Resisting the Nazis», en Peter Ackerman y Jack Duval: *A Force more Powerfull. A Century of Nonviolent Conflict*, Palgrave/St. Martins Press, 2001, pp. 207-239.

Galen alzó la voz por primera vez para criticar las políticas autoritarias de la Gestapo, principalmente las desapariciones de personas y la clausura de instituciones católicas. En agosto denunció la profanación de iglesias, el cierre de conventos, las deportaciones de judíos y otros perseguidos así como la eutanasia aplicada a enfermos mentales. Se distribuyeron copias de sus sermones por toda Alemania y se les hizo llegar igualmente a los soldados en el frente, incluso aviones de la RAF la arrojaron desde el aire. El argumento más efectivo contra la eutanasia fue que si se eliminaba a los sectores no productivos pronto acabarían eliminando a los soldados heridos en los frentes. Las protestas resultantes hicieron que se detuviera la política de eutanasia. No se atrevieron a detenerle por no minar más la moral de la Alemania católica, pero estuvo sometido desde entonces y hasta el fin de la guerra a un permanente arresto domiciliario. Desgraciadamente, un año después el programa de eutanasia continuó en secreto. Hay que decir, no obstante, que von Galen apoyó la guerra contra la URSS, comunista, pero también que una vez acabada la guerra criticó los desmanes de los ocupantes británicos, que cometieron igual que los rusos muchas violaciones de derechos humanos. El ejemplo de von Galen sirvió para refutar la opinión de que todos los alemanes eran culpables de los crímenes del nazismo.

Inspirados entre otros por von Galen, en el verano de 1942 en la Universidad de Múnich hubo un grupo de cinco estudiantes que empezó a escribir, publicar y distribuir cuatro panfletos anónimos con propaganda antinazi en los que se llamaba a la resistencia noviolenta contra el régimen. Firmaron como La Rosa Blanca,² como símbolo de pureza, y en noviembre consiguieron apoyo económico de profesores y otros profesionales, con lo que extendieron sus actividades a otras ciudades.

Con la ayuda de un profesor, La Rosa Blanca editó su quinto panfleto a principios de 1943 tras unas movilizaciones estudiantiles en protesta por la actitud de ciertos líderes del régimen que habían ido a la universidad a soliviantar a los estudiantes con discursos ofensivos, especialmente para las mujeres. Esta vez, la red de distribución aumentó a otras ciudades cercanas y La Rosa Blanca también hizo pintadas contra Hitler en Múnich y Berlín. En ese

² Ver la voz «White Rose, Germany» por Brad Bennet, en Roger S. Powers y William B. Voegelé (eds.): *ob. cit.*, p. 566.

momento crucial de la guerra, en el que Alemania estaba perdiendo Stalingrado, la Rosa Blanca editó un sexto (y último) panfleto. Sin embargo, la GESTAPO no podía permitir tamaña contrapropaganda y lograron ir arrestando a los integrantes de La Rosa Blanca, que fueron ejecutados a lo largo de 1943. El movimiento de resistencia estudiantil fue sistemáticamente reprimido tras la desarticulación de La Rosa Blanca, y se logró acabar con él, pero tuvo gran importancia simbólica como desafío al autoritarismo nazi, sobre todo en la posguerra. Se introdujeron de contrabando copias de panfletos en Suecia, Noruega, Suiza e Inglaterra, y la RAF lanzó un millón de copias del sexto panfleto sobre toda Alemania. Tras la guerra, en ambas Alemanias se reconoció la labor de La Rosa Blanca, pasando a ser un símbolo antifascista, y se bautizaron con el nombre de sus componentes escuelas y calles, recordándose el aniversario de las primeras ejecuciones durante años.

La protesta alemana más importante tuvo lugar en 1943 en Berlín, cuando miles de gentiles alemanas (mujeres no judías) se manifestaron en la Rosenstrasse para protestar contra el arresto e inminente deportación de judíos.³ La gran mayoría de las participantes eran mujeres casadas con judíos y permanecieron una semana en la plaza. Fueron unas seiscientas al principio y unas seis mil al final, y se mantuvieron firmes a pesar de las amenazas de la Gestapo de disparar contra ellas. Goebbels ordenó finalmente liberar entre 1.700 y 2.000 prisioneros judíos casados con gentiles alemanas para desactivar así una posible expansión de la protesta.

Hay que tener en cuenta que el régimen nazi, a pesar de desarrollar una violencia absoluta contra otros pueblos, tuvo ciertos reparos en el uso de la fuerza contra su propia población, ya que la base del poder nazi se basaba en la teoría de la supremacía aria. Las autoridades se dieron cuenta de que la deportación de los arrestados perjudicaría su propósito de aplicar la solución final. Se liberó a los judíos para disolver la protesta antes de que se extendiera más el ejemplo en un momento delicado para el régimen, pues se acaba de abandonar a los soldados del cerco de Stalingrado a su propia suerte.

³ Ver la voz «Rosenstrasse Protest, Germany 1943» por Nathan Stolfus, en Roger S. Powers y William B. Voegelé (eds.): *ob. cit.*, p. 446.

Resistencia noviolenta en la Europa ocupada

Fue no obstante en los países ocupados por el Tercer Reich dónde más se desarrolló tanto la violencia de la ocupación como la respuesta noviolenta de la ciudadanía, que tras la derrota militar tuvo que ingeniárselas para sobrevivir, rescatar perseguidos por el régimen, especialmente judíos, e incluso frustrar los planes del invasor.⁴ En este sentido, hay que señalar que muchas veces hubo superposición entre los medios de la resistencia armada y la resistencia desarmada, y que ésta se hizo de esta forma simplemente porque no había armas, y cuando éstas llegaban transformaban sus actividades. Sin embargo, hubo una serie de acciones genuinamente noviolentas que se utilizaron en muchos de los países ocupados por el régimen nazi. Estas podían abarcar desde la educación clandestina, protestas públicas y huelgas, hasta la protección y traslado de judíos o el boicot y la no cooperación social. En este sentido, cabe señalar que en su mayoría se trató de estrategias de supervivencia, no de liberación, y que ésta llegó como es sabido por la acción militar de los Aliados.

Al instaurar los nazis un régimen totalitario, el repertorio de actividades prohibidas era muy grande, y surgieron muchas conductas clandestinas: escuchar la BBC (la radio británica), editar o leer prensa clandestina, trabajar lentamente, rehusar obedecer órdenes, proteger personas perseguidas, no presentarse al servicio de trabajo comunitario obligatorio y participar de manera ocasional o permanente en movimientos de resistencia. Se logró incluso llegar a la resistencia masiva en algunos aspectos, como la edición o lectura de periódicos clandestinos, importantísimos para deslegitimar el régimen de los ocupantes. Hubo asimismo muchas huelgas de brazos caídos, sabotajes industriales, desvíos de pedidos, insumisión al trabajo obligatorio o trabajo civil en movimientos de resistencia. Estas conductas, aunque eran ilegales, no deben ser consideradas como desobediencia civil, puesto que no se realizaban públicamente con la finalidad de cambiar la ley, sino como estrategias noviolentas de no colaboración.

La mayoría de los movimientos de resistencia civil tuvieron lugar antes de 1943, cuando la Alemania nazi todavía triunfaba y era más necesaria una

⁴ Ver «Nazism civilian resistance. 1939-1945» por Jaques Semelin, en Roger S. Powers y William B. Voge (eds.): *ob. cit.*, pp. 343-346.

oposición, ya que cuando el fascismo empezó a replegarse se prefirió esperar a la llegada de los Aliados a arriesgarse a actividades que eran muy peligrosas y, cuando se efectuaron, se hicieron principalmente para salvar vidas. La resistencia noviolenta se desarrolló predominantemente en Francia, Bélgica, Luxemburgo, Holanda, pero también en Polonia, Checoslovaquia y Bulgaria, y fue especialmente importante en Dinamarca y Noruega. Como aspecto común cabe señalar que, salvo tal vez en Dinamarca, en general no hubo una dirección general que coordinara la resistencia, y que ésta fue normalmente organizada de manera descentralizada y autónoma, de modo que sólo pudo funcionar gracias a un eficaz sistema de comunicaciones clandestino y a una organización de base muy desarrollada.

Por otro lado, otro aspecto a resaltar es que hubo menos represión nazi en el oeste porque Alemania estaba interesada en la explotación económica, mientras que en el este se veía como terreno a colonizar en el que sobraba la población autóctona. También hay que señalar que la resistencia civil se reprimió menos severamente que la resistencia armada, que no podía ser dejada sin contestación. Además, como ellos mismos reconocieron, la resistencia noviolenta desbordaba la capacidad de actuación de los generales alemanes, que no sabían cómo encararla. Sin embargo, cuando se usaba en combinación con acciones de guerrilla, se daba pie a la represión indiscriminada.

El rescate del pueblo judío

No está de más recordar que los gobiernos aliados no hicieron nada para detener el Holocausto, no estaba en su agenda de guerra, y la masacre sólo se pudo contrarrestar con acciones de resistencia civil. No obstante, tampoco hubo una estrategia de no colaboración ante el genocidio, y tal y como denunció no sin polémica la politóloga Hannah Arendt —tras asistir al juicio del nazi Eichmann, encargado de ejecutar la solución final—, incluso algunas autoridades judías colaboraron con el propio exterminio al ayudar a organizar a la población judía bajo el dominio nazi. Lo cual no quiere decir que las víctimas sean culpables de los crímenes de sus verdugos, sino que la brutalidad de la violencia organizada puede hacer desaparecer la esperanza y la capaci-

dad de organización de una resistencia efectiva, violenta o no violenta.⁵ Estas reflexiones abren la puerta a la posibilidad de imaginar qué hubiera podido pasar de haberse coordinado una acción masiva de no colaboración. No obstante, en los guetos creados en Europa del Este hubo un gran esfuerzo por mantener la vida económica, política, cultural y religiosa, y en este sentido se organizaron mercados, hospitales, escuelas e incluso sinagogas, con redes de contrabando de bienes y personas que corrieron mayor o menor fortuna. A pesar de ello, el rescate de la población judía que sobrevivió se realizó principalmente gracias a la desobediencia de miles de personas, que arriesgaron sus propias vidas al desafiar las prohibiciones de apoyo o cobijo organizando —como cien años antes en Estados Unidos— un «ferrocarril clandestino» hacia la libertad, pero no a una estrategia de no colaboración por parte de las propias víctimas. Los casos más renombrados han sido los de Ángel Sanz y Giorgio Perlasca en Budapest, Oskar Schindler en Polonia o Varian Fry en Marsella, aunque hubo muchos más héroes y heroínas anónimas, sin cuyo valor el genocidio hubiera sido mayor todavía. De hecho, una de las principales líneas de resistencia noviolenta en todo el Reich fue la protección y rescate de judíos.⁶ En esa tarea además de los personajes que acabamos de citar, destaca el caso del pequeño pueblo de Le Chambon sur Lignon,⁷ en la Auvernia francesa. Este pueblo de hugonotes (protestantes que no olvidaban su propia historia de persecución), encabezados por su pastor, Andre Trocmé (miembro del FOR), organizó una red de acogimiento clandestina en la que lograron proteger y ayudar a escapar a unos 5.000 perseguidos por el régimen nazi, en su mayoría niños y niñas judíos, como el futuro matemático Alexander Grothendieck. El pueblo albergó una media de quinientas personas simultáneamente en establos, cocinas o sótanos y se financió principalmente con ayudas de los cuáqueros, el FOR y otras organizaciones pacifistas o antifascistas, a pesar de que varios mensajeros con dinero fueron detenidos y ejecu-

⁵ Hannah Arendt: *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona, Lumen, 2003; originalmente publicado en inglés en la revista *New Yorker*, en 1963, con el siguiente título: «Eichmann in Jerusalem: a Report on the Banality of Evil».

⁶ Ver la voz de «Jewish Resistance to Holocaust», por Yeshua Bauer, en Roger S. Powers y William B. Vosele (eds.): *ob. cit.*, p. 276.

⁷ Ver la voz «La Chambon sur Lignon, France», por Michael Berenbaum, en Roger S. Powers y William B. Vogele (eds.): *ob. cit.*, p. 302.

tados. Se organizaron en trece grupos de jóvenes que actuaban como células independientes para evitar el derrumbe de toda la organización en caso de interrogatorio, obviamente bajo tortura. Trocmé estuvo detenido un mes y luego tuvo que esconderse él también hasta el fin de la guerra.

En Francia cabe destacar, además, las grandes huelgas mineras del norte de Francia entre mayo y junio de 1941 y, al año siguiente, las masivas manifestaciones simbólicas durante las fiestas nacionales del 14 de julio y el 11 de noviembre.

La resistencia noviolenta danesa

No obstante, la mayor red de salvamento de judíos fue la que se desarrolló en Dinamarca, en el marco de una resistencia civil que enfrentó a la población a los intentos de utilizar el país como fuente de abastecimiento.⁸ Dado que el Gobierno danés no pudo enfrentarse a la superioridad militar alemana, tuvo que utilizar otros medios, aunque fue el pueblo el que plantó cara más desafiantemente a los ocupantes nazis. Se ha de destacar que en Dinamarca hubo dos estrategias diferentes: la del Gobierno, con una actitud a la defensiva enfocada hacia la resistencia pasiva, y la del movimiento de resistencia, conformado por una inusual alianza entre la izquierda y la derecha (nacionalista pero antinazi).

Los objetivos del Gobierno fueron la protección de instituciones y ciudadanos daneses (entre los que, por supuesto, se contaban los judíos y judías del país) y, una vez conseguido esto, resistir en áreas importantes para la sociedad danesa: neutralidad militar, preservar el sistema político, la cultura y el bienestar, haciendo concesiones en otros aspectos menos importantes, como fue la cooperación económica, que fue el punto, junto con la salvación de judíos, donde se centraron las actividades del movimiento de resistencia. De este modo la estrategia de la resistencia fue ganando apoyo social, siendo la lealtad al viejo orden temporalmente sustituida por apoyo al movimiento de resistencia y su estrategia de boicotear la colaboración económica.

⁸ Ver la voz «Denmark, Resistence to Nazi Occupation», por Lennart Bergfeldt, y «Demark, Evacuation of Danis Jews, 1943», en Roger S. Powers y William B. Vogele (eds.): *ob. cit.*, pp. 145-149.

La política institucional recurrió a varias formas de protesta, negociaciones, retraso burocrático y confraternización. También proveyó de contactos políticos y ayudó económicamente a la resistencia durante los últimos años de la ocupación. La población en general usó métodos como cánticos, vestir símbolos nacionales, boicot social a individuos, huelgas y mucho apoyo mutuo. Por otro lado, el movimiento de resistencia editó prensa clandestina y posibilitó otros sistemas de comunicación que permitieron planificar huelgas, facilitar el ocultamiento y huida, y proveer de documentación personal falsa. Especialmente importantes fueron las movilizaciones del verano de 1944, con una serie de huelgas populares que culminarían con la Huelga Popular de Copenhague. El movimiento de resistencia en Dinamarca además se caracterizó por realizar acciones en el borde de la acción violenta y la noviolenta, especialmente el sabotaje y la destrucción de la propiedad para evitar su uso por los nazis (una adaptación a los tiempos modernos de las antiguas prácticas de tierra quemada), aunque hay que decir que siempre se trató de evitar los daños a personas.

Por supuesto, hubo apoyo de terceros países, especialmente de Gran Bretaña y Suecia. Desde la isla, el gabinete del *British Special Operation Executive* (SOE), ayudaba a grupos clandestinos en toda la Europa continental con material y entrenamiento, e incluso se llamó a la resistencia pasiva desde la BBC. Entre Dinamarca y Suecia se estableció un sistema clandestino de comunicación por barcos, especialmente útil para ayudar a escapar a judíos y otros perseguidos. La aportación de Suecia y Gran Bretaña obviamente no siempre fue hacia acciones noviolentas, como muestra el hecho de que al final de la guerra Suecia financiara una guerrilla en Dinamarca.

El balance del movimiento de resistencia civil de Dinamarca se saldó con poco éxito si se atiende a objetivos militares, pero por el contrario fue muy exitoso en cuanto a objetivos económicos, especialmente los realizados mediante sabotajes y huelgas. Igualmente el porcentaje de judíos rescatados fue el más grande de todos los países ocupados.

El Gobierno influyó mucho en retrasar la orden de deportación de los judíos hasta septiembre del 43, presionando cuanto pudo a las autoridades alemanas. El rey apareció públicamente con el símbolo judío, la estrella de David, en su coche oficial, para mostrarles su apoyo. Igualmente, el 29 de

septiembre, los cristianos leyeron una carta de los obispos en las iglesias en la que se condenaba la persecución e instaba a los feligreses a luchar por sus conciudadanos. Emergieron entonces grandes esfuerzos masivos para localizar y avisar a los judíos de que iban a ser deportados. Luego se inició el proceso de ocultamiento, en casas y pisos de extraños, pero también en escuelas y hospitales, tanto en áreas rurales como en el mismo Copenhague.

Para la tercera fase, la evacuación, se idearon varios métodos. Primero se iban acercando en grupos grandes o pequeños hacia la costa, moviéndose clandestinamente entre las diferentes poblaciones y escondiéndose en lugares diferentes. Igualmente, se crearon organizaciones para apoyar el proceso así como para conseguir fondos para pagar a los pescadores la gasolina y comida de los evacuadas. Los alemanes sólo pudieron atrapar unas 400 personas, mientras que 7.200 fueron evacuadas de forma segura. Casi todos los prisioneros sobrevivieron a su estancia en campos de concentración merced al continuo interés del Gobierno danés por su seguridad.

La resistencia noviolenta noruega

Otro país en el cual la resistencia noviolenta a la ocupación nazi fue destacada fue Noruega,⁹ cuyo ejército fue derrotado en la primavera de 1940 en apenas cuarenta días, teniendo que marchar el rey y el Gobierno al exilio en Gran Bretaña. El líder del partido Nacional Socialista Noruego, Vidkun Quisling, se proclamó primer ministro de Noruega, subordinado completamente a la potencia ocupante.

La resistencia también editó en Noruega periódicos clandestinos, ya que se llevó a cabo en el mismo contexto de censura e inseguridad. Aunque la represión en este país no fue tan severa como en otros países, el rechazo a la nazificación provocó castigo colectivo y ejecuciones, siendo variable el riesgo de participar en protestas, desde pequeñas multas hasta la muerte. Goebbels

⁹ Ver voz «Norway, Resistance to German Occupation, 1940-1945» por Kristian Skrede Gelditsch en Roger S. Powers y William B. Vogeles (eds.): *ob. cit.*, pp. 371-373; o el capítulo «Norwegian teachers fight fascism, 1942», en Gene Sharp: *Waging Nonviolent Struggle...*, *ob. cit.*, pp. 135 y ss.

dijo al respecto: «Si los noruegos no quieren amarnos, tendrán que aprender a tenernos miedo».

Los símbolos que fueron usados por el pueblo fueron clips para papel colgando de las solapas, que también se habían usado en Dinamarca y que simbolizaba la unión del pueblo. El uso de un peine, que hacía referencia al doble sentido del verbo *greie* en noruego, como peinar y como poder, y el uso del gorro tradicional *topplue*. También hubo gestos de boicot social a los alemanes por parte de la población noruega, como no hablarles o no sentarse a su lado, prácticas que contribuían a la creación de lo que llamaron un «frente de hielo».

Otro tipo de acciones empezaron con la huelga deportiva, motivada por la dimisión de los líderes de la Federación Nacional de Deportes en protesta por los intentos de subordinarla a las autoridades nazis. No hubo competiciones deportivas oficiales hasta el fin de la guerra, pero sí que hubo otras alternativas y clandestinas. Igualmente, hubo renunciadas en masa cuando los nazis tomaron el control de organizaciones sindicales o sociales. Los obispos luteranos noruegos también se revelaron y condenaron los abusos, así como los intentos del Gobierno de presionar a los clérigos para conseguir información. En 1942, la misa oficial para conmemorar el segundo aniversario del Gobierno de Quisling fue boicoteada, y sólo acudieron algunos miembros del partido, mientras que la misa posterior fue tan multitudinaria que la plaza contigua se llenó de gente que cantaba salmos y que desobedeció las órdenes policiales de disolverse. El obispo fue cesado y acto seguido dimitieron todos los clérigos de sus cargos oficiales. Un salmo luterano, «Nuestro Dios es una gran fortaleza», se convirtió en un nuevo símbolo contra la ocupación.

El evento más importante de la resistencia noruega, no obstante, lo protagonizaron los maestros, que se negaron a firmar una declaración de lealtad al partido nazi, creando su propia declaración señalando que permanecerían fieles a su propia conciencia. Desde el régimen trataron de obligar a los maestros a unirse a un sindicato nazi, y unos diez mil maestros de un total de doce mil fueron despedidos al negarse, y mil cien de ellos fueron arrestados y enviados a campos de trabajo en el norte de Noruega. A pesar de las duras condiciones, casi todos permanecieron firmes en sus convicciones. El Gobierno de Quisling no tuvo más remedio que obviar la negativa y, para poder man-

tener el sistema, tuvo que considerar a todos los maestros como miembros de su sindicato, sin tener en cuenta si habían firmado la declaración o no. Sin embargo, cuando volvieron al trabajo leyeron una declaración diciendo que pertenecer al sindicato nazi y enseñar, labor entendida también como educar en valores, eran tareas incompatibles. Tanta fue la cohesión de la sociedad noruega, que los nazis no pudieron encontrar curas o maestros para reemplazar a quienes no colaboraron con el régimen.

El balance de la resistencia noruega fue que el movimiento de resistencia logró derrotar los planes de nazificación de los alemanes y el Gobierno de Quisling, pero se dirigió más hacia la moral nacional que contra el fondo del asunto, ya que el país en definitiva colaboró económicamente con el régimen nazi. Como dice Kristian Skrede Gelditsch, «la resistencia moral y simbólica, aunque poderosa y exitosa, pudo realizarse a expensas de la aplicación de sanciones más efectivas».¹⁰

La oleada de revoluciones noviolentas en Centroamérica

Paralelamente, en 1944, en ese contexto bélico, pero muy lejos de los principales escenarios de combate, se produjo en El Salvador, Guatemala y Nicaragua una oleada de movilizaciones noviolentas contra las dictaduras militares fascistas que llevaban años en el poder. La propaganda antifascista que llegaba desde los Estados Unidos, así como la situación de crisis económica motivada por la propia guerra creó el ambiente necesario para la deslegitimación de los dictadores fascistas centroamericanos.

En febrero de 1944 el dictador Maximiliano Hernández Martínez, que había subido al poder en El Salvador, tras un golpe de Estado en 1931, hizo una reforma de la Constitución para poder optar a un tercer mandato.¹¹ Como respuesta, el 2 de abril hubo un fallido levantamiento militar contra él y fueron ejecutados muchos de sus participantes. La indignación y el miedo a

¹⁰ Ver Roger S. Powers y William B. Vogele (eds.): *ob. cit.*, p. 373; Patricia Parkman: «El Salvador, Civic Strike», en Roger S. Powers y William B. Vogele (eds.): *ob. cit.*, p. 164.

¹¹ Patricia Parkman, *ob. cit.*, p. 164.

que ejecutaran a más implicados fue el detonante de la huelga general, que empezó el 24 de abril y que fue organizada primordialmente por estudiantes universitarios y liderada por el intelectual Joaquín Castro Cañizales.

El 2 de mayo los activistas lograron boicotear el funcionamiento del tren en la capital y se dio inicio a lo que se llamó la «huelga de brazos caídos», paralizándose totalmente la producción del país. Aunque no se habían convocado manifestaciones para minimizar el riesgo de represión, el 7 de mayo, tras el asesinato de un activista por parte de la policía, la gente tomó las calles. Como el fallecido era hijo de un norteamericano influyente, corrieron rumores de una intervención norteamericana. Así, para el 8 de mayo se había incorporado a la huelga la mayoría de la población de la capital, San Salvador, y se había empezado a extender a otras ciudades. Los sectores esenciales de la economía estaban paralizados y Martínez sólo contaba con el apoyo de los comandantes de las fuerzas armadas, pero tras la sublevación del 2 de abril se había puesto de manifiesto el poco apoyo de los subordinados.

Martínez, que en 1932 había ordenado la muerte de más de 25.000 indígenas en la represión de un alzamiento armado, decidió esta vez no reprimir con violencia a los activistas, tal vez por ser principalmente criollos de clase media, y dimitió el 9 de mayo, aunque las huelgas siguieron hasta que abandonó el país el día 11.

En ese mismo mes de mayo de 1944, inspirados por la caída de Martínez, en la vecina Guatemala se puso en marcha un movimiento contra la dictadura de Jorge Ubico.¹² Ubico había accedido al poder en 1931 en unas elecciones en las que no había tenido contrincante, y poco a poco se había ido haciendo con más poder, manifestándose su carácter dictatorial en el asesinato de opositores y en la eliminación de la autonomía de la universidad, por lo que serían los universitarios los más activos militantes en su contra.

Cuando en mayo la oposición constituyó el Partido Social Demócrata pronto convergió con la Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU), a la que también se unieron profesores universitarios. A principios de junio, doscientos profesores pidieron aumento de salario y boicotearon el desfile del Día

¹² Ver Patricia Parkman, *ob. cit.*, pp. 163-4; o el capítulo «Ousting a Guatemalan dictator, 1944», en Gene Sharp: *Waging nonviolent struggle...*, *ob. cit.*, p. 149.

del Maestro, y el Gobierno respondió despidiéndolos a todos y arrestando a algunos de ellos.

El 22 de mayo la AEU lanzó un ultimátum para conseguir la liberación de los profesores arrestados, la readmisión de los despedidos y algunas reformas universitarias, amenazando con una huelga general. El Gobierno accedió a algunas peticiones y entonces se aumentaron las demandas para pedir la autonomía total de la universidad y la dimisión de Ubico. En ese momento el Gobierno suspendió las garantías constitucionales. Poco después, el 23 de junio, estudiantes, profesores y abogados fueron a la huelga a la vez que una petición firmada por 311 ciudadanos distinguidos pedía la restauración de las garantías constitucionales y la consideración de las demandas estudiantiles.

El movimiento se ganó el apoyo de los trabajadores y se pusieron en marcha varias formas de acción noviolenta: marchas, silencio público, vestir de negro en señal de luto por la suspensión de las garantías constitucionales y cantar el himno nacional así como la Marsellesa, el cántico revolucionario por excelencia. En las marchas la gente caminaba de dos en dos, porque la ley prohibía reuniones de más de dos personas en la calle. El 25 de junio hubo una gran manifestación de mujeres, llevando velas y rosarios como en un duelo. En esa manifestación la policía asesinó a una de las mujeres, la maestra María Chinchilla, y al día siguiente la huelga fue total, con el consiguiente colapso económico. Ubico tuvo que dimitir el 1 de julio tras sacar de la cárcel a su principal opositor el general Federico Ponce Vaides, que desafortunadamente continuó con las políticas dictatoriales de Ubico hasta que unos meses después fue expulsado del país por la llamada revolución de octubre, un golpe de Estado por parte de oficiales inspirados por el movimiento contra Ubico y que restauraron la democracia en Guatemala.

Paralelamente, el 27 de junio, el movimiento antidictatorial se extendió hasta Nicaragua,¹³ el vecino sureño de El Salvador, para impedir una reforma constitucional a Anastasio Somoza García, que se encontraba en el poder tras un golpe de Estado en 1936. Médicos, dentistas y abogados de Managua cerraron parcialmente sus oficinas y la huelga pronto se extendió a

¹³ Ver Patricia Parkman: «*Nicaragua Civic Strike, 1944*», en Roger S. Powers y William B. Voegelé (eds.): *ob. cit.*, p. 351.

empleados comerciales, trabajadores de hospitales y estudiantes. Las tiendas abrieron pero sin dependientes. El día 28, el Partido Conservador organizó grandes manifestaciones por lo que el Gobierno arrestó a los manifestantes y a otros disidentes, cerrando la universidad y amenazando a los profesionales con retirarles su licencia comercial si secundaban la huelga del 3 de julio. La huelga no tuvo participación de la clase trabajadora y Somoza se ganó a algunos oponentes anunciando que restauraría las libertades y retiraría la reforma constitucional que estaba promoviendo, promesas que, una vez desarticulado el movimiento, no cumplió. Así pues, en pocos meses, habían caído dos dictadores en Centroamérica, hasta que un tercero puso fin a la oleada revolucionaria.

19. La acción directa noviolenta en EE.UU. tras la Segunda Guerra Mundial

Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial y durante los años cincuenta y sesenta se pusieron en marcha importantes campañas noviolentas en diferentes partes del mundo. A pesar de su relevancia, no nos detendremos en todos estos casos, que desde los años cincuenta se empezaron a multiplicar, convirtiéndose en la pauta habitual de comportamiento de muchas luchas sociales y políticas. Es fácil encontrar documentación sobre estas luchas en librerías especializadas o en internet, mientras que una explicación del desarrollo de todos estos procesos haría innecesariamente largo este texto.¹ En este capítulo y los siguientes nos limitaremos a citar los movimientos más conocidos y nos centraremos a continuación en las destacadas aportaciones teóricas que surgieron cuando se empezó a pensar la noviolencia de forma sistemática.

Cabe destacar, no obstante, los importantes movimientos noviolentos que se desarrollaron en Estados Unidos durante los años cuarenta, cincuenta y sesenta, y que cambiaron por completo las formas de acción política de los movi-

¹ Un libro que contiene muchos estudios de caso sobre diferentes movimientos sociales a lo largo del siglo XX es Gene Sharp: *Waging Nonviolent Struggle, ob. cit.*

mientos sociales del resto del mundo.² En este país, ya desde los años cuarenta, se organizaron diferentes campañas por los derechos civiles de los afroamericanos, impulsadas principalmente por el *Congress of Racial Equality* (CORE), en el que participaron algunos objetores de conciencia absolutistas (insumisos) encarcelados durante la Segunda Guerra Mundial, como George Houser (uno de los fundadores), Bayard Rustin o James Peck (Jim Peck). De hecho, se considera que las acciones de los objetores presos durante la Segunda Guerra Mundial fueron las primeras campañas puestas en marcha por el Movimiento por los Derechos Civiles, aunque la lucha contra la segregación racial en Estados Unidos era larga en el tiempo y enlazaba con el movimiento abolicionista del siglo XIX. Los otros fundadores de CORE estaban también vinculados con el entorno pacifista de FOR, como James L. Farmer. De hecho, CORE se financió mucho tiempo con dinero de FOR (gracias al interés de A. J. Muste, su secretario general entre 1940 y 1953), mientras que Houser o Rustin trabajaban en ambas organizaciones. Sin embargo, CORE se diferenciaría de otros movimientos de la época por una visión de la acción noviolenta muy influenciada por la interpretación gandhiana de Krishnalal Shirdharani, con el que sus activistas tuvieron muchos contactos durante la estancia de éste en Estados Unidos.

Todavía durante la guerra, CORE empezó a realizar acciones contra manifestaciones concretas de discriminación, aprovechando que sus activistas eran tanto blancos como negros. Algunas de estas acciones se realizaron a principios de los cuarenta por desafíos personales a la segregación realizados en solitario por el afroamericano Bayard Rustin, que se negaba a comer o sentarse en lugares segregados y que luego entró en prisión como objetor absolutista. La acción habitual de CORE consistía en organizar la entrada de un gran grupo interracial en un edificio público y negarse a abandonarlo si no se atendía a los negros, muchas veces usando grupos de blancos que habían llegado antes como señuelo para incitar a otros usuarios a apoyarles. También trataban de aprovechar la difusión mediática en caso de que hubiera arrestos o violencia. En el norte, con una población contraria a la segregación, tuvieron gran éxito, pero tuvieron grandes problemas en el sur, donde seguían vi-

² Sobre la evolución del pacifismo radical en Estados Unidos y su influencia en otros movimientos sociales ver James Tracy: *Direct Action, Radical Pacifism from the Union Eight to the Chicago Seven*, The University of Chicago Press, Chicago, 1996.

gentes las leyes segregacionistas (conocidas popularmente como «Leyes Jim Crow»). Una de las acciones que hicieron para hacerles frente fue el llamado *Journey for Reconciliation* (Viaje por la reconciliación), efectuado en 1947 para demostrar que la sentencia del Tribunal Supremo que declaraba ilegales la segregación en autobuses interestatales no se respetaba. Ocho activistas blancos, incluidos los objetores Jim Peck, George Houser e Igal Roodenko, y ocho negros, incluido Bayard Rustin, viajaron en transporte público por varios estados del sur poniendo a prueba el cumplimiento de la sentencia y desafiando las leyes segregacionistas de los mismos, que contradecían la citada sentencia federal. Fueron arrestados doce veces, y alguno tuvo que cumplir después varias semanas de cárcel; además, recibieron insultos, golpes e incluso palizas con graves consecuencias, pero lograron llamar la atención mediática sobre la discriminación racial. Posteriormente, a principios de los sesenta, ya en plena efervescencia del Movimiento por los Derechos Civiles se hicieron otros viajes de este tipo, conocidos como *Freedom Rides* (Cabalgadas por la libertad), en las que también participó Jim Peck, que en ambas ocasiones fue terriblemente golpeado. Igualmente, las sentadas en espacios públicos donde se practicaba la segregación fueron tácticas ampliamente difundidas a finales de los cincuenta y los sesenta, sobre todo por asociaciones de estudiantes negros.

Además, tratando de renovar las formas de acción tradicionales de FOR y la WRL, algunos objetores, entre los que se encontraban Dave Dellinger, George Houser, Ralph DiGia o Igal Roodenko, fundaron una organización específica para dinamizar las luchas sociales desde una perspectiva de desobediencia civil radical. De este modo nació el *Committee for Nonviolent Revolution* en Chicago, en 1946, y una de sus primeras acciones fue la realización de piquetes en el Hotel Waldorf Astoria, donde se reunían los líderes mundiales para formar la ONU. Sin embargo, la excesiva amplitud de sus objetivos dificultó su funcionamiento y para 1948 ya había dejado sus actividades, aunque muchos de sus miembros se volvieron a reunir en otro colectivo de corte más definidamente pacifista, los *Peacemakers*, que contó entre sus fundadores con A. J. Muste, David Dellinger o Bayard Rustin. Esta organización, nacida en 1948, se organizaba igualmente en pequeños grupos, sin jerarquías ni liberados y con estructuras de decisión horizontales por consenso. Su primera campaña fue contra el intento de reinstaurar la conscripción militar en tiempo de

paz, contando con el apoyo del gran movimiento negro *March Over Washington Movement* (Marcha sobre Washington), liderado por el veterano sindicalista Philip Randolph. Sin embargo, cuando el ejército eliminó la segregación por raza en sus cuarteles, perdieron el apoyo de este colectivo. Poco después, se aparcó el proyecto de ley ante la oposición social derivada del cansancio tras una larga y cruenta guerra. *Peacemakers* fue además pionera en las campañas de objeción fiscal al gasto militar (desobediencia al gasto militar) y promovió una forma de organización descentralizada basada en grupos locales, sin liberados o lista de miembros, como tenían FOR o WRL, herederas de las formas de organizarse en los años veinte. Una de sus acciones más notorias —financiada con dinero de FOR (con A. J. Muste todavía como secretario general)— fue el envío de cuatro ciclistas, David Dellinger, Ralph DiGia, Bill Sutherland y Art Emery, a Europa en 1951 para tratar de romper el telón de acero con mensajes contra la Guerra Fría. Con gran repercusión internacional, durante unas horas lograron repartir propaganda antimilitarista en la ciudad austriaca de Baden, controlada en esos momentos por los soviéticos.

La caza de brujas

En los cincuenta, no obstante, el ambiente de caza de brujas del macartismo, con el trasfondo de la Guerra Fría, generó una gran crisis del pacifismo en Estados Unidos que, al contrario de lo sucedido tras la Primera Guerra Mundial, no veía disminuir el fervor patriótico sagrado despertado por la Segunda. Salvo por unos pocos radicales, como Dellinger, no hubo apenas protestas contra la Guerra de Corea. De esta manera, poco a poco se fue apagando la mecha encendida por los objetores, aquejada además por otros problemas internos del propio pacifismo radical, como la falta de cuestionamiento durante este periodo de los roles de género. El movimiento era liderado por objetores de conciencia varones, con estrechos lazos de camaradería forjados en cuatro años de convivencia en la cárcel. La entrada en el movimiento de feministas radicales como Barbara Deming, acaecida en esos años, permitiría llamar la atención sobre estos asuntos, posibilitando una autocrítica imprescindible.

Por otro lado, el desempeño de sus funciones trabajando para organizaciones como el FOR o la WRL favoreció, pero a la vez limitó su capacidad revolucionaria. Muchos de ellos eran activistas profesionales a sueldo directa o indirectamente de A. J. Muste, secretario general de FOR entre 1940 y 1953; y la capacidad de financiación de esta organización declinó enormemente en los cincuenta, con el auge del macartismo y la Guerra Fría. Este ambiente hostil hizo que algunos, como Dellinger, decidieran vivir en comunidades rurales al estilo *ashram* de Gandhi. Dellinger junto con otros renombrados objetores y activistas, como Ralph DiGia, Bill Lovett o Igal Roodenko, fundó una imprenta llamada *Libertarian Press* en las afueras de Nueva Jersey, que les permitió ganarse la vida a la par que abrir medios de comunicación alternativos.

Además, el FOR era una organización con ideales pacifistas, pero con valores tradicionales cristianos, lo que chocaba con las ideas y posturas de muchos pacifistas radicales. En 1952, Bayard Rustin, hasta entonces estrecho colaborador de A. J. Muste en FOR, al compartir ambos un pasado trotskista, fue detenido por la policía al ser sorprendido manteniendo relaciones homosexuales en un coche. A consecuencia de ello perdió su trabajo en FOR, aunque se pudo recolocar en la WRL, mucho más liberal, donde había otros reconocidos gays trabajando abiertamente, como Igal Roodenko. Hay que recordar que la WRL se había creado como una organización alternativa al cristiano FOR, y que en ella además de cristianos y cristianas había mucha presencia de personas judías y ateas, con ideas más liberales en general. Además, la postura de estos jóvenes provenientes del pacifismo radical pronto se hizo la preponderante en el seno de la WRL, entrando activistas como Dellinger en su comité ejecutivo. De esta manera, la WRL desde finales de los cuarenta empezó a convertirse en una organización clave no sólo en el uso de la acción directa noviolenta como estrategia política, sino en la difusión de los métodos de acción noviolenta entre el resto de movimientos sociales. Esta nueva generación, curtida en las cárceles durante los años cuarenta, hizo esta labor a través de entrenamientos, talleres y publicaciones, como la revista *Liberation*, fundada en 1956 por Muste y Dellinger, y que fue un foro de la izquierda no marxista norteamericana. La filosofía de este nuevo movimiento era que la acción noviolenta podía ser la herramienta para que un pequeño grupo de activistas bien organizado y disciplinado en las técnicas de la acción

directa noviolenta pudiera conseguir influir en la opinión pública lo suficiente como para conseguir un cambio social o político.

Por lo tanto, los jóvenes objetores de la Segunda Guerra Mundial jugaron un papel importantísimo en la conformación de las técnicas de acción de los nuevos movimientos sociales en los Estados Unidos durante los años cuarenta, cincuenta y sesenta. A estos objetores habría que añadir a algunos activistas de la generación de la Primera Guerra Mundial, como A. J. Muste o Dorothy Day, proveniente del sindicalismo cristiano y promotora de acciones anuales de desobediencia civil contra simulacros nucleares en Nueva York. Ambos sirvieron de eslabón intermedio entre las visiones, a veces enfrentadas, de las dos generaciones de pacifistas. Muste, siempre tratando de unir fuerzas, supo además conectar con la siguiente generación de objetores, los que rechazaron servir en la Guerra de Corea, entre los que destacó Brad Lyttle.

A finales de los años cincuenta, los ya no tan jóvenes objetores de la Segunda Guerra Mundial empezaban a salir de la crisis del activismo con espectaculares acciones de desobediencia civil en el marco de la lucha contra el desarrollo de armamento nuclear. Una nueva organización, el *Committee for Nonviolent Action* (CNVA), que sustituyó a *Peacemakers*, logró sacar el asunto a debate público con acciones como la del barco *Golden Rule* en el Pacífico, que trató de entrar en zona de pruebas nucleares en 1958. Sin embargo, los jóvenes activistas, como Brad Lyttle, empezaban a proponer dentro de la lucha contra las armas nucleares un tipo de acción directa noviolenta con coerción física además de moral, con el consiguiente aumento de la confrontación. La primera de estas acciones se realizó en 1958 en un silo de misiles en Cheyenne, conocido como *Cheyenne Project*. El objetivo era obstruir noviolentamente el funcionamiento de algunos centros militares, por lo que este tipo de acción directa fue denominada «obstruccionismo». Al año siguiente el propio Muste, ya libre de su cargo como secretario general de FOR, participaría junto a Lyttle en otro bloqueo similar en Omaha, en el curso del cual quince personas, algunas de ellas de avanzada edad, realizaron diversos actos de desobediencia civil. En 1960 la acción volvió a los mares, en una acción contra los submarinos nucleares *Polaris* en la que también participó la feminista Barbara Deming. Se trataba de un modelo heroico de acción directa que exigía gran compromiso

por parte de los activistas que participaban en ella y que luego evolucionó hacia la acción de grupos de afinidad que bloquean algún tipo de instalación que se pretende denunciar. También organizaron grandes marchas (como la marcha San Francisco-Moscú o Quebec-Washington-Guantánamo) contra la Guerra Fría y su continua amenaza nuclear, que posteriormente confluirían con las marchas del Movimiento por los Derechos Civiles en el sur. Paralelamente, en Gran Bretaña, Bertrand Russell renunciaba a la presidencia de la Campaña por el Desarme Nuclear (CND), porque no apoyaba la desobediencia civil, y fundaba el Comité de los 100 para implementar este tipo de tácticas. En 1961, con casi noventa años, Russell ingresó de nuevo en prisión acusado de incitar a la desobediencia civil.

Poco a poco, las formas de acción noviolenta se extendieron a otros movimientos en Estados Unidos, principalmente de minorías marginadas, como los nativos norteamericanos que, entre otras acciones noviolentas, declararon la independencia de la Nación Oglala ante la ONU, ocuparon las oficinas de la *Bureau of Indian Affairs* (BIA) o que, un tiempo después, ya en 1969, ocuparon la abandonada isla-prisión de Alcatraz durante diecinueve meses.³ Estados Unidos también vivió la campaña por las mejoras sociales para colectivos marginados de Saul Alinsky en los cincuenta y sesenta, la revolución democrática de Hawái en 1954 o la campaña por la mejora de las condiciones laborales de los latinos liderada por Cesar Chávez entre 1965 y 1970.

El Movimiento por los Derechos Civiles

Sin embargo, fueron sin duda las campañas impulsadas por Martin Luther King desde el Movimiento por los Derechos Civiles las más conocidas, dada su gran transcendencia, ya que articularon una verdadera revolución noviolenta que cambió la sociedad norteamericana. En medio de la represión del macartismo, la población negra de los estados del sur ya no estaba dispuesta a aguantar la pesada carga de la segregación, sobre todo tras haber pagado un alto precio en sangre durante la Segunda Guerra Mundial. En Montgomery, capital del

³ Ver http://inicia.es/de/nativos/hh10/pag_29_10.html.

estado sureño de Alabama, los líderes de la comunidad negra estaban ya planificando un boicot contra la segregación en los autobuses, cuando Rosa Park hizo su famoso gesto de sentarse en la parte reservada a blancos el 1 de diciembre de 1955. Este acto individual, similar al que Bayard Rustin había realizado años atrás en el norte, fue el detonante de la campaña de boicot en Montgomery, cuyos líderes eligieron como portavoz a un joven predicador recién llegado a la ciudad, Martin Luther King junior, que tenía tan sólo veintiséis años en aquel momento. En un principio iba a ser sólo el portavoz, pero, poco a poco, puede que por lo apasionado de sus discursos y su determinación en la defensa de la noviolencia, asumió el liderazgo del movimiento y se convirtió en la principal figura de la lucha por los derechos civiles tras esta campaña.

Ante la magnitud de la tarea y las manifestaciones a favor de la noviolencia que estaba haciendo Luther King, tanto FOR como la WRL enviaron consejeros para ayudar al movimiento en Montgomery. FOR envió a Glenn Smiley, un sacerdote protestante blanco, encarcelado por objetor de conciencia durante la Segunda Guerra Mundial, que además de asesorar a King pudo hacer de mediador con las iglesias blancas locales. La WRL envió a Bayard Rustin, negro, como hemos visto también encarcelado por objetor, y que llegó unos días antes a Montgomery que Smiley, ambos en febrero de 1956. En esa época King apoyaba la acción pacífica pero había sufrido ataques violentos, por lo que tenía una pistola en el coche y guardaespaldas armados, a la par que su entorno se orientaba más hacia la acción violenta. Smiley y Rustin trabajaron separadamente pero compartiendo apuntes al respecto, no en vano habían trabajado juntos en FOR durante mucho tiempo. Aunque las propias convicciones fueron la principal inspiración para el acercamiento a la noviolencia por parte de King, Smiley y Rustin le convencieron de las posibilidades de éxito de los métodos noviolentos, le asesoraron estratégicamente y afianzaron su confianza en la misma. También le pusieron en contacto telefónico ocasional con Muste y Dellinger, que fueron escuchados con atención a pesar de ser blancos y nortños. Después fue la arrolladora personalidad de King la que logró llevar al movimiento de Montgomery hacia la noviolencia, convirtiéndose en líder indiscutible del mismo.

Sin embargo, Rustin tuvo que dimitir al poco ante la amenaza por parte de un periodista de utilizar su condición de homosexual para denigrar a King,

al que el FBI siempre trató de desprestigiar con acusaciones de infidelidades conyugales. No obstante, sin aparecer antes en público, Rustin siguió aconsejándole, vinculándose personalmente al Movimiento por los Derechos Civiles y distanciándose de los pacifistas radicales, tal vez como consecuencia de su anterior expulsión de FOR. Uno de los logros que consiguió fue convencer a los jóvenes de Montgomery de que arrojaran las armas que poseían al río, con la idea de que serían un obstáculo para su liberación, no una ayuda.

Smiley se mantuvo muy activo en Montgomery durante 1956, realizando numerosos talleres y mediaciones entre la comunidad blanca y la negra hasta que finalmente se logró, a finales de ese año, que el Tribunal Supremo de los Estados Unidos eliminara la segregación en los autobuses. Se sentó al lado de King en el primer viaje en autobús sin segregación, después, volvió al norte. Rustin, en cambio, permaneció en el sur y fue el promotor de la *Southern Christian Leadership Conference* (SCLC, Conferencia del Liderazgo Cristiano del Sur), organización que logró articular un movimiento de masas contra la segregación en torno a Martin Luther King. La SCLC realizó numerosas campañas de boicot y acción directa contra la segregación, como las llevadas a cabo en Albany o Birmingham, bajo estrictos principios de noviolencia, gracias al liderazgo de King. Es importante recordar que hubo otras organizaciones en la lucha noviolenta por los derechos civiles, principalmente asociaciones de estudiantes negros que realizaron junto a otras organizaciones y por todo el país campañas de sentadas en espacios públicos, similares a las que habían hecho los activistas de CORE años atrás en el norte. En la ciudad de Nashville, el reverendo James Lawson realizó talleres de capacitación en acción noviolenta para estudiantes afroamericanos y, a principios de 1960, puso en marcha una campaña de sentadas y ocupaciones de tiendas y restaurantes que segregaban a la población negra. Ante la violencia con la que se les trató, la gente respondió con un boicot a dichos establecimientos. Las pérdidas comerciales acabaron propiciando el final de la segregación en los espacios públicos de esa ciudad. La misma CORE volvió a organizar en los años sesenta el *Journey of Reconciliation* que hicieron en 1947 con el nombre de *Freedom Ride*, pero tuvo que suspenderlo ante los varios intentos de linchamiento (Jim Peck sufrió golpes que casi le causan la muerte). No obstante, la acción fue finalizada y repetida en numerosas ocasiones por las asociaciones de estudian-

tes negros del sur y fue una forma de exportar el Movimiento por los Derechos Civiles a otras localidades.

El enfrentamiento final tenía que ser contra el Gobierno federal en Washington, y en principio se planificó una campaña de desobediencia civil y acción noviolenta masiva como las de Albany o Birmingham. Sin embargo, Luther King logró pactar con Kennedy el cambio de las leyes a cambio de cancelar la campaña de desobediencia y convertirla en la marcha legal que finalmente fue, así como eliminar críticas al Gobierno en los discursos que se pronunciaran. Esta acción, organizada finalmente por Bayard Rustin, fue conocida como la Marcha sobre Washington por el Trabajo y la Libertad (1963), en la cual King pronunció el famoso discurso «I have a dream» (en el que a pesar de su fama no había un contenido político revolucionario, sino más bien emocional, vinculando los símbolos norteamericanos con la idea de igualdad). El *March On Washington Movement* (MOWM) del sindicalista Philip Randolph, la otra pata de la organización, pudo por fin realizar su sueño y llevar cientos de miles de personas a la capital del país.

Toda esta eclosión revolucionaria culminó con la promulgación de la Ley de los Derechos Civiles y Ley del Derecho al Voto en 1964. No obstante, la lucha de King contra la persistente segregación continuó, radicalizándose cada vez más y alzando, tras un tiempo de indecisión, su voz también contra la Guerra de Vietnam y la pobreza, convirtiéndose en un figura revolucionaria sumamente incómoda el poder establecido. Tras su asesinato, en Memphis, en 1968, la indignación de la comunidad negra fue tal que a partir de entonces no se mantuvo cohesionada en torno a los parámetros de la noviolencia. Paradójicamente, la comunidad negra interpretó el asesinato de King como una muestra de que la noviolencia no funcionaba, en vez de lo contrario, una muestra del éxito revolucionario que estaba teniendo.

Aportaciones teóricas

Hay que decir, no obstante, que no es tan conocida la aportación que Martin Luther King realizó a la teoría de la acción noviolenta, más concretamente en el campo de la acción directa noviolenta. El manual de referencia sobre acción

noviolenta que se usó en el Movimiento por los Derechos Civiles norteamericano no fue escrito por King, ni tan siquiera por Bayard Rustin o algún otro activista negro, sino por dos blancos: Martin Oppenheimer y George Lakey; el primero era un refugiado de la Alemania nazi vinculado a CORE y el segundo, un cuáquero con una anterior y posterior larga trayectoria como entrenador para la acción noviolenta. El libro se llamaba *A Manual for Direct Action*⁴ y resumía la experiencia de todo el movimiento en el que sería uno de los primeros manuales de este tipo publicados, conocido en su tiempo como la «biblia» del Movimiento por los Derechos Civiles.

King, más que un teórico, fue un habilísimo orador, acostumbrado al púlpito de las iglesias protestantes, y las escasas aportaciones teóricas que hizo derivaron de la necesidad de legitimar sus campañas noviolentas y de explicitar su planteamiento táctico. El pastor afroamericano entendía la acción directa noviolenta como una forma de forzar la negociación cuando el oponente, situado en una posición de poder, se negaba a ello. Para King, había cuatro pasos en cierto modo similares a los tres que había mencionado Gandhi y que habían seguido los pacifistas radicales, pero con un matiz diferente. Para Luther King éstos eran: reunir información, presentar las demandas (intentar negociar), prepararse para el sacrificio (llamada a la acción noviolenta) y, finalmente, la acción directa; pero ésta sólo se empleaba con la intención de conseguir volver a la mesa de negociaciones inicial con un balance alterado en el poder de negociación. Se trataba por tanto de una combinación de persuasión y coerción que cristalizaban en la negociación, auténtico objetivo de la acción noviolenta. Con esta idea trataba de superar el idealismo de Gandhi y Gregg que ponían demasiadas esperanzas en la persuasión del oponente (que ellos entendían como su «conversión»), y desde una perspectiva realista consideraba la coerción noviolenta como necesaria en un mundo en el que la humanidad tenía limitaciones egoístas, pero matizando su uso al encuadrarla dentro de un proceso constructivo. En un texto clásico, escrito en plena eferescencia de la lucha, *Carta desde la Prisión de Birmingham*, King contestaba desde la cárcel a varios obispos y sacerdotes críticos con su campaña. King

⁴ Martin Oppenheimer y George Lakey: *A Manual for Direct Action. Strategy and Tactics for Civil Rights and All Others Nonviolent Protest Movements*, Quadrangle Books, Chicago, 1965.

explicaba así su concepción de la acción directa noviolenta y la desobediencia civil como una manera de forzar la negociación:

Ustedes podrían preguntar, ¿pero por qué la acción directa? ¿Por qué las sentadas, marchas, etc.? ¿No es la negociación un camino mejor? Ustedes tienen toda la razón al desear la negociación. De hecho, éste es el propósito de la acción directa. La acción directa no violenta busca crear una crisis tal (y establecer una tensión creativa tal) que una comunidad que constantemente se niega a negociar se vea abocada a enfrentarse al tema. Busca dramatizar la cuestión para que no pueda seguir siendo ignorada. Acabo de referirme a la creación de una tensión como parte de la resistencia no violenta. Esto puede resultar chocante. Pero debo confesar que no tengo miedo a la palabra tensión. He trabajado y dado sermones honestamente en contra de la tensión violenta, pero existe un tipo de tensión constructiva no violenta que resulta necesaria para el crecimiento. [...] Por lo tanto, el propósito de la acción directa es crear una situación tan crítica que inevitablemente abra la puerta a la negociación. Por eso estamos de acuerdo con ustedes en que es necesario negociar. Durante demasiado tiempo nuestro amado sur nos ha abrumado con el intento trágico de hacernos vivir en un monólogo en lugar de en un diálogo.

[...] Sabemos, como resultado de la dolorosa experiencia, que la libertad nunca es voluntariamente otorgada por el opresor. Debe ser demandada por el oprimido. Francamente, nunca he participado en un movimiento de acción directa que fuera «oportuno» para la agenda de quienes no han sufrido injustamente la enfermedad de la segregación racial.

[...] Alguien podría preguntar, ciertamente, ¿cómo pueden defender la violación de algunas leyes y el respeto de otras? La respuesta puede encontrarse en el hecho de que existen dos tipos de leyes: las leyes justas y las injustas. Estoy de acuerdo con San Agustín en que las leyes injustas no son leyes en absoluto. Ahora, ¿cuál es la diferencia entre las dos? ¿Cómo determina uno si una ley es justa o injusta? [...] Cualquier ley que degrada al ser humano es injusta [...] la segregación termina relegando a las personas al estado de cosas. De manera que puedo promover que la gente desobedezca las leyes segregacionistas porque son moralmente reprobables [...] Una ley injusta es una ley impuesta por una

mayoría a una minoría, una minoría que no tuvo ningún papel en su creación o aprobación porque no tuvo derecho a votar.

[...] Espero que vean la diferencia que estoy intentando señalar. De ninguna manera apoyo la eliminación de las leyes, [...] esto conduciría a la anarquía. Alguien que viola una ley injusta debe hacerlo abiertamente, con amor, [...] y con voluntad de aceptar el castigo. Creo que un individuo que viola una ley que su conciencia le dice que es injusta y que voluntariamente acepta el castigo en la cárcel para despertar la conciencia de la comunidad sobre su injusticia, está en realidad expresando el mayor respeto por la ley. [...] No debemos olvidar que todo lo que Hitler hizo en Alemania era «legal».⁵

Esa combinación entre coerción y persuasión se recogía igualmente en las teorías de la acción noviolenta que formularon las personas vinculadas al pacifismo radical, como David Dellinger o Barbara Deming. En 1965, Dellinger lo exponía con las siguientes palabras en el contexto de la aplicación de las técnicas noviolentas por el Movimiento por los Derechos Civiles:

La noviolencia puede empezar, como empezó con el joven Gandhi o como empezó con muchos negros norteamericanos, como una técnica para combatir a un desagradable opresor por el que no se tiene ningún cariño. Pero en algún lugar a lo largo de la línea, si un movimiento noviolento tiene que hacer frente a profundos miedos y privilegios, su estrategia debe fluir en el sentido de la unidad subyacente a todos los seres humanos. Por lo tanto, para bien o para mal, deben emerger las acciones cruciales, semiespontáneas e imaginativas en medio de la crisis.

Esto no significa que los negros, por ejemplo, deban amar de una forma emocional o sentimental a aquellos que les están encarcelando, disparando, golpeando o empobreciendo. No es necesario que sientan afecto personal por los complacientes blancos liberales. Pero no es suficiente con abandonar sus puños, palos, cócteles molotov y armas de fuego. La auténtica noviolencia requiere una conciencia de que los opresores blancos y las víctimas negras están mutuamente atra-

⁵ Una versión de este texto se puede leer en Staughton Lynd y Alice Lynd (eds.): *Nonviolence in America, a Documentary History*, Orbis Books, Nueva York, 1995, pp. 256-257. Texto original de 1963. [Traducción del autor.]

pados en un conjunto de relaciones que violenta los mejores instintos de todos. Se debe encontrar un camino para escapar de la trampa y liberar a ambos conjuntos de víctimas. Los llamamientos a la razón o la decencia tienen poco efecto (excepto en casos aislados) a menos de que vayan acompañados de presiones tangibles (en el bolsillo, por ejemplo) o por las inconveniencias asociadas a sentadas, ocupaciones, huelgas, boicots u obstruccionismo noviolento. Pero para que la lucha tenga alguna ganancia duradera debe apelar al hombre completo, incluido su intrínseco sentido de la decencia y la solidaridad, sus anhelos por recuperar la inocencia perdida, cuando los seres humanos eran personas para ser amadas y no objetos para ser gobernados, obedecidos o explotados.⁶

Barbara Deming lo decía con estas otras palabras en un famoso texto de 1968, llamado *Revolution and Equilibrium* (Revolución y equilibrio), en el que rebatía los argumentos principales de Fanon y otros abogados de la revolución violenta:

Este es el meollo de mi argumento: podemos hacer más presión sobre el antagonista por el cual mostramos preocupación humana. Es precisamente el desvelo por la persona en combinación con una interferencia obstinada de sus acciones lo que puede darnos un grado especial de control. Le sometemos a dos tipos de presión: la presión de nuestro desafío hacia él y la presión de nuestro respeto por su vida, y sucede que combinadas estas dos presiones resultan singularmente eficaces.

Uno de los efectos que se consigue es elevar el «nivel de conciencia» de aquellos envueltos en la lucha, en ambas partes. Dado que los derechos humanos del adversario son respetados, a través de sus acciones y sus prácticas políticas, esas acciones, esas políticas y su naturaleza real se convierten en el centro de la atención. El asunto no puede ser evitado. El antagonista no puede tomar la interferencia de sus acciones como algo personal, porque su persona no está amenazada, y se le fuerza a empezar a tomar conciencia de la realidad del agravio que se sufre. Y aquellos en la rebelión comprometidos con la disciplina del respeto por todas

⁶ David Dellinger: «The future of Nonviolence», *Studies on the Left*, invierno de 1965, pp. 90-96. Aparece en la antología de Staughton Lynd y Alice Lynd (eds.): *ob. cit.*, p. 401. [Traducción del autor].

las vidas humanas, y capacitados por su disciplina para evitar el trance que Fanon describe como «donde el rostro de otro me provoca vértigo», están capacitados para ver con mayor claridad lo que Oglesby dice: «el enemigo no son unos cuantas personas, sino el sistema entero», y estudiar ese sistema.

Cuanto más se dramatizan los asuntos reales y cuanto más se saca la lucha del ámbito personal, más control se empieza a ganar a los adversarios por parte de aquellos en rebelión noviolenta. Se trata de ser capaz al mismo tiempo de interrumpir todo el funcionamiento habitual del oponente, haciéndole imposible operar dentro del sistema, como hace habitualmente, pero también de moderar su respuesta, haciéndole imposible simplemente contraatacar sin pensar o usando toda su fuerza. Es como si se pusieran dos manos sobre él, una calmándole, haciéndole formularse preguntas, y la otra haciéndole moverse.⁷

Esta visión de King, Dellinger y Demming, junto con la de otros y otras pacifistas radicales como Dorothy Day, A. J. Muste, Bayard Rustin o Staughton Lynd, renovó el planteamiento que de la acción directa noviolenta se había hecho desde movimientos sociales, pues ya se habían estado usando estos métodos desde que las sufragistas popularizaran la resistencia pasiva, y sirvió para que se usaran en masa como pequeñas y puntuales formas de desobediencia civil al alcance de cualquier movimiento. La extensión de los principios noviolentos de origen religioso a la acción política permite suponer que King debería ser ubicado dentro de la corriente holística, con posturas muy cercanas a las de Gandhi o Tolstói. Sin embargo, igual que en el caso de éstos, al aplicar estos principios religiosos holísticos a la acción política su visión coincide con la de la ética sociopolítica. El éxito de su movimiento, que sacó a la luz las contradicciones sociales en el país que lideraba el bloque capitalista, su brillantez mediática y lo tristemente sonado de su asesinato, dieron a su pensamiento la suficiente resonancia como para eclipsar al resto de figuras de este tiempo antes mencionadas, así como para inspirar nuevos movimientos noviolentos, empezando en su propio país por el movimiento de resistencia a la Guerra de Vietnam, que en 1967 realizó otra gran marcha sobre Washington. En esta guerra fueron 206.000 personas las que fueron denunciadas por

⁷ Este texto fue publicado en la revista *Liberation* en febrero del 68 y aparece también en Staughton Lynd y Alice Lynd (eds.): *ob. cit.*, pp. 405 y ss.

negarse a ser reclutadas, pero además se produjeron 93.000 deserciones en el ejército, el triple que durante la Guerra de Corea y aproximadamente un 7% del total de reclutas.⁸

Otros movimientos noviolentos de posguerra

En Europa y Latinoamérica hubo a su vez movimientos noviolentos, como la teoría de la liberación noviolenta de Adolfo Pérez Esquivel en Latinoamérica, las campañas por las mejoras sociales de Danilo Dolci en Sicilia o las campañas de los movimientos pacifistas de Gran Bretaña, Francia o Alemania. También en esos años, en la Argelia de 1961, por entonces todavía colonia francesa, varios generales iniciaron un golpe de Estado para protestar contra las negociaciones que estaba entablando el presidente De Gaulle con los independentistas. La respuesta noviolenta en forma de no colaboración que obtuvieron por parte de la población francesa llevó al fracaso de los militares y ayudó a encauzar el camino de la independencia argelina.

En otras partes del mundo también se articularon importantes movimientos noviolentos, como la fracasada campaña contra la discriminación tamil por el Partido Federal de Chelvanayakam, en la entonces llamada Ceilán y ahora Sri Lanka, o la campaña anticolonialista de boicot masivo llevada a cabo en Ghana en los cincuenta por Kwame Nkrumah y que, finalmente, llevó a la independencia en 1957; o la que llevó a la de Zambia en 1961, liderada por Kenneth Kaunda. En Sudáfrica, desde los años cuarenta, el Congreso Nacional Africano (inspirado profundamente en Gandhi y el movimiento independentista indio) realizó asimismo campañas de huelgas, boicots y desobediencia civil, en la que destacarían posteriormente Steve Biko, Desmond Tutu o Nelson Mandela.

Por otro lado, Greenpeace, fundada en Vancouver, Canadá, en 1971, empezaba a hacer espectaculares acciones directas noviolentas, renovando por completo el movimiento ecologista e inspirando con sus formas de acción a otros movimientos sociales. Igualmente en los años setenta, aunque eclipsada

⁸ Datos extraídos de Jonathan Neale: *La otra historia de la Guerra de Vietnam*, El Viejo Topo, Madrid, 2003, pp. 173 y ss.

en los medios de comunicación por la lucha guerrillera de la OLP, en Palestina se fue fraguando un sistema de resistencia noviolenta basado en el concepto de *sumud*, firmeza, que supondría la base para la posterior masificación de la misma durante la Primera Intifada en los ochenta, una campaña de no cooperación y desobediencia civil que también tuvo rasgos de insurrección callejera con enfrentamientos en la calle.

La reformulación del concepto de desobediencia civil

Todas estas iniciativas volvieron a sacar a la luz pública el debate sobre la legitimidad de la desobediencia civil y la acción noviolenta, ante la necesidad de legitimar estas campañas en las que participaron muchas veces intelectuales de la talla de Bertrand Russell (ya anciano), Erich Fromm o Noam Chomsky. Bertrand Russell, como hemos visto, ya había apoyado la objeción de conciencia durante la Primera Guerra Mundial, y volvió al activismo pacifista mediante acciones y campañas antinucleares tras la Segunda (volvió a pisar la cárcel con casi noventa años). El historiador E. P. Thompson fundó en Gran Bretaña junto a Russel la Campaña por el Desarme Nuclear (CND) y con su concepto de «exterminismo» describió perfectamente la paranoia de la época de Guerra Fría en la que vivía. El psicólogo Eric Fromm, el historiador Howard Zinn y el lingüista Noam Chomsky, todos de conocido renombre en sus respectivos campos, apoyaron a los objetores de conciencia y las acciones del movimiento contra la Guerra de Vietnam en los Estados Unidos, mientras que el biólogo Peter Singer participó desde el movimiento de liberación animal.

Se vivía, por tanto, una redefinición continua del concepto mismo de desobediencia civil para incluir o excluir las diferentes acciones que estos y otros movimientos iban haciendo en su praxis política. Ya no se discutía por tanto sobre la legitimidad o no de la desobediencia civil, puesto que se había llegado ya al consenso tácito de que la desobediencia civil era una forma legítima de acción ciudadana, lo que hacía que el debate se trasladara consecuentemente a la consideración de si ciertas formas de acción directa noviolenta que impli-

caban desobediencia se podían considerar o no como desobediencia civil, con la idea de saber si eran legítimas o no. De este modo, el concepto de desobediencia civil pasó a discutirse ya no sólo entre activistas que buscaban la legitimación de sus actos de desobediencia, sino entre teóricos que integraban el concepto dentro de sus teorías de la democracia.

El primero en establecer una definición académica fue Hugo Adams Bedau en 1961,⁹ pero fue principalmente a través de John Rawls¹⁰ y Jürgen Habermas¹¹ con los que el concepto logró la mayor legitimidad académica, al incluirlo ambos en sus teorías generales sobre la democracia. Ambos autores han sido importantes referentes teóricos en las ciencias sociales: Rawls fue el principal exponente del llamado pluralismo político, una de las corrientes principales de la ciencia política, y Habermas de la llamada teoría crítica, o segunda generación de la Escuela de Frankfurt, una corriente que en los años sesenta estaba revolucionando las ciencias sociales. De este modo, después de la aportación de este término, cualquier teoría sobre la democracia, académica o no, debe incluir un posicionamiento acerca de la legitimidad o no de la desobediencia civil y, sobre todo, de los límites de ésta. Este avance era desde luego una consecuencia lógica de contemplar el poder bajo la doble dimensión de mandato y obediencia, pues necesariamente implica la posibilidad de una desobediencia legítima.

Además, estas aportaciones ayudaron a establecer una definición más o menos canónica del concepto de desobediencia civil, quedando establecida como «una forma de acción política en la que se transgrede conscientemente la ley de forma pública, colectiva y sin violencia con el propósito de generar un cambio político y asumiendo las consecuencias legales derivadas de ello». La clave, por lo tanto, está en que es un acto consciente, colectivo, sin violencia, político, y en el que se asume la represión. Curiosamente, esta definición excluiría muchos actos de objeción de conciencia considerados como tal usualmente, incluso el acto de Thoreau que dio origen al concepto, al ser al

⁹ Hugo A. Bedau: «On Civil Disobedience», publicado en *The Journal of Philosophy*, vol. 58, 1961, pp. 653-661.

¹⁰ John Rawls: *A theory of Justice*, Belknap Harvard, Massachusetts, 1971, pp. 363-391.

¹¹ Jürgen Habermas: «La desobediencia civil. Piedra de toque del Estado democrático de Derecho», en *Escritos políticos*, Península, Barcelona, 1987.

fin y al cabo éste un acto individual. De hecho, el propio Rawls distinguió precisamente entre la objeción de conciencia y la desobediencia civil, señalando que mientras que la última es un acto colectivo y político que busca la transformación social, la primera es un acto individual de no-colaboración que busca la coherencia personal, aunque no se ha usado en este sentido por los movimientos de objetores de conciencia, que la consideran como un acto de desobediencia civil al reclutamiento militar. Para evitar confusiones, en algunos movimientos de objeción de conciencia se han hecho necesarias algunas fórmulas para designar al objetor que participa en una campaña de desobediencia civil cuyo fin es un cambio político. Hemos visto cómo en la Primera y Segunda Guerra Mundial los objetores que en Gran Bretaña y Estados Unidos rechazaron por estos motivos el servicio civil fueron denominados *absolutists*; posteriormente, en Estados Unidos, durante la Guerra de Vietnam fueron denominados *total objectors*, mientras que en la España de los noventa o el Chile del nuevo milenio se optó por recuperar el término que Tolstói había creado precisamente para diferenciar la objeción individual de la política: «insumisos».

El auge de la apología de la violencia revolucionaria

Hay que señalar, no obstante, que paralelamente a la extensión de la acción noviolenta se vivió un incremento de la justificación de la violencia revolucionaria incluso en movimientos de protesta. Mientras que en Checoslovaquia se vivió un breve ejemplo de efectividad noviolenta: la resistencia a la invasión soviética, durante la llamada Primavera de Praga, en 1968, en otras partes se organizaban grandes disturbios. En Praga se recurrió a diferentes trucos (como cambiar las direcciones de los carteles indicadores para confundir al invasor) y formas de no-colaboración que entorpecieron, si no imposibilitaron, al Ejército Rojo en el cumplimiento de sus objetivos. Sin embargo, la resistencia civil, no siempre noviolenta, finalizó por causa de la rendición de los líderes políticos checos retenidos en Moscú, que pidieron a los y las activistas que cesaran las movilizaciones. En el contexto internacional en el que surgió,

en plena efervescencia de la Guerra Fría, hubiera tenido muy difícil triunfar frente a la Unión Soviética y es inútil hacer cábalas sobre qué hubiera podido pasar si no hubiera habido esa traición de los líderes. Lo que sí es cierto es que, gracias a que el pueblo checo optó por la noviolencia, se evitó un baño de sangre cuando los tanques rusos entraron en Praga, y que las estrategias que usaron fueron tremendamente efectivas.

Estos eventos tuvieron eco a nivel mundial, y Mayo del 68, especialmente en París, se convirtió en el inicio de un nuevo ciclo de movilizaciones y protestas en el que se perdía la seña de identidad noviolenta de la resistencia civil en favor de una idea de insurrección urbana que, si bien no era lucha armada, no estaba exenta de violencia, que se justificaba con textos de Franz Fanon, entre otros. Además, el asesinato de Luther King causaba en Estados Unidos una explosión de ira de la comunidad negra, que dejaría de optar mayoritariamente por los métodos noviolentos y se inclinaría por el espíritu del *Black Power* (Poder Negro), por organizaciones sólo para negros, en vez de multiétnicas, y por formas de acción más agresivas.

Además, el movimiento contra la Guerra de Vietnam abandonaba su cohesión en torno a la noviolencia y se dividía en tres grandes corrientes: la pacifista radical, liderada por David Dellinger tras la muerte de Muste; la *yippie* (Youth International Party, versión política del movimiento hippy), y las asociaciones de estudiantes, abogando estas dos últimas por tácticas de guerrilla urbana similares al Mayo del 68 de París. En este contexto nacieron los Panteras Negras, que rechazaban la noviolencia considerando el asesinato de King una muestra de la intransigencia blanca. En las protestas contra la guerra durante la Convención Demócrata en Chicago, en agosto del 68, 10.000 manifestantes fueron reprimidos violentamente por 20.000 policías y guardias nacionales, dando lugar a duras escenas de batallas urbanas televisadas en directo. Se pudo ver cómo la policía castigaba duramente a manifestantes pacíficos que ante las cámaras gritaban: «The whole world's whatching» (el mundo entero está mirando). No obstante, no todos los manifestantes mantuvieron una postura noviolenta y se acusó a los organizadores de las protestas de incitar a los disturbios. El juicio por estos sucesos, conocido como el juicio contra los *Chicago Eight*, comportó varios años de cárcel para los principales líderes y quedó en el imaginario colectivo como un símbolo de la resistencia

contra la guerra.¹² En este juicio, que se alargó durante meses y que fue un gran foco de atención mediática, se dieron situaciones tan anómalas como la de amordazar y atar a la silla al acusado Bob Seale, de los Panteras Negras; la evidente falsedad de las declaraciones de dudosos testigos con acusaciones inverosímiles de llamar a la resistencia violenta a un largo tiempo defensor de la noviolencia como Dave Dellinger; las mofas de los yippies Rubin y Hoffman contra el juez, o la condena a penas de cárcel por desacato al tribunal a los abogados defensores. Estas anomalías y otras más (se había negado a los abogados el derecho a hacer ciertas preguntas) hicieron que finalmente se pudiera recurrir la sentencia y no entrara ningún acusado en la cárcel, pasando los activistas a adquirir notoriedad nacional y convirtiéndose el proceso en un hito de la contracultura norteamericana. Sin embargo, los debates surgidos a raíz de los actos de violencia y cómo responder a ella, causaron el final de las grandes coaliciones que lucharon de forma noviolenta contra la intervención en Vietnam; y aunque la resistencia prosiguió, ya no fue cohesionada ni predominantemente noviolenta.

En el propio ejército en Vietnam, la insubordinación de los soldados se hizo permanente y muchos se negaron a arriesgar la vida por una guerra que consideraban ilegítima y perdida. Las consecuencias serían mucho más trágicas, extendiéndose, por ejemplo, la práctica del *fraggings* o asesinato de oficiales que pretendían llevar a las compañías a peligrosas situaciones de combate.¹³ Hubo, no obstante, muchas más muestras de resistencia dentro del propio ejército de Estados Unidos, donde fueron constantes las rebeliones en masa o se realizaron importantes sabotajes. En las bases norteamericanas de todo el mundo hubo más de trescientos periódicos clandestinos, muchas negativas a llevar a cabo acciones de combate, motines, desertiones, todo ello en

¹² El juicio quedó luego reducido a los *Chicago Seven*, al excluir del juicio al líder de las Panteras Negras Bob Seale, al que no se dejó defenderse a sí mismo después de que también se le negara el derecho a que su abogado lo hiciera. El resto de acusados, los siete propiamente dichos, eran Abbie Hoffman, Jerry Rubin, David Dellinger, Tom Hayden, Rennie Davis, John Froines y Lee Weiner. Como los dos abogados fueron condenados a las mismas penas de cárcel que los defendidos, también se ha citado el caso como el de los *Chicago Ten*.

¹³ Según el ejército, 563 oficiales fueron muertos por esta práctica entre 1969 y 1970, aunque la mayoría de los casos no fueron investigados, por lo que la cifra real se calcula en torno a los 1.000. Ver Jonathan Neale: *ob. cit.*, pp. 180 y ss.

estrecha relación con el movimiento contra la guerra. Esta actitud poco combativa, acrecentada por un sistema de reclutamiento clasista y racista que intensificaba aún más el odio hacia los superiores, junto con las ofensivas del Vietcong, hicieron que el Gobierno de los Estados Unidos perdiera toda esperanza de ganar la guerra y, ante la posibilidad de una mayor desestructuración de sus propias tropas, se acabó retirando de Vietnam en 1973. De nuevo, no hay que considerar las campañas noviolentas como la causa única del triunfo de la campaña contra la guerra, sino como un importante factor más que influyó decisivamente en algunos de los otros factores, como la conciencia en el propio ejército de reemplazo de la ilegitimidad de la guerra.

20. Gene Sharp y las políticas de la acción noviolenta

Hay acuerdo unánime en señalar que el estudio sobre la acción noviolenta más importante hasta la fecha es el libro en tres volúmenes del norteamericano Gene Sharp, *The Politics of Nonviolent Action*,¹ publicado en 1973 (sin traducción al castellano, por el momento). Este pensador, que pasó ocho meses en la cárcel por objetar a la Guerra de Corea durante los años cincuenta en Estados Unidos, fue uno de los primeros en sistematizar el campo de la noviolencia y, sin duda, el autor más reconocido. La gran aportación de Sharp fue la creación del concepto mismo de acción noviolenta, frente al de simplemente «noviolencia» o «resistencia noviolenta» que se habían empleado hasta entonces. Con ello ponía de manifiesto que la acción noviolenta no sólo era ejercida a causa de las convicciones morales de los activistas, como habían defendido muchos autores anteriores, sino también por la efectividad de las mismas. En consecuencia, a partir de Sharp se empezó a distinguir entre el enfoque ético/ideológico (que nosotros hemos diferenciado en holístico y sociopolítico) y el pragmático (en sus vertientes teórica e histórica). En el siguiente párrafo resumía algunos de los mitos habituales sobre la acción noviolenta:

¹ Gene Sharp: *The Politics of Nonviolent action*, *ob. cit.*

Examinando y corrigiendo las falsas concepciones sobre la acción noviolenta seremos capaces de destacar características muy positivas de la misma. 1) Esta técnica no tiene nada que ver con pasividad, sumisión y cobardía; igual que en la acción violenta, éstas deben ser rechazadas y superadas (para poder empezar la acción). 2) La acción noviolenta no es equivalente a persuasión verbal o psicológica, aunque se puede usar la acción para provocar presión psicológica para un cambio de actitud; la acción noviolenta, en vez de palabras, es una actitud y una técnica de lucha que requiere poder político, social y económico, y el juego de fuerzas en conflicto. 3) La acción noviolenta no parte de que la gente es inherentemente buena; por el contrario, reconoce las potencialidades de las personas para el bien y para el mal, incluidos los extremos de crueldad e inhumanidad. 4) Las personas que recurren a la acción noviolenta no tiene que ser pacifistas o santos; la acción noviolenta ha sido practicada predominante y exitosamente por gente ordinaria. 5) El éxito de la acción noviolenta no requiere (aunque puede ayudar) de estándares y principios compartidos, un alto grado de comunión de intereses o un alto grado de cercanía psicológica entre los grupos implicados en la misma; puesto que cuando fallan los esfuerzos para producir un cambio voluntario, se puede recurrir a la coerción noviolenta. 6) La acción noviolenta es al menos tan occidental como oriental; de hecho, es probable que sea más occidental, si se tiene en cuenta la amplia difusión de huelgas y boicots en el movimiento obrero y las campañas de no-cooperación en las luchas de nacionalidades sometidas. 7) En la acción noviolenta no se supone que el oponente se contendrá de usar la violencia contra los activistas noviolentos; la técnica está diseñada para operar contra la violencia cuando sea necesario. 8) No hay nada en la acción noviolenta que impida que sea usada para causas buenas o malas; no obstante, las consecuencias sociales de su uso para una mala causa pueden diferir considerablemente de las consecuencias resultantes de recurrir a la violencia para esa misma causa. 9) La acción noviolenta no está limitada a conflictos domésticos en sistemas democráticos, ha sido ampliamente empleada contra regímenes dictatoriales, ocupaciones extranjeras e incluso sistemas totalitarios.²

² *Ibid.*, p. 70. [Traducción del autor.]

Pero la aportación de Sharp fue mucho más allá. En el libro ya mencionado clasificó, catalogó y analizó (dedicando el segundo volumen del mismo íntegramente a ello) casi doscientas formas diferentes de acción noviolenta. Esos 198 métodos estaban clasificados en las siguientes categorías ya canónicas: métodos de protesta, de persuasión noviolenta, de no-cooperación social, de no-cooperación económica, de no-cooperación laboral (huelgas) y métodos de intervención noviolenta. Igualmente, proporcionó numerosos ejemplos históricos entre los que ya vienen a ser habituales en cualquier manual de acción noviolenta y de los que hemos ido hablando en capítulos anteriores.

Además, Sharp analizó la problemática logística a la que se enfrentan los activistas que practican la acción noviolenta, tal como riesgos, miedos, liderazgos, represión, solidaridad, disciplina o cómo ganarse apoyo de terceras partes; y analizó asimismo la redistribución del poder que genera la noviolencia. También recuperó una propuesta de Lakey relativa a tres formas de obtener éxito mediante la acción política noviolenta: por conversión del oponente, acomodación del oponente o coerción noviolenta del mismo; enumerando, además, todos los factores, tanto internos como externos que pueden influir en cada una de ellas. Esta propuesta sintetizaba las aportaciones de Gandhi y Gregg en pro de la conversión, de Case y los movimientos pragmáticos que éste estudió (nacionalistas y obreros) en pro de la coerción, y de Luther King y los pacifistas radicales norteamericanos como Dellinger o Deming en pro de la negociación o acomodación. Los siguientes párrafos resumen buena parte de sus propuestas, incluyendo las categorías de métodos de acción y mecanismos de éxito de la acción noviolenta.

La acción noviolenta no es sinónimo de «pacifismo», ni es equivalente a sistemas religiosos o filosóficos ni tampoco es un asunto de principios morales. Quienes se adhieren a algunos de estos sistemas de creencias pueden ver la acción noviolenta compatible con sus convicciones e, incluso, llegar a seguir sus métodos si se ven envueltos en conflictos. Quienes se adhieren a ciertos credos que también enfatizan la noviolencia podrían encontrar esta técnica demasiado «mundana» o «coercitiva» para ellos. De forma inversa, la acción noviolenta ha sido practicada usualmente, y en la gran mayoría de los casos también liderada, por gente que no era pacifista y que vieron en ella un método

efectivo de acción. La idea popular de que sólo los pacifistas pueden practicar con efectividad la acción noviolenta, una visión presentada algunas veces con gran presunción por los propios pacifistas, es sencillamente falsa.

Además, en muchos casos las motivaciones para usar la acción noviolenta se han mezclado con consideraciones prácticas combinadas con una preferencia moral por la noviolencia (aunque la violencia no fuera rechazada por principio). Este tipo de motivación mixta es probable que se dé más frecuentemente en la acción noviolenta, puesto que cada vez se tienen más en cuenta las importantes ventajas prácticas respecto a la violencia. Se asume frecuentemente que el activista noviolento busca primariamente convertir a su oponente a una aceptación positiva de su punto de vista. Sin embargo, no hay un patrón estándar de prioridad para los cambios de actitud o creencia o los cambios políticos y estructurales. Algunas veces el grupo noviolento puede buscar cambiar las actitudes y creencias del oponente como un paso preliminar para cambiar sus políticas e instituciones; otras, la acción noviolenta puede ser una expresión de la determinación de los miembros del grupo para no permitir al oponente cambiar sus propias actitudes o creencias; o las acciones pueden estar orientadas principalmente a cambiar políticas e instituciones o a frustrar los intentos del oponente de alterarlas, independientemente de si estas actitudes y creencias han sido o no cambiados antes (lo que parece que se da en la mayoría de los casos). En otras ocasiones, el grupo noviolento busca cambiar actitudes y políticas simultáneamente.

La acción noviolenta puede involucrar: 1) actos de omisión, esto es, que la gente que la practica puede rechazar hacer actos que hace usualmente, que se espera por costumbre o que se le exige por la ley u otra regulación jurídica que haga; 2) actos de comisión, que son actos que la gente no hace habitualmente, que no se espera por costumbre que haga o que están prohibidos, o 3) una combinación de actos de omisión o comisión.

Esta técnica contempla tres clases de métodos: 1) Cuando los grupos noviolentos usan ampliamente acciones simbólicas para persuadir al oponente o a quien sea, o para expresar la desaprobación o disentimiento del grupo, esta conducta puede ser llamada protesta noviolenta y persuasión. En esta categoría entran manifestaciones, marchas, desfiles y vigiliás. Estos métodos en particular pueden usarse en un intento de cambiar opiniones o expresar desacuer-

do, o ambos. 2) Cuando los grupos noviolentos actúan mayormente mediante la retirada de la cooperación social, económica o política. Esta categoría contiene tres subtipos que incluye no-cooperación social, no-cooperación económica (boicots económicos y huelgas) y no cooperación política. 3) Cuando el grupo noviolento actúa mayormente mediante intervención directa. En esta categoría el grupo noviolento toma claramente la iniciativa mediante medios como sentadas, obstrucción noviolenta, invasión noviolenta y gobierno paralelo. La técnica puede ser aplicada por individuos, por grupos pequeños o grandes o por masas de gente.

Hay mucha variedad entre los muchos métodos específicos que conforman esta técnica, y también existe una gran variedad en las intensidades y tipos de presión ejercidos con esta técnica. Cuando es exitosa, la acción noviolenta opera sobre uno de los llamados mecanismos de cambio. En la conversión, el oponente reacciona a las acciones de los activistas llegando a un nuevo punto de vista en el que aquel acepta los objetivos de éstos. En la acomodación, el oponente acepta las demandas y se ajusta a la nueva situación sin cambiar sus puntos de vista. Cuando opera la coerción noviolenta, el cambio se logra contra la voluntad del oponente, sin su acuerdo, las fuentes de su poder han sido socavadas por medios noviolentos y ya no tiene su control.³

En los años noventa, tras la caída del Bloque Soviético, Sharp añadió un cuarto mecanismo, la desintegración, que se puede interpretar como una forma de coerción extrema:

La lucha noviolenta puede ser mucho más poderosa de lo que indican los mecanismos de conversión o acomodación. La no-cooperación masiva y el desafío pueden cambiar tanto la situación política o social, especialmente las relaciones de poder, que los dictadores pierden la capacidad de controlar los procesos económicos, sociales, políticos del Gobierno y la sociedad. Las fuerzas militares del adversario pueden volverse tan poco de fiar que ya simplemente no obedezcan las órdenes de reprimir a los resistentes. Aunque los dirigentes del Gobierno permanezcan en sus posiciones y sigan firmes en cuanto a sus

³ *Ibid.*, pp. 68-69. [Traducción del autor.]

objetivos originales, han perdido la capacidad de actuar con efectividad. A esto se le llama coerción noviolenta.

En algunas situaciones extremas, las condiciones que han producido la coerción noviolenta van aún más lejos. La cúpula del adversario, de hecho, pierde toda su capacidad para actuar, y se viene abajo toda su estructura de poder. La conducta noviolenta, la no-cooperación y el desafío de los resistentes se hacen tan perfectos que sus adversarios ahora carecen hasta del simulacro de control sobre ellos. La burocracia del adversario se niega a obedecer sus propios mandos. Las tropas del adversario y su policía se amotinan. Los simpatizantes y colaboradores del poder adverso repudian a sus antiguos dirigentes y les niegan derecho alguno a mandar. A partir de esto, la antigua obediencia y colaboración desaparecen. El cuarto mecanismo de cambio, la desintegración del sistema del adversario, es tan completo que éste no tiene siquiera suficiente poder para rendirse. El régimen se ha desintegrado.⁴

La teoría del poder

Previamente, Sharp había elaborado una teoría del poder basada en la división entre gobernantes y gobernados, siguiendo en eso la tendencia de autores que desde las ciencias sociales habían profundizado en las perspectivas de Durkheim y Weber, que hemos visto en capítulos anteriores. Entre éstas figuran George Bordeau, Carl Joachim Friedrich, André Haourieau, Michel Crozier o Erhard Friedberg, que habían estudiado el poder centrándose precisamente en el polo opuesto al mando, esto es, la obediencia. Desde las ciencias sociales se había establecido la tautología «Poder = coerción + consentimiento», donde la distinción entre coerción y consentimiento dependía de la voluntad del sujeto sobre el que se trata de conseguir obediencia. Es en este contexto teórico en el que Gene Sharp, siguiendo principalmente las ideas de Bertrand de Jouvenel, elaboró su teoría del poder para fundamentar su teoría de la acción noviolenta basada en una división entre gobernantes y

⁴ Gene Sharp: *De la dictadura a la democracia. Un sistema conceptual para la liberación*, Albert Einstein Istitution, Boston, 2003, pp. 36 y 37. Primera edición en inglés en 1993. [Traducción del autor.]

governados, en la que el poder de los gobernantes deriva del consentimiento de los gobernados y la acción noviolenta consiste en el proceso de retirar el consentimiento que se da a los gobernantes.

Sin embargo, las ciencias sociales estaban en los años setenta evolucionando hacia otros puntos de vista estructuralistas, que señalaban precisamente la debilidad de la libertad humana ante las estructuras sociales. Mientras que autores como Sartre y Althusser ponían de manifiesto la importancia de las estructuras sociales como configuradoras del mundo social, y por tanto como delimitadoras de los ámbitos de poder y libertad de las personas; otros autores y autoras como Hannah Arendt, Norbert Elias, Michel Foucault o Pierre Bourdieu se fijaron en los procesos por los cuales los individuos interiorizan las pautas de comportamiento del orden social. Su aportación sería importantísima porque en vez de hablar de consentimiento, concepto inevitablemente voluntarista en tanto que individualista, hablaban de consenso, concepto inevitablemente social. De esta manera desaparecía la dicotomía abstracta entre dominantes y dominados, de forma que cada persona colaboraría en cierta medida con el consenso establecido, independientemente del grado de participación que haya tenido en la elaboración del mismo. Esta visión recogía las críticas estructurales al sistema político que habían hecho los anarquistas y al sistema económico que habían hecho los marxistas, a la vez que permitía incorporar las críticas también estructurales que los nuevos movimientos sociales (feminismo, pacifismo y ecologismo) estaban realizando en esos momentos. En especial habría que señalar la importante labor de la teoría feminista en señalar la influencia de las estructuras patriarcales en las diferentes facetas de la vida social, que anteriormente habían pasado desapercibidas y que generan relaciones de dominación entre las diferentes identidades de género, pero también de sumisión y aceptación consciente de esa situación desfavorable.

De este modo, la teoría de Sharp puede explicar acertadamente el funcionamiento de la acción noviolenta y hacerla encajar perfectamente en situaciones extremas tales como dictaduras, guerras o genocidios, pero no puede analizar cómo se establece el consenso en torno al cual se otorga o se niega el consentimiento, aspecto que más se habían detenido a analizar precisamente los autores de la corriente holística al tratar de legitimar la acción noviolenta. No obstante, el análisis de Sharp sobre la logística de la acción noviolenta ha

sido sumamente útil para activistas que operan en contextos donde existen sistemas de poder complejos. De hecho, sus técnicas han sido ampliamente utilizadas en movimientos antisistémicos de países democráticos, aunque sus esfuerzos se hayan dirigido a dotar de herramientas de acción a activistas democratas en dictaduras.

Obras posteriores

The politics of nonviolent action cambió profundamente las ideas sobre la acción noviolenta, dado su carácter sistemático y su rigor académico. Desde entonces, Sharp ha seguido escribiendo sobre acción noviolenta desde la Albert Einstein Institution de Boston que él dirige. Entre sus obras posteriores destacan *Gandhi as a Political Strategist*, de 1979, *Social Power and Political Freedom*, de 1980, *Making Europe Unconquerable*, de 1985, o *Civilian Based Defense*, de 1990.

Algunas de las ideas apuntadas en estos libros las veremos en el siguiente capítulo, dedicado a las teorías de la defensa civil. En los noventa publicó otro clásico de las teorías de la acción noviolenta, un resumen de las teorías de Sharp escritas para activistas con el título *From Dictatorship to Democracy*, editado años después en español con el título *De la dictadura a la democracia. Un sistema conceptual para la liberación*. El libro se escribió como manual estratégico para la lucha por la democracia en Birmania, pero merced a la labor de muchos activistas y mecenas ha sido traducido a otros idiomas de países con dictaduras. La idea fundamental que sustenta es que es posible liberarse de las dictaduras por medios noviolentos, pero para ello se necesita una reflexión cuidadosa y una planificación estratégica, así como estar dispuestos a pagar un precio muy alto.

En este libro, además de volver a exponer los principios básicos de sus teorías, hacía alguna revisión de planteamientos anteriores como la inclusión del mecanismo de «desintegración» que hemos visto más arriba. Otro concepto que apuntaba en este libro era el de «desafío político», que se puede entender como un proceso revolucionario noviolento. Sharp resumía del siguiente modo las características ventajosas del desafío político:

- *No acepta que la resistencia dependa de los medios de lucha que emplea la dictadura.*
- *Es difícil para el régimen combatirlo.*
- *Puede agravar las debilidades de la dictadura y negarle sus fuentes de poder.*
- *Puede dispersarse en cuanto a la acción o concentrarse en un objetivo específico.*
- *Conduce a errores de juicio y de acción por parte de los dictadores.*
- *Puede utilizar a la población como un todo, y a los grupos e instituciones de la sociedad en lucha, y acabar con el dominio brutal de unos pocos.*
- *Sirve para acrecentar la distribución de poder efectivo en la sociedad, haciendo que el establecimiento y mantenimiento de una sociedad democrática sea más viable.*⁵

Hacia por tanto un concienzudo análisis estratégico que buscaba los puntos débiles de las dictaduras para aplicar los métodos más adecuados. Su crítica era que habitualmente las revoluciones eran improvisadas y muchas veces fallaban por este motivo. Además, justificaba la mayor eficacia de la acción noviolenta que la lucha armada en la lucha por la democracia, al considerar la propia práctica de la noviolencia como una práctica democrática imprescindible para construir la propia democracia.

La experiencia de aplicar la lucha noviolenta puede hacer que la población confíe más en sí misma, en cuanto a desafiar las amenazas del régimen y la capacidad de éste para la represión violenta.

- La lucha noviolenta se puede usar para defender la práctica de las libertades democráticas, tales como la de expresión, la prensa libre, las organizaciones independientes y el derecho a reunirse enfrentándose a controles represivos.

- La lucha noviolenta contribuye de forma importante a la supervivencia, renacimiento y fortalecimiento de los grupos e instituciones independientes de la sociedad, como mencionamos antes. Éstas son importantes para la democra-

⁵ Gene Sharp: *De la dictadura a la democracia...*, ob. cit., pp. 29 y 30. [La traducción de la primera entrada ha sido ligeramente modificada; N. del A.]

cia por el valor que tiene para movilizar la capacidad de poder de la población y de imponerle límites al poder efectivo de cualquier dictador en potencia.

- La lucha noviolenta suministra armas mediante las cuales la población logra concentrar su poder contra la acción represiva, policiaca o militar, ejercida por un gobierno dictatorial.

- La lucha noviolenta ofrece métodos mediante los cuales la población y las instituciones independientes pueden, en interés de la democracia, restringirle o negarle los recursos de poder a la minoría gobernante y, por lo tanto, amenazar su capacidad de seguir ejerciendo la dominación.⁶

Las últimas obras de Sharp son *There are Realistic Alternatives*, publicada en 2003 y que es un nuevo resumen divulgativo de sus teorías, y *Waging Non-violent Struggle*, publicada en 2005 y que recoge un amplio número de estudios de caso de movimientos noviolentos, así como una nueva actualización de sus principios teóricos y estratégicos.

Hay que señalar, por otro lado, que la Albert Einstein Institution, de Boston, que Sharp dirige, ha sido criticada precisamente por no ser una organización de corte pacifista, como podría dar a entender su referencia a Einstein (que, por cierto, como hemos mencionado ya, abandonó el pacifismo en la Segunda Guerra Mundial), sino que se ha financiado con dinero de instituciones militares del Gobierno estadounidense y ha estado entrenando en técnicas de resistencia noviolenta a movimientos de oposición pro americanos en países con regímenes comunistas como Cuba, China o Birmania.⁷ Estas graves acusaciones procedentes de ámbitos marxistas tienen parte de razón, en la medida en que Sharp parte de una concepción muy conservadora de la democracia, alejada de toda crítica al capitalismo o a los problemas de representatividad parlamentaria. No obstante, estas críticas no quitan validez a las importantes aportaciones estratégicas del pensamiento de Sharp, como muestra el hecho de que sus técnicas hayan sido usadas tanto por movimientos anticapitalistas en democracias como por movimientos pro democráticos en dictaduras. Esto vendría a confirmar la idea de que la noviolencia tiene una faceta

⁶ *Ibid.*, pp. 38 y 39.

⁷ El polémico artículo de Thierry Meyssan que denunciaba este hecho se puede consultar en: <http://www.voltairenet.org/article123805.html>.

instrumental que puede ser usada para cualquier fin político, no sólo los eminentemente pacifistas con los que se le suele relacionar, sino que, podría ser un instrumento más del imperialismo capitalista (si es que derribar una dictadura comunista se puede interpretar como tal). El ejemplo clásico de esta disyuntiva es el uso de formas de acción noviolenta por grupos contrarios al aborto en los Estados Unidos; pero hay muchos más ejemplos, como podría ser la objeción de conciencia de concejales y jueces a realizar matrimonios homosexuales en España, o un hipotético enfrentamiento entre dos posibles movimientos noviolentos con propósitos opuestos. El que se haya usado y se vaya a usar la acción noviolenta para propósitos distintos e incluso enfrentados lo que hace es precisamente ratificar las ideas de Sharp de que la acción noviolenta es una forma muy efectiva de acción política, no una doctrina moral, como la consideraron Tolstoi, Gandhi y otros.

21. Las alternativas a la defensa militar: las teorías de la defensa civil y de la defensa noviolenta

Una de los principales campos de estudio teórico sobre la acción noviolenta han sido las propuestas de sustitución del sistema de defensa nacional de carácter militar por otro de carácter noviolento. Dentro de este campo de las alternativas noviolentas a la defensa militar hay que distinguir entre dos perspectivas claramente diferenciadas, que se corresponden con las perspectivas ética y pragmática. Por un lado, nos encontramos con las aportaciones teóricas sobre modelos de defensa nacional basados en la aplicación de estrategias noviolentas por parte de la población civil, concebidas como forma de defensa no militar de un país. Por otro lado, con las propuestas de los movimientos antimilitaristas para generar un debate social destinado a la redefinición del modelo de defensa, más allá de la mera sustitución de un modelo de defensa militar por otro noviolento. Al primer enfoque se le suele denominar de «defensa civil» (*civilian-based defense*, en inglés), y ha sido definido por Christopher Kruegler como un sistema de defensa alternativo basado en sanciones económicas y/o diplomáticas, que reemplazaría o complementaría la defensa militar como medio de disuasión frente a agresiones externas.¹ El segundo enfoque se denomina «defensa popular noviolenta» (en inglés, *so-*

¹ Citado en Burrowes: *The Strategy of Nonviolent Defense: a Gandhian Approach*, State University of New York Press, Albany, 1996, p. 154.

cial defense o simplemente *nonviolent defense*), y ha sido definido por Brian Martin² como la resistencia comunitaria noviolenta a una agresión (o a una situación de opresión), entendida como alternativa a la defensa militar que ha de servir para una transformación profunda del modelo sociopolítico más allá de los límites del Estado-nación.³ Vemos, por tanto, que desde un punto de vista pragmático la defensa civil es un sistema de defensa complementario al sistema de defensa militar y no pretende transformar otros aspectos de la sociedad, mientras que desde el punto de vista ético se entiende la defensa noviolenta como una forma de transformación revolucionaria de la sociedad.

Si hemos de citar antecedentes de propuestas de alternativas noviolentas de defensa, nos tenemos que remontar a los tiempos de la Paz Armada, ya que, tal y como hemos visto en capítulos anteriores, a principios del siglo XX, Domela Nieuwenhuis, Keith Hardie y otros activistas habían hecho llamamientos a la huelga general para parar la guerra que se avecinaba. También hubo propuestas durante el transcurso de la guerra. Así, por ejemplo, Bertrand Russell afirmaba que Gran Bretaña podría derrotar a Alemania mediante campañas de no-colaboración sistemática:

Si la resistencia pasiva fuera adoptada conscientemente por toda la nación, con el mismo coraje y disciplina con la que se adopta en estos momentos, podría conseguirse mucha más protección para la vida nacional que la que los ejércitos y armadas podrían nunca lograr, sin exigir el derramamiento de sangre, el despilfarro y la brutalidad de las guerras modernas.⁴

Fue, en cambio, justo antes de la Segunda Guerra Mundial, en la década de los treinta, cuando surgieron las primeras propuestas teóricas de defensa

² Brian Martin: *Social Defense, Social Change*, Freedom Press, Londres, 1993, pp. 4 y ss.

³ En España, sectores de la ultraderecha falangista se han apropiado del concepto de «defensa social» como forma de lucha contra los recortes de la derecha neoliberal, aprovechando el desconocimiento existente sobre el concepto, por lo que nosotros utilizaremos el término «defensa noviolenta» para evitar confusiones.

⁴ Bertrand Russell: *Justice in War time*, Open Court, Chicago, 1924. Texto de la Primera Guerra Mundial citado en Richard Gregg: *The power of nonviolence*, *ob. cit.*, p. 70, y mencionado también por Michael Randle en *Resistencia civil. La ciudadanía ante las arbitrariedades de los gobiernos*, Paidós, Barcelona, 1998, p. 133.

nacional basadas en técnicas noviolentas. Uno de los primeros en ocuparse de la posibilidad de un sistema de defensa nacional basado en formas de acción noviolentas fue el propio Gandhi, cuando en un congreso en Ginebra en 1931 disertó sobre las posibilidades de defensa noviolenta de una Suiza neutral. Posteriormente, según avanzaba la guerra, Gandhi recomendó sucesivamente a judíos, checos, polacos, ingleses y a todos los implicados en la guerra mundial que hicieran resistencia noviolenta, cosa que no impidió que apoyara en 1942 la idea de que una India independiente accediese a contar con la protección de tropas aliadas en caso de un ataque japonés.⁵ El modelo de defensa nacional propuesto por Gandhi ha sido calificado como modelo heroico, en el que es de suma importancia la no-colaboración total y la disposición a la muerte antes que el sometimiento (prefiere como métodos la interposición noviolenta y el despliegue de escudos humanos). En su modelo se parte de la idea de que se prefiere el exterminio a la sumisión, y su posición favorable a coordinar la estrategia noviolenta con la defensa militar hace que se deba considerar su propuesta como de defensa civil. Sin embargo, sus ideas no se pueden considerar como una estrategia organizada sistemáticamente, sino que, por el contrario, fueron sus planteamientos tácticos como organizador de campañas los que inspiraron a activistas noviolentos de todo el mundo, y él se limitó a señalar su posible relevancia para la defensa nacional no militar.

La elaboración de una propuesta de defensa nacional noviolenta, alternativa o complementaria a la militar, corrió a cargo de un discípulo de Gandhi del que hemos hablado más arriba, Richard Gregg. Hemos visto ya que en 1935 publicó *The power of non-violence*, en el que se incluía un capítulo al respecto. Al analizar las alternativas a la defensa militar, Gregg partía de los escritos de estrategias militares clásicos y contemporáneos, como Napoleón, Clausewitz, Fuller y Hart, para llegar a demostrar que la resistencia noviolenta se asemejaba a la guerra en muchos aspectos, tanto estratégicos, como psicológicos, morales o filosóficos. Gregg no sólo consideraba que la resistencia noviolenta era un sustituto válido para la guerra, sino que pensaba que era mucho más eficaz que ésta como forma de resolver conflictos, tanto en costes económicos, como en vidas y sufrimiento. Esa misma idea estaba presente en la propuesta de

⁵ M. Randle: *ob. cit.*, p. 153.

Krishnalal Shridharani, que profundizaba en la visión del *satyagraha* (como forma de acción noviolenta) como sustituto eficaz para la guerra.

Fue por aquel entonces cuando se empezaron a perfilar las dos corrientes arriba mencionadas: la visión antimilitarista de la defensa noviolenta y la visión técnica de las teorías de la defensa civil. Estas últimas partían de un artículo publicado en 1942 por Jessie W. Hughan, la veterana activista antimilitarista norteamericana, titulado «The Quiet Battle» (La batalla tranquila). En este artículo, escrito no lo olvidemos durante la Segunda Guerra Mundial, la autora proponía que la no-colaboración consistiera en no proporcionar servicios ni abastecimientos, no obedecer otras órdenes que las de las autoridades civiles legales, no infligir insultos ni daños a los invasores y que los funcionarios públicos prometieran morir antes que someterse. Sin embargo, tal y como Randle ha señalado, había cierta ambigüedad respecto a cuándo se debía llegar al extremo de la huelga general.⁶

Las propuestas que surgieron después de la Segunda Guerra Mundial estaban evidentemente condicionadas por la situación de Guerra Fría y el riesgo de hecatombe nuclear que se vivía en esos momentos. En este contexto, el comandante británico Stephen King Hall escribió en 1958 un ensayo titulado *Defense in the Nuclear Era* (Defensa en la era nuclear),⁷ en el cual diseñaba una estrategia de defensa noviolenta para Gran Bretaña y Europa Occidental frente a una invasión soviética, partiendo de una crítica al escrito de Hughan. Para King Hall la defensa noviolenta debía no sólo ponerle la ocupación difícil al enemigo, sino también hacerla peligrosa. Es decir, una ocupación soviética de Gran Bretaña podría desencadenar la caída del comunismo por el desarrollo de una estrategia que debía buscar minar la moral y la unidad del invasor. No se trataría de la vieja idea gandhiana de la conversión del oponente mediante el contacto personal, sino de una visión más pragmática consistente en buscar sus puntos débiles para tratar de coaccionarlo noviolentamente. King Hall además proponía un sistema de disuasión psicológica frente a la peligrosa y cara disuasión nuclear, y una alianza defensiva entre quienes hubieran rechazado la defensa nuclear.

⁶ *Ibid.*

⁷ Stephen King-Hall: *Defense in the Nuclear Age*, Gollancz, Londres, 1958.

Así estaban las cosas cuando en 1964 Adam Roberts lanzó una propuesta en la revista pacifista británica *Peace News* para ahondar en el concepto de defensa civil. Fue en ese momento cuando algunos profesores universitarios centraron su interés en este campo de estudio y empezaron a construir sus propios modelos de defensa alternativa con un alto grado de sofisticación. Adam Roberts, Theodor Ebert y el propio Gene Sharp, en el marco de *Peace News*, fueron los primeros en profundizar en el concepto de defensa civil y se enzarzaron en discusiones estratégicas acerca de cuándo se debía volver al trabajo en una situación de huelga general provocada por una invasión extranjera, ante el peligro de que una huelga prolongada acabara perjudicando a los propios resistentes. Gene Sharp zanjó esta cuestión, en los ochenta, señalando la conveniencia de establecer tres fases: una de desobediencia masiva, otra selectiva, en la que se bajaba el nivel de desgaste, y una tercera nuevamente masiva cuando las circunstancias fueran favorables.⁸

Posteriormente, hubo otras discusiones estratégicas con enfoques más militaristas, como el de Boserup y Mack, que en 1974 hicieron la primera comparación entre la defensa civil y la guerra de guerrillas, señalando que ambas tienen en común el hecho de que buscan el apoyo de la población.⁹ Desde el punto de vista estratégico, estos autores basaban su enfoque en Clausewitz y su idea de distinguir entre objetivo y propósito. Para el autor prusiano el objetivo (derrotar al enemigo) acababa por desplazar el propósito (fin político o económico que llevó a la guerra), y lo mismo podía aplicarse a la defensa noviolenta. Utilizando el concepto de «centro de gravedad», Boserup y Mack entendían que el objetivo y el propósito debían ser defender la unidad de la población. El activista Gene Keyes les criticaría, ya en 1981, señalando que el centro de gravedad debía estar situado en la moral de la población, no en la unidad.¹⁰ Gene Sharp reafirmaría aspectos instrumentales, señalando que el

⁸ Gene Sharp: *Making Europe Unconquerable*, Harper & Row (Ballinger), Cambridge, 1985.

⁹ Anders Boserup y Andrew Mack: *War Without Weapons: Nonviolence in National Defense*, Schocken Books, 1975. Existe una edición en español: *Guerra sin armas. Noviolencia en la defensa nacional*, Catarata, Madrid, 2001.

¹⁰ Gene Keyes: «Strategic Nonviolent Defense: The Construct of an Option», *Journal of Strategic Studies*, vol. 4, n.º 2, junio de 1981, pp. 121-151. Citado por M. Randle, *ob. cit.*, p. 168.

objetivo debía ser la frustración de los objetivos principales de los atacantes y que la defensa debería, por tanto, centrarse en los medios necesarios para conseguirlo. Ya en 1996, y desde el punto de vista de la noviolencia ética, el activista australiano Robert J. Burrowes destacó que no era ni en la unidad ni en la moral, sino que el centro de gravedad debía situarse en la voluntad tanto de los activistas del movimiento de defensa noviolento, como de los agentes, opinión pública y gobernantes del oponente violento.¹¹

El enfoque ético: la defensa noviolenta

Lo que diferencia, además, a Burrowes de Sharp y otros autores académicos es que éstos concebían el desarrollo de una defensa civil noviolenta como un problema técnico y no como un problema político, en el que se ponen en juego relaciones sociales. Aunque seguramente estos autores pudieran tener motivaciones pacifistas, su visión no es en absoluto revolucionaria, sino eminentemente pragmática.¹² Burrowes hizo además grandes esfuerzos por diferenciar los enfoques éticos de los pragmáticos, distanciándose por lo tanto de estos últimos. Las diferencias que señaló entre ambos enfoques se pueden resumir en los siguientes puntos:¹³

1) En la defensa civil se usan las tácticas noviolentas por su valor práctico (superioridad racional). Desde la defensa noviolenta se considera moralmente superior la estrategia noviolenta, aunque no todos los que la practican partan de una concepción filosófica holística.

2) En la defensa civil se usa una definición de la violencia vinculada al actor que no tiene en cuenta elementos estructurales de la misma, que sí se tienen en cuenta en la defensa noviolenta. La defensa civil se basa en una definición del conflicto en la que existe un oponente (actor) al que se trata de derrotar mediante estrategias de acción noviolenta. Esto hace que el enfoque

¹¹ Robert Burrowes: *ob. cit.*

¹² Desde otro planteamiento, más bien revolucionario, Michael Randle ha recopilado la evolución detallada de estas teorías en su libro ya clásico Michael Randle: *Resistencia civil. La ciudadanía ante las arbitrariedades de los gobiernos*, *ob. cit.*

¹³ Robert Burrowes: *ob. cit.*, pp. 153 y ss.

de la defensa civil sea incompatible con la resolución de conflictos. Así, por ejemplo, utiliza la concepción tradicional de ganador/perdedor, por lo que el objetivo es derrotar al oponente; y falla a la hora de reconocer la importancia de satisfacer las necesidades del enemigo en cuestiones como autoestima, participación, justicia o control del resultado. La resolución de conflictos, sin embargo, requiere una corrección de esa visión y la eliminación de comportamientos que tienden a aislar al oponente.

En la defensa noviolenta no está tan claro quién es el oponente, pues se tienen en cuenta los problemas estructurales derivados de la participación inconsciente en las estructuras sociales que se tratan de transformar, como el patriarcado, el autoritarismo, el capitalismo, el militarismo o la relación destructiva de la humanidad con el medio ambiente. Esta diferencia se debe a que en los estudios estratégicos de la defensa civil ha habido una influencia de teóricos militares como Clausewitz o Liddell Hart, lo que ha reforzado la perspectiva elitista y la tendencia a distinguir la noviolencia pragmática de la ética. Sin embargo, estos estudiosos partían de unas bases teóricas muy limitadas, al tener una concepción militar de la estrategia ajena a otras disciplinas como la teoría de resolución de conflictos o la psicología.

3) La defensa civil se centra en la protección del Estado-nación, su Gobierno y su territorio. Esto implica aceptar que las sociedades nacionales son sistemas sociales integrados en los que no existe exclusión ni minorías, lo cual no es cierto. La defensa noviolenta, por el contrario, es no-estatalista y antieelitista, está arraigada en lo comunitario, lo social, está vinculada a valores sociales como la libertad o la igualdad, y propone la creación de poderes democráticos alternativos. No es creíble que las élites se comprometieran con cambios estructurales que pongan en cuestión las actuales relaciones sociales, por lo que intentarán neutralizar las posibles dinámicas revolucionarias de la estrategia noviolenta.

La idea de que la defensa civil puede ser un equivalente funcional a la defensa militar ignora la realidad de que las sociedades están dominadas por una serie de estructuras que sirven a los intereses de las élites económicas y políticas. Para Burrowes es clave, por tanto, la distinción entre élites y población en general, señalando que muchas veces se considera como el bien general lo que en realidad es sólo el interés de esas élites, compuestas por el selecto

club de los que toman las decisiones políticas y se embolsan los pingües beneficios de la actividad económica.

4) Los partidarios de la defensa civil buscan la adopción de la misma (o parte de la misma) por el Estado, entendiendo que ésta es un trabajo estratégico a desarrollar por los gobiernos. Se trata, por tanto, de una ideología al servicio de la legitimación del orden social establecido. La defensa noviolenta se organiza en iniciativas de base articuladas mediante procesos de cooperación y comunicación, defendiendo posiciones claramente revolucionarias.

5) La defensa civil se ve como un sistema equivalente de defensa capaz de operar en las actuales condiciones políticas internacionales. No tiene relación con otras luchas sociales. Los partidarios de la defensa noviolenta consideran el problema de la defensa como parte de una lucha más amplia para lograr cambios estructurales en la sociedad, por lo que están vinculados con otros movimientos revolucionarios.

Las ideas de la defensa noviolenta tardaron bastante en plasmarse en tratados teóricos, aunque partían de la síntesis que Bart de Ligt había hecho de las propuestas antimilitaristas en los años treinta. Así en su ya mencionado clásico *The Conquest of Violence*, de 1937, De Ligt abogaba por el uso de formas de acción noviolenta a escala nacional e internacional para resistir una agresión fascista, incluyendo a los nazis y japoneses. En su epílogo se exponía lo que se conoció en su época como el «Plan De Ligt», que sirvió de base para que desde los movimientos antimilitaristas crearan su propuesta de defensa alternativa. La principal diferencia de la propuesta de De Ligt respecto a otros teóricos de la defensa noviolenta reside en que no desarrolló una estrategia nacional de defensa noviolenta, sino un plan de acción directa internacional contra la guerra misma y los preparativos bélicos. En la acción, por tanto, tomarían parte los ciudadanos de todos los países organizados en movimientos sociales, que además estarían estructurados horizontalmente, funcionando en asamblea y tomando decisiones por consenso. Su punto de vista era, por tanto, internacionalista, antiimperialista y anticapitalista, de forma que, en realidad, proponía una acción conjunta transnacional que complementaría la resistencia noviolenta del pueblo agredido. Sobre la base de los planteamientos de De Ligt, los diferentes movimientos antimilitaristas de todo el mundo han

ido desarrollando propuestas que van más allá de la sustitución de un modelo de defensa militar por otro popular de carácter noviolento, al plantearse una redefinición de cuestiones tales como qué hay que defender, quién ha de defenderlo, cómo ha de ser la defensa y contra qué hay que defenderse, además de cuestionar conceptos clave como el de enemigo, seguridad, defensa o participación política. De este modo, el movimiento antimilitarista ha pretendido desde sus orígenes provocar un debate social para concienciar acerca de las contradicciones ya no sólo del modelo de defensa militar, sino del propio sistema nacional capitalista en su conjunto, basado en el militarismo como forma de extender su poder.

Los tratados teóricos sistemáticos sobre defensa noviolenta tardaron en llegar, ya que los activistas estaban inmersos en la vorágine del día a día, y hasta los años ochenta no podemos encontrar propuestas importantes. Uno de los autores más celebrados ha sido el objetor norteamericano exiliado en Australia, Brian Martin, activista del colectivo *Sweicht Action Group Wolongong*, sección australiana de la IRG. Este autor ha elaborado interesantes textos que conectan el feminismo con las teorías de la noviolencia, sobre la teoría de la comunicación en la acción política o sobre el concepto de *backfire* (salir el tiro por la culata).¹⁴ Suya es la firma en 1984 del clásico antimilitarista *Uprooting War* (Desarraigando la guerra),¹⁵ en el que siguiendo la línea de Bart de Ligt se expone el concepto de «defensa social» como sistema alternativo de defensa desde un punto de vista antimilitarista-pacifista, al ampliar el ámbito de defensa de lo nacional a lo social. Este concepto lo desarrolló en otra obra de los años noventa, *Social Defense, Social Change* (Defensa social, cambio social).¹⁶ Para Martin, la defensa social es un método de protección ante una agresión militar externa, pero también ante la represión política del propio país. Al considerar la guerra en sentido amplio, como militarización social, la defensa social se convierte en algo más que el sustituto del ejército u otras estrategias de defensa violenta, y acaba siendo una propuesta totalmente

¹⁴ Este concepto es parecido al de «*jiu-jitsu* político», y se utilizar para referirse a lo que sucede cuando por causa de la comunicación una acción política de un gobierno se vuelve en su contra.

¹⁵ Brian Martin: *Uprooting War*, Freedom Press, Londres, 1984.

¹⁶ Brian Martin: *Social Defense, Social Change*, Freedom Press, 1993.

revolucionaria de transformación sociopolítica cuyo objetivo, en realidad, es la disolución del Estado y su sustitución por otros sistemas de organización política y económica con carácter autogestionado y horizontal.

Autores posteriores, como Michael Randle, han trabajado en torno a la propuesta de «resistencia civil» como forma de superar las reticencias que muchos movimientos pragmáticos tienen a la palabra «noviolencia». Con esto se volvía a la idea de resistencia, pero al calificarla de *civil*, y no de *noviolenta*, se conceptualiza un tipo de acción no militar, en la que la acción noviolenta es una parte fundamental, pero en la que hay otras formas de resistencia, como puede ser la insurrección callejera, el sabotaje o la acción institucional. Randle es un veterano activista británico que ha estado toda su vida vinculado a diferentes grupos pacifistas, entre ellos la IRG. En 1994 publicó el libro clásico sobre alternativas de defensa, denominado precisamente *Resistencia civil*,¹⁷ en el que daba un repaso a las diferentes perspectivas sobre la defensa civil, y en el que se propone la resistencia civil como alternativa a la defensa militar, en un línea intermedia entre las teorías antimilitaristas, que rechazan un paradigma nacional, y las teorías de la defensa civil de corte más pragmático.

El ya mencionado Robert J. Burrowes ha sido el autor que más claramente ha tratado de distanciarse del enfoque de la defensa civil. Hemos visto antes las diferencias que señalaba entre esta perspectiva y el enfoque de la defensa noviolenta que él defiende. En su estudio clásico *The Strategy of Nonviolent Defense: a Gandhian Approach* (La estrategia de la defensa noviolenta: un enfoque gandhiano),¹⁸ Burrowes elaboró un marco estratégico compatible con la teoría de resolución de conflictos de Johan Galtung y John Burton, la teoría de las necesidades humanas de John Sites y la visión estratégica de Clausewitz y Gandhi. Parte de la idea de que los conflictos surgen porque existen necesidades que están sin cubrir y que, por lo tanto, para poder resolver el conflicto deben de cubrirse las necesidades de todos los actores; y eso muchas veces no se podrá hacer dentro del marco de los actuales sistemas y estructuras sociales, por lo que la acción noviolenta será el método más efectivo para transfor-

¹⁷ Michael Randle: *Resistencia civil. La ciudadanía ante las arbitrariedades de los gobiernos*, Paidós Ibérica S.A., 1998.

¹⁸ Robert Burrowes: *ob. cit.*

mar esos sistemas y estructuras sociales y poder cubrir así las necesidades de todos los actores.

La conclusión a la que llega es que existen dos objetivos estratégicos claramente diferenciados. Por un lado, estaría el objetivo de la defensa noviolenta, que consistiría en consolidar el poder y la voluntad de la población que se defiende para resistir la agresión; y, por otro, el de la contraofensiva noviolenta que trataría de alterar la voluntad de la élite oponente agresora en favor de su participación en un proceso de resolución de conflictos que cree las condiciones necesarias para satisfacer las necesidades humanas, y además intentaría socavar su poder para proseguir con la agresión. Por lo tanto, los objetivos estratégicos son para Burrowes el poder y la voluntad para operar dentro de un conflicto, tanto de la propia población en resistencia como del oponente.

22. Aportaciones teóricas contemporáneas

La aportación de Gene Sharp al campo de las teorías de la acción noviolenta ha sido sin duda de las más importantes por ser de los primeros en sistematizar y difundir un esquema conceptual para la comprensión estratégica de la revolución noviolenta. No obstante, no ha sido el único en hacerlo ni —como acabamos de ver en el caso de las discusiones sobre defensa civil o noviolenta— todo el mundo comparte su perspectiva pragmática.

Por un lado, casi en los mismos años en que apareció *The Politics of Nonviolent Action* de Sharp, se publicaron dos obras que explicaban el funcionamiento de la noviolencia desde un punto de vista psicológico, actualizando algunos de los puntos de vista que aportara Gregg y que habían quedado obsoletos con el avance de las ciencias sociales: *Gandhi's Truth: On the Origins of Militant Nonviolence* (La verdad de Gandhi: sobre los orígenes de la noviolencia militante), de Erik Erikson, y el tratado de Leroy H. Pelton *The Psychology of Nonviolence* (La psicología de la noviolencia), publicado en 1974.¹

¹ Erik H. Erikson: *Gandhi's Truth: On the Origins of Militant Nonviolence*, W. W. Norton, Nueva York, 1969; y Leroy H. Pelton: *The Psychology of Nonviolence*, Pergamon, Nueva York, 1974.

Por otro lado, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX se fueron creando revistas, institutos y departamentos universitarios centrados en la «investigación para la paz» y la «resolución noviolenta de conflictos» que, aunque no parten de la premisa de la noviolencia como resistencia civil, estudian y clasifican datos a la par que proponen conceptos, técnicas y soluciones para los diferentes conflictos armados en el mundo. En este sentido, hay que destacar la labor pionera del noruego Johan Galtung que, en 1959, fundó el *International Peace Research Institute* (Instituto Internacional de Investigación para la Paz) de Oslo y propuso un concepto amplio de paz, denominado «paz positiva», frente al concepto tradicional de paz como ausencia de guerra o «paz negativa». Ésta es la denominada «perspectiva maximalista» de investigación para la paz que entiende el concepto de paz en un sentido amplio, como ausencia de violencia estructural o, dicho de otra forma, como presencia de justicia social.² El propio creador del concepto de paz positiva, Johan Galtung, entiende la violencia estructural en un sentido maximalista como aquella relación social que está presente cuando «los seres humanos se ven influidos de tal manera que sus relaciones efectivas, somáticas y mentales están por debajo de sus realizaciones potenciales».³ Desde luego, esto implica una idea muy amplia, no exenta de polémica, de la propia definición de violencia. El principal problema de este concepto es que dado que la legitimación de la violencia se suele hacer con argumentos relacionados con la legítima defensa, se puede utilizar el concepto de violencia estructural para justificar con la doctrina del ataque preventivo cualquier forma de agresión política, incluso el atentado indiscriminado contra civiles (terrorismo). Esta intención era totalmente contraria a los planteamientos de la investigación para la paz que utilizan este concepto para desenmascarar procesos de paz que implican en realidad un sometimiento del vencido. Hay que añadir además que, como hemos visto con Burrowes, en el modelo de Galtung de resolución de conflictos la acción noviolenta es una herramienta imprescindible para transformar estructuras sociales que niegan la satisfacción de necesidades a todos los grupos sociales.

Sin adentrarnos más en las teorías de investigación para la paz, simplemente señalaremos que esta perspectiva permite llegar a otro enfoque parale-

² Johan Galtung: *Sobre la paz*, Fontamara, Barcelona, 1985, p. 64.

³ *Ibid.*, p. 30.

lo a la investigación para la paz y a la acción noviolenta y que se ha definido como «transformación del conflicto». En este sentido, el profesor canadiense Conrad Brunk ha distinguido entre las distintas formas de acercarse a un conflicto.⁴ Por un lado, tenemos la perspectiva de la «resolución del conflicto» (*conflict resolution*), cuyo objetivo es el final del conflicto mediante la negociación entre las partes, sin tener en cuenta la justicia, sino el poder de negociación que da la exhibición de la capacidad para ejercer la violencia. Esta perspectiva es la que quieren hacer valer continuamente los sionistas israelíes cuando tratan de negociar con los representantes palestinos en términos «realistas», pero también los grupos armados palestinos que tratan de dotarse de poder de negociación con sus atentados. Por otro lado, está la perspectiva de la «gestión del conflicto» (*conflict management*), que tiene por objetivo crear un marco de negociación dentro del conflicto al cual se atengan las partes (un arbitraje). Esto es lo que reclama la comunidad internacional en el caso de Oriente Medio, al tratar de presentarse como árbitro del conflicto para evitar la desestabilización de la región. Por último, estaría la perspectiva antes mencionada de «transformación del conflicto» (*conflict transformation*), cuyo objetivo es conseguir que se haga justicia y eliminar las causas del conflicto o, lo que es lo mismo, llegar a una situación de paz positiva, utilizando la terminología de la investigación para la paz. En el caso de Oriente Medio, ésta es la perspectiva que siguen muchas organizaciones de derechos humanos, tanto internacionales como palestinas e israelíes, para las que lo importante es dar una solución justa para todas las partes afectadas por la violencia del conflicto. Ésta es, pues, también la perspectiva en la que se situarían los investigadores para la paz, los trabajadores de campo y los activistas que aplican concepciones noviolentas sobre el oponente y el conflicto en sí mismo, en la que la acción noviolenta cobra un papel transcendental, al ser la única herramienta válida para conseguir ese objetivo de transformación de las estructuras sociales.

Hay otros autores e instituciones que se dedican actualmente a la divulgación de la acción noviolenta en sus diferentes enfoques. En Estados Unidos

⁴ Conrad Brunk: «Shaping a vision: the nature of peace studies», en L. Fisk y J. Schellembert (eds.): *Patterns of conflict. Paths to Peace*, Broadview Press, Ontario. Citado por Harto de Vera en *Investigación para la paz y resolución de conflictos*, Tirant Lo Blanch, Valencia, 2004.

hemos visto ya algunas organizaciones e instituciones, como la *Albert Einstein Institution* (de corte pragmático, fundada en 1989 por Gene Sharp), la Internacional de Resistentes a la Guerra (de corte ético sociopolítico) o la *Fellowship for Reconciliation* (FOR, de corte ético holista). Habría que citar además la visión pragmática que ofrece el *International Center on Nonviolent Conflict* (ICNC, Centro Internacional sobre Conflictos Noviolentos) de Washington. Esta institución fue fundada en 2003 por el millonario Peter Ackerman, que ha sido coautor de dos importantes revisiones históricas sobre la acción noviolenta desde un punto de vista pragmático: la primera junto a Christopher Kruegler, *Strategic Nonviolent Conflict* (Conflicto Noviolento Estratégico), y la segunda junto con Jack Duvall, *A Force more Powerfull* (Una fuerza más poderosa).⁵ En el primer libro, editado en 1994, los autores partían de un análisis estratégico de corte clausewitziano para desarrollar doce principios que denominaron «principios de conflicto estratégico noviolento»: cinco principios de desarrollo (formular objetivos funcionales, desarrollar la fuerza organizacional, asegurarse el acceso a recursos materiales imprescindibles, desarrollar la asistencia externa y expandir el repertorio de acción noviolenta), cuatro principios de compromiso (atacar la estrategia del oponente para consolidar el control, disminuir el impacto de las armas violentas del oponente, separar al oponente de sus bases de apoyo, mantener la disciplina noviolenta) y tres principios de concepción (evaluar eventos y opciones a la luz de niveles de decisión estratégica, ajustar operaciones ofensivas y defensivas de acuerdo con las relativas vulnerabilidades de los protagonistas, mantener continuidad entre acciones, mecanismos y objetivos). Tras identificar esos principios, Kruegler y Ackerman analizaron seis casos de acción noviolenta (desde la revolución rusa de 1905, a la lucha del sindicato Solidaridad contra el Gobierno comunista polaco, pasando por la resistencia danesa a la invasión nazi, la alemana a la ocupación del Ruhr por Francia en 1923, la caída del dictador Martínez en El Salvador en 1944 y las campañas del movimiento independentista indio en 1930-1931). Se fijaban principal-

⁵ Peter Ackerman y Jack Duval: *A Force more Powerfull. A Century of Nonviolent Conflict*, Palgrave/St. Martins Press, Nueva York, 2001; y Peter Ackerman y Christopher Kruegler: *Strategic Nonviolent Conflict: The Dynamics of People Power in the Twentieth Century*, Praeger, Londres, 1994.

mente en cómo habían desarrollado éstos principios y cómo habían influido estos en el éxito o fracaso. Su tesis principal era que una correcta planificación estratégica de las campañas era el factor más significativo para el resultado de las movilizaciones. Otro investigador del ICNC, Hardy Merriman, ha sintetizado estos principios en unidad (de objetivos, de organización y de identidad), planificación y disciplina.⁶

En el año 2000 aparecería el otro gran libro de Peter Ackerman, esta vez junto a Jack Duvall, presidente de INCN, con el título *A force more powerful* (Una fuerza más poderosa), uno de los libros sobre acción noviolenta más leídos de cuantos se han editado (probablemente sólo superado por *De la dictadura a la democracia*, de Sharp, gracias a su edición libre de derechos). En él Ackerman y Duvall hacen una descripción histórica de los casos que había analizado el primero con Kruegler en 1994, e incluyen además otros casos de resistencia al nazismo (la acción de la Rosenstrasse) y de luchas contra dictaduras (campañas contra los militares en Argentina y Chile, la acción de *People Power* de Filipinas contra la dictadura de Ferdinand Marcos, así como la fallida acción de la plaza Tian'anmen en China, las «revoluciones de terciopelo» de Europa oriental; la Primera Intifada Palestina, como ejemplo de lucha noviolenta contra una ocupación militar extranjera, y, con menor extensión, otros famosos casos de grandes campañas de acción noviolenta). La conclusión a la que llegaron es que la acción noviolenta podía llevarse a cabo con éxito en cualquier situación política y cultural, y que dependía más de factores organizativos que ambientales. Como se puede ver, el enfoque estratégico de la acción noviolenta pragmática hace énfasis en que las claves del éxito o fracaso de la movilización dependen más de las acciones de los propios actores que de factores externos a los mismos, contrariamente a las teorías sociológicas que consideran más importante la estructura de oportunidades políticas.

Más recientemente, esta vez junto a Adrian Karatnicky, Peter Ackerman ha estudiado las diferentes formas de transición a la democracia en 67 países

⁶ Un resumen de estos planteamientos se puede encontrar en Hardy Merriman: *The trifecta of civil resistance: unity, planning, discipline*, 19 de noviembre de 2010, publicado on line en: <http://www.opendemocracy.net/hardy-merriman/trifecta-of-civil-resistance-unity-planning-discipline> (visto el 20 de marzo de 2012).

del mundo entero.⁷ Las conclusiones a las que llegaron en ese breve estudio fueron que los movimientos noviolentos fueron el factor clave en 50 de las 67 transiciones, y que se lograron pocos efectos positivos duraderos donde las transiciones se hicieron por parte de las élites o cuando se hizo uso de la violencia. Por otro lado, el ICNC que Ackerman fundó también se ha dedicado a producir documentales sobre resistencia noviolenta, una serie de televisión y un juego de ordenador basados en los principios estratégicos.⁸

Otra institución que también sigue esta línea es el *Center for Applied Non-Violent Action and Strategies* (CANVAS), con sede en Belgrado. Se trata un centro creado por antiguos activistas de *Optor* (Resistencia), el movimiento serbio para derrocar a Milosevic, que en su día recibieron asesoramiento de la *Albert Einstein Institution* y ahora ponen materiales y especialistas a disposición de los movimientos que los necesiten. Con asesoramiento del ICNC y de la *Albert Einstein Institution*, CANVAS ha editado dos guías de acción noviolenta que están disponibles en inglés en su web: www.canvasopedia.org.

Aportaciones de la Academia

Una muestra del auge de la acción noviolenta como objeto de estudio es el hecho de que en el año 97 aparecieran dos guías fundamentales para el estudio de la acción noviolenta, a modo de enciclopedias, como fueron la guía *Nonviolent Action, a Research Guide*⁹ (Acción noviolenta, una guía de investigación) de la *Albert Einstein Institution* de Gene Sharp y la monumental *Protest, Power and Change*,¹⁰ editada por Roger Powers y William Voegelé. Posteriormente, ya en 1999, el profesor Stephen Zunes editó un compendio de estudios de los casos de movilización noviolenta más significativos de todos los conti-

⁷ Adrian Karanayck y Peter Ackerman: *How Freedom is Won, from Civic Resistance to Durable Democracy*, Nueva York, Freedom House, 2005.

⁸ La segunda versión del juego se llama *People Power* y se puede descargar online en <http://www.peoplepowergame.com>.

⁹ Roland Macarthy y Gene Sharp: *Nonviolent Action, a Research Guide*, Garland Publishing, Nueva York y Londres, 1997.

¹⁰ Roger S. Powers y William B. Voegelé (eds.): *Protest, Power, and Change: An Encyclopedia of Nonviolent Action from ACT-UP to Women's Suffrage*, Garland Publishing, 1997.

entes, aunque no realizó un análisis estratégico de los mismos.¹¹ Y en 2005 aparecería el último gran libro de Gene Sharp, *Waging Nonviolent Struggle*, editado por Hardi Merriman y con una primera parte con varios capítulos de introducción a la noviolencia, a la teoría de Sharp sobre el poder, y a las técnicas y métodos de la acción noviolenta. La segunda parte era una amplia recopilación de estudios de caso de diferentes autores, mientras que la tercera y cuarta parte daban cuenta de las dinámicas de la acción noviolenta así como de planificación estratégica, confluyendo con planteamientos del ICNC.

En 2008, el profesor Kurt Schock propuso el concepto de «insurrecciones no armadas»,¹² definidas como desafíos populares organizados a la autoridad gubernamental, que dependen principalmente de los métodos de la acción noviolenta en lugar de de los métodos armados. El gran mérito de este autor ha sido unir el enfoque de la acción noviolenta, que como hemos visto hace hincapié en aspectos de organización inherentes al propio movimiento para entender sus posibilidades de éxito o fracaso, con los estudios académicos sobre los movimientos sociales históricos. Así pues, consideraba que las teorías de la acción noviolenta completaban el enfoque dominante en la Academia, que se ha denominado «enfoque del proceso político» y que se ha basado en el estudio de tres conceptos fundamentales para la acción política: marcos de referencia, estructura de oportunidades políticas y procesos de movilización de recursos. Los marcos de referencia son los relatos que hace un movimiento sobre la realidad y las demandas respecto a la transformación social que buscan. La estructura de oportunidades políticas se refiere a los condicionantes externos al propio movimiento que posibilitan u obstaculizan su triunfo. Los procesos de movilización de recursos hacen referencia a la capacidad para movilizar personas de las organizaciones. Además, la otra gran aportación de Shock ha sido la consideración de la acción noviolenta como una forma de acción no institucional, con lo que se distingue de otras formas de acción institucional en las que no se usa la violencia, como puede ser presentarse a unas elecciones o iniciar un proceso jurídico.

¹¹ Stephen Zunes, Sarah B. Asher y Lester R. Kurtz (eds.): *Nonviolent Social Movements: A Geographical Perspective*, Blackwell Publishing, Oxford, 1999.

¹² Kurt Schock: *Insurrecciones no armadas*, Editorial Universidad del Rosario, Bogotá, 2008.

Más recientemente, las expertas en terrorismo e insurgencia Erika Chenoweth y Maria J. Stephan han sido las que han publicado una de las últimas grandes aportaciones académicas sobre teoría de la acción noviolenta. En su libro *Why Civil Resistance Works. The Strategic Logic of Nonviolent Conflict* (Por qué la resistencia civil funciona. La lógica estratégica del conflicto noviolento) realizan una comparación entre movimientos con formas de acción violenta y movimientos con formas de acción noviolenta, con un análisis de 323 casos de campañas tanto violentas como noviolentas desde 1900 hasta 2005, de las que unas cien eran grandes campañas noviolentas.¹³ Llegaron a la conclusión de que las campañas violentas habían sido exitosas en torno a un 25%, mientras que las noviolentas lo habían sido en torno al 50%, lo cual indica que la probabilidad de éxito de las campañas noviolentas es el doble que el de las violentas. Se trata de la primera constatación empírica de la mayor eficiencia de la acción noviolenta respecto a la violenta. Además, el estudio ofrecía una explicación de por qué esto es así, al llegar a la conclusión de que las campañas noviolentas permiten una mayor participación ciudadana por implicar menos riesgos, compromisos y necesidades logísticas y materiales que la acción violenta.

Aportaciones desde fuera de la Academia

Si bien tanto el enfoque de la investigación para la paz como el de transformación del conflicto han tenido un auge realmente importante en la segunda mitad del siglo XX, y se ha ido desarrollando lentamente el estudio de la acción noviolenta, también desde el punto de vista ético ha habido importantes contribuciones.

Desde fuera de la Academia, y desde una perspectiva holista de carácter más filosófica, el francés Jean Marie Muller ha dirigido sus escritos a movimientos sociales de diferentes ámbitos y su obra ha sido aplicada en diferentes contextos, pues ha actuado como asesor en países tan dispares como Polonia, India, Nicaragua, Líbano, Turquía, Chad, Haití, Brasil, Colombia o Camerún. Jean Marie Muller es un antiguo profesor de filosofía francés que había

¹³ Erica Chenoweth y Maria J. Stephan: *Why Civil Resistance Works. The Strategic Logic of Nonviolent Conflict*, Columbia University Press, Nueva York, 2011.

sido objetor sobrevenido (es decir, desertor por motivos políticos) y que, a partir de 1970, dejó la enseñanza para dedicarse a tiempo completo a la investigación sobre noviolencia, más concretamente a su aplicación en términos de información, formación y acción. En 1974 fundó el *Mouvement pour une Alternative Non-violente* (MAN, Movimiento por una Alternativa No-violenta), desde el cual protagonizó huelgas de hambre, junto con Lanza del Vasto, entre otros, contra ensayos nucleares del Gobierno francés. Esta organización ha sido una constante promotora de foros de discusión y acción para buscar sistemas de defensa alternativos. A partir de 1984, participó en la creación del *Institut de Recherche sur la Resolution Nonviolente de Conflictes* (IRNC, Instituto de Investigación para la Resolución Noviolenta de Conflictos), desde el cual ha dado a conocer su contribución teórica a la filosofía de la noviolencia.

Muller se ha centrado en los temas clásicos de la teoría de la noviolencia y los ha vuelto a analizar desde una perspectiva de la ética sociopolítica, evitando posiciones pragmáticas de autores como Sharp. Muller parte de conceptos de psicología social tales como conflicto, agresividad, lucha o fuerza, para establecer una diferenciación clara entre violencia y noviolencia, considerando esta última como una forma de acción con sus pautas propias, lo que la convierte en una estrategia social y política en sí misma. Para este autor, frente a las propuestas de resistencia civil o insurrección no armada, esta estrategia implica utilizar siempre técnicas de acción noviolenta; mientras que las estrategias violentas o incruentas se utilizan muchas veces combinadas con técnicas noviolentas como formas de acción. Para Muller la mezcla de estrategias hace perder la fuerza comunicativa de la acción noviolenta, por lo que descarta considerar un movimiento como noviolento si no lo es en un cien por cien.

Por otro lado, también se fija en cuestiones tales como la planificación, la legitimidad y los principios estratégicos como la no-colaboración, el desafío a la represión o la forma de sacar partido de los medios de comunicación. Su mirada supera el problema inherente a la perspectiva de Sharp y, en general, a los autores pragmáticos, al considerar la revolución noviolenta como un evento político y no sociopolítico. Su planteamiento no se centra, por tanto, sólo en luchas de movimientos pro democráticos en dictaduras y puede ser aplica-

do igualmente a luchas por la regeneración democrática u otros movimientos sociales en sistemas parlamentarios.

Pero Muller no ha sido el único activista en escribir sobre noviolencia; de hecho, desde el ámbito de los movimientos sociales, y principalmente en Estados Unidos, se han ido publicando reflexiones que han permitido elaborar un enfoque estratégico de la acción noviolenta. Por un lado, ya en el mismo año en que se publicó la gran obra de Sharp, en 1973, el activista cuáquero George Lakey publicó un análisis estratégico basado en la perspectiva ética y fundamentado en estudios de caso.¹⁴ Lakey hacía una propuesta de cinco fases por las que pasan los movimientos sociales y abordaba temas como la preparación cultural, la organización, el liderazgo descentralizado o las tácticas a emplear. La necesaria conexión entre el punto de vista de la ética socio-política de Lakey y el pragmatismo de Sharp la hicieron Virginia Coover, Ellen Deacon, Charles Esser y Christopher More en 1981,¹⁵ ofreciendo así nuevas herramientas para el desarrollo estratégico de campañas noviolentas. Además, unos años después, en 1986, Bill Moyer presentó un plan de acción basado en el estudio de los movimientos sociales de los Estados Unidos¹⁶ y, ya en 1990, Jean Goss y Hildegard Goss Mayer resumieron su dilatada experiencia internacional como entrenadores para la acción noviolenta en la organización FOR en su obra *The Gospel and the Struggle for Peace* (El Evangelio y la lucha por la paz).¹⁷

También en 1994 se publicó el ya clásico *Resistencia Civil* de Michael Randle, del que ya hemos hablado en el capítulo de alternativas de defensa. También hemos mencionado que dos años después, en 1996, otro libro, *The*

¹⁴ George Lakey: *Strategy for a Living Revolution*, W. H. Freeman, San Francisco, 1973. Esta teoría la actualizó en 1987 en George Lakey: *Powerful Peacemaking: A Strategy for a Living Revolution*, New Society, Filadelfia, 1987.

¹⁵ Virginia Coover, Ellen Deacon, Charles Esser y Christopher Moore: *Resource Manual for a Living Revolution*, New Society, Filadelfia, 1981.

¹⁶ Bill Moyer: *The Movement Action Plan*, The Dandelion, Fall 1986. Años después lo presentó de forma más elaborada en otro clásico: Bill Moyer y otros: *Doing Democracy. The MAP model for organizing social movements*, New Society Publishers Gabriola Island (Canadá) 2001. El análisis MAP de Bill Moyer se basa en ocho etapas que todo movimiento social debe atravesar para lograr el éxito, con diferentes papeles y tareas en cada una de ellas.

¹⁷ Jean y Hildegard Goss-Mayr: *The Gospel and the Struggle for Peace*, International Fellowship of Reconciliation, Alkmaar, Netherland, 1990.

Strategy of Nonviolent Defense: A Gandhian Approach de Robert Burrowes, retomó el tema de la interpretación estratégico-táctica del pensamiento gandhiano aplicándolo a la defensa noviolenta.¹⁸ En 2006 también apareció una bibliografía fundamental sobre acción noviolenta editada por April Carter, Michael Randle y Howard Clark, que era nada menos que una recopilación de las publicaciones sobre los movimientos noviolentos surgidos tras la Segunda Guerra Mundial.¹⁹ Uno de ellos, Howard Clark, presidente de la Internacional de Resistentes a la Guerra desde 2006, editó también en 2009 un libro llamado *People Power. Unarmed Resistance and Global Solidarity*.²⁰ Este libro recoge estudios de caso tanto de revoluciones como de otro tipo de movimientos noviolentos, con varios artículos centrados en la estrategia de acompañamientos internacionales y solidaridad internacional. Entre los colaboradores se encuentran los y las activistas y teóricas más importantes del punto de vista revolucionario, como Brian Martin, George Lakey, Jürgen Johansen, April Carter y Cynthia Cockburn, entre otras.

Cabe añadir, además, dos aportaciones hechas desde ámbitos periodísticos, que han logrado hacer importantes síntesis y revisiones históricas de muchos de los procesos que hemos visto a lo largo de este libro. Una es la de Jonathan Schell, un periodista norteamericano que en 2003 publicó *El mundo inconquistable*.²¹ En este libro hace una interesante reinterpretación de la historia en clave de noviolencia, restando importancia a procesos violentos mitificados y mostrando cómo los procesos pacíficos han sido los principales componentes de importantes eventos, como las revoluciones inglesa, americana, francesa y rusa. De esta manera, demuestra no sólo que existe, sino que siempre ha existido una alternativa a la guerra, pero que la historiografía siempre ha ensalzado y mitificado los procesos violentos. La otra es de Mark Kur-lansky, periodista y divulgador, que en 2006 publicó una historia de la no-

¹⁸ Robert J. Burrowes: *The Strategy of Nonviolent Defense: a Gandhian Approach*, State University of New York Press, Albany, 1996.

¹⁹ April Carter, Howard Clark y Michael Randle: *People Power and Protest Since 1945: A Bibliography of Nonviolent Action*, Housmans Bookshop, Londres, 2006.

²⁰ Howard Clark (ed.): *People Power. Unarmed Resistance and Global Solidarity*, Pluto Press, Nueva York, 2009.

²¹ Jonathan Schell: *El mundo inconquistable. Poder, noviolencia y voluntad popular*, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2005.

violencia que recopila desde un punto de vista holista los movimientos noviolentos a lo largo de los siglos, con especial atención en los movimientos cristianos.²²

Literatura en castellano

Como podemos ver, casi todos los títulos han sido publicados en lengua inglesa, aunque existe alguna notoria excepción, como el caso de *Resistencia civil*, de Michael Randle, o el tratado de Boserup y Mack, que han sido traducidos al castellano. Esto provoca que en los países de habla hispana el conocimiento y los debates existentes sobre la acción noviolenta hayan llegado muy tarde y muchas veces de forma parcial. En el Estado español, el autor que desde los años setenta realizó la tarea de introducir las diferentes perspectivas de la teoría de la noviolencia fue Gonzalo Arias. Este autor era traductor de profesión, y merced a su trabajo para la UNESCO en París, en los años cincuenta y principios de los sesenta, pudo conocer los movimientos y pensadores noviolentos franceses. Además de traducir textos anteriores de Thoreau, Tolstói, Gregg o Gandhi, entre otros,²³ aportó su granito de arena a las teorías de la defensa noviolenta, reinterpretando las ideas de Gene Sharp, Jean Marie Muller y otros teóricos de los setenta sobre defensa civil y desarrollando la idea de un «ejército incruento».

Cuando volvió a España en 1968 realizó diversas acciones noviolentas todavía en plena dictadura, como salir con pancartas con lemas pidiendo elecciones libres, protestar contra el cierre de la verja de Gibraltar, saltándola en varias ocasiones, o contra la base militar norteamericana de Rota. A resultas de ello, fue encarcelado no sólo en prisiones, sino también en un manicomio, a fin de desprestigiar sus ideas. Gonzalo Arias también participó en la puesta en marcha de la campaña de objeción de conciencia junto con la sec-

²² Mark Kurlansky: *Nonviolence, The History of a Dangerous Idea*, Jonathan Cape, Londres, 2006.

²³ Gonzalo Arias (comp.): *El proyecto político de la noviolencia*, Nueva Utopía, Madrid, 1973 (ilegal) o 1976 (legal). En el segundo apéndice relata los inicios de la noviolencia en España, pp. 187 y ss.

ción española de la IRG, el Movimiento de Objeción de Conciencia (MOC), un conglomerado de colectivos antimilitaristas noviolentos que fue creado en los años setenta por objetores de conciencia. Esta organización, que se inspiró en los textos de Gonzalo Arias sobre noviolencia y antimilitarismo, protagonizó durante treinta años la campaña de desobediencia más importante de la historia contemporánea de España, la que ayudó a abolir la conscripción, a la par que diseñaba acciones noviolentas para sus campañas de insumisión al servicio militar y renovaba las formas de acción extendiendo las reflexiones del antimilitarismo a otros movimientos sociales. La campaña de objeción de conciencia e insumisión en España es muy ilustrativa y merece la pena dedicarle un capítulo aparte, no sólo porque sirvió para promover la difusión de la acción noviolenta a otros movimientos de este país, sino porque sirvió de ejemplo para otros movimientos similares en otros países, especialmente en Latinoamérica.

23. El ciclo de insumisión en el Estado español¹

La campaña de insumisión, como tal, y con ese nombre, fue una estrategia de desobediencia civil, tanto al servicio militar obligatorio (SMO) como a la prestación social sustitutoria (PSS), que formalmente empezó el 20 de febrero de 1989 y que finalizó el 31 de diciembre de 2001, fecha en la que se suspendió el servicio militar en el Estado español. Hay que tener en cuenta, no obstante, que este periodo recoge sólo la desobediencia a la Ley de Objeción de Conciencia, que regulaba la PSS y condenaba con penas de cárcel a los que rechazaban incorporarse tanto a ésta como al servicio militar. En realidad, la campaña de desobediencia civil contra el SMO, aunque con otros nombres, había empezado mucho antes, en 1971, con la lucha de los primeros objetores de conciencia, por lo que se trata de un ciclo de protesta que abarcó nada menos que treinta años. Una de las características de esta campaña es que partió de diferentes colectivos muy pequeños, incluso a veces de individuos en solitario, que a base de granjearse apoyos ante la tremenda represión que

¹ Para conocer los mejores análisis de la experiencia protagonizada por el MOC y otros colectivos antimilitaristas a través de la campaña de insumisión, consultar apartado especial en la bibliografía.

sufrieron lograron articular no sólo un poderoso movimiento en torno suyo, sino incluso hacer que la estrategia fuera adoptada o apoyada por la mayoría de los movimientos sociales del país. A pesar de que fueron muchas las organizaciones que apostaron por esta estrategia, fue sin embargo el Movimiento de Objeción de Conciencia (MOC), una organización antimilitarista y con una filosofía revolucionaria de la noviolencia, la que diseñó las pautas principales de la campaña.

Curiosamente, la estrategia de desobediencia civil fue previa a la formación del mismo MOC, que se articuló como veremos más adelante por personas que ya estaban inmersas en la campaña. De la misma manera, éste la sobrevivió cuando llegó a su fin. Se trata pues de un caso de configuración de un movimiento en torno a una campaña pero que trascendió los límites de ésta, al orientarse no como una mera desobediencia al servicio militar, sino como una forma de lucha contra la militarización en otros muchos aspectos de la sociedad. Por eso no hubo contradicción cuando en un principio se solicitaba la creación de un servicio civil y luego se planteó la desobediencia al mismo, ya que en cada momento se eligió la estrategia acorde con el fin deseado, que no era meramente el fin del servicio militar, sino la abolición de los ejércitos y la desmilitarización social. Es decir, el objetivo era una revolución total de la sociedad en base a planteamientos noviolentos y antimilitaristas.

En este sentido, hay que decir que el antimilitarismo contaba con una larga tradición en España, ya que a lo largo del siglo XIX había arraigado en la lucha contra el sistema de reclutamiento conocido como quintas. Este modelo, que permitía librarse del servicio militar a las clases adineradas mediante el pago de un sustituto, fue —según el político republicano de la época, Pi i Maragall— uno de los principales causantes de la desaparición de las clases medias, al generar un endeudamiento extremo a tipos de interés abusivos de hasta el 60%. Las familias aceptaron estas condiciones porque el porcentaje de bajas en el ejército colonial español era de un tercio de la leva, con lo que el servicio militar conllevaba una gran probabilidad de muerte en acto de servicio.² Además, en esa misma época el ejército español había ido desacreditándose al protagonizar desastrosas aventuras coloniales, consumadas con la

² Nuria Sales: «Servicio militar y sociedad en la España del s. XIX», *Recerques*, n.º 1. Barcelona, 1970.

pérdida de Cuba y Filipinas y la calamitosa gestión de la guerra en el norte de África, en las primeras décadas del XX. Por si fuera poco, a esto habría que sumarle durante ese siglo dos dictaduras militares y una guerra civil para que en el ideario colectivo se identificara totalmente el militarismo con el golpismo y el autoritarismo político. De hecho, en el folclore popular español cabe destacar la presencia de un repertorio de canciones sobre los quintos que marchaban a la guerra o al servicio militar, caracterizado por la poca presencia del elemento patriótico (aunque no ausente del todo, sobre todo en el ciclo alusivo a la guerra de África) y en el que tiene una importante presencia la crítica a la guerra y, sobre todo, el dolor de la partida.³

Durante los años treinta y en el entorno de libertades que posibilitó la Segunda República, ya surgieron algunos grupos pacifistas, como la Orden del Olivo o la Liga de Refractarios a la Guerra, adscritos a la Internacional de Resistentes a la Guerra, e incluso se llegó a poner en marcha una campaña de insumisión al servicio militar de carácter netamente antimilitarista. El historiador Xavier Aguirre relata así esta experiencia:

Igual que con la insumisión en nuestros días, la desobediencia civil al ejército era considerada un tema central. Así, se reivindicaban experiencias como la del piloto civil de correos Quirados J. Gou, víctima de castigo gubernamental por negarse a participar en los bombardeos aéreos de las posiciones obreras asturianas en 1934. En 1935 tres jóvenes anarquistas catalanes se negaron públicamente a incorporarse al servicio militar y decidieron presentarse a las autoridades. En medio de una campaña antimilitarista de apoyo, fueron puestos en libertad tras cuatro días de detención alegándose su estado de «demencia». Al ser liberados, expusieron en público los motivos de su desobediencia y su ejemplo fue seguido por un grupo de en torno a un centenar de jóvenes dispuestos a rechazar «todo servicio militar», a modo de insumisos avant la lettre.⁴

³ Un ejemplo de canción patriótica sería la muy conocida *El Barranco del Lobo*, cuya temática contrasta con otra serie de estrofas populares que se siguen cantando en algunos pueblos de Extremadura, como por ejemplo: «En los campos de Marruecos / mueren hombres a millones / por defender las minas / Ay, del Conde Romanones».

⁴ Xabier Aguirre Aramburu: «Los Insumisos del 36: el movimiento antimilitarista y la

Sin embargo, la violencia de la Guerra Civil y la represión de la dictadura relegaron al olvido estas experiencias, y las personas que las protagonizaron, como Amparo Poch o José Brocca, fueron asesinadas, encarceladas o condenadas al exilio.

El movimiento no violento durante el tardofranquismo

No fue por tanto hasta la década de los setenta cuando se creó un movimiento antimilitarista propiamente dicho, articulado precisamente en torno a las propuestas de objeción de conciencia al servicio militar. En realidad, los primeros colectivos habían arrancado ya en tiempos de la dictadura franquista, en cuya década final, en un entorno de lucha por la democracia, se había empezado a organizar un pequeño movimiento no violento de corte pacifista por parte de cristianos anarquistas. El todavía incipiente movimiento pacifista se organizaba durante los tiempos de Franco en campamentos de verano en Europa en los que se compartían experiencias de los diferentes contextos del continente. La asistencia a este tipo de eventos internacionales supuso un gran impacto entre los grupos españoles, que aprendían y compartían reflexiones, estrategias, tácticas y métodos con sus aliados europeos. Tal y como relatan dos asistentes a un evento internacional en 1972:

La conferencia de Driebergen, a nivel oficial, ha sido decepcionante. Creo que esta impresión está bastante generalizada entre los participantes. Tampoco a nivel teórico se llegó a conclusiones de relieve. Uno de los grandes teóricos de la No-Violencia decía: «no se ha avanzado ni tan siquiera un paso». [...] Y sin embargo para nosotros la asistencia a esta Conferencia no ha sido decepcionante, sino totalmente positiva. Nos ha permitido ponernos en contacto con personas y grupos que intentan realizar todo lo que la No-Violencia Activa exige de transformación personal y de cambio social. Aquí estuvo el gran

guerra civil española» (1996), publicado en Movimiento de Objeción de Conciencia, *En Legítima Desobediencia. Tres décadas de objeción, insumisión y antimilitarismo*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2002, p. 30.

*valor de la Conferencia. Algo que no apareció oficialmente, pero que fue el hilo conductor de muchos participantes que buscaban esos contactos en intercambios.*⁵

Por otro lado, las primeras acciones para lanzar el debate antimilitarista se hicieron a finales de los sesenta, en el marco de una campaña de envío de cartas al Ministerio de Defensa para pedir el derecho a la objeción de conciencia y la creación de una alternativa civil al servicio militar. En ese momento los únicos objetores de conciencia eran testigos de Jehová que cumplían largas condenas de cárcel.

En ese contexto de incipiente actividad pacifista, una persona, Pepe Beunza,⁶ empezó a prepararse para convertirse en lo que luego sería el primer objetor de conciencia del Estado español. Para ello viajaba en vacaciones a Francia, Bélgica o Alemania haciendo auto-stop para entrar en contacto con los grupos de objetores que había en estos países por aquella época. También entró en contacto con Lanza del Vasto y la Comunidad del Arca en el sur de Francia, así como con Gonzalo Arias, que le proporcionó numerosos contactos en Europa. En 1971, Beunza se presentó en el cuartel donde tenía que cumplir servicio y se negó tanto a vestirse con el uniforme militar como a obedecer órdenes. Inmediatamente fue detenido y encarcelado, sometido a consejo de guerra, pasando por varias cárceles e incluso batallones de castigo (realizando trabajos forzados junto a delincuentes peligrosos) en un Sahara que todavía era colonia española. Las movilizaciones de apoyo a Pepe Beunza supusieron el verdadero momento fundacional del movimiento antimilitarista y fueron especialmente importantes por su repercusión internacional gracias a la red de la IRG, a cuyo consejo se uniría años después el propio Beunza. Se llegó incluso a colgar una pancarta en Notre Dame, París, con la leyenda «Libérez Pepe» (liberad a Pepe). El momento más álgido fue la mar-

⁵ José Godoy y Femina Puerta: «La violencia de los pacíficos, Conferencia Internacional tenida en Driebergen (Holanda) del 4-8 abril. 1972», *Proyección. Teología y Mundo Actual. No-violencia*, n.º 80, abril de 1972, Granada.

⁶ La historia de Pepe Beunza ha sido magistralmente relatada por Pedro Oliver en *La utopía insumisa de Pepe Beunza. Una objeción subversiva durante el franquismo*, Virus editorial, Barcelona, 2002.

cha internacional desde Ginebra hasta la prisión militar de Valencia, que logró captar gran atención por parte de la opinión pública internacional. Pero en 1971 ya no era Beunza el único objetor de conciencia, tal y como relata Pedro Oliver refiriéndose a los objetores que se declararon ese año:

Hablamos de Pepe Beunza, quien desde 1967 ya estaba pergeñando su propia desobediencia y, con ella, la primera campaña de objeción de conciencia pacifista y no violenta, iniciada en enero de 1971; de Jordi Agulló, un militante de la Juventud Obrera Católica (JOC) de Alcoy que creó su propio grupo de apoyo a la objeción de conciencia y objetó el 10 de mayo de 1971; de Juan Guzmán Salvador, un cabo instructor que, también en 1971, realizó la primera objeción sobrevenida de la historia del movimiento de objetores de conciencia; y, por último, de Víctor Boj, quien se declaró objetor de conciencia en la primavera de ese mismo año pero de manera muy aislada, actuando prácticamente en solitario, sin referentes directos y con un discurso singular y muy personal, ajeno a grupos de apoyo y a colectivos organizados, lo que hizo que su caso no fuera conocido hasta varios meses después. Desde entonces apenas creció el número de objetores no violentos, salvando el caso de Rafa Rodrigo en 1972, un objetor al que podemos considerar sobrevenido, porque realizaba milicias universitarias, y que, tras entrar en contacto con Pepe Beunza, pese a que el Servicio de Inteligencia Militar interceptó la comunicación epistolar entre ellos dos, materializó su objeción, en ese mismo año, aunque no llegara a ser encarcelado hasta 1974. La objeción no religiosa no crecía pese a que la cuestión empezaba a cobrar más notoriedad que nunca gracias a la campaña de solidaridad con Pepe Beunza.⁷

Por aquel entonces, las reivindicaciones de los objetores se centraban en el derecho a objetar al servicio militar, pero también se pedía la creación de un servicio civil sustitutorio. Fruto de estas reivindicaciones, en 1976 Justicia y Paz promovió un Proyecto de Estatuto del Objetor, en el cual se recogía el derecho a la objeción y que sirvió de base a las reclamaciones de los objetores.

⁷ Pedro Oliver Olmo: «Los iniciadores del movimiento de objetores de conciencia (1971-1977)», en M. Ortiz Heras (coord.): *Culturas políticas del nacionalismo español. Del franquismo a la transición*, La Catarata, Madrid, 2009, pp. 224 y ss.

Por otro lado, en 1973 se había aprobado una reforma del artículo 383 del Código de Justicia Militar, y se pasaba a condenar a los objetores a una pena de entre 3 y 8 años de prisión, de manera que se acababa con las condenas en cadena y la secuencia de consejos de guerra que éstos sufrían. Al año siguiente Beunza salió finalmente de la cárcel, y con la muerte de Franco, en 1975, se daba paso a un periodo de transición hacia un régimen parlamentario que cristalizaría con la Constitución de 1978, pero que en realidad mantenía gran continuidad con el régimen anterior, ya que no cuestionaba los intereses económicos de las élites del régimen, que seguían aledañas al poder, y no juzgaba los crímenes cometidos durante el mismo.

Los objetores de conciencia

El mismo año de la muerte del dictador, 1975, se presentó un Proyecto de Voluntariado para el Desarrollo, promovido desde tiempo atrás por Pepe Beunza y Gonzalo Arias y avalado por más de mil firmas de jóvenes dispuestos a realizar un servicio civil alternativo de dos años de duración. Esta propuesta fue rechazada por el Gobierno, por lo que, siguiendo una iniciativa surgida en el barrio barcelonés de Can Serra, se empezaron a poner en marcha en varios lugares diversos proyectos de servicio civil por parte de objetores que no se habían incorporado al servicio militar, que a su vez empezaron a reunirse y coordinarse entre sí, resultando encarcelados varios de ellos. Era el primer pero de una campaña colectiva de objeción de conciencia. Ya entonces se percibían señales de lo que iban a ser las dos posturas predominantes entre los grupos de primeros objetores que constituirían el Movimiento de Objeción de Conciencia (MOC). Una era la que veía el movimiento como un «sindicato de objetores» que no cuestionara la ley, sino que ayudara a los implicados principalmente mediante asesoramiento y apoyo; otra era plantear la objeción de conciencia como una estrategia de desobediencia civil para llevar a la sociedad una propuesta de desmilitarización. Ya desde estos primeros tiempos se empezó a conocer la desobediencia civil al servicio militar con el nombre tolstoyano de «insumisión», aunque por el momento sólo era un concepto de uso interno dentro del movimiento.

En 1977 se creó el MOC que, dos años después, en su primera declaración ideológica se definía como antimilitarista (en sentido amplio), noviolento y proponía como alternativa al ejército la Defensa Popular Noviolenta (DPNV). Como hemos visto, este concepto había sido desarrollado en el movimiento antimilitarista europeo del entorno de la Internacional de Resistentes a la Guerra siguiendo una propuesta de 1934 del holandés Bart de Ligt para detener la guerra mundial que se avecinaba por entonces. En esos momentos, los grupos de objetores empezaban a tener presencia en la calle, con una actitud noviolenta que tardó muchos años en ser aprendida por la policía, que tendió a reprimir violentamente las movilizaciones pacíficas con la consiguiente deslegitimación de su actuación en los medios. El encadenamiento en instituciones militares y la exhibición de pancartas con lemas políticos, muchas veces con la fórmula de «encartelados», fueron las tácticas favoritas durante mucho tiempo. Valga como ejemplo una nota en la prensa de esos años (1977), ya que titulares parecidos se pueden rastrear en la prensa a lo largo de los treinta años de la campaña:

Santiago: enérgica actuación policial ante una manifestación de objetores.

La primera acción pública de los objetores de conciencia en Galicia fue duramente reprimida por la policía de Santiago, al disolver a los dos centenares de personas que se concentraron ante la fachada de las Platerías de la catedral compostelana para presenciar a tres jóvenes que acaban de encadenarse en las escaleras del templo.

Poco después de la 1.30 de la tarde Ovidio Bustillo, Clemente Fernández y Francisco Javier Hernández, objetor de conciencia el primero y futuros objetores los otros dos, se ataron con cadenas a los hierros que bordean la escalinata de la fachada de las Platerías. Unas quince personas tomaron voluntariamente sus manos, formando una rueda de solidaridad que estaba a punto de aumentar cuando a los pocos minutos apareció la policía con fuerte dotación antidisturbios y, prácticamente sin avisar, efectuó media docena de disparos con balas de goma y cargó contra el público. Una de las balas de goma destrozó el cristal de un restaurante de la zona y un numeroso grupo de jóvenes se refugiaron en la catedral de donde intentaron expulsarles un canónigo y un sacristán.⁸

⁸ *El País*, 11 de mayo de 1977, http://elpais.com/diario/1977/05/11/espana/232149614_850215.html.

Los años de vacío legal

Tras un intento de regular vía decreto ley un servicio cívico por causas religiosas, que no recibió ninguna solicitud, en el año 77 y esperando a que se resolviera una legislación al respecto, el general Gutiérrez Mellado, vicepresidente en ese momento, emitió una norma que catalogaba en «incorporación aplazada» a aquellos que se declaraban objetores de conciencia. Se creaba así un vacío legal que duró hasta la aprobación definitiva de la ley en 1989, periodo en el que no se produjo encarcelamiento alguno por no incorporarse al servicio militar, y los únicos presos de esos años eran objetores sobrevenidos, que se habían declarado como tal en el cuartel y eran considerados como desertores por la legislación militar. Estos objetores, entre los que estaban José María Fierro Conchouso, Francesc Alexandrí i Muchart y Miguel Rodríguez Méndez fueron considerados por Amnistía Internacional como los primeros presos de conciencia después del franquismo. También se promulgó la Ley de Amnistía, en la que junto con otros presos políticos se amnistió a los 220 objetores de conciencia que estaban presos. La UCD de Adolfo Suárez, entonces en el poder, planteó también un proyecto de Ley de Objeción de Conciencia, pero fue rechazado por toda la oposición.

El ciclo de movilizaciones arreció cuando en 1980 se detuvo a uno de los objetores sobrevenidos, acusado de injurias al ejército, y en las protestas consiguientes se acabó arresando a otras 19 personas más. En respuesta se incrementaron las protestas y se amplió el círculo de apoyos a otros movimientos, incluso a nivel internacional.

Sin embargo, en el año 1982, el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) ganó las elecciones, iniciando un ciclo que le mantendría en el poder durante cuatro legislaturas (14 años), convirtiéndose por tanto en el principal oponente de los objetores. En el año 83 se empezó a redactar el proyecto de lo que iba a ser la Ley de Objeción de Conciencia (LOC). Entre los objetores se dieron diversas respuestas: por un lado, unos opinaban que había que aceptar el servicio civil y trabajar desde el asociacionismo para mejorar su aplicación, postura que sería adoptada por la Asociación de Objetores de Conciencia (AOC), organización de corte «posibilista» apoyada por todo el arco institucional; otros pensaban que había que lograr que el servicio civil fuera auto-

gestionado y que realmente tuviera que ver con la lucha por la paz; y, finalmente, estaban los que optaron por un planteamiento revolucionario de rechazo total a la incorporación, que fue la postura antimilitarista seguida por el MOC, que en diciembre sacó un manifiesto llamando a la desobediencia civil.

Por estos años el MOC dejó de ser el único movimiento específicamente antimilitarista, ya que en 1984 surgió otro gran colectivo antimilitarista, Mili-kk, denominado Kakitzat en el País Vasco y Navarra. Esta organización aglutinaba a personas involucradas en la izquierda extraparlamentaria y se diferenciaba del MOC en que tenía una visión pragmática de la noviolencia y su objetivo se centraba más en el fin del servicio militar que en otros aspectos de la desmilitarización social, aunque luego fue evolucionando hacia posiciones más antimilitaristas, especialmente Kakitzat. De esta manera, la campaña de objeción de conciencia y luego la de insumisión se expandía a otros movimientos y grupos políticos que no tenían necesariamente la visión revolucionaria de la noviolencia sociopolítica del MOC, y la coordinación, no exenta de rivalidades, entre ambos colectivos fue una de las claves del posterior éxito de la campaña.

A finales de 1984 se aprobó finalmente la LOC, pero se retrasó su aplicación debido a dos recursos de inconstitucionalidad ante el Tribunal Constitucional. Mediante esta ley se creaba el Consejo Nacional de Objeción de Conciencia (CNOC), que era el órgano encargado de aprobar las solicitudes de objeción. En esos momentos, desde el MOC se decidió que no se apoyaría la Prestación Social Sustitutoria (PSS), nombre que recibiría en el Estado español el servicio civil alternativo, e igualmente se rechazaba la legitimidad del tribunal que había de juzgar las conciencias y certificar la autenticidad o no de la objeción. El objetor Ramón Carratalá explica así este momento:

El gobierno, conocedor del rechazo que sufría el texto, adoptó la estrategia de aprobar un proyecto extremadamente duro para suavizarlo posteriormente mediante las enmiendas de su propio grupo parlamentario. Asimismo tenían al parecer un plan cuidadoso de «aplicación blanda» que se fuese endureciendo de forma progresiva para conseguir hacer viable la ley. Este plan incluía además, algunas medidas complementarias, como el pase automático a la re-

serva de todos los objetores «históricos» acumulados —que, en el momento adecuado, debían solicitar las Juventudes Socialistas, siguiendo con el teatro— con el objetivo de mitigar y esconder la disidencia. Por su parte, los objetores y objetoras coordinados en el MOC iban discutiendo asamblea tras asamblea los detalles de su estrategia. Simultáneamente, iban realizando sin descanso todo tipo de acciones para llamar la atención sobre el tema. Por ejemplo, durante el debate en el Senado, un centenar de jóvenes se suben encima de las cabinas telefónicas y marquesinas de las paradas de autobús de Puerta del Sol provistos de carteles en pecho y espalda. [...]

En la asamblea de 2 y 3 de febrero de 1985 se definen la mayor parte de los aspectos de la estrategia de rechazo a la ley. Queda ya perfectamente perfilado que el segundo paso de la estrategia, la insumisión a la ley, se llevará a cabo por medio de una táctica de objeción colectiva. En el folleto La objeción de conciencia, editado por el MOC a nivel estatal en 1985, se dice que el objetivo de la objeción colectiva «es hacer inaplicable la ley de objeción basándose en la creación de un grupo de insumisos lo más amplio posible, comprometidos en no acatar el Consejo Nacional de Objeción de Conciencia (CNOC) y en no cumplir la PSS». En concreto, la acción consistía en que cada uno de los objetores dirigía personalmente al tribunal una carta, con texto idéntico al de todos los demás, pero suscrito por él. Dicha carta no era en modo alguno una instancia —como marcaba la ley—, puesto que no se solicitaba absolutamente nada, e incluso se explicitaba en su texto el no reconocimiento de la autoridad del Tribunal. Al hacer dicho gesto, la objeción pasaba de ser íntima e hipotética a ojos de los demás, a ser pública y realizada en la práctica. Siendo además un acto realizado con otros adquiría todas las características que precisa una actitud para ser inequívocamente política. Además al mismo tiempo, al ser todos los textos idénticos, se bloqueaba la función juzgadora del Tribunal y se imposibilitaba su actuación discriminatoria arrinconándolo en tres posibilidades de respuesta: a) rechazar a todos, con lo que se ponía de manifiesto la situación real; b) aceptaba a todos y se ponía en ridículo; o c) aceptaba a unos sí y a otros no, con lo que se producían ambas cosas. En el texto de la carta nos declarábamos objetores (ejerciendo la capacidad que el tribunal pretendía usurparnos y no reconociendo la autoridad de este para juzgarnos), exigíamos la consideración de civiles,

*rechazábamos cualquier declaración o investigación sobre nuestra vida y conductas privadas, y amenazábamos con recurrir a medidas legales para actuar contra ellos en caso de que lo intenten.*⁹

El 15 de mayo de 1985, declarado por la IRG Día Internacional de la Objeción de Conciencia, se presentaron simultáneamente las declaraciones en los respectivos gobiernos civiles en forma de actos públicos. A los pocos meses, eran ya 2.800 las declaraciones colectivas que se habían presentado. Había además unas 6.500 instancias presentadas por testigos de Jehová, rechazando también la prestación, y tan sólo setecientas personas que se habían inclinado por otras opciones (instancias o cartas). Eso implicó que casi todos los objetores estaban dispuestos a desobedecer la ley, y que la mayoría de los que lo hacían por causas políticas lo hacían siguiendo la declaración colectiva, militase o no militase en el MOC. Ante la imposibilidad técnica que hubiera exigido rechazar la declaración colectiva, pues se hubiera tenido que llenar las cárceles con miles de objetores, en 1985 el CNOC aceptó la solicitud colectiva del MOC.

Al año siguiente, en 1986, mientras se debatía la constitucionalidad o no de la LOC, el movimiento antimilitarista participó muy activamente en las grandes movilizaciones que se hicieron contra la entrada de España en la OTAN. Finalmente venció en el referéndum el sí a la permanencia en la Alianza Atlántica, aunque hubo un 40% de votos en contra. La campaña «OTAN No, Bases Fuera», se había puesto en marcha ya desde 1983 y aglutinaba en torno a posiciones antimilitaristas y antiimperialistas a los grupos políticos situados a la izquierda del PSOE. Las movilizaciones, más enfocadas hacia la acción institucional que a la acción noviolenta, supusieron el caldo de cultivo en el cual crecieron las ideas antimilitaristas que permitieron una mayor extensión de la desobediencia civil en los años siguientes. Del modo inverso, tal y como ha relatado Pedro Oliver,¹⁰ los movimientos antimilitaristas y

⁹ Ramón Carratalá: «Un poco de historia: el origen del movimiento de objeción de conciencia (MOC)», en MOC: *En legítima desobediencia, ob. cit.*, p. 95.

¹⁰ Pedro Oliver Olmo: «El movimiento pacifista en la transición democrática española», en Rafael Quirosa-Cheyrouze y Muñoz: *La sociedad española en la Transición. Los movimientos sociales en el proceso democratizador*, Siglo XXI, Madrid, 2011, p. 275.

noviolentos de los setenta, con su peculiar radicalidad cristiano-anarquista, supusieron una importante aportación a esa eclosión pacifista en los ochenta. En ese mismo año 1986, el MOC celebró su segundo congreso y se hizo pública una segunda declaración ideológica en la que se ahondaba en las posiciones antimilitaristas.

Además, para entonces la objeción de conciencia no era la única campaña del movimiento antimilitarista, pues aparte de la campaña contra la OTAN, hacía unos años que se había puesto en marcha una campaña de desobediencia civil al gasto militar llamada de objeción fiscal, que consistía en desviar ilegalmente impuestos destinados al Ministerio de Defensa a proyectos alternativos y en la que cada grupo apoyaba autónomamente diversas campañas de su localidad, así como las de las redes internacionales pacifistas. No era por tanto ya un movimiento de objetores de conciencia, sino un movimiento antimilitarista con varias campañas en marcha, pues además cada grupo participaba en sus redes sociales locales aportando su visión sobre la noviolencia y la participación política.

La insumisión

En febrero de 1988, el CNOC cambió de estrategia y empezó a rechazar la declaración colectiva, lo cual implicaba la obligación de incorporarse al servicio militar a aquellos que la habían presentado. De esta manera, las situaciones legales de los objetores se empezaron a diversificar, haciendo cada vez más complicado una acción colectiva conjunta. En ese contexto se fue pergeñando la estrategia de acción frente a la LOC, una vez desestimado el recurso de inconstitucionalidad, lo que se llamó «Estrategia de Valencia». En ésta se decidía boicotear la PSS, haciendo no sólo desobediencia civil a la misma, sino que también se ponía en marcha toda una campaña de desprestigio, denunciando y boicoteando a las instituciones que acogían prestacionistas. Una de las tácticas que se siguió fue la de solicitar plazas en conocidas organizaciones sociales para ponerlas en el conflicto de tener que denunciar a los insumisos o prestar apoyo público a una campaña de desobediencia civil. También se ocuparon noviolentamente sus sedes y se denunció en la prensa la

colaboración que estas instituciones hacían con el ejército. Además, se trató de buscar la manera de organizar una respuesta colectiva unitaria ante la disparidad de situaciones legales, especialmente para que los objetores veteranos pudieran seguir participando en la campaña de insumisión ante una posible amnistía de los mismos. Esto se logró mediante el proceso de «reobjeción», que consistió en una declaración colectiva por la cual renunciaban a su condición de objetores y pedían ser llamados a filas para poder declararse insumisos. No obstante, esta táctica tuvo escaso éxito porque la Administración estuvo atenta y no cayó en la trampa. A pesar de ello, cuando al año siguiente se pasó a la reserva a 21.490 objetores que tenían la incorporación aplazada, algunos lograron poder participar en la desobediencia civil al servicio militar mediante esta estrategia. Quedaba claro así que no se trataba por tanto de una postura personal ante la obligación legal de hacer el servicio militar o el civil, sino de una campaña de desobediencia civil planificada concienzudamente y que necesitaba de efectivos para participar en ella, por lo que se trataba de avanzar hacia ello partiendo de una disparidad de situaciones legales.

Finalmente, en 1988 en Orio (Guipúzcoa), con más de doscientos objetores presentes, se acordó apostar por la desobediencia civil colectiva, con el nombre de insumisión, así como no recurrir las denegaciones del estatus de objetor que el CNOC estaba rechazando. Ya estaba todo listo para lo que familiarmente se llamó «el salto de enero», el que acabó siendo de febrero, o sea, el inicio de la campaña de insumisión. Además, se lanzaba una campaña de autoinculpaciones, en las que cuatro personas por insumiso firmaban haber inducido al mismo a la comisión del delito, por lo que supuestamente tendrían que haber recibido la misma condena que él.

Así, el 20 de febrero de 1989 se realizó una presentación pública colectiva de insumisos a la nueva ley. 57 objetores que no se habían incorporado se presentaron públicamente en actos de protesta en gobiernos militares, y once de ellos fueron detenidos y puestos a disposición judicial. Poco después, en abril del 89, cuarenta y tres objetores comenzaron a realizar el servicio civil, la PSS, cuando a los pocos días se presentaron en Barcelona los primeros insumisos a la misma a la vez que un grupo de parados titulados en trabajos de ámbito social reclamaba ocupar sus puestos. También en abril, en una segunda presentación, otros sesenta insumisos se mostraron públicamente, resul-

tando detenidos tan sólo dos de ellos; y en junio se presentaron otros setenta y cinco insumisos, con apenas cuatro detenidos entre ellos. En Cataluña, en noviembre, se produjo el primer consejo de guerra a dos insumisos, Carlos Hinojosa y Josep María Moragriega, ambos del Mili-kk, que fueron condenados a 13 meses de prisión. A pesar de ello, a finales del año siguiente ya eran 2.450 los insumisos declarados, de los cuales tan sólo 130 habían sido detenidos (un 5,1%), permaneciendo en la cárcel muy poco tiempo —una media de un mes—, hasta que se fijaba fecha para el juicio.

Por aquel entonces, se realizaban consejos de guerra a los insumisos al servicio militar con una pena mínima de 13 meses, mientras que los insumisos a la PSS eran juzgados por tribunales civiles y la condena mínima era de dos años cuatro meses y un día (2, 4, 1). Las condenas habituales eran de 17 o 18 meses en los juicios militares (aunque sólo Moragriega cumplió condena en una cárcel militar) y de 28 en los juicios civiles. Tan sólo tres insumisos lograron en este momento condenas de un año o menores, lo cual les eximía de entrar en prisión. Hay que decir, no obstante, que el Gobierno optó por la represión selectiva, y hasta diciembre de 1991 sólo se habían celebrado 13 consejos de guerra, cuando había más de 1.200 insumisos al servicio militar. Por otro lado, los detenidos en acciones de presentación permanecían en prisión preventiva en la prisión militar de Alcalá de Henares una media de 18 días y su libertad provisional era solicitada no por sus abogados, sino por los fiscales del propio ejército. Paralelamente, el número de solicitudes de objeción de conciencia enviadas al CNOC empezó a dispararse, generando el problema adicional de crear las plazas necesarias para la realización de la prestación.

En el año 91, la participación del ejército español en la Primera Guerra del Golfo volvió a generar grandes movilizaciones, con llamadas a la deserción de gran repercusión pública, sobre todo al producirse varios casos en las fragatas que iban a ser enviadas a la guerra. El ambiente era tan tenso que se llegaron a infiltrar agentes del CESID (la agencia de inteligencia española, es decir, espías) en el movimiento. En ese tenso contexto se produjo el primer juicio contra insumisos a la PSS, en Albacete, con gran repercusión porque las penas fueron de dos años, cuatro meses y un día, las célebres 2, 4, 1. No obstante, durante todo 1991 sólo fueron juzgados quince insumisos a la PSS. Hay que

señalar que la Oficina para la Prestación Social de los Objetores de Conciencia tramitó muchas más denuncias por insumisión en los cuatro primeros meses de la campaña, y luego cuando el número creció de manera ostensible, paradójicamente disminuyó el número de denuncias.

Tanto los consejos de guerra, los encarcelamientos en prisiones militares, las desertiones, así como las acciones de presentación de insumisos en cuarteles y gobiernos militares (especialmente la huelga de hambre realizada en 1991 por varios insumisos y un desertor en la prisión militar de Alcalá de Henares) fueron generando un desgaste de la imagen del ejército en un contexto de guerra. De esta manera, a finales de ese mismo año el Gobierno decidió reformar los términos en los que se realizaba el servicio militar. Así, se uniformizaron los casos de insumisión, que pasarían todos a jurisdicción civil y a tener una pena mínima de 28 meses (2, 4, 1).

En 1992 hubo 107 juicios a insumisos, tres de los cuales fueron militares, ya que se trataban de casos de objeción sobrevenida, es decir, se trataba de consejos de guerra por desertión. Por otro lado, en algunas zonas se empezaban a masificar los juicios, especialmente en Navarra, donde el número de insumisos presos fue tan alto que alcanzó un porcentaje bastante importante de la población carcelaria. Paralelamente, desde los grupos de apoyo y el movimiento antimilitarista se planteó no centrar la campaña en la lucha contra la represión y tratar de lanzar un mensaje de denuncia de la militarización social, más propiamente antimilitarista. En los cuatro primeros meses de 1993 hubo otros 108 juicios; aunque, igual que en el año anterior, la condena media solicitada era de 14 meses, casi tres cuartas partes obtuvieron penas inferiores a un año. Eso muestra la desigual aplicación de la ley por parte de los jueces, que dictaban esas penas para tratar de evitar la entrada en prisión del insumiso, pues con menos de un año de sentencia se concedía automáticamente la libertad condicional. Sin embargo, en ese momento muchos insumisos con penas inferiores se negaron a firmar la remisión condicional, en solidaridad con los que tenían penas más largas, por lo que también entraron en la cárcel. Además, en marzo de 1992 se produjo la primera absolución de un insumiso, Iñaki Arredondo, dictada por el juez Calvo Cabello. No fue la última absolución, pues hubo, de hecho, muchos jueces que se negaron a condenar a los insumisos o retrasaron su ingreso en prisión. Rosario Domín-

guez, Charo, de la Asociación de Madres y Padres de Objetores e Insumisos, relata un caso en su revisión de estos años:

Se da la paradoja de que el juez que condenó a Manolo, llamó a Carmen (la madre de Manolo) para disculparse reconociendo que había sido un error aplicar la ley en este caso, afirmando que al ser el primer insumiso que juzgaba no había reflexionado lo suficiente. En el juicio siguiente se ve que tuvo tiempo de pensarlo y absolvió al objetor juzgado. No recuerdo su nombre, en ese tiempo había juicios a insumisos todos los días.¹¹

Esta arbitrariedad en la represión fue achacada por el MOC¹² a una intención de represión selectiva por parte del Estado, pero, sin duda, como muestra el testimonio aportado por Rosario, hay que tener en cuenta el éxito de la campaña de solidaridad que hacía que jueces y funcionarios hicieran la vista gorda, retrasando juicios o incluso incorporaciones a la cárcel. En junio de 1993, 28 presos de la cárcel de Pamplona iniciaron una huelga de hambre de gran transcendencia en la ciudad, que se preparaba para las famosas fiestas de San Fermín.

El «plante»

Toda esta situación hizo que en septiembre se reformara el sistema penitenciario para bajar la presión social que había, ante el apoyo recibido por los insumisos, y se pasó a aplicarles directamente el tercer grado penitenciario, con lo cual «sólo» tenían que ir a la cárcel a dormir. Como respuesta, en diciembre, de forma estatal y coordinada, el MOC lanzó la estrategia del «plante», que consistía en que los insumisos en tercer grado no iban a dormir a la cárcel para

¹¹ Rosario Domínguez: *La insumisión. Una forma de vida*, La Malatesta editorial, Madrid, 2012, p. 67.

¹² Estos datos, de carácter público, fueron proporcionados por el MOC en su *Informe sobre la represión a los insumisos*, MOC, Madrid, mayo de 1998, que se puede consultar en: http://www.nodo50.org/moc-carabanchel/documentos/informe_represion_insumisos.htm.

desobedecer públicamente y forzar de nuevo la entrada en segundo grado. La idea era denunciar la disparidad de las condenas y criticar la discriminación de los compañeros que no disfrutaban de la reducción de pena —bajo el lema de «o todos o ninguno»— y, a la vez, relanzar el mensaje antimilitarista que se intentaba silenciar. Muchos siguieron esta estrategia, pero es cierto que no todos los insumisos participaron en la misma. En todo momento cada insumiso, arropado por su grupo de apoyo, elegía el grado de implicación y posible represión que asumía en su desobediencia. De los 58 insumisos presos que había en ese momento (1993) se pasó a 188 insumisos presos en 1994, de los cuales 65 quedaron en segundo grado (prisión normal) y 123 pasaron al tercer grado (sólo por las noches). En este sentido, hay que aclarar que fueron principalmente los militantes del MOC los que realizaron repetidos actos de desobediencia para seguir sacando a la luz el debate sobre la existencia de los ejércitos, aunque Kakitzat también secundó el plante. Otros colectivos optaron por estrategias de invisibilidad (como los Invisibles, integrantes del movimiento autónomo que gestionaba centros sociales «okupados») o de evitar la prisión por todos los medios, aunque la pauta más común fue la de utilizar los juicios como altavoces y asumir las consecuencias de ello. Por detrás se montaba una gran campaña para conseguir apoyos sociales y autoinculpaciones, llegando a obtenerse un gran número de éstas firmadas por personajes públicos; incluso muchos grupos de rock incluyeron apologías a la insumisión en sus canciones, alguna de las cuales nombraba directamente al MOC y a Kakitzat, como la muy difundida canción «Insumisión» del grupo navarro Kojón Prieto y los Guajalotes, del año 93.¹³

Hay que señalar, no obstante, que la cárcel, a pesar del gran apoyo social que logró reunir, nunca fue un plato del gusto ni de los insumisos ni de sus familiares o los grupos antimilitaristas. Rosario relata así la dureza de esos momentos:

Toribio fue el primer insumiso que entró en Carabanchel por no realizar la PSS, se negó en ocasiones a obedecer órdenes injustas y rápidamente fue

¹³ La estrofa reza así: «Si te sales del rebaño / y no te va el uniforme / vete directo al MOC / o si no vete a Kakitzat / que te informan y te explican / lo que es la insumisión. / Y devuélveles la carta / que la mili no te encanta / simplemente di que no».

*trasladado a Navalcarnero. Cuando salió en tercer grado y nos contaba sus experiencias carcelarias, su cabeza y sus labios contaban una cosa y sus ojos contaban otra. Cuando entró por la puerta de la cárcel sus ojos brillaban, ahora están apagados y sin luz. [...] Mi hijo Enrique, no habla mucho de estos años pasados en prisión. Él, como yo, nos guardamos nuestra tristeza, mezclada con una enorme rabia e impotencia. Salió en tercer grado al cabo de unos meses, porque tuvieron que reconocerle el tiempo de prisión preventiva, teniendo que pasar más de un año en la prisión de Victoria Kent a dormir todas las noches. No es mejor el tercer grado que la trena, porque de igual manera te sientes preso y llevas el día entero la cárcel en tu cabeza.*¹⁴

Los testimonios de los insumisos presos y sus familias fueron recogidos por Carlos M. Beristain en el libro *La insumisión encarcelada*,¹⁵ editado en 1992 con la idea de servir de apoyo a las personas que tenían que ingresar en prisión. Para superar el trauma, desde el MOC se organizaban entrenamientos de cárcel, en los cuales los que habían pasado por la prisión compartían experiencias, se simulaban situaciones, se organizaba el apoyo exterior y se proporcionaba la información sobre los derechos existentes dentro de la penitenciaría. Gracias a ello, la actitud, a pesar de los problemas derivados de la privación de libertad y el sometimiento a una autoridad absoluta, pudo ser muchas veces combativa, de manera que la denuncia de la situación de negación de derechos que se vivía en las cárceles acompañaba a la crítica antimilitarista. En abril de 1994, 46 insumisos de la cárcel de Pamplona realizaron una nueva huelga de hambre limitada bajo el lema «no des de comer a los ejércitos», y ocho de ellos fueron trasladados a otros centros, aplicándoles una dispersión selectiva. En respuesta, el uno de noviembre, 53 insumisos presos en Pamplona y Zaragoza iniciaron otra huelga de hambre limitada (20 días) para protestar contra ello y denunciar el autoritarismo y militarismo del sistema penitenciario. El número de presos fue creciendo en los años 94 y 95 y llegó a su máximo en 1996, cuando llegó a haber 348 insumisos

¹⁴ Rosario Domínguez: *ob. cit.*, p. 111.

¹⁵ Carlos M. Beristain: *La insumisión encarcelada*, Virus editorial, Barcelona, 1992. Se pueden leer algunos extractos en la siguiente web: <http://www.uv.es/~alminyan/beristain.html>.

presos simultáneamente, 58 de ellos en segundo grado por haber realizado el «plante».

Todo esto generaba muchos problemas al Estado, ya que permitía visibilizar el deplorable estado de las cárceles y generar redes de solidaridad con los presos. Por ello, con la idea de tratar de invisibilizar la represión se incluyó en la reforma del Código Penal, que se efectuó a finales del 95, la sustitución de las penas de cárcel por inhabilitaciones de entre 10 a 14 años de los insumisos a la mili, y de 8 a 12 años para los insumisos a la PSS para la función pública (plazas de funcionarios), prohibición para ejercer cargos públicos (de 10 a 14 años), multas por día (de 12 a 24 meses, entre 5 y 50.000 pesetas —entre 0,03 y 300 euros— por día) y privación de ayudas estatales, especialmente becas de estudio. Esta condena fue conocida como «muerte civil» y se cebaba especialmente con maestros, profesores y universitarios, colectivos entre los que abundaban los insumisos. Se mantenían, no obstante, las penas de cárcel entre 6 meses y 2 años para los que se negaran a cumplir el servicio militar, además de la inhabilitación para ejercer cargos públicos. La inhabilitación también se produjo en algunos casos de insumisos que habían pasado por la prisión, como José Casquero, insumiso salmantino que tras pasar 28 meses entre rejas perdió su puesto como docente en un colegio público; o como Ricardo Royo-Villanueva, que fue inhabilitado como concejal por el juez que le condenó a la cárcel. Por otro lado, como respuesta a las inhabilitaciones se creó una red de ayuntamientos insumisos que se negaban a aplicarlas; al poco, todas las universidades del País Vasco y Aragón hicieron lo mismo. En el caso de José Casquero, se creó una red de maestros y maestras que renunciaron cada uno a un día de su sueldo para poder pagar el trabajo de Casquero en educación para la paz durante el tiempo que duró su inhabilitación. En esa época, además, se disparó el número de solicitudes de objeción de conciencia y tan sólo uno de cada cinco objetores estaba realizando la prestación sustitutiva.

La insumisión en los cuarteles

En este contexto, en 1996 el Partido Popular, de ideología conservadora con grandes vínculos con los políticos franquistas, llegó al poder con el apoyo de

nacionalistas catalanes y vascos, quienes impusieron en el pacto de gobernabilidad la profesionalización del ejército. Ésta fue anunciada para el año 2002, lo que evidentemente significaba el fin del servicio militar obligatorio, cosa que se vivió como una victoria de los insumisos, aunque no fueran ellos el único factor determinante.

De esta manera, en 1997 el MOC puso en marcha otra campaña de desobediencia civil al servicio militar que se bautizó como «insumisión en los cuarteles», que consistía en declarar la objeción de conciencia de forma sobrevenida una vez incorporados en el cuartel. Esta campaña, que fue mucho más minoritaria, pretendía llevar la responsabilidad de la represión a los militares, volviendo a mostrar al público la existencia de consejos de guerra y cárceles militares. En marzo, se presentaron en el Gobierno Militar de Madrid cinco insumisos en los cuarteles que habían desertado en enero y febrero mientras hacían la mili (Plácido Ferrándiz Albert, Carlos Pérez Barranco, Javier Gómez Sánchez, Tasio Ardanaz Ruiz y Alberto Isaba Lacabe). Para entonces ya estaban en la cárcel los gallegos Elías Rozas y Ramiro Paz, del Bloque Nacionalista Gallego (BNG), que sin pertenecer al MOC habían oído hablar de la campaña y habían renunciado a su estatus de objetor de conciencia para ser llamados al servicio militar y poder realizar la objeción sobrevenida (insumisión en los cuarteles). En poco tiempo se celebraron nuevos consejos de guerra por desertión en los que se condenó a varias decenas de insumisos a penas de dos años, cuatro meses y un día de prisión militar.

Paralelamente, las solicitudes de objeción de conciencia presentadas al CNOC se dispararon, llegando a la cantidad de 130.000 tan sólo en este año. En un momento en el que se estaban invirtiendo 12 millones de euros en la campaña de imagen del ejército profesional, éste no llegaba a obtener suficientes aspirantes y tuvo que ir rebajando poco a poco su planificación de efectivos.

Es de destacar, además, que durante todo el ciclo de objeción de conciencia e insumisión se puso especial cuidado en los problemas de género, puesto que como el servicio militar era una obligación de chicos, los grupos de objetores tendieron mucho a masculinizarse y la perspectiva feminista y *queer*, tan imprescindibles en cualquier colectivo, quedaba siempre como asignatura pendiente en muchos grupos. Ya desde los años setenta se había abordado el tema de feminismo y no violencia, y luego, en los ochenta, se producen nuevas

reflexiones a raíz del rechazo a las propuestas de integración de las mujeres en el ejército, que se vincularon con la idea más amplia de desmilitarización social que el MOC promulgaba. No obstante, la propia dinámica de insumisión, ya de por sí masculina, podría considerarse como una estrategia de carácter heroico, en la que el sacrificio personal tenía gran importancia y venía acompañado con valores masculinos como el coraje, la audacia, la abnegación o incluso la fortaleza física. Para superar esas barreras de género, desde el primer momento las mujeres se declararon objetoras e insumisas, entendiendo que la desobediencia era una propuesta colectiva y se valieron de las autoinculpaciones y la participación en acciones directas como herramientas para visibilizar su presencia en el movimiento.

Al año siguiente, en 1998, el Partido Popular reformó de nuevo el Código Penal, rebajando a cuatro años la duración mínima de la inhabilitación a los insumisos, y concedió indultos a los insumisos presos en tercer grado. Igualmente se reformó la LOC, de forma que se igualó la duración de la PSS (antes de 13 meses) con la del Servicio Militar (de 9 meses en aquella época). En ese momento había más de un millón de personas que se habían declarado objetoras y que estaban a la espera de ser llamadas a incorporarse a un puesto de la PSS, lo cual era imposible porque no había ni de lejos suficientes plazas para todas.

En 1999 las campañas antimilitaristas se centrarían en las protestas contra la participación del ejército español en la intervención de la OTAN en Serbia, especialmente contra los bombardeos de la aviación española sobre Belgrado. En ese contexto de guerra (con sus consiguientes movilizaciones pacifistas), se siguieron presentando insumisos en los cuarteles y realizando acciones de denuncia ocupando instalaciones militares; a consecuencia de ello se celebraron nuevos consejos de guerra contra más de cuarenta civiles.

Finalmente, en el año 2000 se produjo el último sorteo del servicio militar, con los quintos del año siguiente, celebrado con fiestas y acciones de rechazo en diferentes lugares. En 2001, los últimos soldados de reemplazo abandonaron definitivamente los cuarteles; tan sólo eran 5.000 de los 91.000 que habían sido sorteados, ya que los demás se habían declarado objetores de conciencia. En ese mismo momento, en vez de los 102.000 soldados profesionales previstos, tan sólo se había conseguido reclutar a 76.000, y todavía per-

manecían encarcelados siete insumisos a los cuarteles en la prisión militar de Alcalá de Henares. Al año siguiente, en 2002, el Gobierno se vio forzado a reformar el Código Penal y el Código Penal Militar para eliminar los delitos relacionados con la insumisión, con la consiguiente amnistía retroactiva para 4.000 insumisos procesados y unos veinte insumisos en los cuarteles. Finalmente, el 25 de mayo de 2002 fueron puestos en libertad Alberto Estefanía, Óscar Cervera, Javier Rodríguez y José Ignacio Royo (*Chose*), los tres primeros de la prisión militar de Alcalá de Henares y el último de la prisión provincial de Bilbao.

Tras un largo proceso se había conseguido abolir el servicio militar obligatorio y crear un movimiento antimilitarista lo suficientemente fuerte como para lanzar otras campañas de desobediencia a la guerra (objeción fiscal y ocupación de instalaciones militares, principalmente), con la idea de trasladar de este modo a la sociedad el debate acerca de la necesidad de desmilitarización de la sociedad y de la existencia de alternativas noviolentas.

El antimilitarismo postinsumisión

Tanto esta tarea como la propia campaña de insumisión no corrieron a cargo sólo del MOC, que a partir de 2003 ha pasado a llamarse Alternativa Antimilitarista-MOC. Muchas organizaciones, principalmente cristianas de base y anarquistas se sumaron a la estrategia, y también surgieron otros muchos grupos antimilitaristas y pacifistas que colaboraban o discrepaban con el MOC o establecieron sus propias campañas y métodos de acción. Podemos citar a Utopía Contagiosa, *Gasteizkoak*, Mili-kk (*Kakitzat* en el País Vasco), Los Invisibles, Las Calzaslargas, el Arca de Lanza del Vasto, el Movimiento Internacional de Reconciliación, sección española de IFOR, Justicia y Paz, *Universitat Internacional de la Pau* o la Casa de la Paz de Sevilla, entre otras muchas. También sindicatos como CNT, CGT o Solidaridad Obrera o partidos nacionalistas como el Bloque Nacionalista Galego o Izquierda Castellana. Se dio gran diversidad por tanto de enfoques de la campaña, a la par que se asumía además por otros movimientos o partidos políticos que seguían su propia estrategia a la hora de plantear los juicios o asumir la prisión. Hubo

muchos que se negaron a seguir la estrategia de ir colectivamente a la cárcel como medio de presión, entre ellos la gente del Colectivo Antimilitarista Pro Insumisión (CAMPI) en Cataluña y Aragón, o los llamados Invisibles, en Madrid. La gran variedad de motivaciones personales que tenía cada joven a la hora de declararse insumiso y la diversidad de grupos en los que militaban fue sin duda la causa de esa heterogeneidad, que indicaba la extensión de la aceptación de la desobediencia civil como praxis política.

Se puede considerar, ciertamente, que el éxito más importante del movimiento antimilitarista fue acostumbrar a los movimientos sociales a las formas de acción noviolentas, gracias a la participación en foros ciudadanos y a la realización de talleres y entrenamientos para la acción directa noviolenta, para el desarrollo de campañas o para la estancia en la cárcel. Cientos de jóvenes se iniciaron en el activismo político en la campaña de insumisión, arrastrando consigo a sus entornos familiares y sociales y llevando las dinámicas de la acción noviolenta a los colectivos donde militaron después. Se logró, por tanto, empezar a transformar la cultura de la movilización política, y eso ha ido aflorando en otro tipo de movimientos, como el ecologista; la campaña contra la presa de Itoiz, en el curso de la cual se realizó en 1996 un sabotaje que supuso el encarcelamiento por varios años de algunos de sus autores; las movilizaciones contra la participación española en la guerra de Irak en 2003; el movimiento antiglobalización, que vivió siempre entre la acción noviolenta y la insurrección callejera que proponía su famoso Bloque Negro, hasta llegar a las diferentes campañas de los indignados. Por otro lado, siempre hubo participación de mujeres en el movimiento, y aunque no eran susceptibles de reclutamiento, se declararon objetoras insumisas y en numerosas ocasiones aportaron su visión feminista en unos colectivos muchas veces altamente masculinizados, contribuyendo a la concienciación contra los hábitos patriarcales heredados de nuestra cultura.

Finalmente, al tiempo de escribir estas palabras, el movimiento 15M y el resto de colectivos de indignados ha tomado como propios el asamblearismo, la horizontalidad, la toma de decisiones por consenso y la acción noviolenta, todas ellas pautas de acción que se han tratado de difundir desde el MOC desde los años setenta, y que, tal y como hemos visto a lo largo de este libro, tienen un largo recorrido histórico. El asamblearismo horizontal es una prác-

tica reivindicada desde los primeros grupos anarquistas: la toma de decisiones por consenso fue aprendida por los cuáqueros de los iroqueses de Norteamérica; y la acción noviolenta se ha ido aprendiendo a base de numerosas experiencias, desde el movimiento sufragista hasta el pacifismo radical norteamericano de posguerra, pasando por movimientos gandhianos o pragmáticos de diferentes partes del mundo.

Sin duda alguna, todos los experimentos realizados en estos campos no sólo desde el movimiento antimilitarista, sino por toda la red de movimientos sociales del país, han sido clave para el cambio en la cultura política. En sólo cuarenta años se ha pasado de encerrar en un manicomio a Gonzalo Arias por realizar acciones directas noviolentas, o hacer chanzas entre los presos de organizaciones armadas o subversivas sobre el pacifismo de Pepe Beunza, a una gran variedad de propuestas diferentes de acción noviolenta no institucional puestas en marcha desde diferentes asambleas. El futuro nos deparará grandes sorpresas si se sabe tener la paciencia necesaria para que los mecanismos de la acción noviolenta puedan consolidar un verdadero cambio social, político y cultural.

24. Perspectivas

La historia está demostrando a quienes optan por luchar por un cambio del sistema que las movilizaciones han de ser no violentas para ser legítimas, pero también para ser eficaces, por lo que la acción no violenta se empieza ya a extender por los cuatro continentes como parte del repertorio táctico de muchos movimientos sociales. En los años ochenta, cuando los objetores españoles empezaban a lanzar sus campañas de desobediencia civil, en el mundo abundaban ya los movimientos revolucionarios no violentos. En Argentina las Madres de la Plaza de Mayo luchaban contra los militares y su herencia; en Chile un movimiento ciudadano lograba derrocar a Pinochet; en diferentes países Brigadas Internacionales de Paz ponían en marcha programas de acompañamiento a defensores de derechos humanos, amenazados por paramilitares o guerrillas; en Palestina la Primera Intifada, inspirada por Mubarak Awad (fundador de *Nonviolence International*) y basada en acciones de desobediencia civil combinada con otras formas de resistencia civil, abría paso a un periodo de esperanza alimentada también por objetores y activistas israelíes; en Latinoamérica algunos indígenas paeces colombianos fundaban el Comité Indígena Regional del Cauca (CRIC), que influiría notablemente en que tanto indígenas de ese país como otros movimientos, principalmente campesinos, abandonarían la lucha armada y apostarían por la no violencia; el

Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST), en Brasil, ocupaba pacíficamente tierras de grandes terratenientes; en Estados Unidos Mitch Snyder llevaba a cabo campañas por los sin hogar a través de la organización *Community for a Creative Nonviolence*; en Filipinas, una gran movilización masiva conocida como «People Power» (el poder del pueblo) derrocaba al dictador Ferdinand Marcos (aunque el mismo tipo de acción fracasara en China un año después en la plaza de Tian'anmen); en Myanmar (Birmania) Aung San Suu Kyi encabezaba un movimiento contra la Junta Militar y en Europa del Este movimientos como Solidaridad en Polonia ponían en jaque al Bloque comunista, que finalmente caía en 1989.

En la década de los noventa, cuando los objetores del MOC se transformaron en insumisos y se vivían unos años de transición a veces llamados de «posguerra fría», empezaron a surgir comunidades rurales noviolentas en muchas zonas en conflicto de Colombia, Uganda, Mozambique o Filipinas, a la par que en medio del conflicto yugoslavo se creaba un amplio movimiento antiguerra, liderado por las Mujeres de Negro de Belgrado, y poco después surgía un movimiento independentista noviolento en Kosovo que, no obstante, cuando se empezó a implementar la limpieza étnica en la zona, acabaría decayendo. Años después, en la propia Serbia, un movimiento popular con años de trayectoria denominado *Optor* (resistencia), con asesoramiento en estrategias noviolentas por parte de expertos «pragmáticos», logró derrocar a Milosevic.

Con el cambio de milenio, se reactivaría de nuevo la Intifada palestina, en la que a pesar de la militarización del conflicto se generaron nuevas formas de acción noviolenta por parte tanto de organizaciones palestinas e israelíes, como de internacionales. Se trataría esta vez de una noviolencia que, en términos de Clausewitz, se podría calificar de defensiva, orientada no a acabar con las bases de apoyo del oponente israelí, sino solamente a permitir la supervivencia de la población.

En Europa Oriental, también a principios de siglo XXI, las llamadas «Revoluciones de Colores», aunque sin vocación de transformación sociopolítica, acabarían con los excesos autoritarios de los dirigentes de algunas ex repúblicas soviéticas, como Georgia, Kirguistán y Ucrania, pero fracasaron en Bielorrusia. Finalmente, al principio de la década siguiente, la «Primavera Árabe», con todas sus limitaciones y esperanzas, lograba espectaculares cambios de

gobierno en algunos países, derribando dos dictadores (que no dictaduras), pero consiguiendo sólo cambios menores en Marruecos o Jordania, o ínfimos en Irak o Argelia, y degenerando incluso en guerra civil como en Libia, Siria o Egipto. Si contemplamos estos casos con la lucidez que nos da la perspectiva histórica, podemos observar que las revoluciones son largas y los resultados inciertos. Países como Yemen, Marruecos o Irak demuestran que, como en el caso de Nicaragua en 1944, no basta con movilizarse masivamente para conseguir cambios políticos, y que los propios dictadores pueden aprender de la caída de sus homónimos cercanos. Además, la democracia necesita rodaje y los movimientos noviolentos suponen una forma de ensayo de nuevas formas de poder, al organizarse de forma alternativa practicando la democracia desde antes de conquistar el poder. Las revoluciones rápidas, aunque puedan lograr cambios políticos que supongan un incremento de libertades imprescindible, pueden adolecer de no transformar la cultura política o las relaciones sociales de dominación, no evitando que los grupos de interés sigan controlando la sociedad como antes de la movilización.

Desde la perspectiva de la noviolencia pragmática, el éxito de un movimiento revolucionario noviolento consiste en la toma del poder, en el cambio político, y se han dado varios casos en la Primavera Árabe o en las Revoluciones de Colores. Desde la perspectiva revolucionaria de la corriente ética sociopolítica de la noviolencia, el éxito de un movimiento no consiste sólo en tomar el poder, sino en transformar además la cultura de participación política, es decir, necesita también de cambios culturales, pero también de un cuestionamiento de las relaciones sociales a otro nivel. Lo realmente importante de las revoluciones árabes ha sido probablemente la demostración de que existen alternativas al islamismo y al nacionalismo, y la constatación de que la democracia consiste en algo más que un sistema de representación parlamentaria. La democracia es un proceso de participación política de la ciudadanía que es un camino de largo recorrido, puesto que implica un cambio social y cultural, no sólo político.

La crisis del capitalismo en Occidente ha mostrado igualmente las debilidades de las democracias occidentales y ha sacado a la luz procesos de apropiación de bienes colectivos y militarización social que antes pasaban más inadvertidos a los ojos de la mayoría, absorbida en dinámicas de trabajo-

consumo no críticas con el sistema. Más importante que la crisis económica está siendo la crisis política de deslegitimación del sistema de representación parlamentaria y las formas institucionalizadas de corrupción corporativa practicada por los partidos políticos. Estas evidencias han sacado a mucha gente de la apatía política en la que estaba sumida, y movimientos como los indignados u *occupy* han heredado todos los avances organizativos y estratégicos que poco a poco se han ido desarrollando por los movimientos sociales a lo largo del tiempo. De las diversas experiencias históricas de movilización revolucionaria, han tomado como referencia sus formas de entender la revolución y la democracia: las asambleas iroquesas y su versión cuáquera nos enseñaron que el consenso es la mejor forma de toma de decisiones democráticamente; la rebeldía anarquista nos ha enseñado a trabajar horizontalmente y a rechazar el autoritarismo incluso entre los colectivos de activistas; el análisis marxista, a poner en duda la legitimidad de las relaciones económicas; la crítica feminista, a que se deben cuidar las relaciones personales y tener en cuenta a todas las personas; la desobediencia pacifista, a encontrar estrategias políticas disruptivas más democráticas que la violencia; la conciencia ecologista, a tener en cuenta el medio ambiente; las reivindicaciones indígenas, a recapacitar sobre los atropellos históricos hacia los pueblos periféricos; o la visión *queer*, a aceptar la diferencia como parte de nuestra identidad. Y no han sido estas las únicas aportaciones de estos y otros movimientos que están todavía conformando una cultura de transformación revolucionaria pero noviolenta, disruptiva pero democrática. Todo ello en un mundo global donde las diferencias Norte-Sur se siguen agudizando, lo que genera movimientos migratorios transcontinentales que, al desafiar la homogeneidad del Estado-nación, ponen de manifiesto su obsolescencia política.

Es así cómo los movimientos noviolentos se están configurando como la única fuerza capaz de romper con dinámicas de corrupción, latrocinio legalizado y militarización social tanto en dictaduras como en sistemas parlamentarios, al establecer formas de acción política que crean cauces de participación horizontal necesarios para una verdadera democratización política. En el caso de los movimientos pequeños, puede que éstos no tengan el mismo impacto mediático inicial que los movimientos igualmente pequeños que optan por la lucha armada, pero merced al uso de las nuevas tecnologías de la comu-

nicación pueden establecer redes de apoyo mutuo a nivel global. Por poner un ejemplo, un grupo de campesinos de cualquier país del Sur que opte por la movilización política noviolenta puede recibir apoyo de grupos ecologistas, pacifistas, indigenistas, antifascistas, solidarios o feministas del otro lado del mundo, crear foros para compartir experiencias y estrategias con movimientos similares de su continente y, sobre todo, lanzar su mensaje hacia el poder opresor contra el que se enfrentan, dotándose de un poder de negociación equiparable a su firmeza en la lucha por la justicia (y no a su capacidad incierta de ejercer la violencia).

Por otro lado, las propias técnicas de acción noviolenta van evolucionando, perviviendo en el tiempo las que son más efectivas y desechándose las que no funcionan. En este sentido, parece claro que la efectividad de los métodos de acción políticos se debe en buena parte a la concordancia entre medios y fines, una cuestión decisiva a considerar. En consecuencia, de acuerdo con una teoría de la acción social de tres dimensiones (comunicativa, negociadora e instrumental), los fines de una acción noviolenta pueden ser tres: 1) un acto de protesta para lanzar un mensaje de oposición a una determinada política; 2) una demostración de fuerza (capacidad de negociación) para mostrar los apoyos que legitiman esa protesta; y 3) un acto instrumental tanto para paralizar el sistema (es decir, que sea disruptiva) como para obligar a sentarse al oponente en la mesa de negociaciones, que diría Luther King. Estos tres posibles objetivos deberían tenerse en cuenta a la hora de planificar acciones noviolentas, estudiando el grado de represión que existe en cada momento para planificar acciones dispersas o concentradas, así como la forma más adecuada de romper el control mediático de la información que tienen las élites. La historia de las revoluciones no violentas nos ha enseñado que muchas de ellas fracasaron, como el 1 de Marzo de Corea, en 1919, al no plantearse una estrategia coercitiva y limitarse a tácticas de persuasión y negociación.

Además, la historia nos ha enseñado que el sistema trata de integrar las estrategias más disruptivas que podrían ponerle en peligro, tal y como ha pasado en muchos países con la huelga y la manifestación, que tienen una reglamentación estricta sobre cómo han de hacerse. Es decir, estas formas de acción han pasado a dejar de ser acción política no institucional (y por tanto acción noviolenta) para convertirse en acción política institucional. A lo largo

de estas páginas hemos visto cómo la huelga y la manifestación, si bien en su origen eran claramente rupturistas, actualmente han dejado de serlo, al haberse integrado en el sistema como un ritual político más. Al institucionalizarse, se han vuelto formas de acción convencionales y han perdido la fuerza disruptiva que tenían en un principio, y sólo son eficientes como forma de lanzar un mensaje de protesta y demostrar la fuerza de un movimiento. Como para esos fines siguen siendo muy útiles, eso explica la guerra de cifras que siempre se baraja tras cada una de ellas. Se debe seguir recurriendo a ellas, pero no como única forma de acción de un movimiento si se quiere que éste tenga éxito.

Y ése es el gran fenómeno de imaginación colectiva al que estamos asistiendo en el momento de escribir estas líneas, al que pretendemos contribuir con la revisión de los movimientos históricos que hemos hecho en este libro. Se pueden tomar las plazas, parar desahucios, hacer caceroladas, crear nuevos símbolos, desviar impuestos, desobedecer leyes xenófobas que limitan derechos a extranjeros, crear monedas sociales alternativas, crear periódicos alternativos, montar fiestas en los bancos y se pueden desarrollar todavía más innovaciones en las técnicas, tácticas y estrategias. Pero, sobre todo, hay que ser conscientes de que el objetivo no es sólo parar un determinado recorte social o recuperar derechos sociales, sino transformar la cultura política hacia una renovación integral de la democracia sin la que no puede existir justicia social o económica.

Así, la existencia de la propia lucha es un éxito, porque es una demostración palpable de que existen otras formas de organizarse mucho más democráticas que las formas heredadas del Estado liberal. No se trata de reformar este Estado, sino más bien de acabar con él, sustituir sus antidemocráticas instituciones por otras formas de organización de base que administren con justicia los bienes colectivos de los que se han apropiado unos pocos. En este sentido, no se trata ya de que si luchas puedes vencer o perder, sino que se trata de salirse de esa visión del conflicto con un oponente, un ganador y un perdedor. No se trata de un ellos o nosotros, sino de analizar la realidad en su totalidad, asumiendo nuestra parte de culpa, nuestra colaboración con el sistema, y luego combatir la capacidad de manipulación comunicativa de las élites. La propia pervivencia de la lucha es un éxito puesto que, si el objetivo

es crear otro sistema de organización de lo colectivo, el propio accionar se convierte en un ensayo y foco de difusión de esas propuestas alternativas. Hay que aspirar, desde luego, a que no sea sólo la lucha lo que se organice democráticamente, sino todo el sistema, pero para poder hacerlo es necesario dar primeros una serie de pasos en los que se ensayen las nuevas formas de poder democrático.

Si queremos ser optimistas podemos pensar que, dado que los ciudadanos tienen ya los medios legítimos y efectivos para luchar contra las tiranías, ya sean económicas, sociales o políticas, éstas tienen los días contados. Tan sólo faltaría saber si son años, decenios, siglos o milenios lo que tardarán en caer, pero esto dependerá de la capacidad de los movimientos para organizarse. Si queremos ser pesimistas, podemos pensar que la necesidad de amplios consensos sociales para poder poner en marcha proyectos noviolentos de tal envergadura que puedan realmente cambiar el sistema son imposibles dada la fuerza del sistema, dotado de herramientas de propaganda con capacidad para silenciar disidencias. Sabemos que las sociedades posmodernas anulan la capacidad de movilización de sus ciudadanos, acostumbrados a votar a quienes les aseguren más parte del pastel, ya que se ha orientado la cultura política hacia una lucha de intereses individuales. Pero nadie sabe hacia dónde pueden evolucionar las tendencias de la cultura política del futuro y hay muchos movimientos luchando por volver a sacar a la luz el verdadero significado de la democracia como proceso de participación política. Hemos visto los grandes avances realizados en el modelo de toma de decisiones por los movimientos sociales, basados cada vez más en la horizontalidad, el asamblearismo y el consenso, y cómo se extiende cada vez más la idea de que una forma de lucha para ser consistente con los valores de justicia social que se persiguen tiene que respetar al oponente y no negarle los derechos por los que se lucha (la vida, sería el primero de ellos), haciendo contradictoria la propia resistencia. Todos estos procesos están sentando ya la base de una renovación política y tarde o temprano dará sus frutos.

Por otro lado, estamos aprendiendo también que conforme la oposición se hace más fuerte, aumenta la violencia del sistema, y que tanto éste como la prensa intentan usar el término de «noviolencia» en su propio provecho, intentando confundir «noviolencia» con legalidad y «democracia» con el orden

existente, el cual evidentemente tiene bien poco de democrático. En este sentido, la verdadera propuesta revolucionaria de la noviolencia debe ser capaz de evidenciar la diferencia entre legalidad y legitimidad, así como proponer mediante la práctica un nuevo modelo de participación política compatible con la justicia social.

En cualquier caso, las revoluciones noviolentas han demostrado que el futuro está en nuestras manos, y que dependerá de cómo nos organicemos y de que se tenga claro qué es lo que se quiere para lograr realmente cambios trascendentales, no cesando las movilizaciones con las primeras concesiones del sistema, antes de transformarlo profundamente. Desde luego, los medios (tácticas, estrategias, imaginación) ya están a nuestro alcance, y ya es una cuestión personal creer o no que se abre una nueva era que podemos afrontar con optimismo. Yo prefiero pensar que sí, ya que eso me permite continuar la lucha con más ánimo, pues, sin duda alguna, hará falta mucho ánimo y alegría para mejorar el mundo.

Bibliografía

En castellano

- ARIAS, Gonzalo (editor): *El proyecto político de la noviolencia*, Nueva Utopía, Madrid, 1995.
- BOSERUP Anders y Andrew MACK: *Guerra sin armas. Noviolencia en la defensa nacional*, Catarata, Madrid, 2001.
- CASADO, Antonio: *Thoreau. Biografía esencial*, Ediciones Acuarela, Madrid, 2005.
- CASTAÑAR, Jesús: *Breve Historia de la Noviolencia*, Editorial Pentapé, Madrid, 2010.
- GALTUNG, Johan: *Sobre la paz*, Fontamara, Barcelona, 1985.
- GANDHI, Mohandas: *Autobiografía*, edición abreviada por Bharatan Kuymarappa, Sal Terrae, Santander, 2007.
—*Todos los hombres son hermanos*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid, 1995.
- HARTO DE VERA, Fernando: *Investigación para la Paz*, Tirant lo Blanch, Madrid, 1994.
- HELVEY, Robert: *Sobre el principio noviolento estratégico, Entendiendo sus principios básicos*, AIE, Boston, 2004
- MAGALLÓN, Carmen: *Mujeres en pie de paz*, Siglo XXI, Madrid, 2006.
- MULLER, Jean Marie: *El coraje de la no violencia*, Editorial Sal Terrae, Basauri, 2004.
—*Significado de la noviolencia*, editorial CAN (Colectivo para una Alternativa Noviolenta), Madrid, 1983.
- MUÑOZ, Fco. A.: *La paz imperfecta*, Editorial de la Universidad de Granada, Granada, 2001, pp. 181-251.
- ORTEGA, Pere y Alejandro POZO: *Noviolencia y transformación social*, Icaria, Barcelona, 2005.
- PRAT, Enric (ed.): *Pensamiento Pacifista*, Icaria, Barcelona, 2004.
- PROYECTO AUPA: *Defensa Popular Noviolenta*, Ediciones Mamburú, Zaragoza, 1989.
- RANDLE, Michael: *Resistencia civil. La ciudadanía ante las arbitrariedades de los gobiernos*, Paidós, Barcelona, 1998,
- ROLLAND, Romain: *Gandhi*, Editorial La Pléyade, Buenos Aires, 1972 (texto de 1923).
- RUSSELL, Bertrand: *Antología*, Siglo XXI, Madrid, 1972.
- SHELL, Jonathan: *El mundo inconquistable. Poder, no violencia y voluntad popular*, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2005.
- SCHOCK, Kurt: *Insurrecciones no armadas*, Editorial Universidad del Rosario, Bogotá, 2008,

SHARP, Gene: *De la dictadura a la democracia, Un sistema conceptual para la liberación*, Albert Einstein Institution, Boston, 2003; primera edición en inglés en 1993.

THOREAU, Henry David: *Del deber de la desobediencia civil*, Ediciones del Valle, Buenos Aires, Argentina, 1997.

TOLSTÓI, León, *El Reino de Dios está en vosotros*, Kairós, 2009.
—*La insumisión y otros textos*, Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid, 1993.

VV.AA.: *Pensamiento pacifista*, Icaria Editorial, 2004.

WOLPERT, Stanley: *Gandhi*, Ariel, Barcelona, 2003.

• Sobre la campaña de insumisión:

AGUIRRE, Xavier, AJANGIZ, Rafael, IBARRA, Pedro y Rafael SAINZ DE ROZAS: *La insumisión, un singular ciclo histórico de desobediencia civil*, Tecnos, Madrid, 1998.

AJANGIZ, Rafael: «Objeción de conciencia, insumisión, movimiento antimilitarista», *Mientras Tanto*, n.º 91-92 («25 años de movimientos sociales»), verano-otoño de 2004.

BERISTÁIN, Carlos M.: *La insumisión encarcelada*, Virus editorial, Barcelona, 1992.

DOMÍNGUEZ, Rosario: *La insumisión, Una forma de vida*, La Malatesta editorial, Madrid, 2012.

IBARRA, Pedro (ed.): *Objeción e insumisión, claves ideológicas y sociales*, Fundamentos, Madrid, 1992.

MOVIMIENTO DE OBJECCIÓN DE CONCIENCIA: *En legítima desobediencia*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2002.

OLIVER, Pedro: *La utopía insumisa de Pepe Beunza. Una objeción subversiva durante el franquismo*, Virus editorial, Barcelona, 2002.

—«El movimiento pacifista en la transición democrática española», en Rafael Quirosa-Cheyrouze y Muñoz: *La sociedad española en la Transición. Los movimientos sociales en el proceso democratizador*, Siglo XXI, Madrid, 2011, pp. 271 y ss.

— «Los iniciadores del movimiento de objetores de conciencia (1971-1977)», en M. Ortiz Heras (coord.): *Culturas políticas del nacionalismo español. Del franquismo a la transición*, La Catarata, Madrid, 2009, pp. 224 y ss.

OLIVER, Pedro y GARCÍA ARISTEGUI, David: «La evolución del movimiento antimilitarista: de las enseñanzas de la campaña de insumisión a los nuevos retos», *Libre pensamiento*, n.º 49, 2005, pp. 44-53.

SALES, Nuria: «Servicio militar y sociedad en la España del s. XIX», *Recerques*, n.º 1, Barcelona, 1970.

SAMPEDRO, Víctor: *Movimientos sociales: debates sin mordaza. Desobediencia civil y servicio militar*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1997.

En inglés

ACKERMAN, Peter y Jack DUVALL: *A Force more Powerful. A Century of Nonviolent Conflict*, St. Martins Press/Palgrave, Nueva York, 2000.

ACKERMAN, Peter y K. KRUEGLER: *Strategic Nonviolent Conflict. The Dynamics of People Power in the Twentieth Century*, Praeger, Westport/Connecticut/Londres, 1994.

ALI ENGINEER, Asghar: *On Developing Theology of Peace in Islam*, Sterling Publishers Priv. Lim, Nueva Delhi, 2003.

ALINSKY, Saul: *Rules for Radicals. A Pragmatic Primer for Realistic Radicals*, Vintage Books, 1971.

BENNET, Scott H.: *Radical Pacifism. The War Resisters League and Gandhian Nonviolence in America 1915-1963*, Syracuse University Press, Nueva York, 2003.

BOSERUP, Anders y Andrew MACK: *War without Weapons: Nonviolence in National Defense*, Schocken Books, 1975.

BOUNDURANT, Jean V.: *The Conquest of the Violence. The Gandhian Philosophy of Conflict*, Princetown University Press, Princetown, 1958.

BROCK, Peter: *Varieties of Pacifism. A Survey From Antiquity to the Outset of the Twentieth Century*, University of Toronto Press Incorporated, Nueva York, 1998.

BROCK, Peter y Thomas P. SOCKNAT (eds.): *Challenge to Mars. Essays on Pacifism from 1918 to 1945*, University of Toronto Press Inc., Toronto/Buffalo/Londres, 1999.

BURROWES, Robert J.: *The Strategy of Nonviolent Defense. A Gandhian Approach*, State University of New York Press, Albany, 1996.

CARTER, April, CLARK, Howard y Michael RANDLE: *People Power and Protest since 1945. A Bibliography of Nonviolent Action*, Housmans Bookshop, Londres, 2006.

CASE, Clarence Marsh: *Non-violent Coercion. A Study on Methods of Social Pressure*, Nueva York y Londres, The Century CO, 1923.

—*The Social Psychology of Passive Resistance*, University of Wisconsin, Madison, 1915.

CHENOWETH, Erica y Maria J. STEPHAN: *Why Civil Resistance Works. The Strategic Logic of Nonviolent Conflict*, Columbia University Press, Nueva York, 2011.

CLARK, Howard (ed.): *People Power, Unarmed Resistance and Global Solidarity*, Pluto Press, Nueva York, 2009.

COOVER, Virginia, DEACON, Ellen, ESSER, Charles y Christopher MOORE: *Resource Manual for a Living Revolution*, New Society, Filadelfia, 1981.

CORTRIGHT, David: *Peace, A History of Movements and Ideas*, Cambridge University Press, Cambridge, 2008.

DE LIGHT, Bartholomeus: *The Conquest of Violence. An Essay on War and Revolution*, Pluto Press, Londres, 1989; primera edición en holandés de 1937.

- DELLINGER, Dave: *Revolutionary Nonviolence. Essays by Dave Dellinger*, Bob Merril, Indianapolis, 1970.
- DEMING, Barbara: *On Revolution and Equilibrium*, Grossman, Nueva York, 1970.
- EASWARAN, Eknath: *Nonviolent Soldier of Islam*, Nilgiri Press, California, 1984-1999.
- ERIKSON, Erik H.: *Gandhi's Truth: On the Origins of Militant Nonviolence*, W. W. Norton, Nueva York, 1969.
- FISK, L. y J. SCHELLEMBER (eds.): *Patterns of Conflict. Paths to Peace*, Broadview Press, Ontario.
- GANDHI, Mohandas: *Non-violent Resistance (satyagraha)*, Dover publications, Nueva York, 2001.
—*Collected Works of Mahatma Gandhi XXIII*, The Publications Department, Ministry of Information and Broadcasting, Government of India, Delhi, 1958-70.
- GOSS-MAYR, Jean y Hildegard: *The Gospel and the Struggle for Peace*, International Fellowship of Reconciliation, Alkmaar, Holanda, 1990.
- GREGG, Richard: *The Power of Nonviolence*, James Clarke and Co Ltd Publishers, Londres, 1960; primera edición de 1935.
- HASLAM, Oliver: *Refusing to Kill. Conscientious Objection and Human Rights in the First World War*, Peace Pledge Union publication, Londres, 2006.
- HUNT, Andrew E.: *David Dellinger: the Life and Times of a Nonviolent Revolutionary*, New York University, Nueva York, 2006.
- HUXLEY, Aldous: *Ends and Means. An Inquiry into the Nature of Ideals and into the Methods Employed for their Retaliation*, Chatto and Windus, Londres, 1946; primera edición de 1937.
- KARANYCKY, Adrian y Peter ACKERMAN: *How Freedom is Won, from Civic Resistance to Durable Democracy*, Freedom House, Nueva York, 2005.
- KING-HALL, Stephen: *Defense in the Nuclear Age*, Gollancz, Londres, 1958.
- KURLANSKY, Marck: *Nonviolence. The History of a Dangerous Idea*, Jonathan Cape, Londres, 2006.
- LAKEY, George: *Strategy for a Living Revolution*, W. H. Freeman, San Francisco, 1973.
—*Powerful Peacemaking: A Strategy for a Living Revolution*, New Society, Filadelfia, 1987.
- LYND, Staughton y Alice (eds.): *Nonviolence in America. A Documentary History*, Orbis Books, Nueva York, 1995.
- MACARTHY, Roland y Gene SHARP: *Nonviolent Action. A Research Guide*, Garland Publishing, Nueva York y Londres, 1997.
- MARTIN, Brian: *Uprooting War*, Freedom Press, Londres, 1984.
—*Social Defense, Social Change*, Freedom Press, Londres, 1993.
- MARTIN, Brian y otros: *Nonviolent Struggle and Social Defense*, editado por la IRG junto a Shelley Anderson y Janet Larmore, Londres, 1991.

- MOYER, Bill: *The Movement Action Plan*, Fall, The Dandelion, 1986.
—*Doing Democracy. The MAP Model for Organizing Social Movements*, New Society Publishers, Gabriola Island (Canadá), 2001.
- MUSTE, Abraham John: *Nonviolence in an Aggressive World*, Nueva York y Londres, Harper and Brothers, 1940.
- OPPENHEIMER, Martin y George LAKEY: *A Manual for Direct Action. Strategy and Tactics for Civil Rights and All Others Nonviolent Protest Movements*, Quadrangle Books, Chicago, 1965.
- PEARLMAN, Wendy: *Violence, Nonviolence and the Palestinian National Movement*, Cambridge University Press, Nueva York, 2011.
- PELTON, Leroy H.: *The Psychology of Nonviolence*, Pergamon, Nueva York, 1974.
- POWERS, Roger S. y William B. VOGEL (eds.): *Protest, Power, and Change. An Encyclopedia of Nonviolent Action from ACT-UP to Women's Suffrage*, Garland Publishing, 1997.
- PRASAD, Devi: *War is a Crime against Humanity. The Story of The War Resisters' International*, War Resisters' International, Londres, 2005.
- RUSSELL, Bertrand: *Justice in War Time*, Open Court, Chicago, 1924.
- SCALMER, Sean: *Gandhi in the West. The Mahatma and the Rise of Radical Protest*, Cambridge University Press, Cambridge, 2011.
- SHARP, Gene: *The Politics of Nonviolent Action*, Porter Sargent Publishers, III volúmenes, Boston, 2000; primera edición de 1973.
—*Making Europe Unconquerable*, Harper & Row (Ballinger), Cambridge, 1985.
—*Waging Nonviolent Struggle, 20th Century Practice and 21st Century Potential*, Porter Sargent Publishers, Boston, 2004.
- SHRIDHARANI, Krishnalal: *War without Violence. A Study of Gandhi's Method and its Accomplishments*, Harcourt/Brace/Nueva York, 1939.
- TEMPLING, Ralph T.: *Democracy and Nonviolence. The Role of Individual in World Crisis*, Porter Sargent Publisher, Boston, 1965.
- TOLSTÓI, Lev: *Some Social Remedies: Socialism, Anarchy, Land Nationalisation, Communism, etc.*, Free Age Press, Chistchurch, Hants, 1900.
—*Government is Violence. Essays on Anarchism and Pacifism*, Phoenix Press, Londres, 1990.
- TRACY, James: *Direct Action, Radical Pacifism from the Union Eight to the Chicago Seven*, The University of Chicago Press, Chicago, 1996.
- UYANGODA, Jayadeva (ed.): *Conflict, Conflict Resolution and Peace Building. An Introduction to Theories and Practices*, GTZ Sri Lanka, Colombo, 2005.
- ZUNES, Stepehn, ASHER, Sarah Beth y Lester R. KURTZ (eds.): *Nonviolent Social Movements. A Geographical Perspective*, Blackwell Publishing, Oxford, 1999.

